

# LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 27 DE ABRIL DE 1930

NÚMERO 43



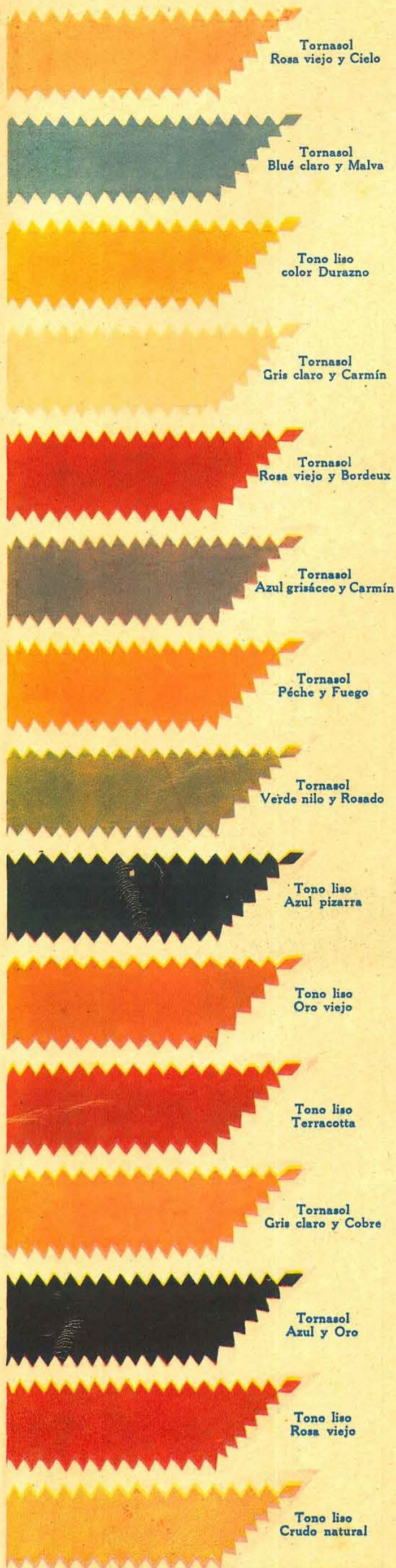
ESPECIAL PARA LA NACION

ROCÍO

Por Julio Moisés

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)





TAPICERIA **GOYA**  
SARMIENTO 751



Una  
oferta  
interesante

Por una sola vez, la Tapicería "GOYA" hace esta interesante oferta a las distinguidas lectoras de esta Revista.

Por solo \$

100-

*A las señoras radicadas en el interior remitiremos, a su pedido, muestras de colores y tipo de calidad.*

Una hermosa Colcha de Taffeta de pura seda, forrada en satiné de buena calidad, con entretela de moletón de algodón blanco.

El modelo es de acuerdo al presente diseño o sea con ruché de 10 cm. a cada costado unido a amplio volado.

El tamaño como para camas de madera de dos plazas; nos ajustaremos a las medidas de ancho y largo que se nos indique.

El color es a libre elección de cada interesada, entre una carta de colores, todos de gran actualidad.

La confección es prolijamente hecha a mano; en consecuencia, necesitamos un mínimo de cuatro días de plazo para cada encargo.

Esta oferta, aun cuando sólo la hacemos por una sola vez, es ilimitada; solicitamos únicamente que el pedido sea acompañado del cupón adjunto.

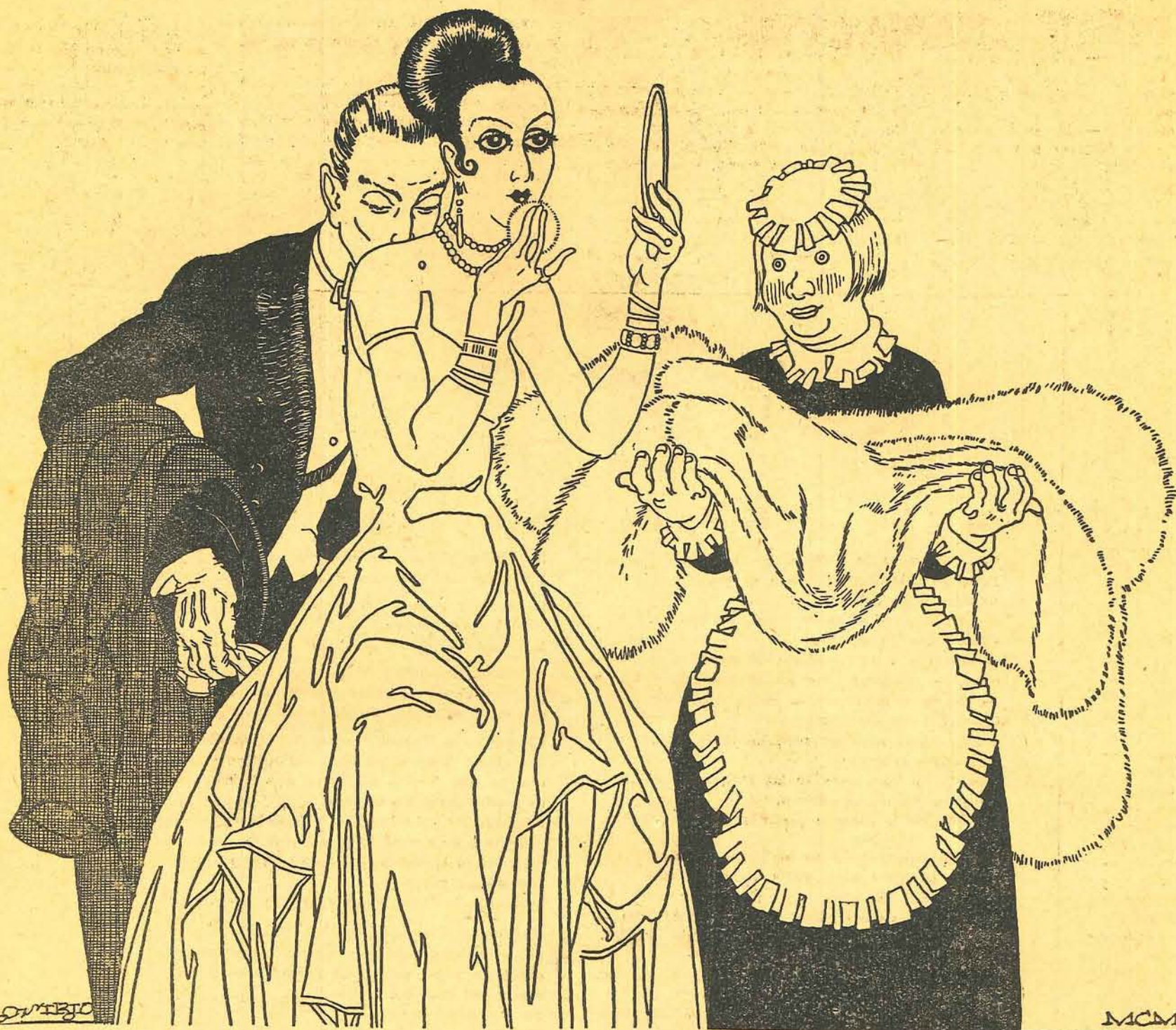
OFERTA TAPICERIA  
"GOYA"

Revista de "La Nación" del día 27 de abril de 1930.

(Recorte este cupón).

TAPICERIA **GOYA**  
SARMIENTO 751





ALEJANDRO SIRIO

MCMXXX

SRA. GRACIANO—¿Está bien el peinado atrás?

LA "CHAMBERMAID"—Sí, señora.

SRA. GRACIANO—Deme las perlas. Oiga, espere. Parece que se me ha soltado una malla de la media.

LA "CHAMBERMAID"—No, señora. ¿Traigo la capa de brocado o la de pieles?

SRA. GRACIANO—La de pieles. Siempre siento frío en el coche.

EL MARIDO (detrás de la cortina, cuando la "chambermaid" se va)—¿Puedo entrar?

SRA. GRACIANO—Sí, entra.

EL MARIDO (cuarenta años, delgado, distinguido, canoso, de frac, la mancha roja de una gran cruz se entrevé bajo el chaleco blanco, el sobretodo y el clac bajo el brazo)—¿Estás pronta?

SRA. GRACIANO—No vengas con prisa. Nunca me arreglo bien por culpa tuya.

EL MARIDO—No tengo ninguna prisa. Basta con que estemos allá a las diez y media.

SRA. GRACIANO (pintándose delante del espejo)—¿Esa es la hora que marca la invitación.

EL MARIDO—Es la hora a que acaba la comida. Esta vez sólo nos han convidado para la recepción.

SRA. GRACIANO—Es una comida diplomática y tú ya no eres ministro.

EL MARIDO—Si no fuese por ti, no iría.

SRA. GRACIANO—Me hubiera contrariado no ir hoy al "raout" de la Embajada. ¿Sabes que va a cantar la ministra de Polonia?

EL MARIDO—¿La señora Ivanova? Entonces con toda seguridad voy a res-

*EL cuarto de vestir de la señora Clary Graciano. Luis XVI, moderno, "vieux-rose" y oro. Espejos. Dos grandes sillones... Sobre una "coiffeuse", un vaso de plata con flores. La señora Graciano está acabando de vestirse para ir al baile de la Embajada. Es una mujer de treinta años, alta, ornamental, cabello negro de un brillo metálico, ojos negros enormes, perfil judaico, manos pequeñas, brazos admirables; más perturbadora que atractiva, más grandiosa que bella. La "chambermaid", entrada en años y grave, la ayuda. Las diez de la noche.*

fiarme. Es una mujer fría y peligrosa como una corriente de aire.

SRA. GRACIANO—No todos los hombres comparten tu opinión.

EL MARIDO—Casi todos. Voy a oír-

la detrás de un biombo con una estufa eléctrica al lado. ¿Por qué te pintas tanto la boca? Quedas horrible.

SRA. GRACIANO—Cuestión de gustos.

EL MARIDO—Precisamente el gusto es lo que me desagrada. Hoy, cuando se besa a una mujer, se tiene la impresión de que se come un bombón de grosella.

SRA. GRACIANO—Parece que andas besando a muchas mujeres.

EL MARIDO (besándola en el cuello)—Te beso a ti.

SRA. GRACIANO—Si te sentaras y te

quedases quieto, me harías un gran favor.

EL MARIDO—¿Sabes que tienes unos hombros muy lindos?

SRA. GRACIANO—¿En qué quedamos? ¿Soy bonita o soy horrible?

EL MARIDO—Eres horriblemente bonita. Me agradan tus defectos de un modo atroz. Cada día te encuentro más interesante.

SRA. GRACIANO—¿Cada día? Estás exagerando.

EL MARIDO—Bueno, cada dos días. Tienes un aire fatal de actriz de cinema. De esas que se divorcian varias veces en un año.

SRA. GRACIANO—Entretanto, sólo me he divorciado una sola vez.

EL MARIDO—Espero que será la última.

SRA. GRACIANO—¿Quién sabe?

## EL BAILE DE LA EMBAJADA

Por JULIO DANTAS  
ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO

(Para LA NACION)  
LISBOA, marzo de 1930

LA "CHAMBERMAID" (entrando con la capa y los guantes)—¿Necesita la señora alguna cosa más?

SRA. GRACIANO—¿No se ha olvidado de los cigarrillos?

LA "CHAMBERMAID"—No, señora. El "chauffeur" dice que ya está listo el coche.

EL MARIDO—Está bien. (Cuando la "chambermaid" se ha ido) ¿Y si nos quedáramos en casa? Te confieso que no tengo ganas ninguna de ir al "raout" de la Embajada.

SRA. GRACIANO—Yo, ahora que estoy ya vestida, voy.

EL MARIDO—Has de cuenta que te vestiste de baile para recibirme.

SRA. GRACIANO—Tenemos muchas noches por delante para quedarnos en casa.

EL MARIDO—Bueno. No quiero contrariarte. Si estás pronta, vamos.

SRA. GRACIANO—Aun me falta pintarme los ojos.

EL MARIDO (sentándose en uno de los sillones)—En ese caso tengo tiempo de leer el diario. (Abre un periódico y lee, mientras que la Sra. Graciano se pinta los ojos). Oye. Cayó el gobierno en Francia.

SRA. GRACIANO—¿Qué se me importa!

EL MARIDO—Tienes razón. En Francia el gobierno cae todos los días. (Después de un silencio). Es curioso. ¿Sabes lo que hace Mistinguette para conservar sus "piernas espirituales"?

SRA. GRACIANO—No.

EL MARIDO—Come naranjas en ayunas. De aquí a poco, con la moda de



las faldas cortas, ¿a qué precio se venderán las naranjas?

SRA. GRACIANO — Pronto. La capa. (Viendo que el marido sigue leyendo). ¿Quieres hacerme el favor de ayudarme a ponerme la capa?

EL MARIDO — Un momento. Aquí hay una noticia que te interesa.

SRA. GRACIANO — ¿A mí?

EL MARIDO — No adivinarías jamás de qué se trata.

SRA. GRACIANO — ¿Se refiere a mi padre?

EL MARIDO — No, se refiere a tu primer marido.

SRA. GRACIANO — Me es indiferente. Partió para Londres o volvió de Londres, ¿verdad?

EL MARIDO — Ha muerto.

SRA. GRACIANO — ¡Antonio! Es imposible porque lo vi ayer.

EL MARIDO (dándole el diario) — Pues entonces, lee.

SRA. GRACIANO (leyendo febrilmente) — A las tres... En su palacio... Repentinamente... (dejándose caer en un sillón). Se mató, tal vez... (llorando). ¡Oh! ¡Qué horror!

EL MARIDO — Ya ves que la noticia te interesaba. Lo que yo nunca supuse es que te interesara tanto. ¿Dices que le viste ayer?

SRA. GRACIANO — Sí, lo vi.

EL MARIDO — ¿Dónde?

SRA. GRACIANO — Al pasar, en la calle.

EL MARIDO — ¿Y le hablaste?

SRA. GRACIANO — Tú bien sabes que yo no hablaba con mi marido.

EL MARIDO — Ni siquiera tratas de disimular el sentimiento que su muerte te ha causado.

SRA. GRACIANO — Cuestión de nervios. Discúlpame. Yo llovo hasta la muerte de personas que no conozco.

EL MARIDO — Es desagradable que llores de esa manera por un extraño. Y lo que es peor, en mi presencia.

SRA. GRACIANO — Antonio no era un extraño para mí. Tú bien los sabes.

EL MARIDO — ¿Si él no era un extraño, qué soy yo en tu vida? ¿Un intruso?

SRA. GRACIANO — Ante la Iglesia, mi marido era él.

EL MARIDO — ¿Y qué soy yo entonces? ¿Tu amante?

SRA. GRACIANO — Te ruego me hagas el favor de dejarme un momento sola. No tengo cabeza para discutir contigo en este momento.

EL MARIDO — ¿Y para qué quieres que te deje sola?

SRA. GRACIANO — ¿Para qué te lo voy a decir si tú no comprendes estas cosas?

EL MARIDO — ¿Quieres entregarte a tu dolor de viuda?

SRA. GRACIANO — Quiero rezar.

EL MARIDO — ¿Y también querrás vestir de luto?

SRA. GRACIANO — ¿Por qué no?

EL MARIDO — ¿Porque yo no lo permitiría, así tuviese que recurrir a las mayores violencias?

SRA. GRACIANO — No es con violencias que se convence a las mujeres en mi situación. Si tú fueras otro, si tuvieras otra sensibilidad y otra delicadeza de espíritu, serías el primero en respetar este momento de debilidad, tan

femenino y tan natural. Serías el primero en comprender que, si yo lloro, no es por un hombre, es por algo de mí misma que murió con él, es por los seis años de vida que hicimos en común, es por un mundo de recuerdos que tú, ni nadie, podrá borrar jamás de mi corazón. Yo no quería decirte esto. Eres tú quien me ha obligado a hablar.

EL MARIDO (poniéndose de pie) — Tú estás nerviosa y no vale la pena discutir contigo. Eso va a pasarte. Sécate los ojos y vamos.

SRA. GRACIANO — Vamos, ¿adónde?

EL MARIDO — Al baile de la Embajada. Ya es hora.

SRA. GRACIANO — ¿Qué grosero eres!

EL MARIDO — Grosero, ¿por qué?

SRA. GRACIANO — ¿Entonces tú te imaginas que, con mi marido muerto, estando su cadáver aun caliente, yo voy a ir a divertirme a un baile?

EL MARIDO — Pero tu marido no es

nas que yo soy un marido bastante complaciente como para consentir que mi mujer, en vez de acompañarme, como es su obligación, se quede en casa llorando por otro hombre?

SRA. GRACIANO — Pues no vayas tú tampoco. Yo no te obligo a ir. Quedémonos en casa. ¿No era ese tu deseo hace un momento?

EL MARIDO — Sí, quedémonos los dos en casa para llorar juntos a tu marido, ¿no es verdad?

SRA. GRACIANO — De este modo no nos podemos entender.

EL MARIDO — Nos entendemos perfectamente. (Tomando el sobrelodo y el clac de encima de un sillón). Tú, hace poco demostrabas, ¿no es verdad? mucho interés por ir al "raout" de la Embajada. Pues bien, yo te hago el gusto. Aquí estoy para acompañarte. Ponte el tapado, y vamos.

EL MARIDO — ¿Y ni siquiera lo olvidaste después de conocerme a mí?

SRA. GRACIANO — ¿Para qué me lo preguntas?

EL MARIDO — ¿Vivía el recuerdo de ese hombre en tu corazón, después de año y medio de casados, y aun en los momentos más apasionados?

SRA. GRACIANO — Una mujer puede olvidarlo todo, todos los vínculos, todos los afectos, todas las locuras del pasado. Lo que no olvida nunca, hasta la muerte, porque le queda en la sangre y en el alma, porque es indeleble en su propio cuerpo, es el recuerdo del primer hombre que la poseyó. ¿Era esto lo que querías que te dijese? ¿Así, crudamente? Pues bien, queda dicho. Ahora déjame.

EL MARIDO — ¿Entonces, qué he sido yo, al fin y al cabo, en tu vida? ¿Qué especie de mujer eres tú?

SRA. GRACIANO — Una mujer como las demás. Ni peor ni mejor que otra.

EL MARIDO — Una mujer que yo compartí con un desconocido!

SRA. GRACIANO — Tú no piensas lo que estás diciendo. ¿Acaso ignorabas que yo había sido casada? ¿Te oculté algo de mi vida? Si me quisiste así, si me aceptaste como era, si conocías mi pasado de mujer tan bien como yo, ¿de qué me acusas ahora?

EL MARIDO — ¿Yo estaba loco cuando me casé con una mujer divorciada?

SRA. GRACIANO — Sí, tal vez tengas razón en eso. Pero fuiste tú quien me perseguiste, no fui yo quien te persiguió. Quéjate de ti, no te quejes de mí. Y déjame tranquila. No puedo seguir oyéndote. Quiero estar sola. Necesito estar sola.

EL MARIDO — Está bien. (Poniéndose el sombrero y encendiendo un cigarrillo). Iré solo a la Embajada. Tengo ganas de beber una copa de champaña. Y si me preguntan por ti, ¿sabes lo que diré?

SRA. GRACIANO — Responde lo que se te ocurra.

EL MARIDO — Que mi mujer no me acompañó porque está de luto por su marido. (Saliendo mientras que la señora Graciano queda sollozando). Buenas noches.

LA "CHAMBERMAID" (apareciendo en la puerta momentos después) — ¿La señora no va a salir?

SRA. GRACIANO — Tal vez. ¿Se fué ya el coche?

LA "CHAMBERMAID" — Partió al instante, señora.

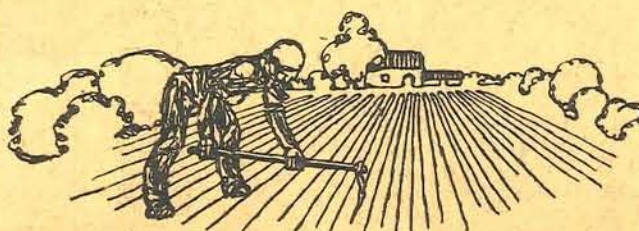
SRA. GRACIANO (poniéndose de pie con decisión) — Deme un sombrero negro, una "echarpe" negra. Pronto. (Sacando todas las rosas del solitario de plata que está sobre la mesa). ¿No hay más flores en casa?

LA "CHAMBERMAID" — No, señora.

SRA. GRACIANO — Dígame al sirviente que llame al primer automóvil que pase.

LA "CHAMBERMAID" (timidamente) — Si el señor vuelve más temprano, ¿quiere la señora que le diga algo?

SRA. GRACIANO (saliendo, envuelta en la capa, la "echarpe" negra flotando, el ramo de flores en las manos trémulas) — Dígame... No. No le diga nada.



## Gente inmortal

Una pausa en la estrofa monorrítma del día. El viejo labrador distiende el puente vetusto de su cuerpo.

Y su frente se eleva coronada de lustros. Un paisaje de esfuerzo

se enmarca en el cansancio de sus ojos, estrellas mortecinas de un firmamento psíquico.

El áspero pañuelo de la mano dinámica bebe el sudor fecundo

y acaricia el ardiente corazón de la pipa. Con oídos fraternos

escucha las canciones de las cosas en torno, mientras huella, imperioso,

la bella tierra esquiva preñada por su esfuerzo.

En la verde ventana de las hayas floridas exhala la ancha boca de la vieja casona

sus suspiros de heno. Al mirarla, en los grises ojuelos del anciano

se posan dos inquietas luciérnagas de orgullo. Piedra a piedra, alma a alma,

fué construyendo el nido perenne de la estirpe, y después lo mantuvo

bien alto, con los firmes puntales de sus brazos.

Desde el establo viene revolando jocunda una canción erótica

grávida de los ecos sabrosos del pretérito, con sus diálogos tímidos,

sus miradas furtivas,

los viriles alardes de la danza aldeana y los rudos abrazos de todas las penumbras.

De la caja sonora del portalón se evade una canción cunera.

Y la más vieja lengua tiene acentos de aurora.

La brisa vespertina recoge esas canciones y las convierte en bellas mariposas sonoras

que traen miel a los labios trémulos del anciano.

Un recuerdo le asalta como flecha traidora: la inquietud de aquel hijo, galán de la aventura,

que un día, tras la huella de una liebre dorada, se perdió entre los montes.

llegó al mar y en la barca roja del sol poniente con velas de coraje navegó hacia lo ignoto.

Su corazón le dice que ha de volver a verlo, golondrina nostálgica,

sumiso a la llamada de la tierra materna.

Madre tierra sagrada, pedacito del mundo con esencia de cosmos:

das jugo a las raíces del árbol cuyas hojas marchitas guardas luego.

La eternidad es tuya. El labrador lo sabe y te hierde de nuevo.

con ímpetu de amante que en tu seno fecundo quiere perpetuarse.

Cava, quizás, su huesa, mas su nieto sonríe

y a él le invade el orgullo de su inmortal estirpe.

Luis Echávarri

ese hombre; tu marido soy yo. El otro ya no es nada en tu existencia, ni vivo ni muerto.

SRA. GRACIANO — No es, pero fué.

EL MARIDO — Yo no tengo nada, yo no quiero tener nada que ver con tu pasado. Tu pasado murió para mí y para ti, desde el día en que fuiste mi mujer.

SRA. GRACIANO — Admitamos que así sea. Admitamos que tienes razón. Yo apelo, no a tu generosidad, sino a tu inteligencia. Tú conoces el medio en que vivimos. ¿Qué va a decir toda esa

gente al verme entrar en una sala de baile, la noche en que murió el hombre con quien fuí casada, cuyo nombre llevé, que me hizo sufrir mucho, es cierto, pero que aun es, ante Dios, mi verdadero marido? ¿Qué opinión se

formaría esa gente de mi delicadeza moral y de mis sentimientos de mujer? ¿Y si advirtieran, desfigurada como estoy y con los ojos colorados de llorar,

que he ido obligada por la violencia, qué idea se harían de ti? Piensa un momento, Jorge. No me obligues a hacer un acto que repugna a lo que hay de más íntimo y de más sagrado en mi

corazón...

EL MARIDO — ¿Entonces, tú te imagi-

SRA. GRACIANO — Tú no eres sólo grosero. Eres cruel.

EL MARIDO — Estoy esperándote.

SRA. GRACIANO — Es inútil. No iré.

EL MARIDO — Ya sabes que puedes obligarme a cometer las mayores violencias.

SRA. GRACIANO — Sé que tengo, por lo menos, un derecho, y ese nadie me lo puede quitar.

EL MARIDO — ¿El de huirme?

SRA. GRACIANO (sollozando) — El de llorar.

EL MARIDO (después de un silencio, en que la Sra. Graciano solloza) — ¿Por qué no me dijiste lealmente, antes de que nos casáramos, que aun amabas a ese hombre?

SRA. GRACIANO — Porque ya no lo amaba. Tú no ignoras que quien pidió el divorcio fuí yo.

EL MARIDO — Y entonces, ¿por qué lloras?

SRA. GRACIANO — Porque nunca lo pude olvidar.

EL MARIDO — ¿Un hombre que te engañaba torpemente con tus amigas, y hasta con tus sirvientas? ¿Un cínico, sin moral y sin escrúpulos?

SRA. GRACIANO — No vale la pena de insultarlo. Está muerto.





Le debe creer que la amistad le da derecho a ser irrespetuoso conmigo, y algún día que yo esté de mal humor, lo mandaré a paseo.

Viene a la hora de la siesta y como si yo nunca hubiera protestado de su costumbre, hace que me despierten. Esto es realmente una audacia y no sé cómo he podido soportar tanto tiempo su amistad.

Cuando voy a atenderlo dispuesto a enrostrarle su desconsideración, lo encuentro sentado tranquilamente en la escalera de mármol, prendido con una mano de la lustrosa barandilla y mirando al cielo lluvioso con sus ojos inexpresivos.

—¿Qué quieres? — le digo bruscamente y bostezo para que comprenda que estaba durmiendo. Pero como no me mira, no me ha visto que llevo los ojos enrojecidos, los cabellos desgrefados y la camisa lamentablemente arrugada.

—Hola — me contesta reposadamente. No ha comprendido la agresividad de mi pregunta. Ya no tengo más remedio que sentarme a su lado, y los dos permanecemos en silencio. Desde la escalera se ve un retazo de la calle. Los adoquines todavía están húmedos del último chaparrón y en el cielo comienza a iniciarse un vivo resplandor que nos hiere los ojos y nos adormece.

—¿Sabes que hoy cumplo diez y siete años? — le digo sin mirarlo.

—¿Ahá?

—Eso es lo único que se te ocurre? — protesto indignado.

El resplandor envuelve todas las cosas sin dejar un solo vacío por el que escape la sombra. Los chiquillos que a esta hora salen a jugar, se adormecen coléricos en los umbrales.

¿Para qué vendrá Anibal a esta hora? ¿Y por qué no me niego yo a recibirlo? Hace ocho meses que nos conocemos y desde entonces estamos unidos por un sentimiento que se contradice y afirma cada minuto. Todos dicen que nos parecemos mucho en nuestros gestos y costumbres. La verdad es que por dentro somos muy distintos. Tal vez nuestros caracteres sean como esos papeles de igual tamaño, pero que habiendo sido doblados de modos distintos, al superponerlos no coinciden en sus dobleces.

Anibal tiene mi edad, mi estatura y el mismo volumen nasal. Pero somos inconfundibles, pues él camina balanceándose y yo sin mover los hombros.

Hemos estado diez minutos en silencio. De un reloj cercano, se descuelga una campanada grave, que se prolonga vibrante hasta disolverse en el aire húmedo.

—¿A qué hora saldremos? — me pregunta.

—Si no llueve, a las seis.

Como lo conozco bien, a las cinco y media estoy en su casa para apresurarlo. A las seis y cuarto aparece por fin, y sin decirnos nada, nos cogemos del brazo y caminamos.

Todo duerme bajo el crepúsculo precoz. En el Poniente se desgarran la inmensa lámina de plomo y cae sobre la ciudad un chorro líquido de luz, en tanto que por el cielo apretujado entra la doble línea de casas bajas, "se ve venir la sombra corriendo apriesa", como en Garcilaso.

Pasa un tranvía, tan lejos, que silenciosamente corta la calle como a una barra de jabón. A un tiempo, enrojecen los globos esmerilados que penden inmóviles de un juego de tensores. Se siente tocar un piano: do-re-mi-re-mi-re-do.

Yo respiro con fuerza, pero el aire fresco me lastima, y siento un dolorci-

llo en un pulmón. Anibal va con la cabeza gacha, buscando pequeños charquitos. Los revienta con el pie y se rie como un tonto. Como yo no comprendo esa manía de mojarse los zapatos, le ruego que no me salpique. Esto ha bastado para que Anibal me arruine mis pantalones metiéndose ruidosamente en cuanto charco encuentra.

El cielo comienza a despejarse. Sobre una casa lejana, la luna, aun oculta, va limpiando por fuera un pedazo de cielo como se limpia un sucio cristal. Se ven correr tenues nubecillas, transparentes como gasas. Y el silencio, la oscuridad de la calle, los reflejos irisados del asfalto húmedo, me van inundando de una melancolía infinita. Me avergüenzo.

—¿Vamos, habla, di algo! — le grito a Anibal.

En seguida me arrepiento. Anibal hace todo lo que él sabe que me desespera. Comienza a hablar a gritos. Se desprende de mi brazo y se balancea como un marinero de folletín. Agita las manos sin descanso, y como sus dedos son largos y descarnados, el aire debe quedar lleno de agujeros, como un queso gruyere. Le pido que se calle y el hipócrita finge asombro:

—¿No me dices que hable?

En este momento lo encuentro detestable y no daría un paso más en su compañía si no supiera que de todos modos lo he de encontrar a los diez minutos, pues su novia es amiga de la mía. A su lado pierdo la esperanza de hacer lo que me guste. No puedo mirar al cielo porque se burla de la nuez de mi garganta e intenta colgar en ella su sombrero; despiadadamente, me niega el derecho de bostezar, amenazándome con meter un dedo en mi boca; de un manotón me saca del bolsillo el pañuelo de seda y juega con él hasta que me lo devuelve arrugado y sucio. Es incapaz de darme una satisfacción y sabien-

do cuán afectivo soy, nunca me ha dicho que me estima. A veces me pasa su brazo por

## MI NOVIA, MI AMIGO Y YO POR E. ANDERSON IMBERT

ILUSTRACIONES DE  
ERNESTO M. SCOTTI

la espalda, pero al advertirlo me levanta la solapa o me desarregla la corbata temeroso de que yo lo encuentre sentimental. Es inútil que le recomiende moderación cuando pasa una señorita

de mi amistad, pues como si nada le hubiese dicho, gritará cien barbaridades. Sabe que me disgustan los gritos, pero hace como si no lo supiese. Ahora mismo, para decirme que ha visto a nuestras novias, ha dado un grito terrible, y un chiquillo que pasaba haciendo equilibrio sobre la juntura de las baldosas, al oírlo lo ha mirado con susto.

Ellas nos han visto también y se hacen señas con el codo. No se me escapa que mi novia se ha puesto zapatos nuevos. Las cintas son enormes y yo no sé cómo hacer para disimular mi compasión.

La presencia de Rina — Rina es mi novia — subvierte todos mis sentimientos, todas mis costumbres, y por respeto a mí mismo, cuelgo mi personalidad del primer farol. Estoy tan acostumbrado, que me despojo de ella con la tranquilidad con que cuelgo mi traje en la percha cuando me voy a dormir.

Nos paramos en la esquina y al momento ellas pasan. Rina me mira con sus ojos negros, profundos, un poco velados por enigmática tristeza. Como yo estudio mi sonrisa en el espejo, pienso si ella no hará lo mismo con su mirada.

Tiene quince años y siete pulseras que ejecutan una música extraña y salvaje cuando mueve el brazo. Viene hacia mí y me saluda. Su voz es opaca, de esas voces que han sido hechas para murmurar frases de amor y decir cosas pasionales.

Voy a decirle algo, pero Anibal se me ha adelantado. Habla más ligero de lo que piensa; de esta manera hay cosas que dice sin pensarlas.

—¿Te callarás?

Ya se ha callado, pero ellas siguen su paseo, apresurando el paso para volver a nuestro lado. Caminan tan rápido, que un viejo que pasa cantando bajito se vuelve para mirarlas. Ya están de vuelta. Sus pasos son ahora majestuosos.

—¿Iremos?

—No sé. Papá está ya en casa.

—¿Y una escapada tampoco?

Salimos. Ellas van delante, un poco nerviosas porque creen ver conocidos en cada portal. Anibal y yo cruzamos la acera y caminamos lentamente sumergiéndonos cada vez más en la oscuridad de las calles. De un zaguán ha salido, súbitamente, una barra de luz: un segundo antes, y nos lleva por delante. El cielo se ha limpiado. Ahora parece un gigantesco embudo en cuyo centro está la luna. Como en un sueño, camina y siempre está en el mismo lugar.

—¡Oh! Luna... — comienzo.

—¡Oh! Luna. ¡Oh! Luna... — me contesta Anibal ridiculizándose la voz.

—La luna, ¿qué?

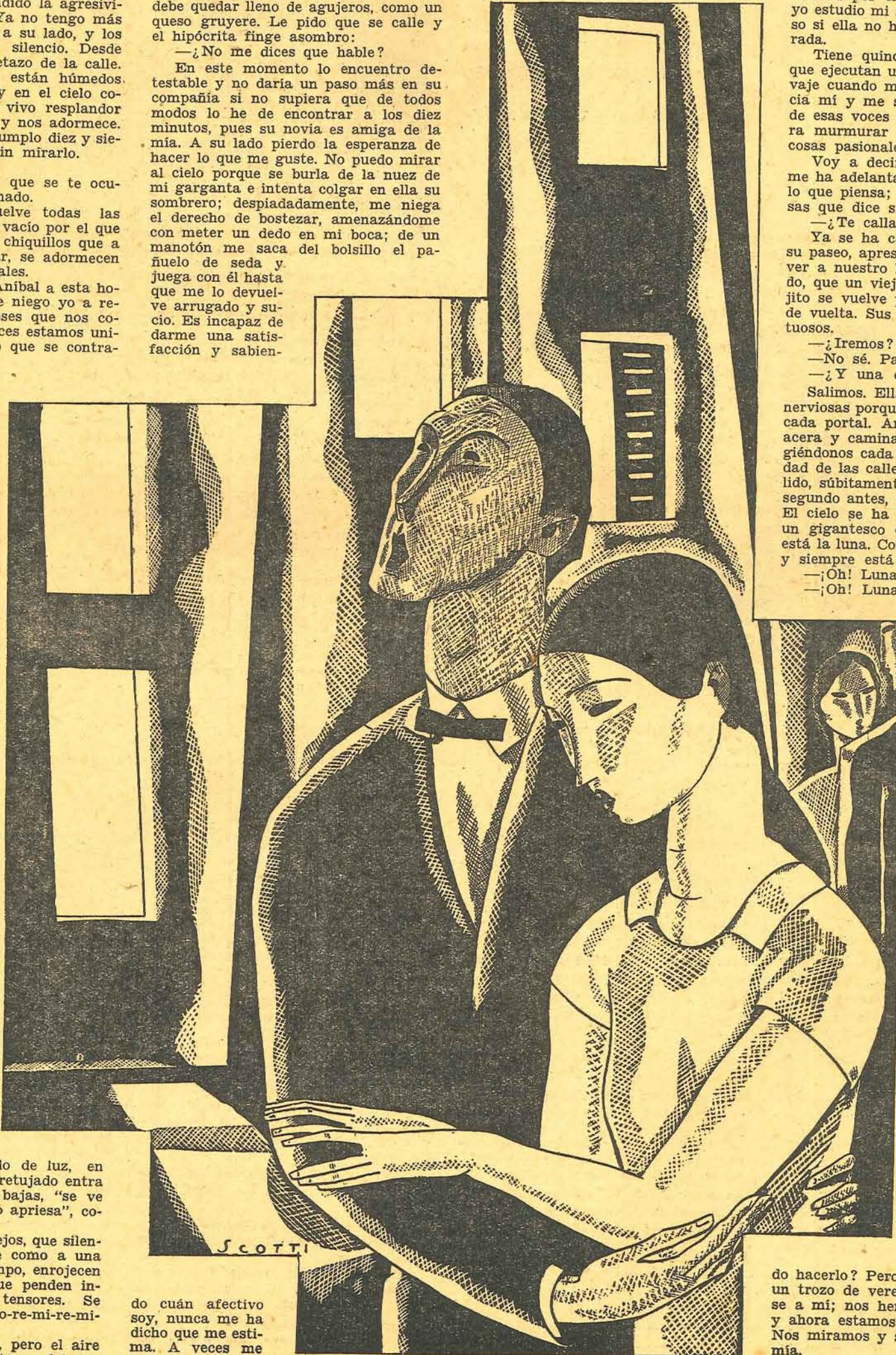
No puedo continuar. Se me han caído unos lentes ideales que a esta hora siempre llevo puestos. Por primera vez advierto que la luna trasnochera, la pálida, la lírica, la eterna amiga de los poetas, es muy parecida a la luna de las cosmografías elementales.

Hemos llegado. Nos acercamos a Rina y a Laura que se desprenden del brazo. Formamos parejas y andamos. En la vereda de enfrente hay una ventanita iluminada que nos mira sin parpadear. Pasa el aire fresco y nos trae de un jardín cercano, perfumes a plantas y a tierra húmeda.

¿Qué le estará diciendo Anibal a Laura? Oigo su voz cansada y después la risa traviesa de ella.

Rina y yo marchamos en silencio. Anibal ya le debe haber cogido la mano a Laura. ¿Por qué es que yo no puedo hacerlo? Pero Rina ha aprovechado un trozo de vereda rota para acercarse a mí; nos hemos rozado los brazos y ahora estamos unidos de las manos. Nos miramos y siento cómo aprieta la mía.

¿La amo yo? Nunca le he escrito





una poesía y no sería capaz de trompearme por ella. No he pensado ni en suicidarme ni en pedirla en matrimonio. Si un día me dijera: —"Quito: no te quiero más", yo levantaría los hombros y resignado le diría: —"¿Qué quieres que haga? Adiós".

Cogidos de las manos — su mano es pequeña y gordezuela — vamos lentamente por la vereda oscura. Escucho tanto silencio y me aturdo. ¿No habrá un poquito de ridiculez en esto que hacemos? "Es necesario — me digo — demostrar que no estoy emocionado". E inicio una canción tonta que le oí a un amigo.

Más te quisiera  
Si la mama que tienes  
Tin-tirin-tin-tin  
Moliné, moliné...

Yo no le encuentro sentido, pero me adormezco con la monotonía de su compás candombero.

Cardium cardium  
Cordium cordium  
A la rueda del molino  
No mustumé.

Ella entristece.

—¿Nunca serás formal? — me dice.

Esta hora que paso a su lado, es la única en que abandono mi seriedad, pero me halaga que haya alguien que me crea loco y la engaño. Lo hago con tanta pasión que termino por engañarme yo mismo. La alegría me entra y sale al mismo tiempo.

—¡Buenas noches, buenas noches!... ¿Qué tal, Rina?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Hola, señor Aníbal! Rina, cuidado el pozo... ¿Hace frío?... ¡Cuidado el pozo, Rina! ¿Damos vuelta?... ¡Ah! sí; cambie-mos de mano... ¡Cómo nos divertimos!... "Más te quisiera, tin-tirin-tin-tin..."

Ella me atiende y sigue con tierna sumisión. Cuando me canso, callo. Nos miramos y ella apoya su cabeza en mi hombro. Es más pequeña que yo y al verla tan cariñosa, siento una ternura inefable. Me llegan perfumes a cabello negro, que yo aspiro en silencio, entornados los ojos.

—¿No estás cansada? — le digo con malicia —. Detengámonos.

Nos besamos largamente. Ella tiene sus manos en mis solapas. Después de cada beso me mira tiernamente, humildemente. Entre mis brazos la siento temblar como un falderillo en el baño.

—¿Por qué tiembles? — le pregunto cruelmente.

Pronto me fatigo de besarla. Comienzo a ver también un poco tonto eso de besarse. La observo. Mientras nos besamos abro los ojos. Ella tiene los suyos cerrados, pero de pronto los abre. Mis ojos están tan cerca de los de Rina, que los veo enormes, impresionantes, como los de algún monstruo de pesadilla.

Un transeúnte que se aproxima nos separa, y para disimular conversamos.  
—¿Irás al cine el martes?

No irá el martes al cine, pero me dice trágicamente:

—¿Es verdad, Quito? ¿Es verdad que ayer te has declarado a Cora?

—¿Me perdonas, Rina?

Ella me perdona gravemente y yo le beso las manos. He sentido una grieta y me estremezco de disgusto.

—¿Me querrás siempre, Quito? — me suspira.

—Siempre... siempre — contesto yo con gesto de pensador. Y agrego: El amor...

Le he improvisado una teoría del amor. Ella no me ha comprendido nada, pero me mira tristemente.

—Si me engañaras después de lo que estamos haciendo, yo no sabría qué hacer...

Me fastidia cuando habla de estas cosas. Si viese en sus ojos una sola lágrima, me ahogaría en ella como un bichito de luz.

—Ríe, Rina, ríe; no quiero que entristezcas.

Me concede una sonrisa que yo me trago en un beso.

—Sé que voy a morir joven; como María... — murmura.

—No. Rina. Engordarás, tomarás por esposo a un comerciante y tendrás cinco hijos a uno de los cuales llamarás Enrique. Dime: ¿por qué estás siempre triste, como si ocultaras una pena inmensa? ¿Qué te falta? Te amo...

—No me amas, no me amas... ¿Crees que no lo veo? Te cansas a mi lado y ni sabes disimularlo. Nunca he conseguido que juntito a mi te olvidaras del mundo. Te amas a ti mismo; a mí...

—Te quiero, Rina, te quiero desde

aquí hasta Pekín. Si murieses no saldría de casa durante tres días y si me abandonaras compondría una elegía a tu memoria. Pero yo quisiera...

—¿Qué quisieras?

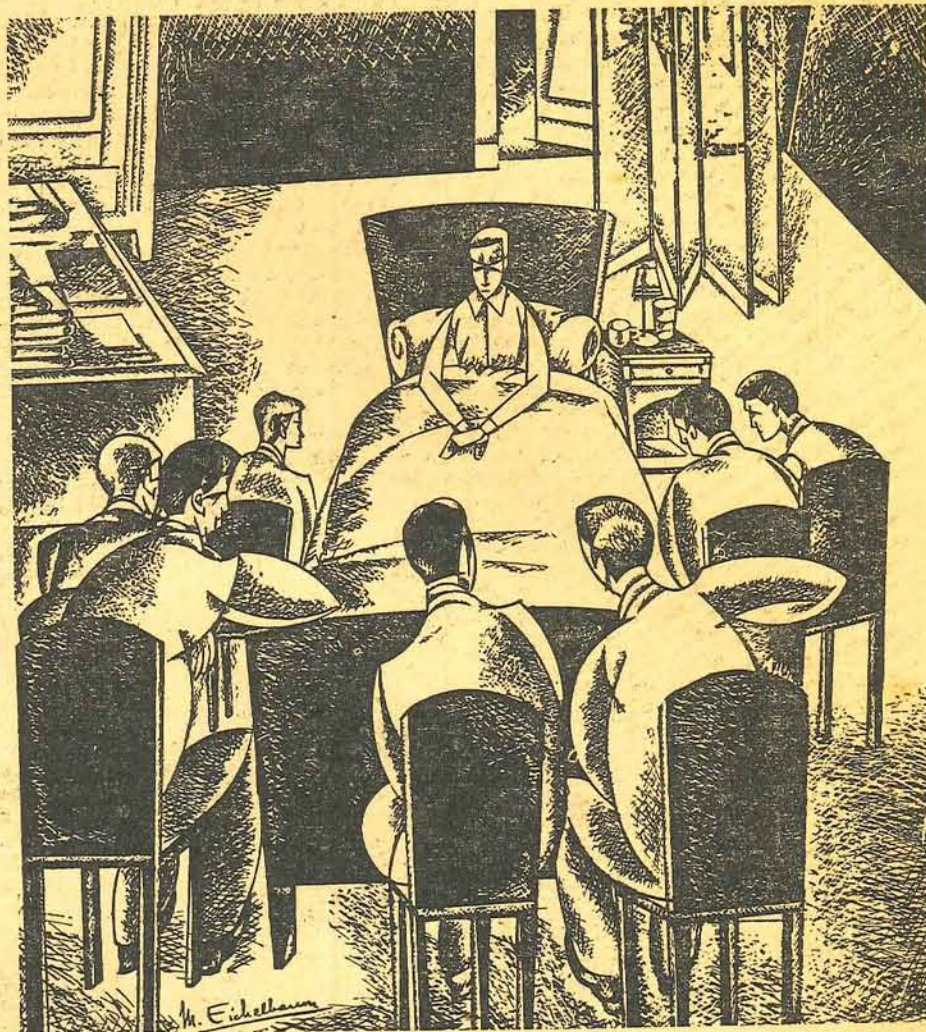
—Quisiera partir el mundo de un puñetazo, colgarme de la cola de un cometa y viajar en lo sidéreo; caminar por la Vía Láctea y apartar las estrellas a puntapiés...

Laura me interrumpe el discurso justamente cuando comenzaba a darme cuenta del ridículo. De todos modos, me arruina un gesto teatral y me quedo por un segundo con el brazo extendido. Laura se ha acercado mirando su diminuto relojito luminoso. Es ya tarde. Es necesario separarse. Un prolongado apretón de manos, y Rina se va tristemente, lentamente.

Yo me quedo mirándola con ternura y gratitud.

—¡Rina, Rina! ¿Por qué serás tan buena? ¿Por qué serás tan indulgente, tan humilde, tan generosa? Te amo, Rina, todo lo que yo puedo amar. Perdóname si no puedo amarte más.

Como siempre, llego a casa cuando todos han terminado de cenar. Esto me cuesta una reprensión, que escucho mientras tomo la sopa.



## LOS SIETE AMIGOS DEL HOMBRE QUE MUERE

I

Me visto a un enfermo que va a morir de su enfermedad. Está en el fondo de la escena, esperando. Y ahora conozco el sentido de estas palabras: hombre maduro. Es natural: se ablandan los tejidos en el verano largo de las fiebres; bajo un follaje dolorido de músculos y arterias, el esqueleto ríe, preparando su libertad.

Los amigos del hombre que va a morir lo miran con fijeza. ¿Cruz o cara? Cruz: morirá sucio y con espanto. La enfermedad anda a su alrededor: está en el vaso de agua que trasuda, y en las cortinas que se mueven pesadamente. Las cosas ocupan su sitio de un modo distinto al habitual.

Y somos siete amigos junto al enfermo. Y todos estamos en el grave secreto: sabemos con precisión la forma de su cráneo amarillo y la blancura de sus falanges dispersas en un pequeño rincón del mundo.

Los siete hombres vivos permanecemos serios. Con seriedad tratamos de distraer al hombre que muere. Pero, por encima de nuestras cabezas, hay otros siete hombres que se miran, se guían el ojo y ríen estrepitosamente.

II

Fué uno de nosotros quien lo dijo: "Amigos, todo ha terminado." Y, sin embargo, ¡cuán semejante a un hombre vivo suele ser un cadáver, cuán parecido suele ser el suyo al cuerpo de un hombre que mira y que canta!

Henos aquí los siete hombres empeñados en la extraña tarea de cerrarle la boca y los ojos a nuestro amigo, para quien todo ha terminado. Por lo menos es cierto que el sentir y el decir han terminado para él. El sentir y el decir con nosotros, como nosotros, como todos aquellos que no abren la boca inútilmente y se informan del mundo con la mirada atenta. Como nosotros, para quienes tampoco él ha terminado.

Porque vemos que nos imita, y en verdad se parece a nuestra carne viva su materia sin eco. Y se parece a él: es como era, es el que era, todavía. Duerme su corazón, sin calor, sin ensueño; pero es el mismo hombre que estrechaba la mano a sus amigos. Ha perdido la voz, la habilidad del movimiento, pero es el mismo hombre que tantas veces dijo "hasta mañana" y cumplió su promesa de volver. Ya no quiere, ni puede, pero es el mismo hombre que quería y podía alegremente.

Se parece a sí mismo. Y henos aquí los siete amigos empeñados en borrar esa espantosa semejanza: en cerrarle la boca, en cerrar los ojos, en ocultar esta ficción grosera de su ser anterior, este montón de carne sin respuesta, para quien todo ha terminado. Ya no goza trabajo ni descanso. Su cuerpo ya no goza la alternación del día y de la noche. Ya nada puede dar ni pedir sobre la faz de la tierra.

Por eso es lícito ocultarlo: nos está permitido construirle un encierro profundo, estrecho, estricto. Y taponar la boca con tierra, los ojos con tierra, los oídos con tierra.

III

Lo recordamos en medio de una fiesta donde él se hubiera recreado, porque gustaba del vino y de la danza. Y abandonamos la danza, desechamos el vino para pensar en los últimos días de su vida, en los primeros días de su muerte. Comprendimos que no eran formas de amistad aquella íntima alegría de nuestra salud ante su cuerpo enfermo, ni el asco, el odio que suscitara en nuestro espíritu la visión de su muerte.

Recordamos el llanto que había en el fondo de las habitaciones, el dolor de los que con él compartían la sangre y el nombre heredados, el dolor del amor en la ausencia. Y dimos en meditar sobre el objeto de su nombre, ausente ahora de la tierra.

Su nombre, el nombre que llevaba. Ahora sirven para designar su recuerdo, pero también existe fuera de nosotros, también existe en el entendimiento de sí mismo. Era su carne quien lo manifestaba a nuestros ojos, pero, antes de que su carne lo entendiese, ya estaba impreso en ella. Antes de ser designación era significado, y continúa siéndolo. Amor, antes de amar; amor impuro, antes de amar con mala inclinación.

Pronunciemos su nombre, porque aun existe y aun puede ser reconocido.

Estuvo, forastero, entre nosotros. Antes de irse reclamado, dió regodeo a su impureza con el vino y la danza; pero aun existe y puede ser reconocido.

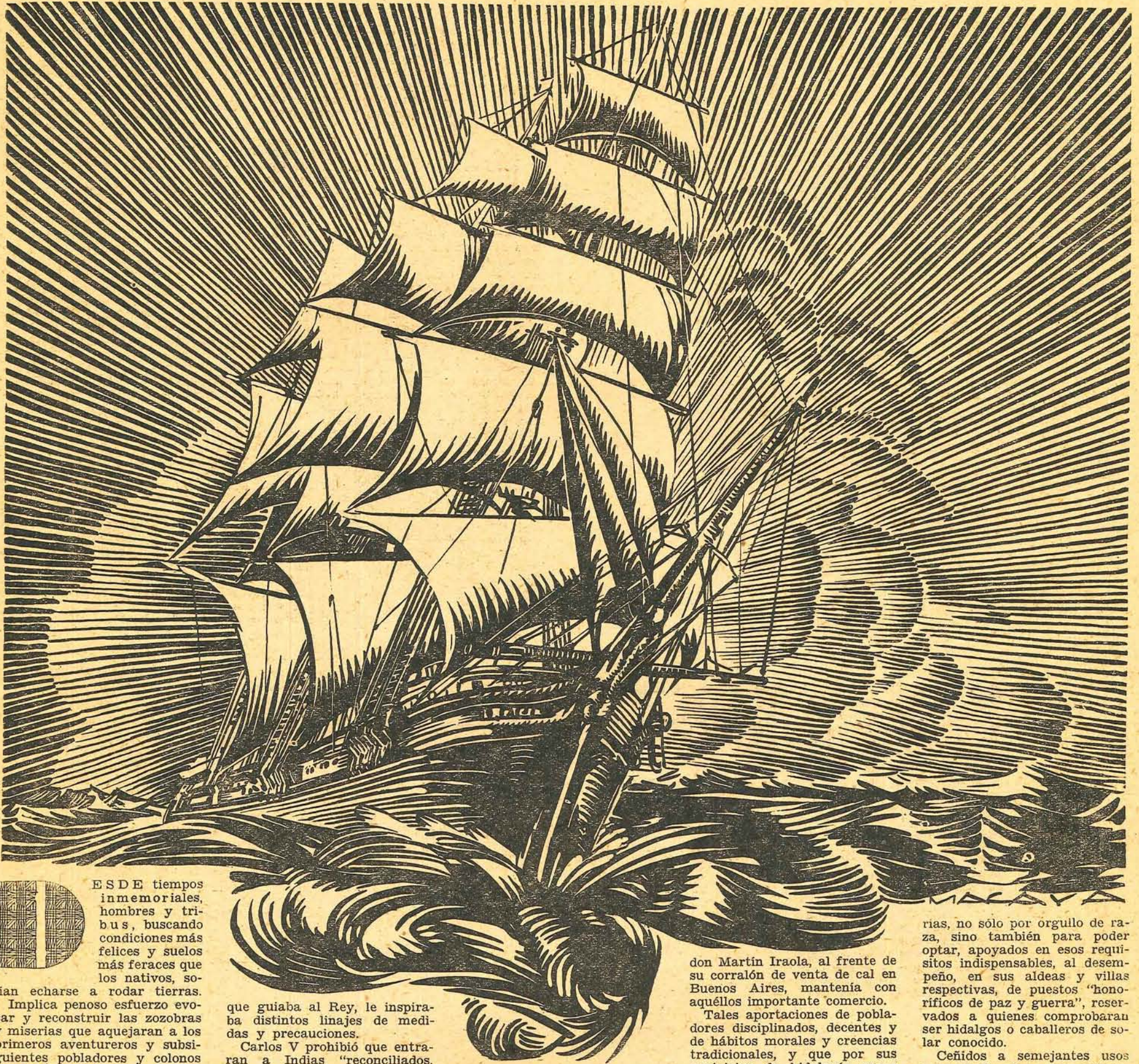
Lavándose ha de estar en la Justicia, pero obtendrá misericordia, será reconocido.

Démosle la amistad que le tuvimos y no supimos emplear: recordemos su nombre.

Roguemos por su nombre, pidamos por la vida de su nombre, por la limpieza de su alma, por la belleza de su cuerpo en el día del Juicio.

ANTONIO VALLEJO  
ILUSTRACION DE MANUEL EICHELBAUM





DESDE tiempos inmemoriales, hombres y tribus, buscando condiciones más felices y suelos más feraces que los nativos, solían echarse a rodar tierras.

Implica penoso esfuerzo evocar y reconstruir las zozobras y miserias que aquejaron a los primeros aventureros y subsiguientes pobladores y colonos que hasta 1840 hicieron el tránsito de España al Río de la Plata, a menudo hacinados en las estrechas e infectas sentinas de los bergantines de antaño.

De seguro que pocas veces o nunca pensaron en esos trances sus descendientes actuales, enriquecidos y sumidos en vida muelle y regalada.

En 1803 todavía Inglaterra se esforzaba para asegurar a sus inmigrantes cierta capacidad de espacio y de volumen de aire respirable en el interior de sus goletas. Francia, de vez en vez, enviaba a los colonos de sus dominios transoceánicos convoyes de mujeres blancas, destinadas a esos hombres "solitarios y sin esposas", y de tal manera iba cimentando futuros hogares.

España no organizó siquiera en sus Indias tan rudimentaria política de protección inmigratoria, y sus colonos y aventureros, que para poblarlas surcaron el océano hasta 1810, soportaron a bordo de sus veleros siniestras incomodidades y miserias. El imperalismo católico y nacionalista

que guiaba al Rey, le inspiraba distintos linajes de medidas y precauciones.

Carlos V prohibió que entraran a Indias "reconciliados, conversos, ni hijo, ni nieto de quien hubiera tenido públicamente sambenito o sido quemado o condenado por herético o apostasia", o que le mancillara mezcla de moro o judío, si no contara con el expreso consentimiento real. A

con los prejuicios de cristianos viejos y de limpieza de sangre de los vascongados, y desde comienzos de la Conquista acrecentaron el raudal inmigratorio hacia Indias, pero en formas individuales y familiares,

hasta que después de mediados del siglo XIX comenzó la penetración en masas de las diversas regiones de España y de más naciones del mundo. A aquel movimiento inmigratorio individual acrecentó en las provincias vascongadas de 1830 a 1860, merced a las con-

diciones sociales y económicas promovidas en ellas por la guerra civil carlista. En los años de 1850 a 1870, la inmigración vascongada afluyó profusa y casi exclusivamente a la ciudad de Buenos Aires y provincia de Entre Ríos, que a la sazón gozaba de orden y prosperidad relativos y en donde, entre otras labores industriales, se explotaban activamente las canteras de piedra caliza de los contornos de la ciudad de Paraná. Muchos campesinos vascongados dedicábanse a esas labores. El vascongado

don Martín Iraola, al frente de su corralón de venta de cal en Buenos Aires, mantenía con aquéllos importante comercio.

Tales aportaciones de pobladores disciplinados, decentes y de hábitos morales y creencias tradicionales, y que por sus prejuicios de hidalguía raras veces encastaban con indígenas, mestizas y negroides, contribuyeron eficazmente a consolidar los cimientos primigenios de hogares respetables, verdaderos baluartes contra regresiones y anarquías aborígenes y disoluciones cosmopolitas.

Desde antiquísimos tiempos preocupábanse y jactábanse los hidalguillos vascongados en ostentar linajes sin bastardías y de notoria limpieza de sangre, mediante probanzas y ejecuto-

rias, no sólo por orgullo de raza, sino también para poder optar, apoyados en esos requisitos indispensables, al desempeño, en sus aldeas y villas respectivas, de puestos "honoríficos de paz y guerra", reservados a quienes comprobaran ser hidalgos o caballeros de solar conocido.

Ceñidos a semejantes usos consuetudinarios, mis antepasados, abandonando en son de protesta patriótica el villorrio de Ayarra, sito en la Baja Navarra, al pasar, después de largas rencillas, desprendido de España en 1607, para incorporarle Enrique IV a su reino, se establecieron en la provincia de Guipúzcoa, entregando al abandono su antiguo y modesto casón solariego. Subsiste en la inmutabilidad secular de la dicha aldea y pegada a la iglesia, la casa conocida toda-

## DE COMO PARTIAN DE VASCONIA Y LLEGABAN ACA A ALGUNOS ANTIGUOS INMIGRADOS

— POR —  
**LUCAS AYARRAGARAY**  
ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

pesar de tales vedas, desde temprano y abundantemente comenzaron a penetrar más en las clases sociales que en las populares, caudal de elementos israelitas. Felipe III repudió a todos los extranjeros y prohibió trato con ellos. Los Borbones prosiguieron en la intolerancia de tal política inmigratoria, excluyendo a quienes no testificaran procedencia de "familia católica y sin condenas del Santo Oficio en las dos generaciones últimas".

Semejantes preceptos y restricciones legales se ajustaban



El ahorro es un eficaz educador. El hombre ahorrativo piensa, reflexiona y proyecta. Traza su plan. Tiene su programa. Acaba por conquistar su independencia.

## EL AHORRO

sólo exige un esfuerzo: comenzar. ¡Abra usted una cuenta de ahorro! ¡Guarde algo cada mes! Ganará el 8 % de interés anual y formará, en poco tiempo, una previsión para su futuro bienestar.

Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.



vía en la comarca con el patronímico de mi familia. Este fenómeno no puede acontecer sino en razas rudamente tradicionalistas y de personalidad étnica e histórica definitivas. El apellido significaría, pues, "en la altura o colina de Ayarra", en donde está precisamente plantado el secular y característico caserío de piedra de sillaria. La rama de mejor situación habitó en Bilbao, y a mediados del siglo XIX algunos de sus miembros habitaron París por tener participación de capitalistas en la casa bancaria de Abaroa y Goguel. Más tarde, según recientes referencias del ex embajador don Ramiro de Maeztu, don Manuel de Ayarragaray, viajero incansable, fundó en Bilbao la Liga Vizcaina de Productores, para defender la industria siderúrgica o metalúrgica, siendo de tal manera uno de los iniciadores en aquellas regiones de la política proteccionista.

Inmediatamente de establecidos en Vasconia mis antecesores, iniciaron, probaron y obtuvieron su ejecutoria, en 1620, de ser "cristianos viejos, sin mezclas de herejes, condenados del Santo Oficio, y sin mancha ni mezcla alguna de indios, moros, judíos, agotes, penitenciados y otras malas razas y sectas reprobadas".

Prosiguieron viviendo patriarcalmente en Guipúzcoa, poseyendo "bienes" sencillos, con "sus anejos en tierras, huertas y muebles", que los maridos y esposas aportaban sucesiva y regularmente como dote de bodas, declarando en cada caso tener "el ánimo de vivir juntos y en mesa y compañía, ayudándose a sacar la vida".

Comúnmente, de semejantes hogares, rancias y serenas costumbres lugareñas, procedieron muchísimos de los inmigrantes que individualmente se trasladaban a la ubérrima y generosa tierra argentina, desde principios de 1700 hasta 1860 principalmente. El contraste era violento: saltando de aquel mundo rancio e inmóvil a un mundo en formación, revuelto y alborotado.

Revela a menudo falta de gusto y también de mundanidad ocuparse de sí mismo o de sus antecesores si a ello no constriñeran motivos singulares e ineludibles. Si traigo a colación reminiscencias íntimas, lo hago convencido de que situaciones y escenas expresivas como las que voy e iré narrando, una vez generalizadas son imágenes simbólicas que aplicarse pueden a numerosos casos de inmigrantes vascongados de antaño y hogaño, y que a su turno revelan rasgos inconfundibles, morales y domésticos, de una de las razas más viejas de Occidente, capaces de esclarecer y delinear las evoluciones originarias de vasta zona de nuestra historia doméstica y social. Inspirado en esos conceptos de crónica, aspirando a trascendente, trataré de reconstruir peripecias, episodios y detalles anecdóticos de un grupo de inmigrantes vascongados que de Guipúzcoa salieron a fines del año 1849 y a Buenos Aires llegaron—su tierra de promisión—a principios de 1850.

Para mis reseñas he aprovechado tradiciones verbales, recuerdos de adolescencia, coloquios y memorias paternales y papeles meticulosamente archivados por mi progenitor, lector infatigable y guardador de reliquias íntimas, que encaró la vida imbuído en acendrados idealismos domésticos y aun familiares; tuvo débil sentido comercial y sin los legítimos y tesoneros entusiasmos de lucro. Falla fundamental: quien abandonare el solar de sus mayores y las blanduras hogareñas para atravesar el "mar océano", persiguiendo el "vellocino de oro", debiera poner en la empresa la totalidad de sus capacidades y fortalezas. En sociedades comerciales e inmigratorias, los medios de tener fortuna nada o poquísimo interesan; lo capital es alcanzable.

Joven murió mi abuelo, en Bilbao, donde residía con su casa comercial y mientras desempeñaba el puesto de primer alcalde del Ayuntamiento. Mercedados los recursos; perjudicadas las pocas y sencillas propiedades en las devastaciones de la guerra civil carlista; muerto el hermano mayor de mi padre en Madrid, cursante en el Conservatorio de María Cristina, y casada en segundas nupcias mi abuela con el médico doctor Guillermo Rodríguez, constituyeron suficientes causas y circunstancias para decidir a mi padre a emigrar a las antiguas Indias, cumplidos sus veintidós años de edad.

El padrastrero, madrileño y carlista, entró como "físico" de batallón en el ejército del Pretendiente, y luego de médico en el Estado Mayor, del cual era jefe el general Urbitondo. Realizado el Convenio de Vergara—año 1839—, muchísimos jefes y oficiales y también individuos del cuerpo médico, entre los que se encontraba el doctor Rodríguez, después de rechazar el antedicho Convenio y tras del general Urbitondo, abandonaron las provincias vascongadas y emigraron a Francia. Años después se galardonó al general Urbitondo con la gobernación de las islas Filipinas.

Anduvo algunos meses en el cuerpo médico del doctor Rodríguez, supongo que como practicante o algo así, en su mocedad, el doctor Toribio Ayerza, quien después ejerció con éxito, especialmente entre los vascongados residentes en Buenos Aires, su profesión médica. Conoció acá a la que fuera después su digna compañera, llegada antes que sus hermanos don Abdón y don Antonio Zabala, quienes, después de tentar en esta plaza tareas mercaderiles, las prosiguieron en el comercio de Paraná. Esperaba la familia de mi padre para la fijación definitiva de la fecha de su partida alguna respetable persona que emprendiera viaje al Río de la Plata para confiar a su custodia al viajero. Presentóse la oportunidad: el médico Alejandro Brid regresaba a Buenos Aires—después de un paseo por España—, en donde ejercía la profesión y tenía dos hermanos con varios comercios. Prometió el tutor que, en llegando a Buenos Aires, le colocaría en alguna de las susodichas casas comerciales.

Así las cosas, llenóse la última formalidad para la partida, o sea la escritura de pasaje, pues viajando de cámara, o sea de primera clase, era indispensable ese documento. Fue otorgado en 13 de diciembre de 1849, "previo pago de 2400 reales vellón, es decir, 120 pesos fuertes". Obligábase el capitán Desevoire, de la corbeta París, "a dar el buen trato que corresponde y todas las comodidades que la localidad y circunstancias se lo permitan, sin enviar al entrepuente, en donde están los demás pasajeros que no son de cámara, a don Lucas de Ayarragaray y Linzuain".

Hondas fueron las zozobras en el hogar durante las horas que precedieron a la partida: sollozaba la madre, rezaban las tías y solícitos acudían los parientes de Oyarzun, Bilbao, Fuenterrabía, para expresar

adioses y dar consejos al viajero. Todo parecía poco para abastecerle, desde abundantes cartas de recomendación hasta utensilios menudos rebosantes el cariño maternal.

En las patriarcales familias vascongadas se vislumbraba el "mar océano" tenebroso y turbulento, y las comarcas del Río de la Plata cual las consideraron los conquistadores, hirsutas y casi en total pobladas de salvajes y de fieras.

En mañana tormentosa y fría embarcóse, en 24 de diciembre de 1849, en la corbeta París y en viaje directo a Buenos Aires, un grupo de vascongados "buscadores del oro" de las lejanas Indias. Además de mi padre, iban don Cándido Irastorza, su compañero de camarote, que años después completó, me parece, sus estudios médicos acá y ejerció su profesión en Gualleguaychú; don José de Carabassa, de amistad tradicional con la familia de Ayarragaray; don Fausto Umeñez, que tuvo en la calle Rivadavia almacén por mayor; Balderrain, don José M. Anza, un sacerdote, don Crisputo, y

en una de las tiendas de sus hermanos, junto con don José de Carabassa, sita en Rivadavia y Solís. Eran dependientes de la misma Antonio Zabala y Nicolás Perizena. Y en otras de las tiendas de los Brid, Verdet, Abraham Zenavilla y otros jóvenes vascongados.

En frente de la tienda en donde estaba mi padre existía un molino de viento de don Saturnino Unzué (no Unzué). Este solía ser de los tertulianos de la misma, pues aun seguían, como en la época colonial, algunas casas de comercio y boticas desempeñando el papel de club, círculos y salones. Otros motivos también inducían a don Saturnino a engrosar los parruquianos de la tienda de Brid. España no había reconocido aún la independencia de su antigua colonia del Río de la Plata, y Rosas con malicia disponíase a aprovechar tal situación para movilizar a los españoles residentes, y especialmente a los vascongados, en batallones con oficialidad vascongada e improvisada a manera de guardias nacionales, inquieto como estaba a la sazón ante la posible cruzada de Urquiza contra su tiranía. Don Saturnino fué galardonado, si bien recuerdo estos episodios, de teniente de una de las compañías formadas por sus compatriotas, quien entonces, sin dejar de atender su corralón de maderas y postes, tentaba ya algunas faenas ganaderas, ruinas todavía y a las que comenzaban a aficionarse los vascongados o sus descendientes directos. Singular fenómeno; siendo los vascongados, en esencia, de psicología montañesa y de ceñida contextura, como cuadraba a raza homogénea y milenaria, precozmente se identificaban con las costumbres, pasiones, intereses, género de labores y banderías políticas imperantes en la Argentina.

Así, por ejemplo, el general Mitre contó en ellos con partidarios sinceros, exaltados y consecuentes. Encontraban en su hombría cívica y en sus sencillas y profundas virtudes, semblanzas y dechados de las propias. El comerciante Berraondo fué a su vez diligente correligionario del doctor Adolfo Alsina. Cándido Irastorza anduvo en andanzas y rebeldías, durante la guerra civil entrerriana, cerca de López Jordán.

Esa misma comprensión y cooperación de vascongados y criollos allanaban sus incorporaciones en las administraciones públicas provincianas. Mi padre, cuya casa comercial echó al traste la guerra civil de Entre Ríos, iniciada en 1870, entró sin esfuerzo y en funciones de relativa importancia en la administración entrerriana, y su amigo don José de Aranzadi, casi contemporáneamente, como gerente de la sucursal del Banco Argentino. Y, naturalmente, me limito a vascongados que por un motivo u otro los comprende directamente esta crónica.

A los vascos en su solar original, y con tanta más razón en el solar extraño, animábase una cohesión moral tradicionalista, un espíritu de clan, derivado de su potente personalidad histórica y, en consecuencia, imperaban en la "colonia" recónditas tendencias corporativas y de cooperación altruista.

Fueron ellos los fundadores de las primeras Sociedades Españolas de Socorros Mutuos. Acá don Vicente Casares, quien después de haber aplicado sus esfuerzos en diversas faenas comerciales, concluía organizando una modesta flotilla de botes para transportes, en el puerto rudimentario, de gente y equipajes a los buques de ultramar. Por su ascendiente entre los vascongados de Buenos Aires, fué el primer presidente de la Asociación Española de Socorros. Siendo Paraná uno de los centros de mayor afluencia vascongada después de la Capital, allá siguieron el ejemplo de sus coterráneos de Buenos Aires y fundóse en los alrededores de 1860 la Asociación de Socorros Mutuos Española. Estuvo entre los iniciadores mi padre, ocupando en diversas épocas sus puestos dirigentes.

El mismo espíritu de homogeneidad colectiva y disciplinada impulsaban sus actividades comerciales; por muchas décadas casi monopolizaron los comercios minorista y mayorista. Todavía por los años de 1880 al 90 los nombres de muchos comerciantes de Buenos Aires sustentan mi anterior aserto: Goyeneche, Aldazabal, Echeverría, Leguineche, Urrutia, Carabassa, Olaso (de la razón social Ayarragaray y Olaso), Jáuregui, Orúe, Elizondo, Aróstegui, Udaeta, Basabe, Apellániz. No sin cierta extrañeza, quien recorriera las calles de Victoria y Rivadavia topaba con nombres de almaceneros y tenderos, de un italiano: Devoto; de un francés: Maupas; de un suizo: Zuberbühler.

En los comienzos de 1851 abandonó mi padre la casa de Brid en Buenos Aires y fué a establecer, por cuenta propia, casa comercial en Paraná, pero constantemente impulsado de nostálgicas esperanzas para retornar a su solar de Guipúzcoa, compartidas y fomentadas por su amigo don José de Carabassa. Este escribale en 1852: "¿Por qué no volvemos a nuestras nobles aldeas y al seno de nuestras familias que nos esperan?" Y en enero 7 de 1853, cuando el levantamiento del coronel Lagos y el sitio de Buenos Aires, lo siguió: "...repetidas veces he recibido carta de mi casa, en que me encargan de parte de tu familia de Bilbao el estado de tu salud y paradero... Sabrás que Ildefonso de Ayarragaray se casó hace algún tiempo, y en la última que tengo de mi casa me dicen que ya tiene un hermoso niño; de aquí puedes inferir que esta ingrata ya se ha olvidado de mí... El estado actual de este país, como debes saberlo, es el más lamentable; hace cerca de un mes estamos sitiados por la gente del Norte, que se ha revolucionado sin saber lo que quieren; es decir, lo que quieren muy bien lo sabemos: "matar y robar", pero como todo el mundo está sobre las armas en cantones y todo el pueblo en asamblea general, no les es muy fácil la entrada, y siempre que algunas pequeñas partidas tintentan hacerlo, muy en breve se retiran por la lluvia de balas que les va encima. No se oye otro ruido que el del cañón, ni otra música que la del silbido de las balas y tambores que continuamente tocan llamada. A éstas se reducen las noticias favorables que puedo darte de este país..."

De los inmigrantes de la corbeta París, quien con más amargura se quejaba, Carabassa, fué el único que enriqueció, merced a su labor, y murió siendo banquero y millonario.

A su vez mi padre, dispuesto a fundar hogar, casó por entonces con quien fué durante cincuenta y cinco años su noble y abnegada compañera, de familia colonial y oriunda de la ciudad de Santa Fe, desechando así definitivamente las añoranzas líricas, las aspiraciones sentimentales de retornar y ver el humo del hogar de sus abuelos...

## SONETO

Si eres profundo, Amor, por qué te vales  
del lenguaje de amor, que es embustero;  
si aunque te encierres en silencio austero  
tu callar será urna de cristales?

Qué lograrás con las superficiales  
frases que halagan el amor ligero,  
si nunca te darías todo entero  
por más que te entregaras a raudales?

A qué expresarte, Amor, si tu existencia  
es total expresión, aunque te ocultes  
y nunca luminoso al mundo te abras?

Que a tu verdad le sobraré elocuencia,  
aunque en la sombra tu dolor sepultes  
y olvides para siempre las palabras.

LUIS CANÉ

el médico doctor Alejandro Brid, bajo cuyo tutelaje viajaba mi padre. En esas épocas carecían los buques de capacidad para conducir numerosos pasajeros. Con algunas docenas se colmaban.

Esperanzados rompían algunos de los viajeros los entrañables cariños familiares y hogares seculares, limpios y serenos, forjados por una raza de orígenes desconocidos por lo remotos, para penetrar en un país, por lo nuevo, de hábitos tornadizos y confusos y de anarquías elementales; peregrinos inquietos de la fortuna y campeadores de nuevos destinos, ignoraban que la fantasía es pródiga en el prometer y la realidad sórdida en el conceder! Drama pequeño, individual y obscuro—que tenía por escena la corbeta París—y que desde la Conquista hasta nuestros días se repite, por ser profundamente humano.

Desembarcaron los inmigrantes el 8 de febrero de 1850 en Buenos Aires. Apresuróse mi padre a presentar sus cartas de recomendación a los hermanos Brid, Enrique Ochoa, José Inda, Enrique Perizena, en tanto expedía a Montevideo otra carta para el clérigo Aznarriaga, del hermano de éste, que era mayorazgo y abogado, residente en Bilbao.

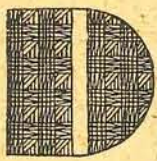
Cumplió el doctor Alejandro Brid la palabra empeñada y colocó en seguida a mi padre







# UNA VISITA A FREUD



DESDE hace algunos años, Viena es como la Meca de la psiquiatría y hay en ella dos mezquitas. Los alienistas se bifurcan hacia Wagner Jauregg, creador de la malarioterapia y ex profesor jubilado de la Facultad, y Sigmund Freud, creador del psicoanálisis y enemigo de la psiquiatría oficial. Ambos pueden ser tomados como símbolos de las dos corrientes que luchan por predominar en la medicina mental moderna: la orgánica y la psicológica. Mientras la primera busca la interpretación de las psicosis en procesos anatómicos del cerebro o del resto del organismo, la segunda intenta la explicación en el dinamismo perturbado de las funciones psíquicas conscientes o no. Aquella parece aceptar que "el pensamiento es una secreción cerebral" y tiende a someter la locura al criterio general de la medicina clínica; esta otra defiende una categoría especial para la vida psíquica y quiere mantenerse dentro de la independencia de la psicología tradicional. Esto no significa, sin embargo, que cada una de ellas comporte o suponga una posición filosófica determinada, materialista o espiritualista. Y, desde luego, en Freud menos que en cualquier otro.

En mi reciente viaje a Viena tuve una entrevista con el fundador del psicoanálisis. Llegué puntual a su "rendez-vous" "después de comer", y mientras el maestro aparecía pude observar el ambiente de su sala y su escritorio, como expresión de su espíritu. En ambas, todo es modesto y casi frío: escasos adornos de arte verdadero; muebles oscuros de líneas severas, sin estilo; dos litografías de tema mitológico con los infatigables sátiros; una vitrina llena de objetos antiguos, la mayoría pequeñas estatuas egipcias y griegas: ídolos, mujeres, animales; algún diploma, un retrato de Charcot, dedicado en 1886; otro de María Bonaparte, un tercero de una actriz francesa con dedicación que resulta una agradecida confesión, y sobre una biblioteca un busto del Dante. Al verlo pienso que como el florentino, que descendió al infierno colectivo de la sociedad, el vienés ha descendido al infierno individual del inconsciente. Yo estoy entregado a la asociación de esos dos espíritus tan diversos, que han presentado aspectos igualmente sombríos del hombre, cuando la puerta se abre y aparece un anciano sencillo, de perfil semita acentuado por la senilidad, de tinte enfermizo, sonriente la boca desviada por un tic, inquietos y lúcidos los dos ojos pequeños: es Freud. La mano nudosa y cordial que acaba de estrechar la mía me indica un sillón y nos sentamos, separados por una mesita, él frente del modesto escritorio donde ha redactado muchos de sus famosos trabajos.

Estoy ante el maestro y no sé cómo abordarlo. Conozco su obra extraordinaria, el valor moral de su vida científica, su desagrado ante la polémica, he visto en enfermos muchos hechos favorables a su doctrina, pero yo no soy un ortodoxo y ni siquiera un total convencido del psicoanálisis. Como Freud me invita a plantearle las cuestiones que desee, prefiero empezar por las más fáciles. Después de explicarle que en la Argentina el psicoanálisis apenas empieza, que carece de organización, que algunos especialistas lo hacen aislado y fragmentariamente, que él suscita, sin embargo, un gran interés en los medios intelectuales, recordamos la Sociedad del Brasil, y Freud tiene en seguida una evocación amable para el peruano Delgado, "uno de los primeros amigos extranjeros". Le refiero algunos ejemplos de mi observación, en los cuales resultó exacta la aplicación de su doctrina, y a pro-

pósito de uno de esos casos nos deslizamos hacia el tema de los complejos eróticos, selva obscura cuya topografía pretende conocer el psicoanálisis... Disculpéme la discreción de unos puntos suspensivos en esta parte de mi relato a propósito de una doctrina que en otra ocasión ya calificué de "entre científica y pornográfica".

A continuación hablamos de la constitución nerviosa variable en los individuos y su rol en las psicosis y neurosis, aspecto descuidado por el psicoanálisis a pesar de su valor genético.

—En sus obras, le expreso entonces, suele hablarse del factor constitucional, pero no aparece bien definido lo que su doctrina entiende por tal, y tampoco las relaciones entre ese elemento individual y las "constituciones psicopáticas", "desequilibrios constitucionales" de la psiquiatría (perversos, emotivos, esquizoides, paranoicos, mitómanos, etc.).

—Las constituciones anormales estudiadas por ustedes, me responde, son un resultado; ellas no son primitivas. Lo originario es un conjunto de tendencias instintivas casi iguales en todos los hombres, entre los cuales sólo hay una diferencia cuantitativa inicial y no cualitativa. Los diversos impulsos de aquellas tendencias sufren la influencia de los acontecimientos externos desde el nacimiento; se diferencian, se deforman y producen secundariamente esos desequilibrios psicóticos, aparentemente primitivos. La influencia constitucional originaria, innata de verdad, varía de grado según los casos, lo mismo que los episodios accidentales. La psiquiatría oficial toma al hombre ya hecho; el psicoanálisis lo toma en su origen y su formación.

Todo esto es la síntesis de lo que en muchas páginas ha escrito Freud con menos precisión, pero con ello no se aclara ni el vínculo patogénico entre esa constitución inicial, más o menos común, y los diversos desequilibrios bien conocidos, y mucho menos se llega a concretar los caracteres de esa entidad ultracongénita, cuyos primeros choques se producirían antes y durante el nacimiento y cuya fisiología hipotética se afirma un tanto dogmáticamente. En la cordialidad de la conversación, el gran maestro me declara que, efectivamente, en eso hay un vacío, dadas las dificultades enormes para estudiar ese período de formación psíquica, pero que el psicoanálisis terminará por aclararlo, pues él es la buena vía.

A propósito de este punto de psicología casi embriológica, tocamos el linde de algunos enigmas metafísicos y el juego libre de mis asociaciones silenciosas evoca el nombre de Bergson. Recuerdo entonces la posición bergsoniana en el problema psicológico, con cierto parecido al freudismo. Es un tema seductor y arriesgado, él desborda una conversación de especialistas, pero me decidí a someterlo concretamente al maestro: su opinión debe ser interesante.

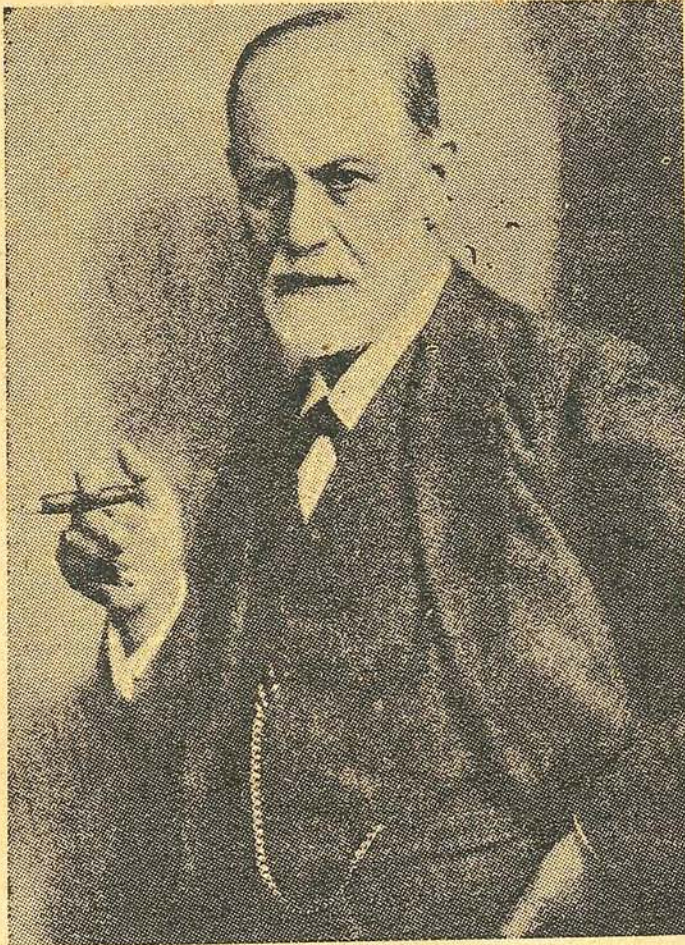
No bien he precisado mi pensamiento, según el cual la doctrina de Bergson tiene grandes concordancias con el psicoanálisis, compruebo un cambio brusco en la mímica de mi interlocutor, que niega el hecho sin disimular su poco agrado. Deberes de respeto y de cortesía me obligan a aclarar mi afirmación, pero otros deberes de seriedad intelectual me imponen mantenerla.

—Ignoro, querido maestro, si esta opinión ha sido sostenida también por otros.

—Alguien, creo, la ha escrito ya, pero es la primera vez que me lo dicen. Aprovecho la ocasión y le ruego que me con-

Esta aclaración general facilita mi situación, y estimulado con el gesto por el dueño de casa, prosigo:

—El psicoanálisis es especialmente una reacción contra la psiquiatría oficial, que estudia sobre todo los trastornos manifestados en el campo de la conciencia, en forma de delirio, alucinación, amnesia, etc. El bergsonismo significa, por su lado, una reacción análoga contra la psicología intelectualista, que estudia los procesos normales de la vida psíquica consciente, en forma de ideas, percepciones, imágenes. El psicoanálisis en patología y Bergson en psicología



Uno de los últimos retratos de Sigmund Freud, cuyos estudios han ensanchado el campo de la moderna investigación psicopatológica

crete los puntos de contacto entre Bergson y el psicoanálisis.

Sé que a Freud le desagradaba discutir sobre su doctrina—tal vez se ha cansado de hacerlo—y no ignoro que es un tanto celoso de su prioridad. Pero en tales asuntos e invitado en forma tan perentoria, considero que el hablar es un deber y un derecho. Además, en mi conciencia tengo el mismo respeto para Freud y para Bergson.

—Yo no hablo, manifiesto, de una influencia posible de la filosofía bergsoniana en la escuela psicoanalítica; creo que ambas se han ignorado, a pesar de cierta simultaneidad bibliográfica y semejanza doctrinaria. Esta doble coincidencia histórica y científica suele darse a menudo en la obra intelectual, sin influencias recíprocas. Es como si ciertos tipos de ideas afines aparecieran sólo en determinado momento de la evolución de la cultura; como si algunos frutos del espíritu maduraran en diversas latitudes cuando se produce un adecuado clima intelectual. Es lo que, posiblemente, ha pasado entre el filósofo de París y la escuela de Viena.

—A pesar de eso, la diferencia entre Bergson y yo es fundamental. El es filósofo y yo soy médico; Bergson es defensor del libre albedrío, y yo soy determinista; él propone la intuición, y yo la observación; él ignora el predominio de las tendencias intuitivas en la forma estudiada por mí mismo. Además, el método de Bergson es personal, tiene valor en él, pero carece de rigor científico, de observación; es un método místico. Por eso su doctrina es casi estéril, mientras el psicoanálisis es fecundo siempre, en todas partes y en manos de cualquier hombre capaz.

A mi vez declaro con sinceridad que no había sostenido una identificación, sino puntos de contacto: una posición semejante. No quiero insistir sobre esas y otras semejanzas y diferencias, que podrían sintetizarse así: implicando ambos una dirección filosófica análoga en psicología, el bergsonismo es una doctrina luminosa, con técnica mala, mientras el psicoanálisis es un método feliz con teoría discutible.

La asociación de ideas de nuestra plática, llevada a esas alturas inesperadas, me decide a explorar el pensamiento de Freud sobre los estudios de parapsicología o fenómenos metapsíquicos, muchos de los cuales—si son reales—parecen vincularse con lo inconsciente y podrían, le digo, ser vistos a la luz del psicoanálisis.

—Este es un plano inclinado y de investigación muy difícil, me responde. No creo que mi método pueda ser aplicado. No sé, yo no me intereso. Sin embargo, a propósito del anuncio misterioso de ciertos sueños, me he preocupado por la telepatía. Creo que ella existe

y posiblemente se trata de un fenómeno de naturaleza física especial todavía ignorada.

Después de ese breve vuelo metafísico, que no es de los hábitos ni del tipo mental del maestro, prefiero someterle dos cuestiones concretas. Es la primera, saber su opinión sobre el valor o preferencias tuyas ante las diferentes técnicas propuestas por él para estudiar el inconsciente. Según su opinión, todas son buenas, se complementan y no hay que usar una con exclusión de las otras, para poder llegar a conclusiones seguras.

La segunda pregunta se refiere a la aplicación médico-legal del psicoanálisis en la psicología de los delinquentes y en su posible tratamiento, cuestión de cierta actualidad sobre la cual había conversado en París con el Dr. Laforgue, que se mostraba optimista.

—Yo no he estudiado esta cuestión, me dice. Algo se hace en Viena, y sobre todo trabaja en ello Alexander en Berlín. Parece que en ciertos delinquentes actúa un "complejo de necesidad de punición". Yo no trabajo ya en las aplicaciones nuevas; son derivaciones de mi doctrina que otros deben hacer... Ya estoy viejo y dejo el sitio a los jóvenes; ellos siguen, yo no impongo, no soy "jefe de escuela..." Así es mejor, pues el psicoanálisis no es un dogma y está en evolución continua. Un método científico no es un sistema filosófico, una estructura del espíritu, un sistema armonioso para seducir... Lo mío no impide la libertad de los continuadores, la mayoría de los cuales ni me conocen. Mi doctrina, salida de la observación, es una fuente, una dirección fecunda, debe aún dar más... A veces pienso que ya no me pertenece...

El maestro ha dicho estas palabras lentamente; su contenido moral es profundo y su voz ha traicionado la emoción contenida en su vejez enferma... Hay unos segundos de silencio... Yo me levanto para despedirme. Freud, entonces, toma un volumen de la biblioteca. Es su libro "Ma vie et la Psychanalyse" en la traducción francesa de María Bonaparte, y me escribe su dedicatoria, como "buen recuerdo de mi visita amable". Agradezco esa deferencia y me retiro pidiéndole disculpas por las dos horas que le he tomado sin tener noción del tiempo.

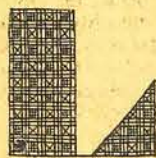
Cuando salgo de la casa en dirección a mi hotel, la calle Berggasse está vacía; marchó bajo el frío nocturno, buscando recapitular fielmente la conversación. Pienso después en el hombre, y lo que más me domina como impresión, es la grandeza de su sencillez casi humilde. Tal rasgo de su psicología me certifica su buena fe y ésta sus momentos de reacción pasional. Y medito en las ideas audaces, enormes, casi cónicas, afirmadas por él en su doctrina, para cuya defensa al principio se necesitaba o la temeridad vehementemente de un hombre escandaloso, o la resolución despreocupada de un hombre muy ingenuo. Esto último, doblado del talento, explica su obra original, y sobre todo esa naturalidad con que ha expuesto las bases más arriesgadas de su doctrina. Esta falta de prejuicios por ingenuidad facilitó la acción de su genio para descubrir una porción clandestina de nuestras almas.



NERIO  
ROJAS



## LAS BIOGRAFIAS PSICOLOGICAS DE MAUROIS



I A figura doliente y sensual de Byron da todavía tema de inspiración y de estudio. Su fama, que fué rápida como su gloria y breve como su vida, tuvo, después de su culminación deslumbrante, un período de obscuridad y de olvido. Como todo lo que surgió del movimiento romántico, perdió de pronto su brillo de meteoro, y después de haber encandilado a dos generaciones, hizo sonreír a las sucesivas. Quedó el prestigio de sus versos; pero la caravana de sus mujeres y la leyenda de sus extravagancias, después de haber sido brevario de adolescentes pálidos, cayeron pronto en descrédito. Pasó la moda con la rapidez con que empalagan las modas demasiado apasionadas. Y cuando ya parecía tema definitivamente agotado por ingleses parsimoniosos que hurgaron en sus cartas y en las de sus amigas, para convertir su vida en documento, y por latinos inflamados que cantaron a sus aventuras suntuosas y a su muerte romántica, un escritor de nuestros días vuelve a tomarlo como materia de una biografía novelesca. André Maurois, el biógrafo admirable de Shelley y de Disraeli, acaba de publicar sobre el poeta de brillo y de escándalo, dos volúmenes que suman setecientas páginas. La vasta y minuciosa obra, aparecida primero en el folletín de un semanario parisiense y lanzada luego en libro con fulminante éxito de venta, ha sido ya, apenas tuvo el tiempo indispensable de llegar a manos de los críticos, comentada en varios artículos de la prensa diaria francesa y de sus periódicos literarios. Demuestra ello la inmediata repercusión obtenida, como tenía que obtener, el último trabajo de un escritor ya tan metido en el gran público, como Maurois; pero demuestran también las primeras críticas a la vista, que el juicio con que se le recibe dista de ser laudatorio. Por el contrario, se le reprocha a Maurois, con curiosa unanimidad, que haya trabajado con material de segunda mano. Es decir, que haya escrito sus setecientas páginas sobre los datos contenidos en libros ingleses anteriormente publicados o en documentos inéditos, pero citados ya con tanta frecuencia que equivale a su publicación. Alrededor de este reparo giran e insisten todos los juicios, que parecen haber esperado la obra del escritor feliz que vende a cada nuevo trabajo trescientos mil ejemplares, con una disposición de ánimo marcadamente desfavorable. El tono invariable de los comentarios es seco; las palabras, muy medidas y la intención visible, despojarlo de toda trascendencia. Tienden todos a probar que Maurois no ha aportado sobre Byron ningún elemento inédito, ningún documento ignorado, ningún episodio, ni ningún rasgo que lo presenten a la vista del mundo, que ya se había cansado de mirarlo seguro de conocerlo, en una faz nueva de su inquietante personalidad. Y, sin embargo, y aun pudiendo ser cierto que Maurois ha construido su "Byron" sobre datos publicados y elementos relativamente conocidos, hay en su libro reciente algo que sus comentaristas no han visto o, por su transparente claridad parecería que se han empeñado en no ver, y que le adjudica un singular valor, no sólo como sutil obra literaria, sino hasta como penetrante documento de una figura y de las figuras más pequeñas que, a su alrededor, vivieron y han seguido viviendo de su luz:

el análisis psicológico, preciso, exacto y diáfano que hace de cada uno de los caracteres, del extraño, irrefrenable y voraz carácter de Lord Byron, de la fisonomía espiritual, minuciosamente detallada en todos sus rasgos, de los hombres y, sobre todo, de las mujeres, que se movieron a su alrededor y quedaron ligados a su fama, como prendidos a una órbita.

♦ ♦ ♦

De la niñez precaria en la Escocia un poco ruda de sus antepasados maternos, a la muerte espectacular en Missolonghi, pasando por las graves estancias en Cambridge, los disipados y anhelantes días de Newstead, las novias esfumadas de la adolescencia, las amantes encendidas y los salones rutilantes, el casamiento inexplicable y los amores incestuosos, las brumas británicas y el sol mediterráneo, sus poemas, briosos como sus deseos y perfectos como el arco triunfal de sus cejas, todos los episodios de la vida "inimitable" de Byron, desfilan, detenidamente evocados a través de las setecientas páginas. Son conocidos todos sus hechos, como son conocidos sus éxitos, sus escándalos, sus conquistas, sus viajes y sus extravagancias. Maurois no nos ha descubierto nada nuevo, como no podía descubrirnos ya nada desconocido en una vida en la que han hurgado varias generaciones, a la plena luz de la fama. Ciertamente, no nos cuenta nada que ya no se sepa sobre los episodios sensacionalistas que llenaron esta existencia rebelde y sobresaltada. Pero, al desfilan uno a uno de sus momentos, al llegar a cada uno de sus pasajes, todos culminantes, el biógrafo no detiene la mirada sobre el episodio exterior, sino que la ahinca en el alma de los personajes que intervienen y va haciendo surgir así, con espontánea transparencia, el móvil de cada acto, la razón de cada actitud, hasta aparecer la psicología varia en cada personaje, intricable de arrebatos y deseos, en el ejemplar más contradictorio que ha dado la raza, clara, precisa, lógica hasta dentro de su aparente ilógica, que se va leyendo a través de sus páginas como si los caracteres se dibujaran con un perfil tan nítido como los cuerpos.

Byron, el Lord orgulloso y espectacular, ilustre y réprobo era, como todos los hombres, aun los de genio, una mezcla de cualidades y defectos, llevados al máximo de su intensidad y a la manifestación más irrefrenable de su potencia. Así nos lo va mostrando Maurois, a cada paso de su vida, intensa y turbulenta. Fué un niño soñador con arrebatos de tormenta y tuvo, por sus compañeros de colegio, un hondo afecto, que conservó, hacia muchos de ellos, hasta el fin de sus días. El ídolo voluntarioso de los salones londinenses, el amante frenético de Venecia, fué antes, un adolescente tierno y romántico, que se sentaba sobre una tumba para evocar a la prima que murió niña, y acariciaba la cabeza de Mary-Ann, con pureza de novio. Si lo fatigaron el amor encendido de lady Carolina, o fué duro con Clara, la muchacha que le dió una hija, es porque ya lo encontraron cansado de no hallar la mujer que despertara sus fibras más puras, prematuramente adormecidas. Pero fué, en cambio, constante y hasta sumiso con la condesa Guiccioli, la amorosa italiana sobre cuyo busto de mármol descansó su hirviente cabeza. Conoció y cultivó la amistad, con cierta arrogancia si se quiere, como la hubieran cultivado "Child Harold" y "Manfredo"; pero, puso en ella afecto, continuidad y solicitud.

Recordó siempre a los compañeros de colegio, muertos jóvenes, como todos los que a él se ligaban, según su obsesión; fué inseparablemente amigo de Hobhouse, no obstante ser, a su lado, un espíritu ordenadamente mediocre; estimó y quiso, en la medida que le dejaba libre queriéndose tanto a sí mismo, a Shelley, a quien hasta en algunos aspectos admiró, y hasta el incómodo Hunt fué objeto de su protección, llevándolo a vivir por su



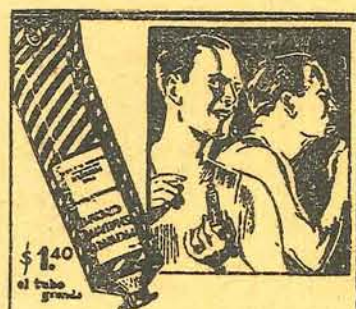
André Maurois, cuyo "Ariel" desencadenó en Europa la boga de las biografías noveladas, y cuya vida de Byron constituye el acontecimiento literario de la hora

cuenta con su mujer y sus seis hijos, sin otra reserva que recomendarle a su dogo que se comiera a los insoportables niños en cuanto se acercasen a su retiro de trabajo. En religión era menos ateo y en moral menos desprejuiciado de lo que creían sus contemporáneos, que se hacían cruces al sólo conjuro de su nombre, y de lo que le pintaron las generaciones que lo cultivaron como una "flor del mal". Buscaba afanosamente, con inquietud metafísica y, por momentos hasta con aspiración religiosa, el impensable secreto del mundo y del hombre; y solía preocuparse del juicio que en los demás producían sus actos y hasta de justificarse ante su propia conciencia. Y aun las dos más inexplicables actitudes de Lord Byron, su matrimonio efímero y su amor por la hermana, tienen, sentimentalmente, sus motivos, que completan su multiforme fisonomía, y que hallan raíces en sus fibras más íntimas. Augusta, hermana paterna, había vivido siempre lejos suyo, y recién se acercó a él después de casada con un detestable militar que no la comprendió ni la amó nunca. By-

ron, por su parte, había vivido siempre huérfano de ternura. No la tuvo del padre, que lo abandonó al poco tiempo de nacer; no la tuvo de la madre, áspera, irritable y torpe; no la pudo encontrar en la novia que idealizó y que prefirió, al muchacho de los versos sensibles, el hombre que pasaba por ser el mejor gimnasta; no podía encontrarla entre las "ladies" desaprensivas y sensuales. Cuando llegó Augusta a Londres, Byron estaba de vuelta del peregrinaje de las primeras aventuras. Peregrinaje fácil, empalagoso y superficial, que le había dejado un sabor un poco agrio. Augusta, unos años mayor que él, halagada por su fama naciente, deslumbraba por la encendida perfección de su semblante, viéndolo y sintiéndolo solo, se dió en seguida a quererlo, con amor casi maternal. Byron halló un remanso de ternura en la compañera que no se animaba a contradecirlo y que con la suave solicitud de todos los momentos lo hacía sentirse niño. Pero Augusta era joven y de nobles facciones; Byron incandescentemente apasionado, y la vida de todos los días, y la admiración, que se va haciendo culto, y la ternura que se va encendiendo en amor, hicieron lo demás. Y explica también Maurois, y está bien claro en esa segunda personalidad de Byron, en esa aspiración a proceder bien, haciéndolo casi siempre mal, su desproporcionado casamiento con Anabella, la mujer que era el polo opuesto de su carácter. Anabella era la muchacha más seria y más trascendente de todas las que iban a la tertulia tolerante de lady Melbourne. Pertenecía a ese tipo de mujeres bonitas que no encierran el mínimo interés. Era estudiosa y culta, leía religión, filosofía y matemáticas, y tenía, sobre todos los problemas del mundo, el concepto más arraigado y más solemne. Cuando recién la conoció, Byron, con su cáustica ironía, la bautizó "Princesa de los paralelogramos". Pero, de pronto, comenzó a mirarla más en serio. Hastiado de su soledad, determinó casarse. El poeta, que tenía sus prejuicios, pese al desprejuicio constante de su vida, consideraba como todos los hombres, que para el matrimonio era necesario elegir a la mujer más crítica. Sin duda lo era Anabella entre todas las que había conocido y las que le quedaban por conocer. Puesto en situación conyugal, la eligió, se casó con ella y se arrepintió desesperadamente en el viaje de bodas. He ahí cómo el tan vilipendiado casamiento de Byron tuvo su origen en una inalcanzable aspiración de moralidad. Y así todos los momentos de su vida insaciable, hasta su salida para Missolonghi y su sed de redentor, cuando ya no le quedaba otra aspiración ni otra novedad a su aburrimiento, se transparentan en el libro de Maurois, del que surge un Byron, sin duda imperioso y sensual, extraño e insaciable, pero en cuyas calumnias entrañas se filtra, de cuando en cuando, un pálido rayo de luz.

Y así van desfilando nítidamente delineados en sus psicologías, fuertes o pálidas, simples o complejas, todos los personajes que han entrado a la posteridad, llevados de la mano pálida y lujuriosa del poeta. Así el padre irascible y pasional que puso sobre el hijo ilustre la marca de fuego de sus ímpetus; la madre, áspera como las montañas de su Escocia natal, que fué el primer desencanto en el niño tímido y soñador; sus primeros maestros y sus primeros amigos, el suave y comprensivo doctor Drury, rector de Harrow, el primer hombre que conquistó el indócil respeto del discípulo, y

Mathews, ingenioso y alegre, y Hobhouse, grave y disciplinado, y Thomas Moore, el poeta de vida ordenada, amigo del poeta de las ilusiones inalcanzables, y la inmaterial Margaret Parker y la encantadoramente frívola Mary-Ann, así van pasando todos los seres que llenaron la adolescencia anhelosa de Byron. Viene después la vorágine de las "ladies", que surgen a través de las páginas de Maurois, tan distintas en sus caracteres, a pesar de ser tan iguales en sus deseos. La enloquecida Carolina Lumb y la encendida y voluble lady Oxford y, entre todas, como un monumento de astucia y de tacto femenino, la madura y siempre joven lady Melbourne, su única consejera, porque era la única que ya no tenía edad le ser su amante. Y después las dos mujeres que más han gravitado sobre su vida, las únicas que recordó en el balance de la muerte, la esposa Anabella y la hermana Augusta, admirablemente precisadas en sus psicologías tan contradictorias. Anabella, la muchacha austera que quiso tomar a su cargo el destino del réprobo, como un pastor para salvar un alma, y luego se enamoró del calumniado y puso, un momento, tanto empeño en conquistarlo como ponía en resolver un problema de matemáticas, y Augusta, la mujer de la voluntad quebrada, que en nada lo podía contrariar porque quería al hermano como a un hijo preferido, las dos tan transparentes en sus almas opuestas y tan lógicas hasta en sus actitudes más ilógicas. Y las quemantes mujeres de Italia, que entraron en su lecho renacentista de Venecia: Mariana Segatti, ardorosa y venal, hasta cuyo corazón no llegó el poeta de la cabeza ondeada; la Fornarina, fuerte y lustrada como una potranca, y la ingenua y rubia condesa Guiccioli, la última mujer de su vida y la que más tiempo consiguió retenerlo a su lado, no porque la amara más que a las otras, sino porque llegó a ella cansado del incesante deambular. En cada personaje que se va asomando a una página, surge de inmediato, junto a su físico retratado en unas líneas, su fisonomía espiritual precisando cada una de sus actitudes, midiendo cada uno de sus pasos para hacer lo que en otras biografías no son más que nombres que pasan, seres de carne y hueso que viven. Y en medio de ellos, la figura rutilante y torturada de Byron, destacándose, con prominencia de trono, como un rey absoluto entre su corte brillante y sumisa.



Si ha dejado el Hábito de Afeitarse solo, por Molesto—

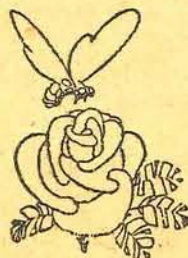
reanúdolo... pero usando Super Crema de Afeitar Mennen.

...No volverá a dejarlo porque con ella afeitarse es un placer, una delicia y una distracción.

Usar Mennen, es usar lo mejor.

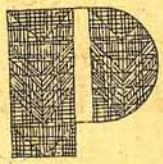
**MENNEN**  
Distribuidor para la Argentina: H. E. HERTZFELD  
Río de Janeiro 229 - 232 - Buenos Aires

OCTAVIO RAMIREZ





# • EN • LA • GOBERNACION • DE • LOS • ANDES •



**P**RESENCIAMOS una clase de lectura en la escuela de Susques. Los chicos, casi todos, saben leer, si por ello entenderíamos la aptitud de pronunciar, con la consiguiente fonética regional bárbara, las palabras que el alumno va viendo en el libro, pues lo que es el contenido no lo alcanzan. ni lo entenderán aunque el maestro se empeñe en comentarios y explicaciones gramaticales. Y es lógico, porque los textos, con sus correspondientes ilustraciones, se confeccionaron para los chicos de nuestras grandes ciudades, para los de nuestras campañas civilizadas, para niños de raza y cultura europea, como lo son todos los argentinos, para puebleritos que sueñan con el campo cuando lo ven desde las ventanillas de un vagón de ferrocarril; y para campesinos que desde el automóvil de papá divisan en la lejanía las torres de algún pueblo, mientras cruzan sembrados extensos como mares. Pero un escolar de Susques, si alguna vez vio una sementera, de fijo no fué más grande que un patio, y si alguna vez vio una vaca, no sería en la puna; y si conoció una aldea, no tenía telégrafo, ni tiendas, ni pulpería siquiera. ¡Quien haya leído mis anteriores correspondencias recordará que las aldeas de los Andes no tienen gente!

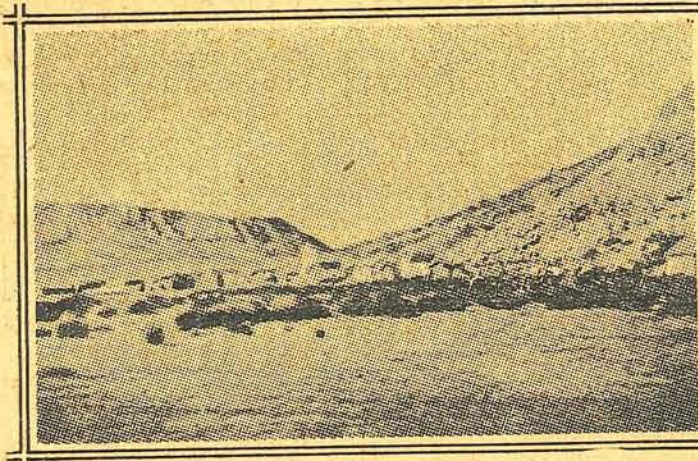
El libro supone un medio social culto, una cierta influencia de ese medio sobre el educando, el uso de un número relativamente grande de palabras que le son familiares, y el autor, con ese material previo, desarrolla temas capaces de provocar interés, reflexión, asimilación de nociones morales o estéticas. Para el escolar de Susques el texto es griego, de punta a cabo, porque su raza, sus costumbres, su capacidad mental lo colocan a increíble distancia del niño a quien ese libro está destinado. Imaginad un pedagogo que retrocediese de golpe a la edad de piedra y se obstinara en hacerse entender por un auditorio de troglodistas: este es el caso. Y no importa que los troglodistas hablen castellano, pues a más de la pobreza de su vocabulario, éste corresponde a una etapa elemental en el desarrollo de la tribu, sin contar con que el indio, hasta hace pocos años, se despachaba en su dialecto cacán, de modo que crece del instinto, de la aptitud congénita para una lengua infinitamente más formada y completa que la suya.

Nada más estéril que estos ejercicios en que las palabras se suceden con monotonía de tarabilla. Al lector, apenas se le mueven los cachetes; al auditorio, aunque la atención parezca profunda, no le interesa un tema que no entiende, y así la desgranadora verbal funciona al aire, hasta que el maestro dice basta. Si se nos ocurre intervenir, preguntar qué significa tal o cual palabra, las respuestas evidencian la incapacidad del indio para abstraer y generalizar, y si, por ejemplo, saben qué significa: "amigo", sus mentes rudimentarias no llegan a definir la voz "amistad". "El amor a la patria", la resobada frase escolar, imaginad qué intrínsecos originará en esas cabezas.

Un texto de lectura para estos collas debería de ser obra de un pedagogo que comenzara por saber en qué grado de incuria—no de miseria—, de aislamiento e insociabilidad vive el indio. Es irónico hablarle

de familia, de patria, de sociedad, de urbanidad, higiene y aliño personal, de amenas recreaciones, de las varias lindes que el texto del escolar civilizado comenta y sugiere. Si el pastorcillo de los Andes tuviera léxico definiría la familia como el grupo de gente que mora en el mismo rancho, sin que a menudo el interrogado supiera distinguir a su propio progenitor entre los varones de la casa... Examinemos su higiene y veremos que el aseo personal no puede entenderlo una gente que en su vida se bañó ni se lavó la cara, y que duerme sobre pieles, en el suelo, junto a los gatos y perros del rancho. Las prendas de vestir dejan de usarse sólo cuando el natural crecimiento

Por JUAN CARLOS DAVALOS



Vista del pueblo de Susques

del chico las jubila; y las chinitas jóvenes—que invariablemente heredan la pollera y enaguas maternales—no se las

cambian mientras las prendas no se caen solas de roña y de vejez. Ni en costumbres, ni en ideas, ni en el vestir, el colla puneño se asemeja a ese gentil escolar argentino que los textos escolares pintan, bien lavado, peinado, de pantaloncito corto, blusa marinera y corbatera a la espalda. Ni siquiera el caballo, tan nuestro de punta a punta de la República, le es familiar, y gracias si puede darse el lujo de cabalgar en borrico. Y júzguese de los resultados de la instrucción primaria, si se tiene en cuenta que el indio—apenas termina el ciclo escolar—lo mandan a cuidar majadas en las desiertas vegas nativas.

Por iniciativa del director,

—Falso, no fué así.  
—¿Cómo fué?—insisti.

Sombra de gravedad pasó por las pupilas claras de Wladek, y en su frente alta, de tipo de raza, se marcó una arruga de concentración molesta.

—Cosas del azar... En el calabozo, antro que era del infierno, pues mayores torturas que las allí sufridas por seres inocentes, ni en el infierno del Dante, ni en el mismísimo de Luzbel se conocen, un día, uno de los incontables—allí habíamos perdido la noción del tiempo—, entró capitaneando la patrulla nocturna una mujer, una comisaria. Era ella la que, levantando su linterna eléctrica sobre la frente de los condenados, decía: "Este, este, este."

Algunas veces el foco de azulada luz deslumbró mis ojos y aguardé la palabra "este"; pero varias noches la leva se hacía y la comisaria no me señalaba. Desde el momento que entró "en funciones" aquella mujer sentí hacia ella una repulsión, un impulso de abalanzarme a ella, arrancarle el revólver de la mano y descargarlo en su cuerpo menudo y pisotearlo... No era rusa, ni judía. Era una diablesa de la Checa, con ojos indiferentes y dientes caninos. Mi lucha interior me obsesionaba hasta el punto de querer matarla cada noche de la ronda. ¡Odiosa, execrable mujer! Entró una vez con la patrulla, y aproximándose a mí, echó el foco de su linterna en mi cara y dijo: "este". Me incorporé... En el silencio espantoso del sitio volví a oír la palabra "y este".

Se había detenido la loba junto a un adolescente que se arrodilló en súplica... Ya en los corredores, ordenó: "A mi cuarto con ellos y quitadles las vestiduras"... Me dejaron desnudo y solo en un cuarto con libros y ancha otomana. Entró ella, me miró escudriñadora de pies a cabeza... Avanzó...

Una intimidación impuesta y degradante me salvó la vida.

las chinitas usan melena a la garçon y los muchachos están rústicamente tusados a cuchillo. Aplaudimos la higiénica medida, pero el mismo director se encarga de desengañarnos, emprendiendo la más original encuesta que imaginarse pueda y, desde luego, la menos agradable.

El director, a la clase:

—¡Aquellos alumnos que no tengan piojos, que se pongan de pie!

Estas palabras son acogidas con un rumor de júbilo tan desfachatado como inconsciente. Nosotros sentimos un embarazo, una vergüenza íntima inhibitoria y hasta una comezón en el cuerpo, al notar que quizá, un momento antes, por descuido, nos acercamos demasiado a algún lector. El maestro, con ensañamiento, reitera la intimidación. Un pobre collita, al fin, se para; el maestro lo hace venir al frente de la clase y nos invita a cerciorarnos "de visu".

—Por ahora—dice el maestro—, después de atento examen, no hay habitantes adultos, pero adosados a los cabellos se ven blanquear las liendres. ¡Resultado que, de setenta alumnos, ninguno está exento de la plaga! Y ante la pavorosa comprobación, ante la incontrastable estadística, pregonada en alta voz, la clase vuelve a reírse, ahora con abyecto desparpajo.

El director, arrebatado en profiláctica elocuencia, espeta una catilinaria que nos recuerda las abominaciones de los profetas contra los calamitosos israelitas. ¡Tienen piojos y no los ven! ¡Tienen liendres y no las matan! ¡Para extirpar la plaga maldita sería preciso arrasar viviendas, quemar vestidos y fregar a jabón y cepillo la puna entera!

Poco después la escuela de Susques está de parabienes. El escritor Fausto Burgos gestionó en Buenos Aires, y la Cruz Roja Argentina mandó de regalo unos fardos de ropa... usada. Las clases terminan con el reparto de las prendas. En una esquina del gran patio, en el suelo, el director ha hecho un cerro de trapos y por junto al mogote desfila de uno en fondo la escuela. Cuando una chica o chico llega frente al depósito, una maestra le entrega, un poco al tanteo, cualquier cosa. Como el cerro es grande, le tocan a cada uno varias piezas. Hay que ver la cara de júbilo de un collita que ligó una gorra marinera de brin blanco, perfectamente inútil en este clima. Una chinita que lleva colgadas a las enjutas caderas el viejo pollerón materno baraja un vestido de raso negro que, sin duda, perteneció a una bataclana, por lo breve y fantástico. Otra queda encantada con un sweater de seda que, por supuesto, le servirá para pillarse una neumonía si comete la locura de usarlo como abrigo. A un chinito de cinco años le tocan, con destino al papá, unos calzoncillos cortos que el colla no ha de usar aunque lo maten. No menos cómico es el reparto de calzado, pues ni los tacones Luis XV, ni los borreguiles de serpiente, ni el charol, ni la cabritilla tendrán aceptación entre gentes habituadas a la práctica ojota y el abrigado escarpín, y así, las prendas de los puebleros irán a los ranchos para ser guardadas como curiosidades más o menos preciosas. No son calzoncillos cortos, ni combinaciones de seda, ni encajes, ni desechos de boatos urbanos lo que estos indios necesitan, sino prendas adecuadas al clima y, sobre todo, civilización.

## EL PRISIONERO (EPISODIO REAL)

dek éramos tres y a ninguno nos interesaba mucho su relato. Conterráneos de él en aquella región ucraniana, que nuestros antepasados conquistaron y civilizaron para Polonia, todos nosotros hemos perdido bienes y familiares en aquellas luchas salvajes, indecibles...

Bebíamos, fumábamos en la terracita de mi casi-choza selvática al borde del Vístula, y yo, que me sentía bien con mis amigos en el descanso dominiguero, y tengo por norma de vida no interrumpir, no cortar una hora o una situación agradables, pregunté:

—¿Y luego?

Hizo un gesto de cansancio Wladek y dijo:

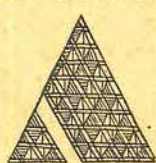
—Luego ocurrió lo que todos conocéis... Los comisarios y los carceleros insolentes; el hacinamiento en los subterráneos de la cárcel con tíficos, con locos, con viejos y adolescentes que lloran... Y cada noche, la ronda que se lleva unos cuantos del montón "al muro" donde caen a balazos o se los remata días después... Dentro, en el subterráneo, quedamos meses a veces, o años, como yo, aguardando la noche siguiente, que para muchos sería la última. No diré que es dulce esa espera de los condenados, ni siquiera el momento en que un capricho de los "ejecutores" se llevaba a un par de elegidos y nos dejaba para otra tanda...

—Pero tú te escapaste del muro—dije curioso—y corrió la voz de que se había hundido la cárcel donde estabas, y que entre escombros de la prisión y de la ciudad bombardeada te salvaste.

SOFIA CASANOVA

(Para LA NACION)

KOZIEGLOWY, marzo de 1930



COGIMOS algunos amigos de Wladek Rakowski, su regreso al país natal, pasados años de

haber perdido su familia y nosotros, las huellas de su vida. Sabíamos que sus cuantiosas haciendas de tierras en las estepas, de cara a la ciudad de Kieff, habían sido devastadas por los bolcheviques ucranianos—suerte que corrieron las de miles de terratenientes polacos allí—y que Wladek Rakowski defendió los bienes propios y los ajenos al frente de una guerrilla de sus servidores.

La mayoría de éstos traicionaron a su señor, y Wladek desapareció... Una lucha terrible dió la victoria a los revolucionarios ucranianos, quienes con razón llamaron "roja" su República, surgida entre llamas y sangre, que marcan, en la historia del comunismo ruso, a Kieff cual metrópoli del fuego y de la muerte.

Wladek nos contó:

—La desesperación me daba alientos para luchar con un par de mis criados fieles, y al fin solo, cuando me los mataron. Mi caballo y mi carabina me abrieron camino en la huida al verme perdido, pero no duró mucho mi correría; tropas que dispersaban a las bandas de facinerosos invadieron la campiña y me emboscaron... Caí en su poder y esperé los cuatro tiros del fin. Pero un oficial de buenas maneras, manos femeninas y ojos que se clavaban como puntas de clavos en quien los miraba, ordenó así a la patrulla que mandaba:

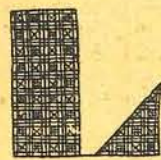
—Aquí no; en Kieff. Conducidlo asegurado con los otros a Kieff.

Yo hubiera preferido acabar allí, pues sabía que no iba a ser de rosas el camino; pero sin armas y maniatado, ni el dios Marte hubiera podido hacer lo que yo deseaba hacer entonces: arremeter con la canalla y pisarles las entrañas.

Los acompañantes de Wla-



## P O R LEOPOLDO LUGONES



LEGADA con éxito aparente por la anarquía que comunicó a los espíritus el desorden universal de la guerra, recobra visiblemente su imperio la norma vital o principio de proporción, que condicionando la estabilidad de todo conjunto, desde la abstracción numérica al montón de guijarros, y la prosperidad vital de todo organismo, tiene por expresión sintética de ambas supremas realidades, a la Belleza que así deviene inmortal.

Analizando ahora este proceso, confirmamos nuestra creencia de que la guerra fué, en efecto, el contraste de una civilización y la consiguiente iniciativa de otra, ya que sin dicha consecuencia, habríamos emprendido un regreso a la barbarie. La posibilidad de esto último, advertíase en aquella anárquica negación, como la certeza feliz define con el recobro de la norma.

Si se reflexiona, además, que el principio de proporción es lo mismo que llamamos también principio de autoridad o imperio del orden, aquel desastre fué en realidad el fracaso del liberalismo. Este sistema estraba, efectivamente, en el postulado racionalista de que la continuidad vital mejora indefinidamente las condiciones de la especie humana: proceso y resultado que formulan a la vez las sendas leyes de evolución y progreso. La experiencia científica y la crítica histórica han comprobado la falacia de ambas "leyes". En la vida de las especies, las modificaciones bruscas son tan numerosas, tan importantes y tan persistentes como las continuas. El resultado de unas y otras, es no pocas veces desfavorable y hasta mortal, ya por esterilidad, ya por degeneración raquítica o hipertrofica. Lo mismo observase en la historia de las naciones. Unas decaen por falta de natalidad, otras por natalidad frustrada; aquéllas por disminución y éstas por gigantismo. El factor degenerativo es, pues, la desproporción en el funcionamiento orgánico o en la adecuación al medio, motivada unas veces por el curso regular y otras por los accidentes de la vida. No hay, pues, ley de progreso ni de retroceso, sino progreso y retroceso cíclicos, indistintamente concéntricos y excéntricos, armónicos y discordes. La llamada ley de regresión aparente; la descripción espiral en vez de rectilínea, del progreso; la notación biológica en escala ascendente hacia el hombre, son meras ingeniosidades suplementarias. La evolución no es progresiva ni regresiva. Es circular, y en consecuencia, indiferente a nuestras nociones de posición privilegiada: arriba y abajo, derecha e izquierda...

Conforme era de esperar, así ha variado también la filosofía. Asistimos al ocaso del positivismo y del intelectualismo en que irradió su doble luz la estrella racionalista. Errando hemos depuesto el error, como dice el precepto latino; o en otros términos: racionando hemos descubierto la verdadera categoría de la razón. El ejercicio de esta facultad ha dejado de ser un programa de partido: el "ismo" liberal, para reducirse a su objeto, es decir, al control de la organización estadística que llamamos inteligencia. Y por último, la política liberal que fué la aplicación social del racionalismo, empezó a fracasar también bajo la acción de su propia experiencia. Impotente para evitar



EL RASCACIELOS MAYOR DEL MUNDO, EN CONSTRUCCION ACTUALMENTE EN NUEVA YORK

"... La posibilidad de una proyección ascendente, inconcebible hasta hoy, mediante la armazón de hierro, la ligereza del cemento y el dominio de la electricidad — escribe Lugones — satisfaciendo la exigencia económica del mayor aprovechamiento en altura, imprime al edificio el desembarazo libertador de las líneas verticales", determinando "aquella vibrante unidad que aguja un disparo de flecha en el desarrollo victorioso de la torre".

la guerra estallada bajo su imperio pacifista, el liberalismo tuvo en ella su desenlace fatal. No quedó en el inmenso desorden más que un elemento de organización al cual debió subordinarse todo: la disciplina militar. Por esto, el recobro de la norma gubernativa, empezó y continuará efectuándose sobre ella. Fué, en suma, lo que triunfó, a despecho del derrotismo liberal, infalible en su error, desde Alberdi hasta Romain Rolland, por no traer sino dos casos. Pero la patria es victoria, como el gobierno es patriotismo: realidades enteramente ajenas al internacionalismo liberal.

La historia del nuevo orden de cosas que va reemplazando a ese inmenso desorden, resalta ya en acontecimiento de irrefragable magnitud. La última elección presidencial de los Estados Unidos fué un fenómeno de reacción religiosa; y Mussolini acaba de realizar la paz católica, no sólo en Italia, sino en el mundo. La idea de patria se impone a la misma barbarie rusa. El dogma del sufragio universal o soberanía del pueblo, retrocede a ojos vistas ante la soberanía de la nación.

Pero la expresión más avanzada del renacimiento normal, no está en los dominios de la ciencia, la filosofía ni la política, sino en el campo de las artes. Estudiémoslo precisamente

en aquella cuya aplicación social amplia, directa y eficaz al propio tiempo, le ha permitido ya triunfar en el mundo.

Nadie ignora que la arquitectura contemporánea, al aprovechar los nuevos elementos de construcción suministrados por la técnica, aplicándolos con lógica natural, es decir, de acuerdo con sus condiciones propias, ha creado ya un sistema característico. Su imposición triunfal, determina ante todo por la razón económica, tan decisiva en la empresa esencialmente utilitaria de edificar, acentúa cada vez más, relegándolo de igual modo en consecuencia, el anacronismo de las construcciones correspondientes al empleo forzoso del ladrillo y la piedra, en que se obstinan algunos arquitectos — si no es más justo decir muchos propietarios — para "hacer" renacimiento y hasta gótico en hormigón o cemento armados, como si el uso adecuado del material de construir, no fuese la arquitectura misma. Adecuado a qué? Pues, a sus posibilidades y a las exigencias sincrónicas que determinan la construcción de habitar. Pues no se olvide que el objeto del edificio es siempre la habitación, desde el templo y el monumento profanos, sendas moradas de la divinidad o de la gloria, hasta el sepulcro que es "la última morada".

La franqueza de este desig-

## EL RECOBRO DE LA NORMA

nio, comporta una declaración de estabilidad descrita por las líneas horizontales en que se manifiesta la estratificación constructiva, cuya objetividad resume así la impresión de claridad en el reposo y la expresión de serenidad en la fuerza que sintetizan a su vez la estética del Renacimiento. Remonta por ahí a la fuente clásica, es decir, al paganismo heleno, que esencialmente hablando, fué una ideación geométrica conforme a la cual la arquitectura es una combinación elemental de planos y de volúmenes. Una cristalización.

Mas, al propio tiempo, la posibilidad de una proyección ascendente, inconcebible hasta hoy, mediante la armazón de hierro, la ligereza del cemento y el dominio de la electricidad, satisfaciendo la exigencia económica del mayor aprovechamiento en altura, imprime al edificio el desembarazo libertador de las líneas verticales, que por tendencia natural espiritualizan la materia en su remonte, transforman la pesadez en dinamismo, lo que es de suyo un resultado vitalizador, y determinan aquella vibrante unidad que aguja un disparo de flecha en el desarrollo victorioso de la torre. Totalizada en esa sorprendente proyección de volúmenes; subjetivada por la ideación lineal de las estrias de sombra y por la noción metafísica de los planos luminosos, la impresión acérese al impresionismo pictórico. Es, diríamos, la vegetación gótica, toda sensibilidad y esfuerzo.

Libertada así la materia del doble yugo de la pesadez mineral y del precio que encarece la tierra en los grandes centros urbanos, el edificio adquiere otro elemento capital de espiritualidad gótica en la vasta iluminación natural que es posible darle mediante inmensas ventanas; mientras el arte incorpora a su vez, como por reacción salvadora del colectivismo y del maquinismo, verdaderos demonios de la vulgaridad, otra virtud, también gótica: la caracterización nacional, resultante de la adecuación paisajista. Este es, precisamente, uno de los elementos capitales que teoriza y aplica F. L. Wright, maestro de maestros en la arquitectura contemporánea. Pues, en esto también — y ya veremos con qué trascendencia — los Estados Unidos encabezan el movimiento del mundo.

Síntesis, pues, de las dos únicas arquitecturas posibles hasta hoy en la civilización occidental: la clásica y la gótica, el arte contemporáneo incorpora a su vez otros elementos a la racionalidad de la primera. Y son ellos, por ejemplo: en ética, la eficacia social de la cooperación que es una nueva forma de equidad; en construcción, propiamente dicho, la educación informativa de la prensa, que habitúa, con su síntesis explicativa, a la apreciación de los valores esenciales; en estética, la noble y honesta desnudez deportiva, que excluye la decoración, porque en su belleza natural lo es ella misma.

Ahora bien: toda síntesis es manifestación de autoridad, puesto que significa reducción a unidad de potencia. Y por esto el gótico, en su máximo esplendor, corresponde a la magnífica síntesis cristiana del siglo XIII, como el Renacimiento a la poderosa síntesis católica del XVI. La contemporánea resume, pues, dos glorificaciones supremas de la autoridad; y por esto no ha de ser casual su coincidencia con la obra de Mussolini.

Pero hay algo mucho más claro, porque es un hecho que no requiere interpretación. La arquitectura contemporánea nació durante el decenio 1880-1890 en el barrio comercial de Chicago, mediante la aplicación de los nuevos materiales: hierro, cemento, vidrio y electricidad, que permiten economizar ganando altura. Fué, pues, un resultado experimental, ajeno a la tradición y a la academia, porque correspondía a un país de formación económica, como todos los americanos, mientras los europeos son de formación histórica. Ya he dicho en qué consisten su racionalidad clásica y su entusiasmo gótico. Por otra parte, su teoría y su estética, que han venido después a título descriptivo, tal cual es peculiar del empirismo americano, están en las obras de Wright, evangelio de la arquitectura contemporánea, vigorosísima expresión de poesía y de patriotismo. Pero su resultado directo es todavía mejor. Así, para atenerme a un solo ejemplo, mientras el mero equilibrio de la proyección vertical sugiere la vibrante exaltación de la torre mística, la descarga del muro, conseguida sobre la interna armazón de hierro, es decir, completamente a la inversa del sistema gótico que obtiene aquel resultado mediante el órgano exterior del botarel, permite la idéntica dilatación de ventanas, que sumada al antedicho efecto, logra la máxima animación de la materia, incorporándole, como el agua a la esponja, la sutileza de la luz.

Obsérvese ahora que por el lugar de su nacimiento, su propósito, su ejecución, su éxito, su teoría y su estética, esta arquitectura es un resultado capitalista. Así habrá de verse, una vez más, que como toda manifestación superior de vida, el arte es una expresión de potencia. La riqueza le es indispensable como la fuerza y el peligro a la gloria. Por esto es una quimera el llamado arte proletario. Esa arquitectura capitalista de los Estados Unidos, impónese con la mayor rapidez en la Rusia bolchevique.

La influencia que todo eso va teniendo sobre el país es ya visible. La nueva orientación científica y filosófica, relega el

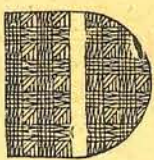


PARA AFEITAR la barba más rebelde sin irritar la tez, lo mejor es empaparla en Crema Hinds y enjabonarse como de costumbre. Haga el ensayo y convénzase.

**CREMA  
HINDS**



# EL CEREBRO DE LENIN Y LA NARIZ DE CLEOPATRA



ENTRO de unos meses, cuando lleve más adelante su estudio, le enseñaré a Vd. fotografías del cerebro de Lenin—me dijo, apurando una taza de té, el profesor Vogt, director del Instituto berlinés de Investigaciones sobre el cerebro.

En seguida se le ocurrirá al lector, como a mí, que éste sí que es un Instituto ante el cual hay que descubrirse. Cuidado con la vanidad. Ante esta clase de infiernos, al contrario que ante el infierno de la "Divina Comedia", han de abandonar toda esperanza los que no metan la cabeza después de muertos. Primero que de disección, son salas de selección. Son las salas de disección de los selectos. Están al otro extremo de las salas de disección, alimentadas anónimamente por los hospitales para que operen en bruto los aprendices sobre una cabeza o un pie, sobre un cuerpo de hombre o de mujer. De todo este conocimiento general y total de la física humana llegará el aprendiz a ser maestro especialista de una parte del individuo especializado. De un cuerpo de hombre o de mujer al cerebro, por ejemplo, de un hombre o de una mujer. Parece nada más que un cambio de artículo: "un" por "el"; es una selección maestra. En el cuerpo bruto, la parte capital; en la humanidad anónima, las personas que son como las paredes maestras en la arquitectura de la vida. En Berlín hay filósofos, teólogos, poetas, hombres y mujeres de ciencia, actrices, artistas, estadistas, revolucionarios, criminales y otros grandes delincuentes que tienen legado su cerebro al profesor Vogt o, en su defecto, a sus herederos profesionales. Y no serán llamados todos los ofrecidos. Es un buen negocio tomar a préstamo la gloria sobre una hipoteca del cerebro. Puede ser el timo de los perdigones. Los institutos de investigación del cerebro son obras de maestros sobre maestros y para maestros. Su secreto profesional está quizá encerrado, aunque sólo sea como comparación, en el cerebro del último hombre que pasa por la calle.

\*\*\*

El cerebro de Lenin no está en el Instituto berlinés, sino en el Instituto de Moscú, que el gobierno soviético ha puesto a disposición del profesor Vogt. —Es el cerebro—continuó diciéndome el profesor Vogt, lleno de entusiasmo, no sé si profesional o político—con más síntomas que he visto, en cierto modo. Frente a una situación determinada, Lenin tenía más ideas que los demás y más rapidez en las ideas. Veía más todos los aspectos de las cosas. Estaba más capacitado para ver la realidad. No era fanático; era enérgico. Extraordinariamente enérgico. Su cerebro estaba mucho más cogido por la parálisis progresiva que lo que diagnosticaron los médi-

cos. Asombra pensar el estado en que se debía encontrar ya el cerebro de Lenin cuando todavía Lenin trabajaba infatigable.

—¿Le conoció Vd. en vida? —pregunté al profesor.

—No le conocí—me contestó—; pero hay dos actos de su vida política que confirman lo

Alemania habría sido más peligroso para los bolcheviques que el triunfo de Francia e Inglaterra. Es lo que veía Trotsky. Pero el profesor Vogt no dice que Lenin fuera clarividente. El problema que plantea el cerebro de Lenin es otro. No es un problema histórico de la revolución rusa, sino un pro-

Roma y en el Renacimiento, faltándole precisamente el genio total de la creación, de manera que las ruinas de Italia no son tanto las que de Roma dejó el tiempo, como las que dejaron perdidas en el espacio los grandes artistas del Renacimiento sin Partenón (sin terminar el Vaticano, ni el mau-

Alemania ha llegado a ser la piedra de toque de todos los problemas políticos europeos. Todo lo que toca políticamente a Alemania se convierte en problema europeo. El problema político de Alemania ha alcanzado la categoría de problema previo de Europa; es más que un problema político, es un problema de filosofía política. Alemania, naturalmente, es una nación filosófica.

\*\*\*

En Alemania, ser filósofo es tan corriente como lo era antes el ser poeta en las repúblicas centroamericanas.

—Trabajo en una labor esencialmente inútil: soy filósofo—oí declarar como la cosa más natural del mundo a un señor en un café el día que llegué a Berlín, después de haber atravesado la formidable Alemania industrial.

Sería este señor un filósofo de café, pero de un café que tiene biblioteca de periódicos con un mozo bibliotecario. Y a otros dos filósofos desconocidos que se paseaban por los jardines académicos de las calles de Berlín en la imperial de un autobús, les he oído discutir el problema pascaliano de la nariz de Cleopatra. ¿Una desviación en la línea de esta nariz hubiera cambiado la línea de la historia? La nariz de Cleopatra plantea el mismo problema que el cerebro de Lenin. ¿Las pasiones y la inteligencia de los hombres, es decir, la historia, cambian ya por las pasiones, ya por la inteligencia de uno de ellos, o el caso individual no es más que síntoma de una ley general ineludible? ¿Quién hace la historia: el hombre o la masa? Desde luego, semejante planteamiento del problema es demasiado sumario y habría que tener en cuenta muchas distinciones antes de plantearlo. Lenin, que era marxista y creía en un determinismo inexorable de la historia, intervino personalmente creyéndose el agente ortodoxo de tal determinismo. Otro ruso, Tolstói, individualista, anarquista, no creía en el poder del individuo, de Napoleón, en la historia.

Concretamente, políticamente, se plantea hoy en Alemania el mismo problema del personal humano. Alemania no se ha descompuesto, se ha rearmado después de la guerra. Su porvenir parece asegurado colectivamente. ¿Estará seguro si no lo está personalmente? ¿Cuenta con guías políticos Alemania? ¿Podrá salir adelante aunque no tenga políticos? En los puntos más estratégicos de las ciencias, cuenta hoy Alemania con los hombres más dispuestos. Así deberá ser. Pero esta primacía cultural, que deja a la actividad política en segunda clase, corre el peligro histórico de que se malogren las seguridades del resurgimiento alemán por carencia de hombres, de hombres políticos, si el animal político que es el hombre es indispensable como tal (cuántas dudas heréticas) en la historia de los pueblos.

soleo a los Médicos), sin la obra definitiva de conjunto; que en la España de la Inquisición se ha nutrido la casuística más inteligente e impasible (que Pascal); que Hamlet no es de Dinamarca, sino de la activa Inglaterra, la Inglaterra de Hamlet y de los Dardanelos (en la gran guerra); que, en la razonable Francia, Santa Juana de Arco ha hecho el último milagro, el milagro del Marne, y se ha creado el último mito, el del soldado desconocido; pero si, a pesar de todo, se insiste en que Francia es razonable, Inglaterra activa, España apasionada, Italia estética y Rusia aniquiladora, entonces, siguiendo la corriente, y para comodidad del discurso, cabe decir también, y quizá con más exactitud, que Alemania es la nación problemática por excelencia.

Empieza siendo problemática como nación. Ni Alemania es ya una sola nación, ni todos los alemanes son aún nacionales de Alemania. Su vida nacional no está todavía resuelta; es un problema político, el problema político de Europa.

que llevo estudiado de su cerebro. Me refiero a su decisión, contra el parecer de Trotsky y de todos, de firmar la paz con Alemania. Y a su decisión, en pleno desarrollo revolucionario, de cambiar la política económica trazada, de empezar lo que se llamó la "nep". Son dos pruebas de rapidez en las ideas y de poder abarcar ideas opuestas.

Cuando me separé del profesor Vogt, me quedé pensando en la primera de estas pruebas a posteriori. ¿Es una prueba? Ya se discute sobre la guerra históricamente y se reconoce que acertó Lenin, para su causa, firmando la paz separada con Alemania. Acertó porque se equivocó. Acertó porque Alemania perdió la guerra. Lenin creyó que la ganaría; y si Alemania gana la guerra, ¿hubiera resultado un acierto la paz separada que hizo Lenin? Alemania estaba segura de aplastar a los bolcheviques si ganaba a los aliados; así es que utilizaba contra los aliados a los bolcheviques. No se puede negar hoy que el triunfo de

Lenin, cuyo cerebro, al decir del profesor alemán Vogt, estaba mucho más afectado por la parálisis progresiva que lo que diagnosticaron los médicos

blema de la historia universal, y hoy, particularmente, de Alemania.

\*\*\*

Si fuese verdadera la vulgar psicología de los pueblos que supone: en Francia, el genio razonable; en Inglaterra, el activo; en España, el apasionado; en Italia, el estético; en Rusia, el destructor..., cuando puede afirmarse con la misma certeza lo contrario; que la Rusia destructiva de ahora quiere ser una obra de obreros, como ya quiso ser y fué obrero el fundador de la Rusia de antes; que el arte en Italia, tan artística, fué debido a Grecia en

## CORPUS BARGA

(Para LA NACION)  
BERLIN, marzo de 1930.

liberalismo progresista y positivista al campo de la política cuyo atraso, rayano en barbarie, explicase así con facilidad. No serán, pues, los políticos quienes lo remedien, sino la nueva cultura a la que siguen manteniéndose ajenos: la cultura de la disciplina y de la eficacia, sobre la ideología del racionalismo anárquico. Piénsese en lo que significa como instrumento organizador cada uno de esos edificios gigantes donde coordinan su inteligente acción los enjambres que allí habitan; en lo que influye como elemento de orden y moralidad el deporte con su ra-

cionalidad fisiológica, sus equipos, sus capitanes, su disciplina de hierro. Pues bien: todo eso es jerarquía, lucha, conquista de la posición o de la gloria. A despecho de lo que creen los pacifistas, todo eso es también agresión, porque es la expansión natural de una especie belicosa. El recobro de la norma vital impone de suyo la política realista, que cuenta con las armas porque son instrumentos de acción, como el dinero en el banco y la oración en la iglesia.

Ninguna ideología es indispensable para vivir, y menos la liberal, basada en paradojas

insostenibles. Antes de ella, es decir, hasta menos de dos siglos ha, el mundo había vivido millares de años, unas veces peor y otras mejor que ahora. El fracaso de la anarquía no admite duda ya. La vida ha sido más fuerte que ella.

En los dominios del arte, que es siempre el anunciador, pues por condición natal le anticipa el día la posesión de las alas, el desenlace de la crisis anárquica no se limita al recobro triunfal de la norma arquitectónica. La negación de la jerarquía, en que consisten todas esas libertades negativas de una estética sin orden—pues

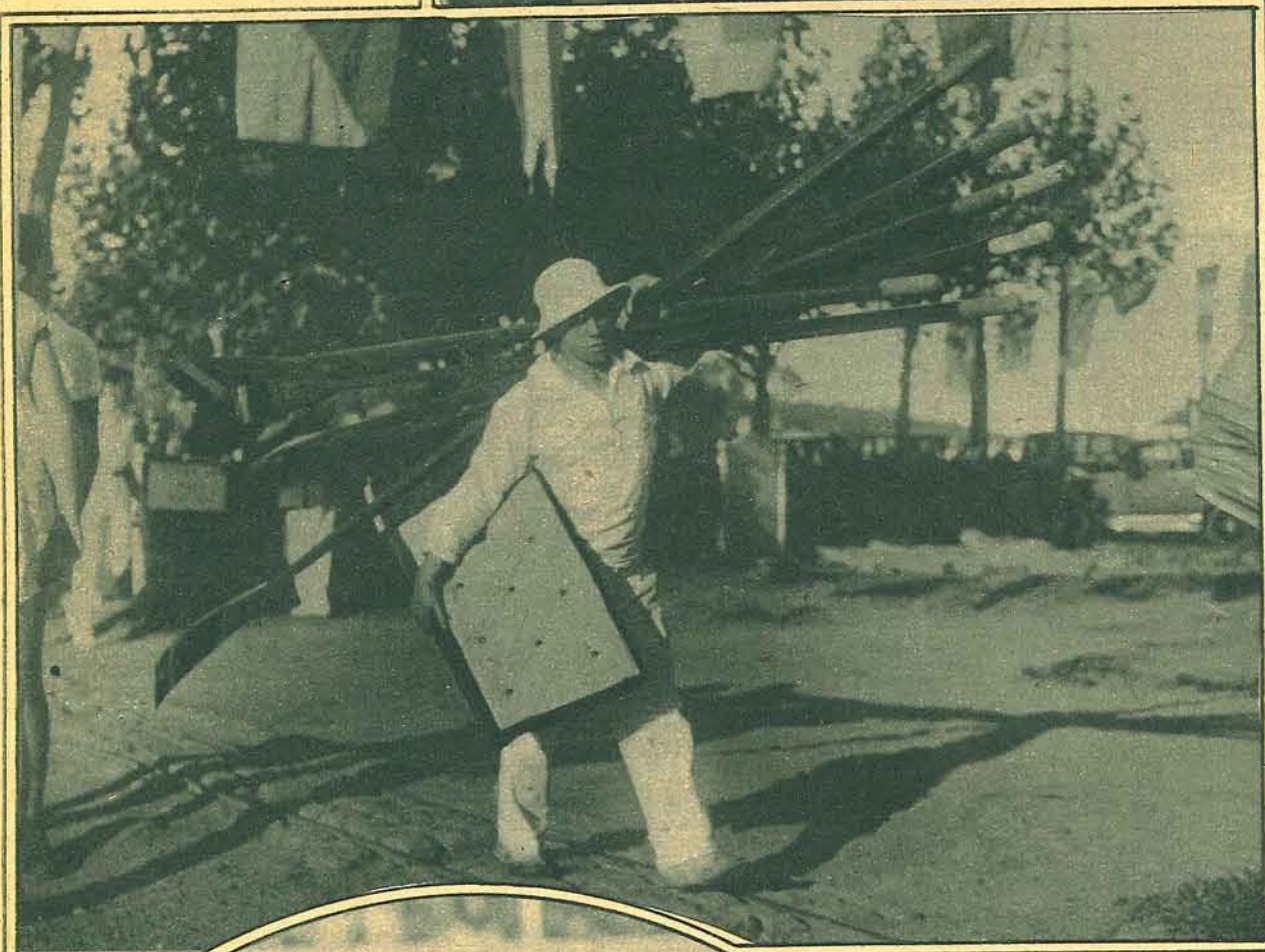
tal era la paradoja primordial—aborda en ridículo. Es que no hay construcción posible sin jerarquía, porque toda construcción es un sistema y todo sistema una manifestación de disciplina. La paradoja antitética—y antiestética—es una coartada de fracasados. Puede mantenerse como hipótesis irracional, pero no aplicarse.

Si el recobro de la norma ha empezado en la arquitectura, es porque no puede construirse, sino para habitar: designio que impone el equilibrio indispensable a la permanencia. Esta irrefragable subordinación al objeto, excluye la paradoja ne-

gativa. Por ahí, es decir, por su sana vitalidad, es la arquitectura la primera de las artes. No se edifica para no habitar o no durar. La inutilidad y la desproporción son desvarios intelectuales.

La reacción autoritaria que va pronunciándose en el país, es una manifestación de cultura. Si no hay construcción sin jerarquía, ninguna ha de requerir tanto como la Nación, que es la más vasta y complicada de todas. El igualitarismo liberal niega esta evidencia de sentido común. Sostiene que todos los constructores han de ser albañiles o arquitectos.





La difusión del rugby es cosa que preocupa a los directores de la Liga y de los clubs. La división de menores, que empieza a jugar, será algo así como una enorme incubadora. La que en proporciones más modestas funciona en el Belgrano Athletic Club ha dado ya estos risueños productos



Terminada la regata, levantado el bote, los tripulantes dejan que los marineros del club terminen la tarea de volver cada cosa a su lugar. La fotografía muestra a un marinero de club con los remos a cuesta rumbo al depósito de materiales



Un footballer, cualquiera sea el puesto que ocupe, debe saber atarse los botines; pero si ese footballer es centre-forward, y por añadidura el artillero de su bando, más cuidado debe poner en los cordones de sus botines. Aquí se ve a Guillermo Stabile, centre-forward de Huracán, dedicado a tarea tan importante

**1<sup>40</sup>**  
el tubo en la Capital

**5 Superioridades**

1. Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
2. Ablanda la barba más dura en un minuto.
3. Su untuosa espuma se conserva fresca en la cara por 10 minutos.
4. Sus fuertes burbujas soportan los pelos para cortarlos.
5. La mezcla de sus aceites de palma y oliva obra como una loción después de afeitarse.

**GOLGATE - PALMOLIVE - P&BT Ltd.**  
Sgo. del Exterio 1997 - Bs. Aires.

Sírvanse enviarme 1 muestra gratis de Crema de Afeitar Palmolive. Incluyo 5 centavos para franqueo.

..... (Escribase claro)

**CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE**

**Ahora le toca a usted**

probar la Crema de Afeitar Palmolive por nuestro riesgo!

**Millares de personas ya la están usando.**

**ANTES** de que fabricáramos un solo tubo de crema de afeitar, solicitamos el consejo de un millar de hombres. Les preguntamos qué necesitaban en materia de una preparación ideal para afeitarse. Con esta mira, nuestros químicos probaron y descartaron 129 fórmulas diferentes antes de que hallasen la que había de conquistar la confianza de los hombres.

Hace muy poco que la lanzamos al mercado. En lugar de forzar la compra, dijimos: "Pruébela gratis primero —por nuestro riesgo!". Hoy día la Crema de Afeitar Palmolive constituye un éxito rotundo en viva competencia. Millares de personas la han probado y, según nuestras constancias, 87 sobre cada 100, renunciaron a su marca anterior por Palmolive. Este porcentaje es aplastador.

¡Haga Vd. la prueba por sí mismo!

Puede que su preparación actual para afeitarse sea satisfactoria; pero también puede haber algo mejor.

He aquí una crema que le brinda una afeitada cómoda y perfecta, no importa cuán dura sea su barba y su cutis delicado. ¡Pruébela hoy mismo! Envíenos el cupón antes que se le olvide.



## CON LAS ESTRELLAS DE LA RUSIA ROJA

La actriz cosaca Maria Pavlovna Gonta, de cuyas ideas sobre el arte mudo se hace eco Arturo S. Mom

días después iba a ver las estrellas rusas, las estrellas rojas, como luego les decía.

Tomé posesión de mi compartimento, me miré al espejo y comprobé que, de acuerdo con mi teoría, estaba yo hecho un ruso perfecto. Me miré más detenidamente y me dió risa. Pero luego, ¡qué agradable sensación la de andar vestido como a uno le da la gana! Y me puse a contemplar la ciudad de Berlín, que desaparecía. ¡Qué lindo es Berlín! Los "chauffeurs" no dicen malas palabras como en París. Además, las muchachas de Berlín, aunque tengan motivos para estar tristes, siempre están alegres, nunca aceptan regalos y toman el copetín después de comer. Y me disponía a recordar algún otro detalle psicológico igualmente importante de las muchachas berlinesas, cuando en eso entró al compartimiento un caballero que llevaba un sobretodo mejor que el mío. No fué esto lo que me ofendió, sino el hecho de haberle dado las buenas noches en inglés sin que el hombre se dignara contestarme. Entonces, como yo estaba de buen humor, se las di en francés con idéntico resultado. Eso sí, el hombre me miró de una manera detenida y categórica. Iba a ser mi compañero de ca-

marote hasta Moscú. Absolutamente mutismo. "Zas", me dije, éste debe ser un agente de la Cheka. Era un tipo indefinido, aunque de muy buena presencia, y yo en vano me esforzaba en adjudicarle alguna nacionalidad. Antes de abrir una de sus valijas me miró con recelo. "Bueno, éste cree que el agente de la Cheka soy yo", volví a decirme. Me hice el ruso y seguí mirando por la ventanilla. El hombre se metió en cama y se durmió sin haberme dicho una palabra. Tres horas después supe que era un diplomático alemán... Lo primero, porque vi el sello de su equipaje, y lo segundo, porque estuvo soñando toda la noche en alemán...

Al otro día, a la mañana, el tren rodaba por los campos de Polonia. Campos y bosques nevados. De cuando en cuando una pequeña aldea, y por los caminos gente a pie, en trineo o en largos coches de cuatro ruedas. Eran campesinos que salían de las iglesias. Así todo el día. A veces el tren paraba en alguna perdida estación. Hacía un frío que rajaba el alma en los andenes. En la madrugada habíamos pasado por Varsovia. Yo estaba dormido. Sentí mucho: hubiera querido ver Varsovia. ¡Fué tan silencioso el paso! Por lo visto, la paz reinaba en Varsovia. En fin, la vi a la vuelta.

A las nueve de la noche, veinticinco horas después de haber dejado Berlín, el tren en-

Por ARTURO S. MOM

NTE todo: en el cine matógrafo de la Rusia soviética no hay estrellas en el sentido norteamericano y europeo. La cali-

dad de estrella significa una categoría, una clase de privilegio, y la revolución abolió para siempre estas cosas. La idea colectivista rechaza las jerarquías oficializadas, aun en los dominios del arte. Por eso es que en la Rusia Roja no hay estrellas. Además, en el cinematógrafo soviético las obras no se hacen para los actores, como en Hollywood, sino los actores para las películas. Por obra de tal circunstancia suele darse el caso de que el último y más insignificante elemento de una compañía asuma la responsabilidad y la vistosidad de estrella, y vaya la estrella de otro momento a ocupar esta vez el rincón más oscuro de la película. Y esto no es obra de la revolución, sino de un concepto artístico y de una práctica artística, sobre las que he oído teorizar a directores, actores y actrices con una inteligencia y claridad que nunca había encontrado en mis ya largas andanzas por los estudios cinematográficos del mundo.

No hay estrellas, pues, oficialmente, pero, como en ninguna otra parte, merecen las de la Rusia Roja el nombre de estrellas, categoría que se impone a la vista por su inteligencia, por su cultura y muchas veces también por la belleza.

Tuve el honor de recibir una invitación para visitar los estudios cinematográficos de Moscú y Leningrado. Fui recibido en Rusia con una cordialidad y afecto que obligan mi grati-

tud. Se me dieron todas las facilidades posibles. Pude ver y preguntar cuanto quise sin que jamás sintiera en nada, la mínima presión sobre mi libertad. Y lo que he visto en las ciudades citadas, así como en mis nuevas visitas a los estudios de Alemania y los Estados Unidos, en ésta y otras crónicas, una vez más, tendré la honra de contar.

### EXPECTATIVA

En París y en Berlín, algunas de las personas que estaban enteradas de mi viaje a Rusia, solían decirme que tuviera cuidado y tomara todas las precauciones posibles. Váyase con lo absolutamente necesario, me aconsejaban, no lleve libros, ni diarios, ni vaya a escribir nada desde allá; en fin, convendría que avisara a la Legación argentina antes de su partida y hasta que arreglara una especie de clave para ponerse en comunicación con los amigos de Berlín, para un caso de apuro, etc., y muchas otras cosas más por el estilo, además de chistes con respecto a cuándo pensaba volver y a cláusulas de un posible testamento. Aquello es un desastre, afirmaban otros, no va a ver nada más que lo bueno, porque no le van a mostrar lo malo; además, no hay cabarets, todo es triste, pobre, sucio, no hay tiendas lujosas, la gente viste sin elegancia, etc.

Lo curioso es que se puedan decir esas cosas habiendo tanta gente que viaja continuamente a Rusia, que va y viene cuando le da la gana, turistas y comerciantes, y no con referencia a lo que pueda haber de bueno o de malo en Rusia, ni con respecto a si hay o no hay cabarets y si la gente viste de

tal o cual manera, sino con respecto a la seguridad personal y a los peligros que alguien pueda correr de que lo encierran en alguna de las famosas prisiones y luego lo hagan desaparecer misteriosamente.

A mí se me había invitado para entrevistar estrellas cinematográficas; conozco ya bastante bien el oficio y me hacía mucha gracia pensar que por tal ingenuo motivo pudiera yo ir a una cárcel en vez de ir a un estudio como se me había prometido. Estaba seguro, además, de que no había razones serias para que la terrible Cheka dejara a LA NACION sin su cronista cinematográfico...

Como todos saben, con el nombre de Cheka se denominaba a la policía secreta de la revolución rusa, encargada de velar por su sostenimiento y liquidar a sus enemigos. En el cumplimiento de su misión adquirió una celebridad trágica, tanto que hubo necesidad de cambiarle el nombre. Ahora se llama la GPU. Pero todos le dicen la Cheka, como antes.

Yo estaba muy tranquilo. Por eso fué que, sin hacer testamento, un sábado de enero, a las ocho de la noche, tomé en la estación principal de Berlín, Friedrich Bahnhof, el tren que iba a conducirme al otro mundo, es decir, a Moscú, vía Negorelo, lugar de la frontera rusa por el camino de Polonia.

Yo me había comprado un sobretodo de pieles que era una maravilla. Llevaba una gorra de astracán y un pañuelo de seda que, además de ser una joya, era un recuerdo querido y que, ¡ay de mí!, debe de andar a estas horas adornando el pescuezo de algún empleado de la aduana polaca.

Bueno, estaba contento. Dos



### Sonríase Sin Temor

Los dientes sanos, limpios y brillantes con su lustre natural aumentan la gracia y mejoran la apariencia personal.

Debe protegerse ese tesoro tan valioso en la vida social y comercial, usando diariamente la Crema Dental Squibb. Usese, no sólo para obtener una limpieza perfecta sino como preventivo eficaz contra las caries. Pequeños residuos de alimentos se depositan en la Línea del Peligro (donde la encía toca el diente) y forman ácidos nocivos que originan las caries. Es necesario neutralizar estos ácidos para mantener sanos los dientes y encías.

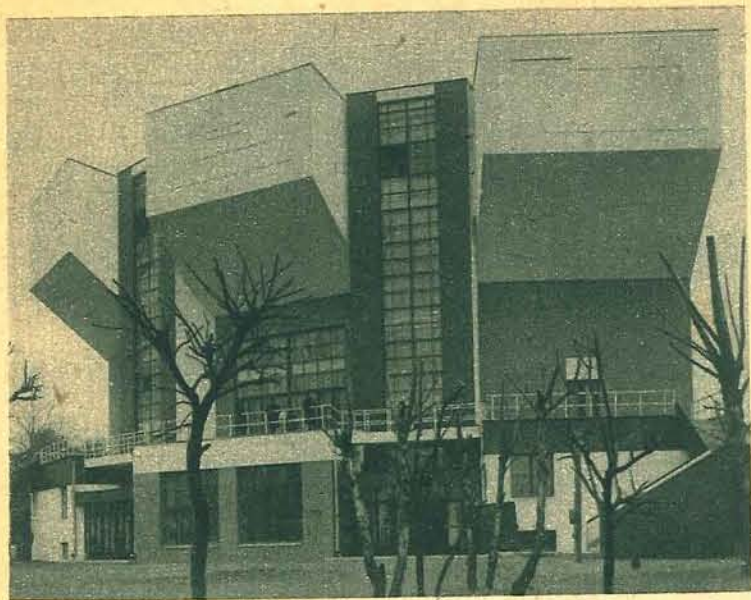
La Crema Dental Squibb contiene más de 50% de Leche de Magnesia Squibb, uno de los antiácidos más eficaces y seguros. La Crema Dental Squibb no contiene jabón ni sustancias astringentes o raspantes que perjudiquen la dentadura o las encías. Usela a diario y para mayor protección consulte a su dentista por lo menos dos veces al año.



**CREMA DENTAL SQUIBB**

E. R. SQUIBB & SONS, NUEVA YORK Químicos y Manufactureros Establecidos en el Año 1858





traba en la estación de Negoreloe. Negoreloe, ¡la puerta de la Rusia Roja! Ahora Rusia Roja y el Asia, el Asia, me decía a mi mismo, yo que suelo independizarme de las divisiones geográficas, cuando viajo, para decorar mis propias impresiones. ¡Negoreloe! Sentía una extraña emoción, el mismo tren había entrado así, de una manera casi solemne, casi como con miedo. Todo el mundo abajo, a cambiar de tren y a mostrar en la Aduana pasaportes, equipajes y cuanto se lleva en los bolsillos. Rusia Roja, tierra, nieve y hielo de Rusia Roja, que nos hacía saltar de frío en el andén. Veinticinco horas nada más y, sin embargo, qué lejos estaba ya el mundo del alfabeto familiar.

#### LA SONRISA DE LOS OGROS

Unas horas antes de llegar a la frontera rusa, el diplomático alemán, convencido ya sin duda de que yo no era un agente de la Cheka, había resuelto entrar en relaciones amistosas conmigo. Nos entendíamos en una mezcla de inglés, francés e italiano. De lo más pintoresco la conversación, sobre todo cuando él agregaba palabras en alemán y yo en español. Después resultó que también hablaba en ruso. Pero no adelanté nada con el hallazgo. Este caballero me informó luego sobre muchas cosas del país que yo iba a ver por vez primera. "No se divertirá en Moscú—me decía—, es muy triste. No hay donde ir. Las mujeres no tienen buen gusto, no son muy limpias tampoco, ni usan medias finas. Y en cuanto a los hombres, bueno, cuídese de lo que habla. Todos sufren, todos andan serios y son desconfiados". Y así seguía y seguía. Pero lo que cansaba eran los esfuerzos que hacía este hombre para hablar en francés e inglés. Todo lo que me dijo resultó equivocado y, por fin, me sirvió de intérprete en la Aduana.

En la sala de equipajes estaban los ogros. Retratos de Lenin, de Kalinin y de Stalin, y grandes carteles rojos con leyendas que yo miraba sin comprender una letra. El silencio y la luz, relativamente escasa, hacían más rara aquella sala. Los aduaneros, serios y sin hablar una palabra, revisaban minuciosamente los equipajes. Una docena de policías recorrían la sala como ensimismados. En el centro, una mujer joven que calzaba botas altas y vestía un recio capote, tocada con una gorra de paño, fumaba largos cigarrillos. Era hermosa y parecía ser el jefe. Daba órdenes muy concisas sin cambiar su actitud. De pronto se oyeron llantos femeninos. Una mujer lloraba y gritaba delante de la jefe. La jefe ni se movió: miraba cómo el aduanero, sacaba sedas y otros objetos de las valijas de la llorona. En vano lloró la llorona un rato largo. No hubo piedad para ella. Tenía que pagar una inmensidad de rublos. Me tocó mi turno. Me preguntaron ante todo cuánto dinero llevaba y luego tuve que mostrarlo. El

#### Un club de obreros en el distrito de Sokolniki (Moscú)

guardia contó hasta las monedas. Cuando se acercó la jefe, le regalé una revista alemana. Resultaron excelentes muchachos ella, el aduanero y el policía, quienes, sin dejar de cumplir estrictamente con su deber, me contaron riéndose que la llorona acostumbraba a llorar por lo menos dos veces por mes en la Aduana cada vez que le pescaban una cantidad de seda excesiva, para quien viaja por simple placer a cada rato.

Claros mirados de ojos azules y sonrisas amigas fué lo más visible que encontré en los primeros rusos rojos. Y una linda muchacha, pinta completa de revolucionaria, que echaba por tierra de entrada las afirmaciones de mi amigo, el diplomático alemán. Y ya no volví a hacerle caso cada vez que desde la frontera hasta Moscú me hablaba de la Cheka / de sus probables agentes en el tren.

Un agradable olor a desinfectante se sentía en el coche dormitorio ruso, al que habíamos transbordado. Un coche hermoso y cómodo, mejor que los Mitropa de Alemania, y donde en seguida los camareros empezaron a servir té en vasos y platos con bizcochos. El camarero, un viejo de blusa blanca, gracioso y simpático, que a mí se me antojaba un tipo de Gorki, nos hacía grandes reverencias cada vez que servía el té. No me pareció bien tanta reverencia en el país de los camareros. Por otra parte, fueron las únicas reverencias que he visto en Rusia. Eso es muy cómodo. Y a la mañana siguiente, la estepa nevada, bosques, aldeas donde siempre se destacaba la iglesia de hermosos colores, y de repente Moscú.

¡Bah!, nada más que diez y siete grados bajo cero. Primavera. Un señor gritaba mi nombre entre los pasajeros que descendían del tren. Era un funcionario de la Sociedad de Relaciones Culturales con el Extranjero, institución que, por abreviación, se designa con el nombre de Voks. Me preguntó qué idioma quería hablar y me presentó luego a ocho personas más, miembros también de la Voks y del Yuyamorg. Entre ellos había una muchacha, la compañera Helena Modjinkaya, designada para acompañarme ese día. A los pocos minutos estábamos en una habitación del Hotel Savoy rodeando una mesa donde había fuentes con caviar, salmón ahumado, esturión salado, vasos humeantes de té y botellones de vodka. Y otra vez ojos claros y sonrisas amigas que tienen la particularidad de atraer con una súbita simpatía. Intimos amigos en seguida. Uno de ellos, que me ha estado observando con curiosidad, me nota un poco resfriado, y con un estetoscopio de madera me ausculta cuidadosamente bronquios y pulmones. Ninguna novedad. ¡Bravo!, venga el celebre vodka, que voy a probar al fin por primera vez en mi vida. Y me

dispongo a paladearlo, cuando uno de los compañeros me detiene. No, no... el vodka se toma de un trago. Y en seguida comprendo la razón. Se toma de un trago porque no es agradable. Es alcohol, sencillamente, alcohol puro, un tanto rebajado. Y lo curioso es que, sin ser rico, se deja tomar con una facilidad maravillosa. Venga el vodka, pues, y vivan estos buenos muchachos rojos, de ojos claros y sonrisas claras. ¿Estos son los ogros que se van a comer vivos a todos los burgueses del mundo, los ogros que queman vivos a los popes y fusilan hermosas princesas?... ¡Qué van a ser!... Eso sí, ellos hicieron su revolucioncita y, es claro, la cuidan...

#### LOS SOLDADITOS DE TROTZKY

Los principales estudios cinematográficos de Rusia, en la actualidad, están en Moscú, en Leningrado y en Odessa. La cinematografía soviética es una industria del Estado, lo cual no impide que haya diversas compañías que trabajan con absoluta independencia unas de otras y hasta con un criterio completamente distinto.

En Rusia a los estudios se les llama fábricas, palabra que se pronuncia exactamente como en nuestro idioma, y kinofábrica es la palabra que equivale a estudio cinematográfico, es decir, fábrica de películas.

El hecho de que el cinematógrafo sea en Rusia una industria del Estado ofrece fundamentalmente una gran ventaja y una gran desventaja. La ventaja está en que sus grandes realizadores tienen a su disposición extraordinarios elementos, ejército, armada, grandes masas obreras, etc., y el apoyo inmediato de todas las instituciones del país. Y la gran desventaja está en que el criterio oficial, pesa demasiado sobre la índole de las producciones, un gran porcentaje de las cuales debe responder a las ideas políticas, circunstancia que trabaja la obra de artistas y realizadores.

Y de esta situación derivan en mucho las fallas que, junto a sus valores incomparables, ofrece la cinematografía de Rusia.

Hacia apenas unas horas que había llegado a Moscú y ahora íbamos en un automóvil camino de los estudios de la Mechrpom Film, donde en esos momentos trabajaba el famoso director Pudovkin. Debido a la humedad y al frío el coche estaba completamente cubierto y a través de la mica de las cortinillas apenas podía ver la ciudad.

Silencio y una multitud de gente a pie por las calles fué la primera impresión característica que me ofreció la capital soviética. Silencio de bocinas, de campanas, de gritos, silencio también de zapatos y botas de goma sobre calles lisas, enmaderadas, asfaltadas o empedradas. Muy pocos automóviles pero muchos tranvías y ómnibus, de lo mejor que pueda verse en cualquier gran ciudad del mundo, aunque tranvías y ómnibus que apenas si se les oye. Y destacándose junto a los edificios antiguos de tonos muy suaves, rosados, celestes, las moles firmes, rectilíneas, solemnes, cuadradas, con una impresión directa de fuerza bien asentada, de la moderna arquitectura. Idealización de las fábricas, unas veces, y otras, con una manifiesta tendencia cubista, las formidables construcciones nuevas, algunas de un gris muy oscuro, obedecen, según mi personal interpretación, a un deseo de dar a lo nuevo el aspecto de cosa definitiva y potente. Y luego, ¡qué extraño contraste la maravilla de las torres de oro en las iglesias de colores, las esferas de oro y las agujas de oro de los antiguos artistas rusos y bizantinos!

Tabarich Helena Modjinkaya, mi acompañante, comentaba rápidamente la clase y destino de

los grandes edificios nuevos que íbamos viendo. Tabarich Modjinkaya, que es una apasionada comunista, hija y nieta de revolucionarios, comentaba con especial interés y entusiasmo, las obras del gobierno soviético. "Tabarich" quiere decir compañero o camarada y es el trato usual en Rusia para hombres y mujeres. Allí todos son "tabarich". Las palabras señor, señorita o señora, desterradas por la revolución, concluyen por resultar fuera de tono y al rato ya anda uno diciendo "tabarich" a todo el mundo.

De pronto el automóvil se detuvo en una esquina. Era que cruzaba la calle una compañía de soldados del ejército rojo. ¡Ah, los soldados rojos! Me bajé del coche para mirarlos. Agueridos muchachos, la flor de la juventud rusa. Me había imaginado a los soldados rojos brutales y téticos, de oblicuas miradas y fusil en alto, revólver al tiro y bayoneta desnuda. Nada de eso. Muchachos rosados a quienes la gente contempla con orgullo sonriente, muchachos que luego uno ve por todas partes en franca confraternidad con todo el mundo. Cascos forrados, capotes que llegan hasta el suelo y las re-

cias botas que resuenan sobre el pavimento en paso al compás. Nadie los manda, van solos, en filas perfectas, cantando una canción revolucionaria que suena al compás de sus pasos. No llevan armas, pues sin duda vuelven a los cuarteles tras de algún ejercicio.

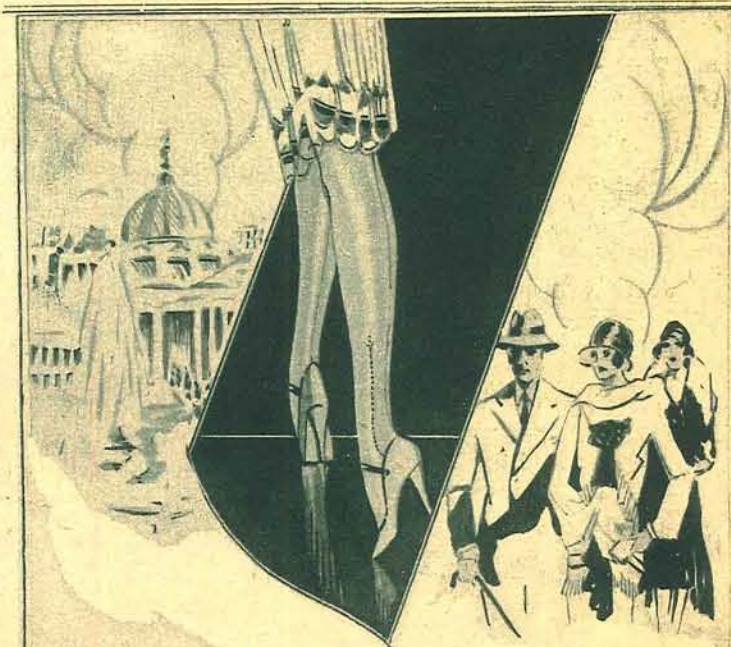
Son los soldaditos de Trotsky, poderosos guardianes ahora de la nueva Rusia, sucesores de aquellos soldados harapientos, destrozados y jadeantes de los primeros días de la revolución, de aquellos soldados que entre ataque y ataque aprendían el alfabeto y que despedazaron a las expediciones contrarrevolucionarias.

Son los soldaditos de Trotsky, a quien no se nombra en Rusia, porque en Rusia no se nombra para nada a Trotsky ni se ve por ninguna parte un retrato suyo.

—Esta es la obra de Trotsky—digo a tabarich Modjinkaya.—Oh, no, no, qué esperanza—se apresura a contestarme—

—De manera que usted no quiere a Trotsky, tabarich Modjinkaya?

—Absolutamente—me contesta—. Trotsky es un pequeño burgués contrarrevolucionario. Y es que Modjinkaya, co-



### ...“FAMOSAS” POR SU CALIDAD...

como por su elegancia, duración y economía”.

Es el elogio máximo para las Medias París.

He aquí algunos precios de las mismas:

Artículo 48 — De pura seda natural, con cuchilla calada y en colores de rigurosa moda ... \$ 5.20

Artículo 44 — En seda Nipón, con cuchilla calada, colores de moda ... \$ 4.20

Artículo 42 — En seda Nipón, con cuchilla calada, en colores de actualidad ... \$ 3.60

# PARIS

MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños

Fabricantes:

N. MUÑOZ SAUCA y SALZMANN

Distribuidores al por mayor:

LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273  
STAUDT & Cia. S.A.C. — B. de Irigoyen 330



VENTA AL DETALLE:  
En las principales casas del  
ramo de toda la República.



mo buena comunista militante, cree en lo que el partido ordena creer y combate lo que el partido ordena combatir. Y como Trotzky está desterrado por el partido...

### LAS DISERTACIONES DE MARIA PAULOVA GONTA

Los estudios de la Mehrabom Film funcionan en un local que fué en tiempos del zarismo un gran casino y restaurant aristocrático. Algo conservan todavía sus dos inmensas salas principales, de su antiguo carácter. Decoración Luis XV y palcos de las orquestas. Esos palcos vacíos, vacíos para siempre, descubren a poco de mirarlos atentamente, una sugestión trágica.

Antes de entrar a los locales públicos en Rusia hay que pasar por el guardarropía. En ninguna parte he visto tantos guardarropías como en Rusia. Hay que dejar en ellos abrigos, sombreros, etc. No sé si es una costumbre o una obligación, pero tiene el aspecto de obligación. Una vez, en Leningrado, en la Casa de la Cultura, nos hicieron volver luego de haber subido dos o tres pisos por una escalera, para dejar los abrigos y sombreros en el guardarropía. Por cierto, son gratis, cosa que no sucede en Alemania, por ejemplo.

Hay un hombre que está de pie mirando contra la luz de los grandes focos un trozo de película. Lo rodean diez o doce soldados. Tiene los ojos y los cabellos castaños claros y viste una blusa de cuero con cierre de metal. La decoración donde se trabaja está constituida solamente por una puerta de casa burguesa, frente a la cual un soldado está en actitud de profundo ensimismamiento. El hombre de la blusa, de rostro pomuloso y vivo, es el famoso director cinematográfico Pudovkine. A él se debe "La madre", película inspirada en la novela de Gorky, "El fin de San Petersburgo" y "La tempestad sobre el Asia". La última de estas películas basta para consagrarlo entre los más grandes cineastas del mundo. Esta celebridad, a quien en los círculos intelectuales rusos se considera, junto con Einstein, un maestro de la pantalla, deja inmediatamente su trabajo para atendernos. Lamenta poder

mostrarme solamente escenas de detalle, y se me queda mirando con una sonrisa simpática cuando le digo que eso es precisamente lo que me interesa en él.

Los rayos de los reflectores caen sobre el soldado y la puerta. Entonces el director, junto a la cámara, comienza a observarlo detenidamente. Todo lo que en ese momento dice Pudovkine y hace el soldado ha resultado tan claro que hasta he tenido la sensación de entender las palabras en ruso que se pronunciaron. El soldado había dado tres golpes y cuando la puerta se abrió y el soldado se quedó en suspenso, mirando a la supuesta persona que lo recibía, se vió clarísimo en su expresión que iba a dar una mala noticia y que en ese instante sentía un terrible dolor al darla. Detrás de aquella puerta seguramente había una madre. En efecto. Nunca he visto una cosa tan extraordinariamente clara.

—Es que tiene usted un excelente artista, tabarich Pudovkine.

—No, éste y todos esos que usted ve son soldados verdaderos, soldados del ejército rojo. Yo no trabajo con profesionales, hago mis intérpretes de acuerdo a la índole del personaje que necesito. La única excepción entre los que están presentes es tabarich Chistiakoff, ese sargento que ve allí.

El sargento Chistiakoff al sentirse nombrado se acerca. Es idéntico a Gorky, al Gorky de hace unos pocos años.

El director Pudovkine debe continuar su trabajo porque tiene a sus intérpretes listos para la obra. Y quedamos en que al otro día iré a su casa, para hablar largamente.

Desde que he entrado a los "sets" oigo una voz que grita de cuando en cuando: "Priegatovili, náchali", alargando las sílabas. Es la voz del joven director Ek, que está bajando junto a los "sets" de Pudovkine. Me acerco al escenario de Ek en el preciso instante en que tras de las palabras citadas, unos treinta actores, hombres y mujeres jóvenes, comienzan a cantar y bailar al son de dos acordeones. La escena, que se desarrolla en una taberna de infima clase, simula una orgía. Pasan de



Una escultura de Schadr representando al proletariado

mano en mano las botellas de vodka y se llenan de turbias expresiones y risas grotescas los rostros de los actores.

Aspecto de vicio e infamia en la escena y en las gentes. La figura de una joven rubia que toca el acordeón se destaca en el grupo. Es un rostro fino, de grandes ojos azules. Sus gestos de cinismo y ebriedad se acentúan al son del acordeón que toca. Unas botas claras que le llegan hasta la mitad de la pantorrilla, la pollera muy corta, que se levanta con sus movimientos, deja ver las piernas desnudas; casi integra las piernas; las ropas deshechas, apenas un corpiño cubriendo el pecho, y mucha joyería barata, completan el aspecto de aquella belleza depravada.

Yo me he quedado mirándola durante más de una hora. No hay duda de que es una real artista la chica y que está desempeñando magníficamente su papel, un papel de medida para ella, según me digo intilmente.

"Priegatovili, náchali" otra vez. La primera palabra quiere decir "prepararse" y la segunda, "andando". Equivalentes de las mismas voces, más o menos, en todos los estudios del mundo.

No me ha mirado de muy buena gana la hermosura depravada esa, cuando la llaman para presentarme. Habla francés y comprende el inglés. Se llama María Gonta, María Paulovna Gonta, como me dijo después. Ha cursado brillantemente los cuatro años de la escuela cinematográfica de Moscú. Explica, con un modo muy seco, que la película reproduce aspectos de la vida de los atormentados durante la revolución invadieron Moscú. Los atormentados llegados de todas partes de Rusia, que luego se entregaron al vicio y al latrocinio y cuya presencia constituyó uno de los grandes problemas del Soviet. Había más de cien mil en Moscú. Ahora no queda ni uno, desaparecieron y se transformaron en los asilos especiales, creados para ellos, con una eficacia sorprendente. Un arraigado sentido de salvaje libertad y una curiosa inclinación al mal hizo de estos atormentados, varones y mujeres, algo así como una plaga impresionante. La película muestra la obra cultural del Soviet en ese sentido. Algunos de ellos, ya completamente transformados, están trabajando ahora en la obra para más realismo.

María Paulovna Gonta ha sido uno de ellos, pienso entonces.

Durante tres días consecutivos frecuenté el "set" de la actriz, que tenía a su cargo

el personaje femenino central de la historia. Me esquivaba de una manera visible. Un día hice a Pudovkine un franco elogio de ella, mientras la mirábamos trabajar. Al poco rato vi que el gran director hablaba con ella. Al terminar su labor, María Gonta se me acercó:

—Muchas gracias por el elogio que ha hecho de mí al compañero Pudovkine. Yo admiro y quiero mucho a Pudovkine y somos muy amigos. Puedo ir esta noche a su hotel para cenar y conversar con usted. El me lo ha pedido.

Debi tardar bastante rato en reconocer a aquella criatura, que en el salón-comedor del hotel vino hasta mi mesa con una hora y media de retraso. La melena rubia, peinada hacia atrás, el rostro pálido y fino, finísimo, apenas retocado en los labios y en los ojos azules, entornados, de una profundidad tierna y dolorida. Un vestido de lana celeste, liso, absolutamente liso y sencillo, y el cuerpo esbelto de un andar reposado y seguro. Entre aquella belleza depravada de la "fábrica" y esta exquisita espiritualidad había un abismo tan grande que bastaba para perfilar de golpe la gran artista que hay en María Paulovna Gonta.

—Me doy cuenta, usted siempre creyó que yo era como el personaje de mi "rol" y lo sentía mucho.

—No tanto, Miss Gonta, pero...

—Le ruego que me diga "compañera".

—Muy honrado, tabarich Gonta. Y le pido disculpas.

—Lea ella tranquilamente el menú mientras yo la miraba.

—Tabarich Gonta, usted es...

—Iba a decir una princesa.

—No, no, yo soy una cosaca. Soy de Ucrania, del país donde los hombres volvían de la guerra con una mano cortada y en la otra revoleando la espada. Soy cosaca.

María Paulovna Gonta fué la más grande amiga que he tenido en Rusia. Criatura admirable por su inteligencia y por su espíritu, sabía ganarse la admiración y el respeto de una manera inmediata. Había sufrido mucho en su vida, y en los atardeceres, siempre tenía fiebre. Para ser lo que era debió luchar mucho y realizar esfuerzos y pasar privaciones terribles, trabajando mucho para vivir y poder cursar sus estudios artísticos. Tenía una predilección apasionada por la pintura moderna. Disertaba sobre arte y letras con una actitud de autoridad y una entonación de voz que hacían de su conversación un verdadero espectáculo de interés y de gracia.

No sé con qué motivo ha-

blaba un día de Maurice Barrés. La interrumpí para preguntarle si conocía tal pasaje de tal libro del gran escritor. Entonces me dijo, lo más serio:

—Cuando yo hablo de un autor es porque conozco todo lo que ha escrito. Si no, no hablo.

Tendrá unos veinticinco años, tabarich Gonta. Ama profundamente a su Rusia, a su Rusia nueva. Solíamos pasear en trineo por Moscú y los alrededores, de tarde y de noche. A veces, cuando estaba melancólica, recitaba en ruso poemas de Puchkin. Y cuando estaba contenta cantaba hermosas canciones cosacas que terminaban por ponerla triste.

Vivía sola, como la mayoría de las muchachas rusas. Hablaré algunas veces más de ella porque me enseñó muchas cosas de Rusia y no he conocido en todos los ambientes cinematográficos de Europa y Estados Unidos una actriz que pudiera aventajarla ni remotamente en inteligencia y en conocimientos.

El actor cinematográfico—dijo la primera vez— para realizar el ideal de verdad y reflejo directo de la vida que debe ser la obra cinematográfica, debe poseer un tipo representativo de toda una clase social. Es lo que yo llamaría actor delegado. Chistiakoff, por ejemplo, es en ese sentido, un verdadero hallazgo de Pudovkine. Puede hacer un papel de soldado, como de campesino, como de obrero ruso y siempre se verá en él un tipo exacto de la realidad. Y de ahí saldrá la emoción de sus caracterizaciones, porque serán un reflejo fiel de la verdad. No se puede, ni se debe mentir en el arte. Y nosotros no tenemos el derecho de imponer una personalidad simplemente original a la pantalla, una personalidad sin transcendencia social. Yo, que de ninguna manera poseo el tipo de actor delegado, hablo así contra mi propio interés, pero de acuerdo con mis ideas y con mi conciencia. Y pretender imponer un tipo sin las virtudes del actor delegado es un gesto de vanidad que no debe tolerarse. Pongo toda mi alma en mi trabajo y por eso sufro y me debilito mucho. Pero mis íntimas aspiraciones son las de llegar a ser director. Hay artistas y hay figuras. Gloria Swanson es una artista, Greta Garbo es una figura. Si usted se fija y analiza bien a Greta Garbo, tendrá que convenir conmigo en que detrás de su cara, cuando trabaja, no hay nada. Poner tipos de belleza solamente en la pantalla es un error. ¿Quiere decir, entonces, que sólo las mujeres hermosas y los hombres hermosos tienen una historia en la vida? ¿Y que los que no fueron hermosos nunca vivieron nada digno de contarse? Solamente la cinematografía rusa realiza en la actualidad ese ideal de cosa verdadera. Por eso es que no caben en nuestro ambiente las estrellas oficializadas.

Muchas veces habló de estas cosas María Paulovna. Ponia un entusiasmo curioso al disertar sobre sus opiniones artísticas. Ha escrito argumentos y ha dirigido películas cortas.

La tarde que desde un trineo, en las colinas de Lenin, donde se domina el panorama de Moscú, mirábamos las torres de oro esplender con los últimos rayos del sol, vi llenarse sus ojos de lágrimas. Quién sabe qué cosas recordaba. Además, ese día había estado muy preocupada.

—Yo no debo llorar—dijo de pronto, tras un movimiento de reacción—. Yo tengo que ser más fuerte que mi pena.

Jamás le pregunté nada respecto de ese dolor que solía absorberla por completo y que llevaba siempre patente en sus ojos hermosos.

—Yo no debo llorar—repetía tras de largos silencios.

Y alzaba su mano pálida y alargada.



**Impalpables, adherentes, invisibles. Matizan y refrescan el cutis. Huelen a jardín.**



Use usted

**POLVOS TRINI**

del tono que prefiera.

PERFUMERÍA GAL

MADRID - BUENOS AIRES  
LONDON - NEW YORK

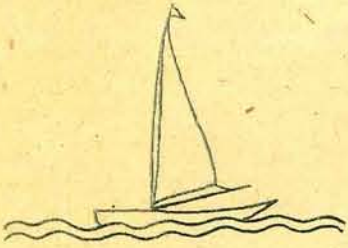
CAJA

\$2

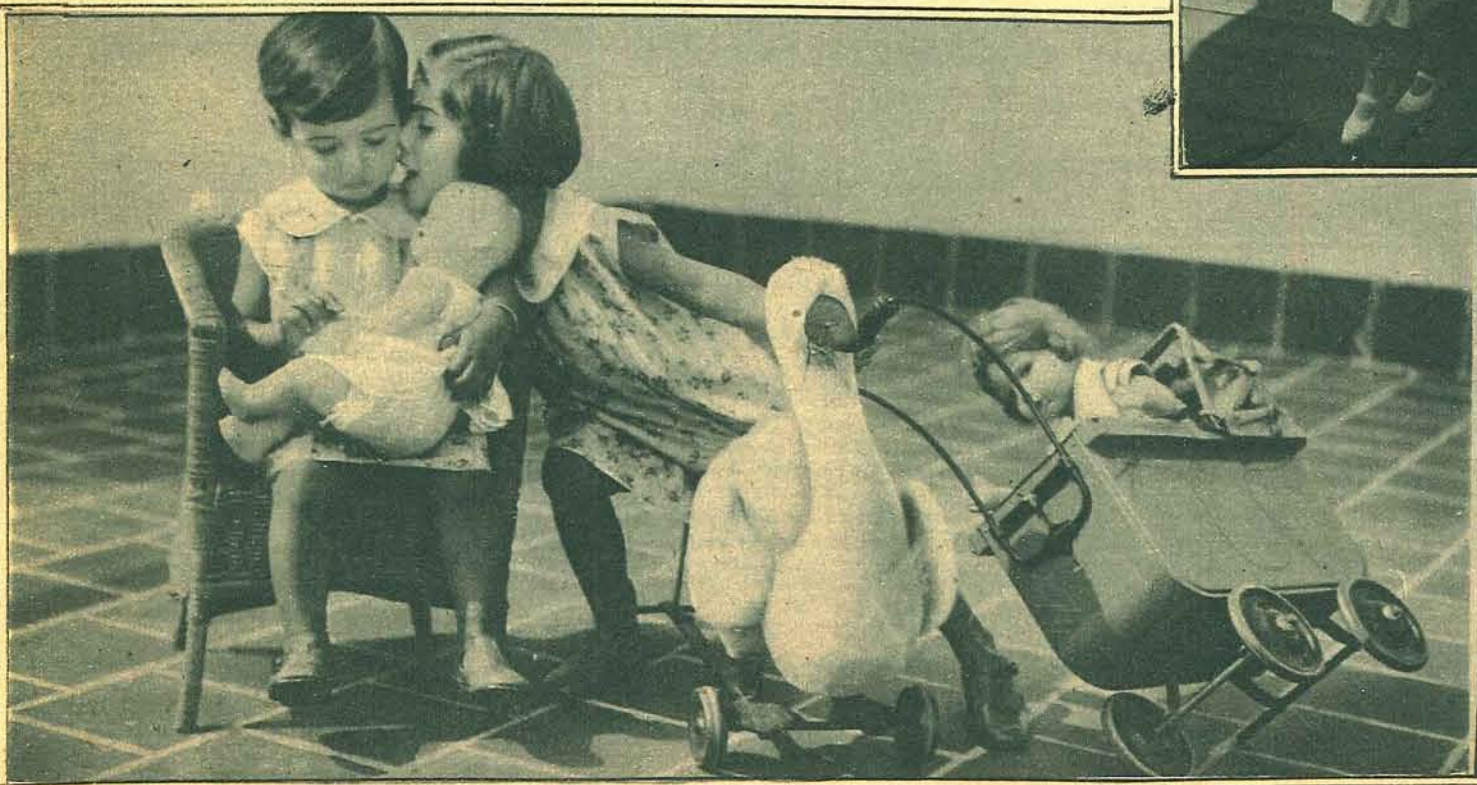


# Film Social

Un interesante cuadrillo hogareño.  
Las señoras Clotilde L. de Palacios  
y Clotilde Palacios de Gonnet, y las  
señoritas Felicia Astigueta y Maria  
Ivonne Gonnet.



D. Ricardo Pirovano y Lezica ofreció un  
paseo a bordo de su yate "Cume-Có". Al-  
gunos de los concurrentes sobre cubierta:  
Rafael Pando Carabassa, Ignacio Zuber-  
bühler, Eduardo Elizalde, Manuel Green,  
Josefina Artayeta, Carmen Cossio, Luis  
Aldao, Luisa De Bary, Elvira Ayerza, Jor-  
ge Lamarca, Susana Vivot, Manuel Ro-  
driguez Alcorta, Horacio Tedin, Ricardo  
Pirovano.



Otra escena del mismo paseo. El-  
vira Ayerza, Petrona Pirovano, Su-  
sana Vivot, Carlota Pirovano, Rafael  
Pando Carabassa, Carlos Demaria  
y Carmen Cossio.

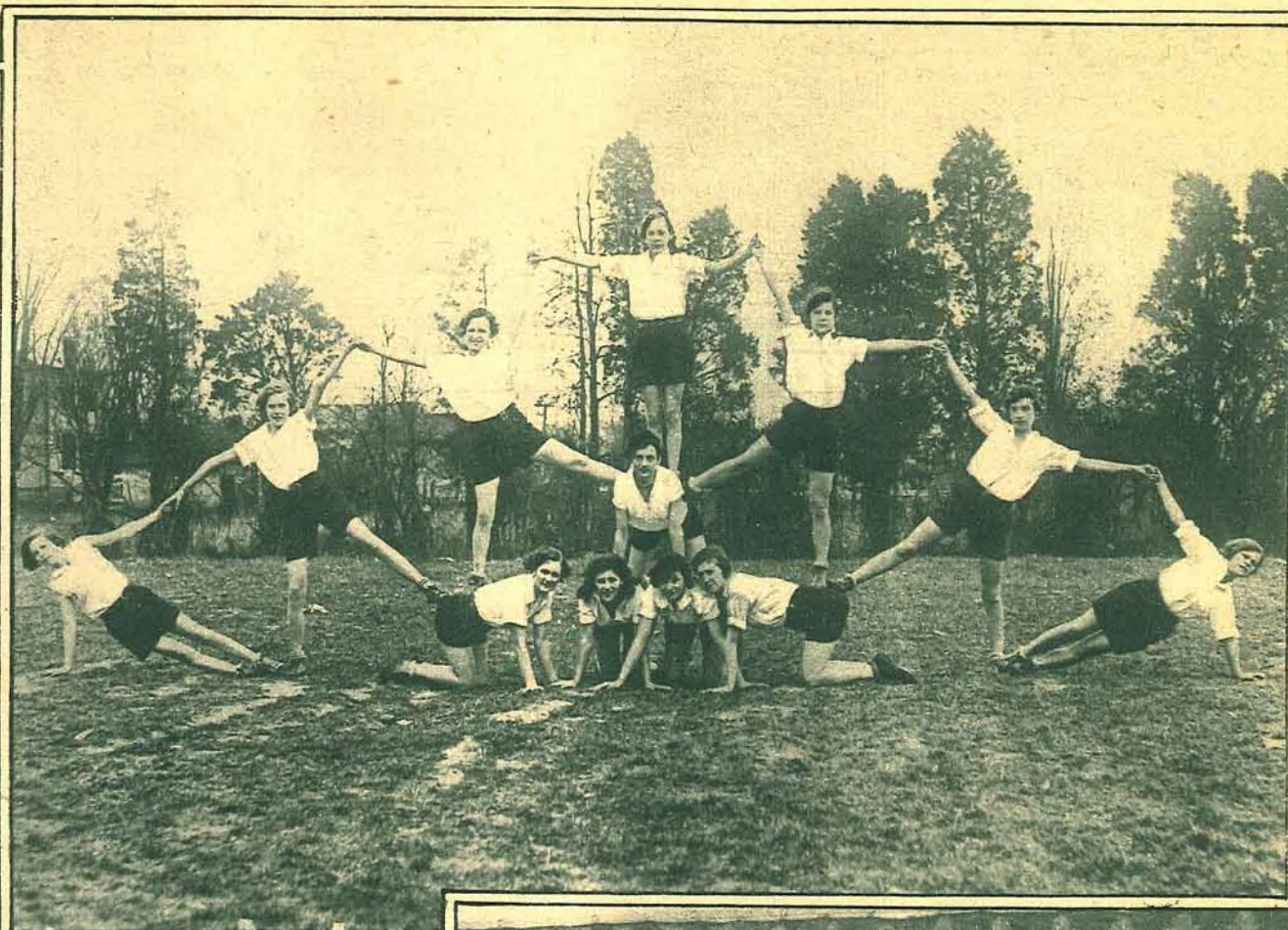


M. Teresa y Marta Virasoro Tuc-  
kermann.

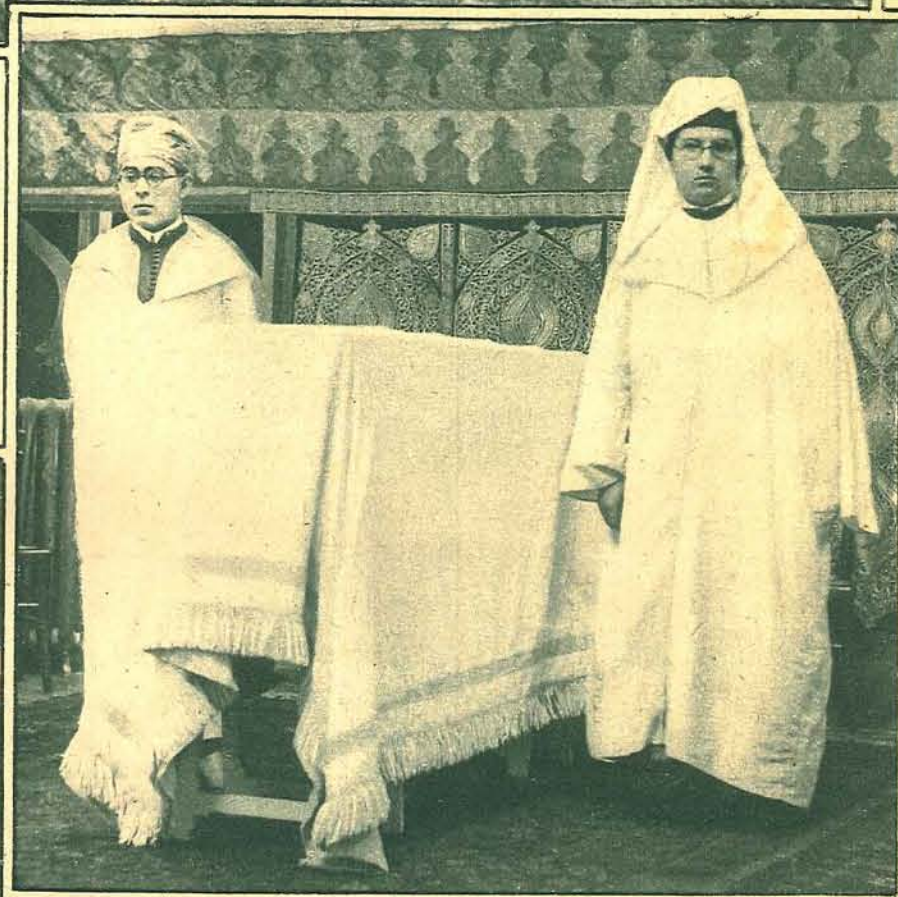




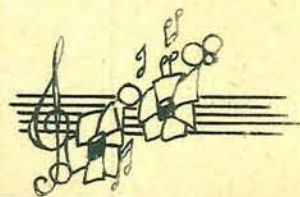
La señorita Mielotte Medelsky, belleza húngara que representa a su país en el concurso internacional de Viena.



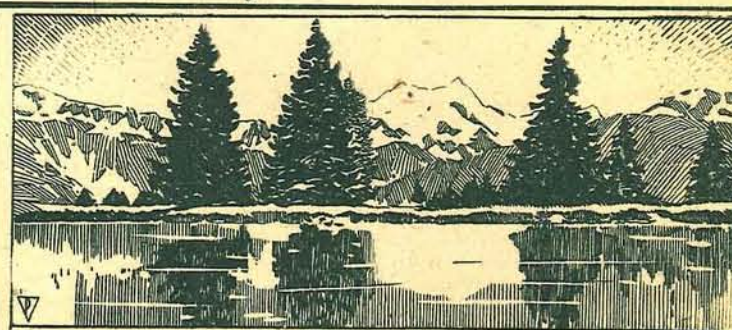
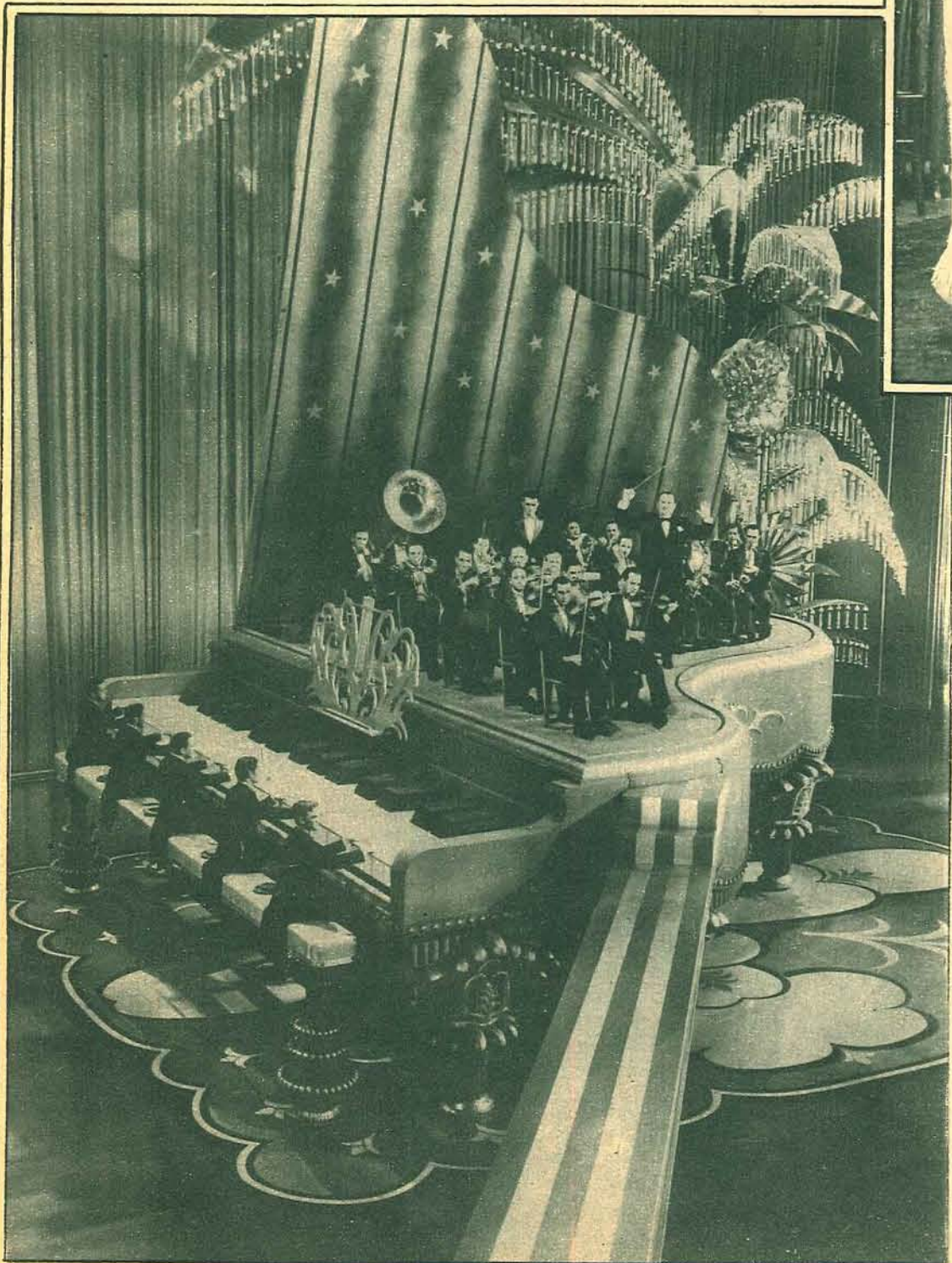
El team acrobático femenino de la Escuela Superior de Washington. Lee de Cherydale. Estados Unidos, realizando uno de los ejercicios gimnásticos que forman parte del programa de cultura física del centro docente.



Una original y humorística fotografía del conjunto musical del popular artista norteamericano Paul Whiteman, conocido universalmente por el título de "El Rey del Jazz".



Los funerales de Ahmed Mirza Khan, ex Cha de Persia, realizados en la Mezquita de París con arreglo al rito musulmán.



**MONTANA**  
VERMALA SUIZA  
1500 - 1680 M.

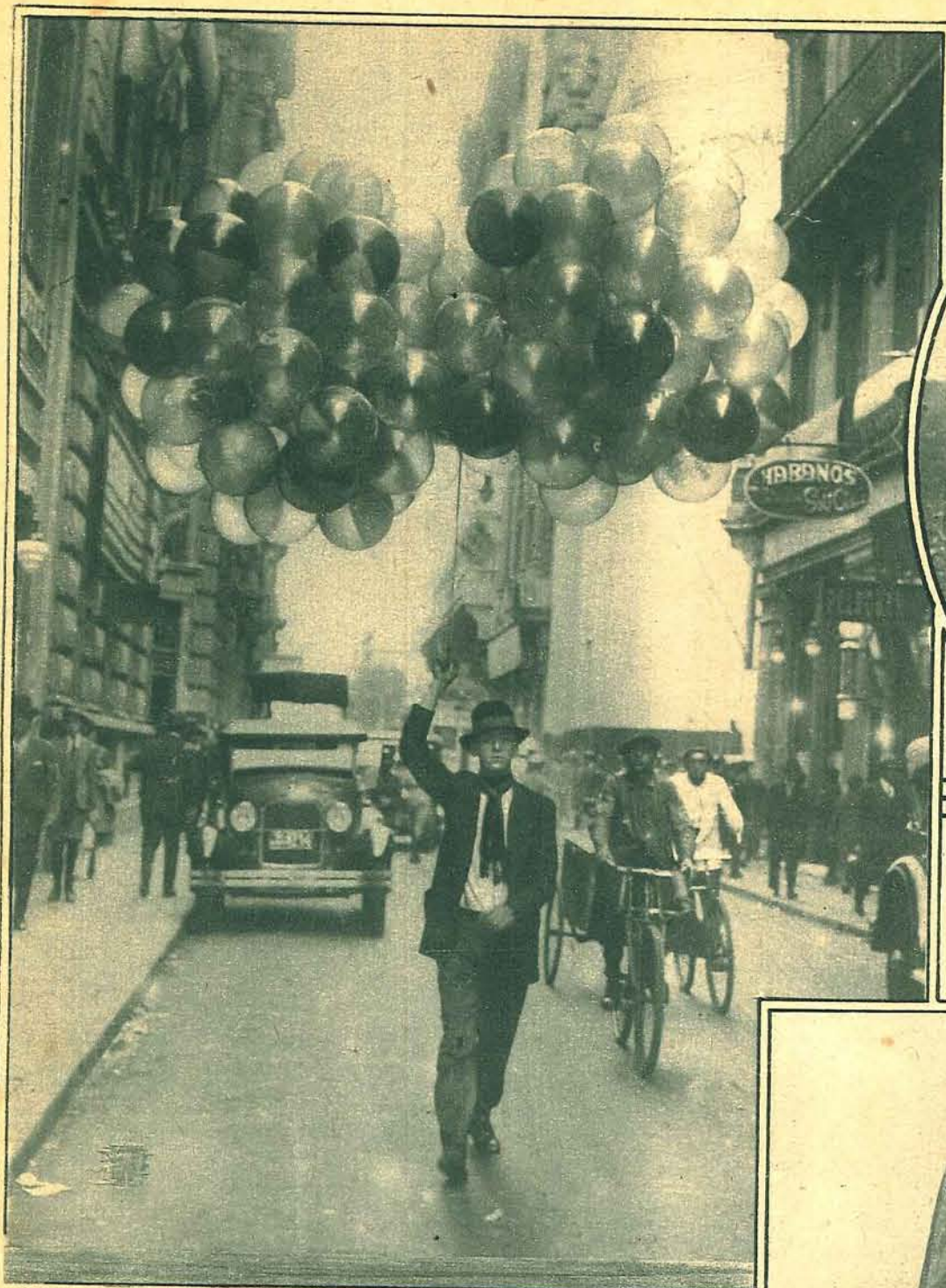
ESTACIÓN CLIMATÉRICA Y DE "SPORTS"  
DEPORTES DE VERANO E INVIERNO

TRATAMIENTO DE LAS AFECIONES DE LAS VÍAS  
RESPIRATORIAS Y DE LAS QUIRÚRGICO - BACILARES.

OFICINA DE INFORMES.



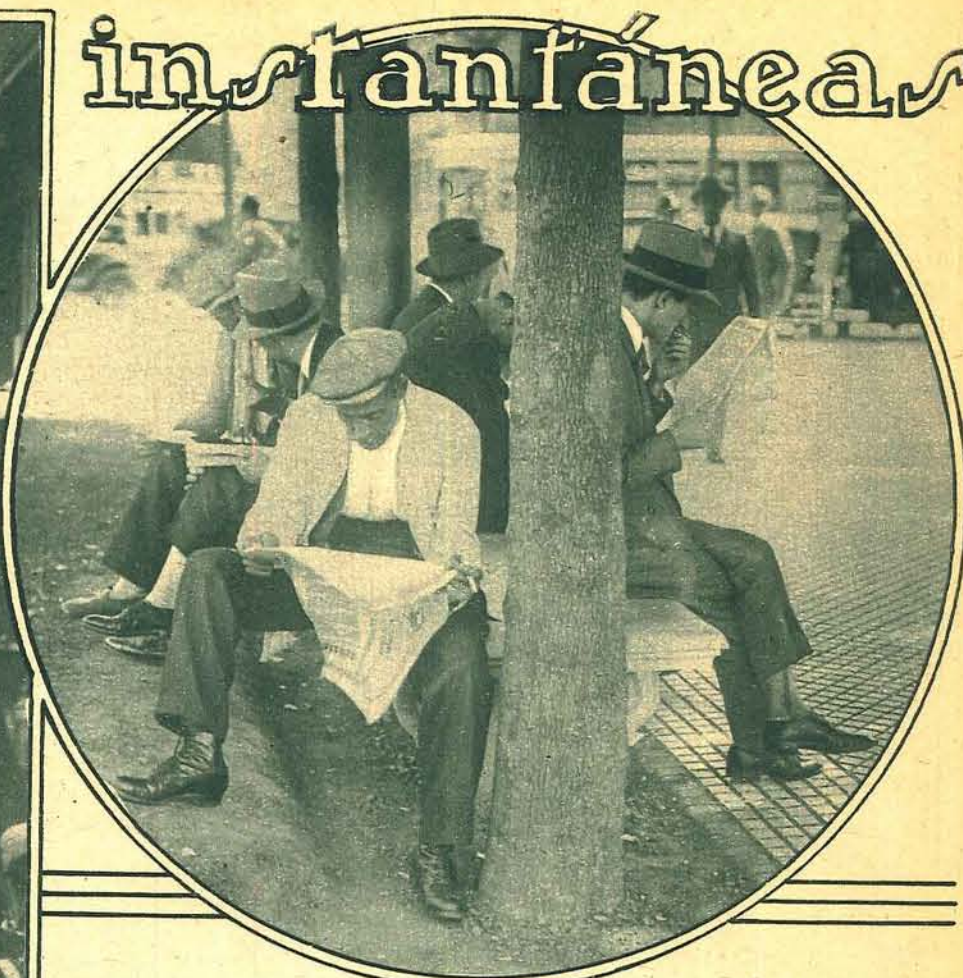
## instantáneas



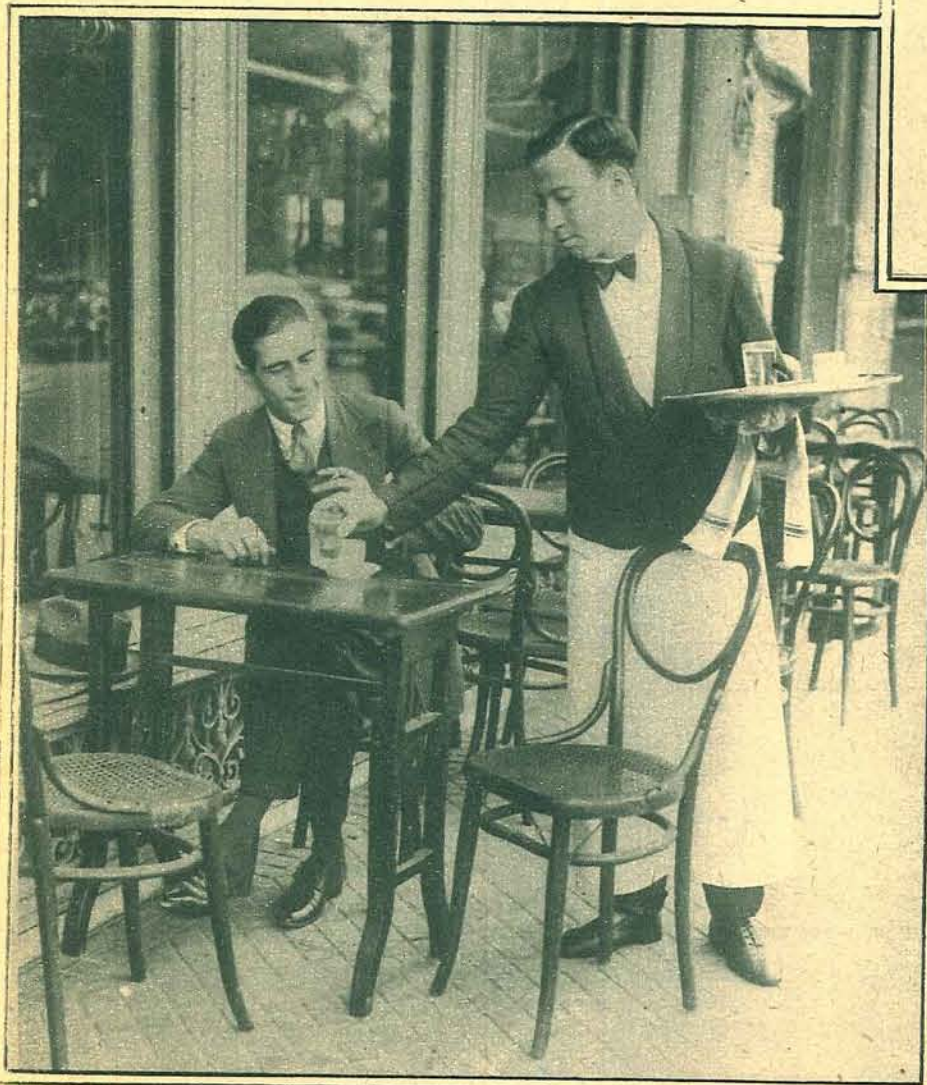
El hombre de los globos, cuya sola presencia constituye un estímulo para la alegría infantil, llena con su mercadería todo el ancho de la calle.



Un surtidor práctico improvisado con uno de los inseparables elementos de trabajo.



En las horas de la siesta los bancos de las plazas ofrecen su generosidad acogedora al amparo de la sombra propicia de los pocos árboles que van quedando en las plazas de Buenos Aires.



La tacita de café es un pretexto para "hacer tiempo", para reconfortar el espíritu o para meditar reposadamente.

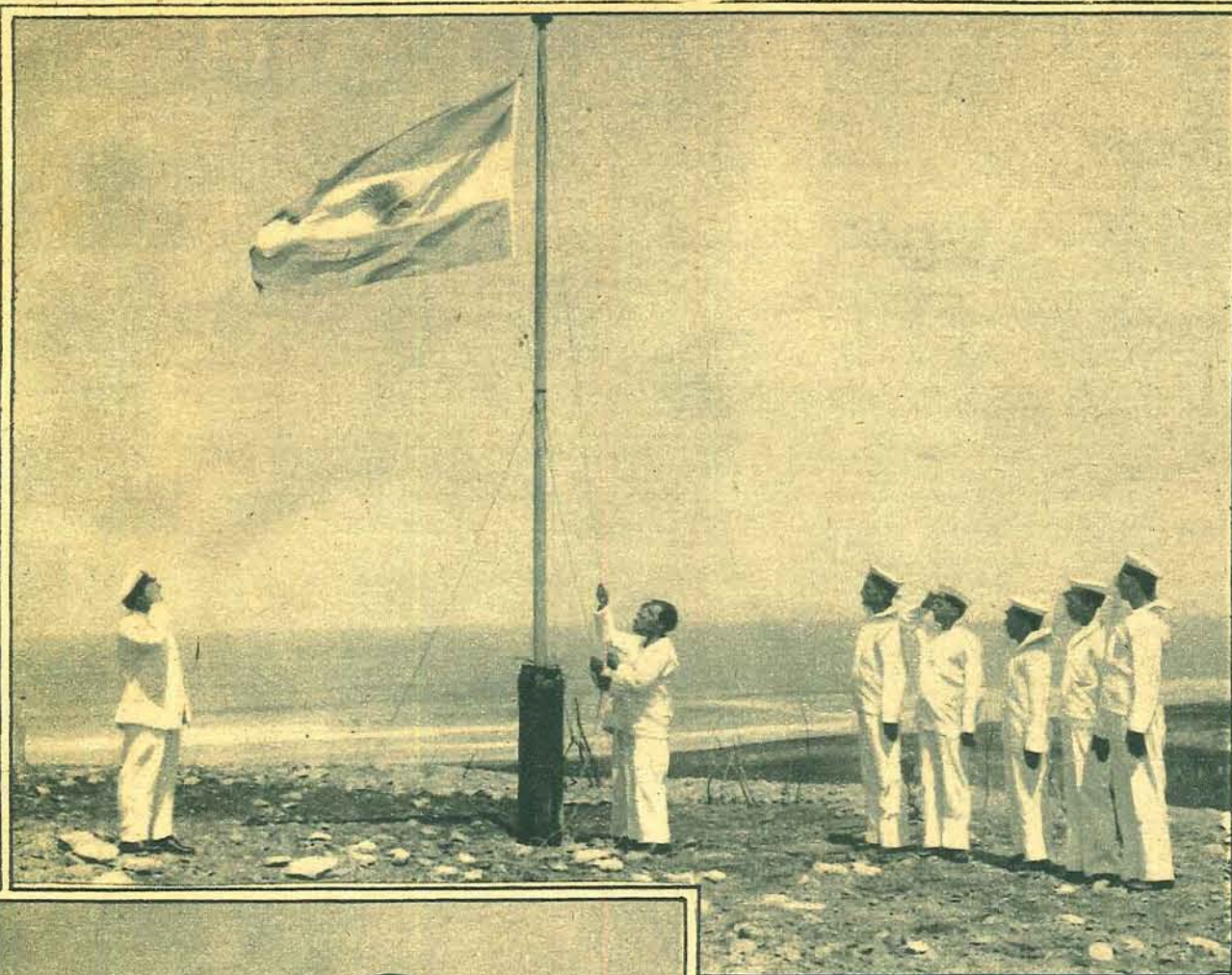


Una tarea que requiere profundas meditaciones: la elección del tocado.

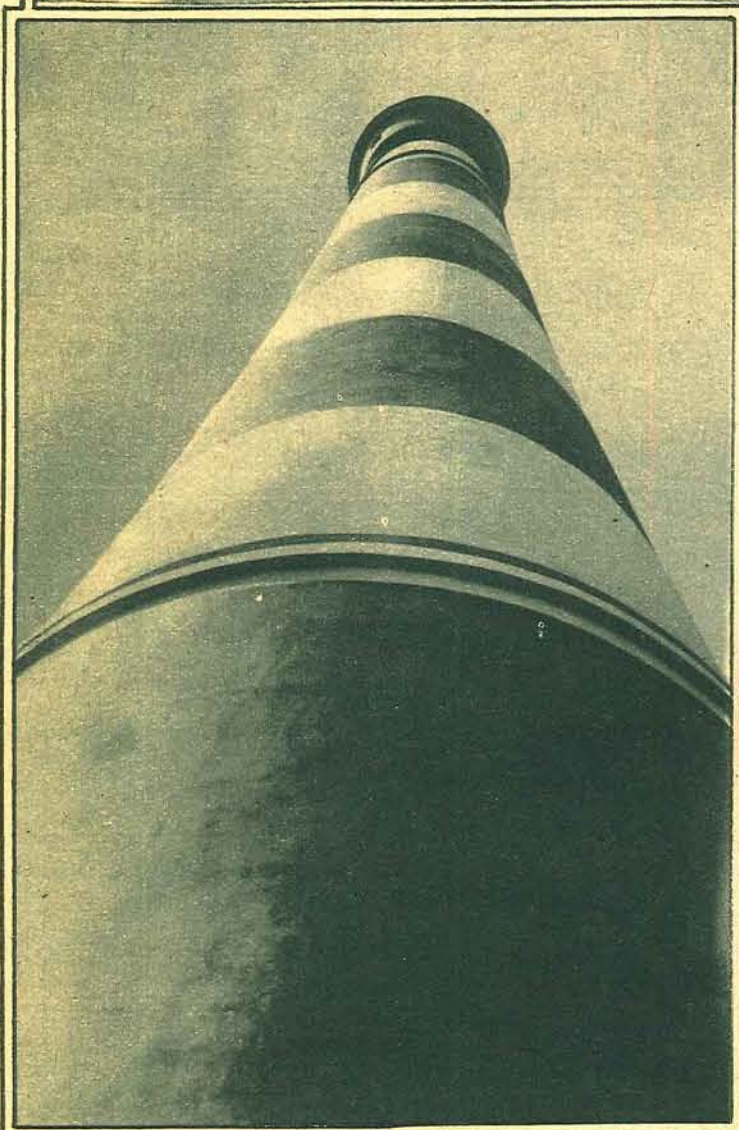




# EL FARO DE CLAROMECÓ

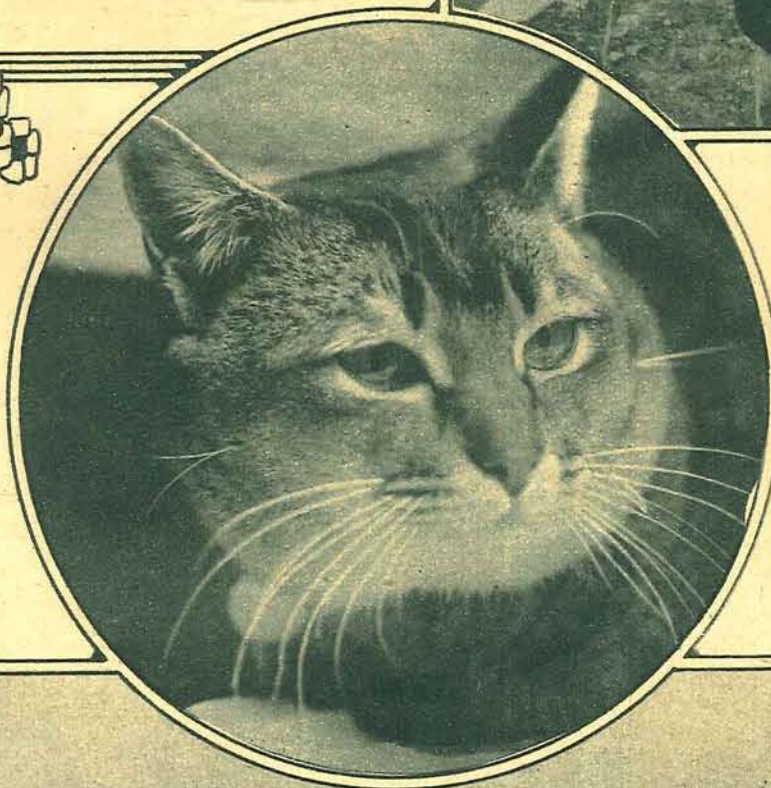


El jefe del faro,  
don Enrique Villa.



Interesante vista del  
faro de Claromecó  
tomada desde su  
base.

En el pintoresco balneario de Claromecó, en Tres Arroyos, se levanta el faro que sirve para facilitar la navegación en esa zona. Se encuentra situado a los 38 grados, 51 minutos de latitud sur y 60 grados, 3 minutos de longitud oeste y tiene un alcance óptico de 26 millas y una altura de 67 metros. Personal del faro izando la bandera nacional.



Hermoso ejemplar de  
gato abisinio, que obtuvo  
el primer premio en  
una exposición realizada  
recientemente.



Escena coreográfica que  
fue uno de los números  
destacados de una fiesta  
de la danza realizada  
últimamente en California.



# La naturaleza y la fotografía artística



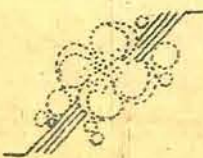
Rana trepadora en actitud de realizar los ejercicios gimnásticos que le dan fama. La curiosa textura de la piel del abdomen, semeja una coraza de perlas.



Un diestro Martín-pescador que se deja sorprender por el fotógrafo en un momento de filosófica meditación.



Prendida a una bellota, la cigarra madre contempla los progresos que realiza la ninfa que aparece en la parte superior y que se convertirá muy pronto en un nuevo ejemplar perfecto de la especie.



Notable instantánea de un "Águila calva" tomada en Grand Lake Stream, Estados Unidos. Al lanzarse sobre la apetitosa presa, el ave cometió la imprudencia de soltar un fino alambre que mantenía tenso el obturador de la cámara fotográfica y proporcionó así a la posteridad su propio retrato.

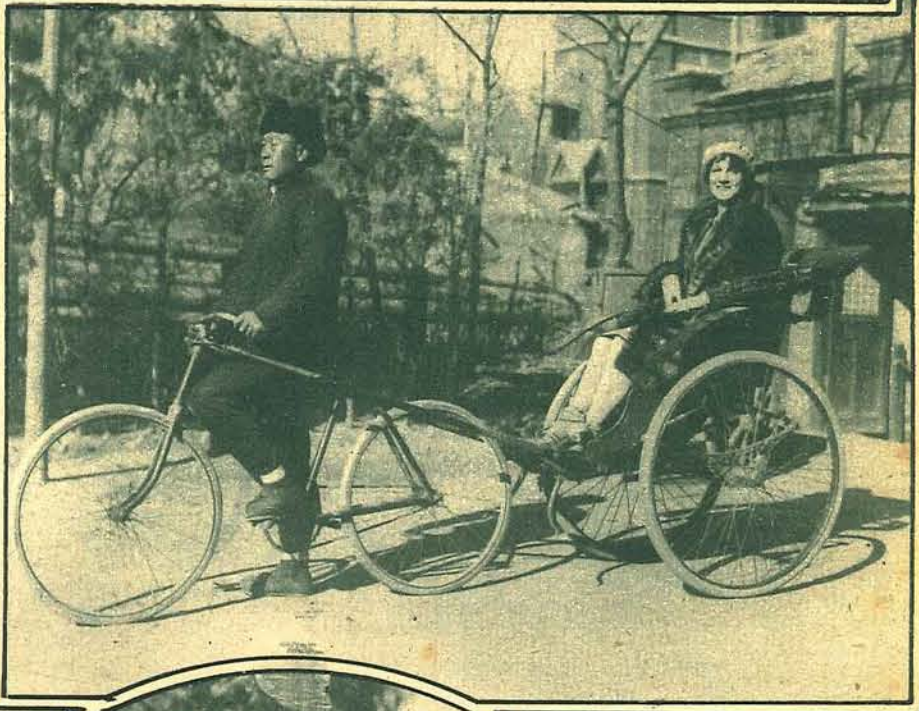






Un cazador canadiense viaja en la compañía original y poco frecuente de un oso de regular tamaño para embarcarlo en la estación ferroviaria más próxima al lugar de su captura.

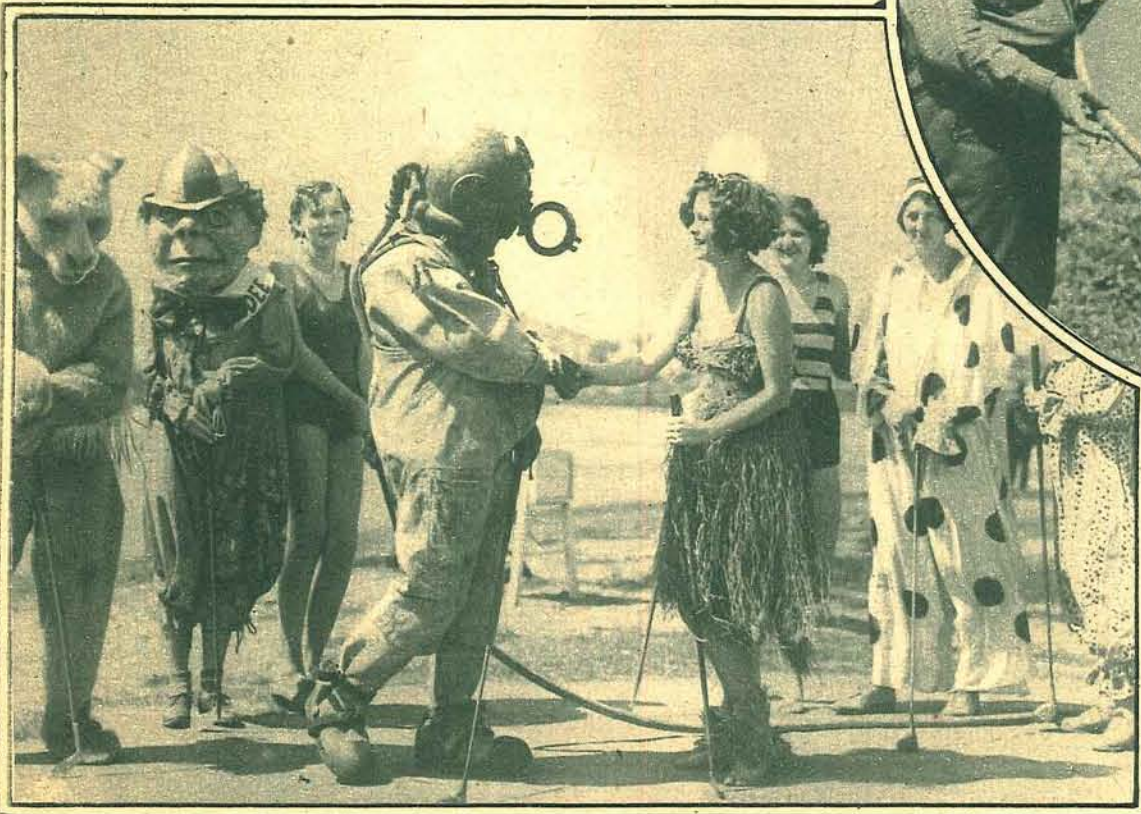
El primer avión norteamericano a prueba de incendios, construido por James K. Northrop, de Los Angeles. Tiene capacidad para seis pasajeros y puede desarrollar una velocidad de 270 kilómetros por hora.



Curiosa innovación introducida por una joven dama norteamericana residente en Pekín en el sistema tradicional de "taxi-metro" arrastrado por "coolies". Gracias a la bicicleta, es posible la obtención de mayor velocidad y menor cansancio.



Monumental sombrero de cow boy obsequiado por dos admiradoras a Jim Jeffries, ex campeón de boxeo, con motivo de la fiesta campestre anual de Burbank, California.



Algunos de los vistosos disfraces presentados al concurso organizado recientemente en los links de golf de Long Island.

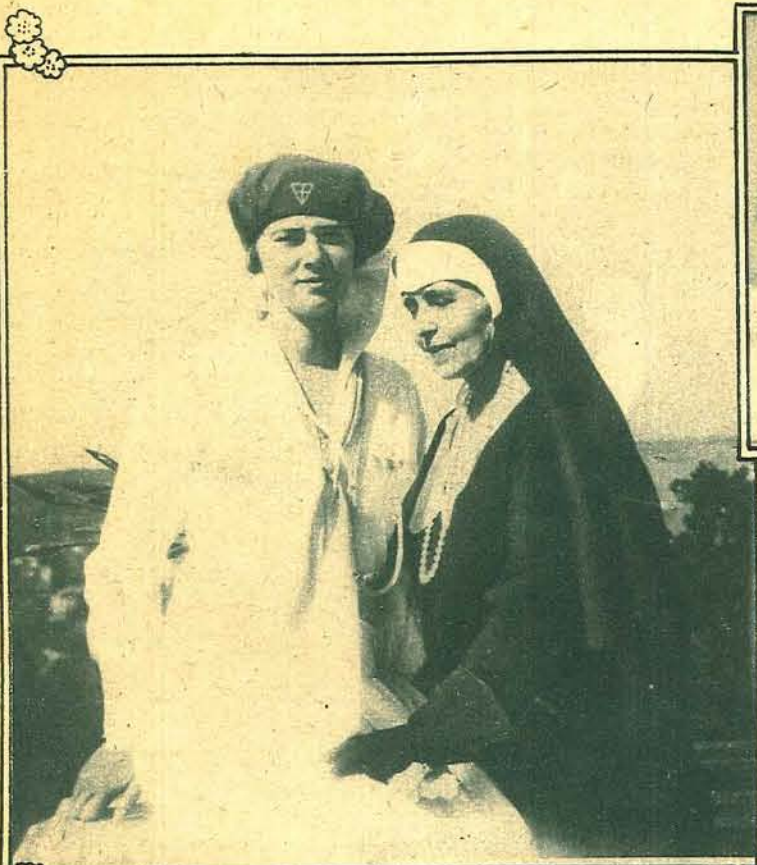
PASPADURAS, BARRILLOS, QUEMADURAS DE SOL, MANOS AJADAS E IRRITACIONES causadas por la navaja, no existen cuando se usa  
**ESTEARATO O BENENA**

¿Por qué? Porque es un producto que devuelve a la piel lo que el tiempo, los desarreglos y las enfermedades han quitado. Ensayalo. Vale la pena. Puede perfumarse a su gusto.

Se vende únicamente en Farmacias a precio de 1 peso.







La reina María de Rumania y la princesa Ileana durante su reciente visita a Constantinopla. La princesa lleva el uniforme del Robert College, en el que recibió educación.



La reina Victoria Eugenia y sus hijas, las infantas Beatriz y Cristina, visitando a los enfermos del Instituto Anticanceroso Victoria Eugenia.

## Este notable baño de belleza le permite rebajar de peso en forma rápida y agradable



Como si le trajeran a casa de usted 22 fuentes termales, que han sido durante muchos años el recurso de damas elegantes del gran mundo y de hombres esbeltos.

La ciencia, que todo lo investiga, averiguó por qué las aguas de 22 fuentes famosas en todo el mundo disuelven las grasas y los tejidos adiposos. Ya no es necesario hacer largos viajes a balnearios de lujo para rebajar de peso. Sin dieta, sin ejercicios arriesgados, sin peligrosas medicinas, usted podrá rebajar uno o dos kilos en una noche con Baños Sarowal.

Por millares se cuentan las damas — y hombres también — que adoptaron esta fácil manera de rebajar de peso. Dos veces por semana agregan al agua caliente del baño uno de los paquetitos que contiene cada caja de "Polvos para Baños Sarowal".

Los "Polvos para Baños Sarowal", abriendo los poros, estimulando la secreción, expulsan una considerable cantidad de sustancia grasa, células y toxinas, y disuelven el tejido adiposo. Agregue "Polvos para Baños Sarowal" al agua de la bañera esta noche, y perderá uno o dos kilos en forma fácil, refrescante y saludable.

Su médico le confirmará que los "Polvos para Baños Sarowal" ciertamente son eficaces y completamente inofensivos.

Refrescan. Afirman la piel, la alisan y la libran de arrugas. Usted dormirá mejor después de un baño Sarowal y al despertarse se sentirá como si hubiera descansado una semana.

### RESULTADOS INMEDIATOS

Pésese antes y después de cada "Baño Sarowal". Usted constatará que ha rebajado uno o dos kilos. Pocas noches después, al repetir el baño, usted volverá a reducir su peso. Pronto tendrá usted el que corresponde a su estatura. Después bastará un baño por semana para conservar la línea sin guardar régimen en las comidas.

### PARA LA PAPADA Y LOS TOBILLOS GRUESOS

Para eliminar rápidamente la papada, para conferir formas escultóricas a los tobillos gruesos y a los brazos, o reducir las caderas solamente, o disolver el tejido adiposo del vientre, el Instituto Sarowal elabora también la científica "Pomada Reductora Sarowal".

Es esta una crema que penetra rápidamente por la epidermis mediante suaves masajes. Purga la piel de cualquier impureza. Destruye los tejidos adiposos obligando su reabsorción por el organismo.

Con ella fácilmente puede usted adelgazar las partes del cuerpo que desee. Una señora rebajó la nuca por dos centímetros y medio en diez días. Otra, aplicando la "Pomada Reductora" en las caderas, pudo reducir el talle de su ropa por cuatro números. Su eficacia es un hecho comprobado. El uso es fácil y agradable.

Desde luego, la "Pomada Sarowal" y los "Polvos para Baño Sarowal" no afectan el esmalte de las bañaderas o la ropa. También pueden usarse en forma combinada.



SE VENDEN EN LAS CASAS DE MAS PRESTIGIO DEL RAMO. PIDALOS EN:

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA Nº 8

Piso 1º

BUENOS AIRES

Perfumería Vislowna: Cabildo, 1589 — Franco-Inglesa: Sarmiento y Florida — Gath y Chaves: Casa Central y Sucursales — Farmacia Scannapieco: Esmeralda y Tucumán — Farmacia Nelson: Suipacha, 457 — Farmacia Inglesa: Avenida de Mayo, 900 — Casa Argentina Scherrer: Suipacha, 171 — Farmacia González: Rivadavia y Centenera — Farmacia Chialvo: Talcahuano y Sarmiento — Farm. del Pueblo: Rivadavia, 739 — Perfumería Oasis: Avda. San Martín, 1717 y Cangallo, 1180 — Farmacia Canning: Santa Fe, 3700 — Farmacia L'Aiglon: Callao y Cangallo — En Montevideo: Andes, 1338, 2º piso. — En Mendoza: Cohon B. y Trostanzky: Lavalle Nº 1 al 5. — En La Plata: Calle 7 esquina 47.

POLVO  
PARA BAÑOS  
Y POMADA  
REDUCTORA

**SAROWAL**

*Maria Esther P. de Ponzar*

aconseja a toda señora que desee conservar el cutis lozano, claro, siempre joven, abundantes aplicaciones de

### CREMA DE ORIENTE VINDOBONA

No es un cold-cream. No es un tónico para el cutis. Crema de Oriente Vindobona sobrepasa todo lo que usted pueda haber ensayado hasta ahora. Sus componentes son distintos; por eso son diferentes sus resultados también.

Alisa las arrugas. — Elimina las pecas y manchas

Aplicada por la noche rejuvenece las capas profundas de la piel. Así modifica su textura, mejorándola porque es vaso-constructora. Con cada aplicación su cutis mejorará. Se reafirmarán las partes flácidas de la piel y se borrarán aún las arrugas más pronunciadas alrededor de los ojos, en el cuello, en la frente, junto a la boca.

Así como rejuvenece la epidermis, la libra de todas las impurezas. Al llegar los científicos ingredientes de la Crema de Oriente Vindobona a las capas ocultas de la piel, intervienen en la elaboración del cutis que usted ostentará mañana. Apuran la expulsión de la piel marchita y con ella se van las pecas, los paños, las manchas cutáneas. Día a día el espejo le señalará cómo rejuvenece y se aclara la piel de usted. Los barritos desaparecerán. Los poros se contraerán. La piel aparecerá más fina y transparente. Se borrarán de ellas las huellas del sol y de los años. Las paspaduras sanan en seguida.

Los Laboratorios Vindobona le garantizan a usted los resultados. Póngase en tratamiento con la Crema de Oriente Vindobona. Si a usted NO le diera resultados satisfactorios, le devolveremos el dinero gastado.

Adquiera un pote hoy. Se venden en las buenas farmacias, tiendas y perfumerías y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA  
FLORIDA, 8 Piso 1º BUENOS AIRES

Se atienden en el día pedidos del interior y telefónicos.

Folleto gratis. Pídalos.



"Tengo por norma, todas las noches antes de acostarme, hacerme una abundante aplicación de Crema de Oriente Vindobona en el rostro y brazos, y aconsejo hacer lo mismo a toda señora que desee conservar el cutis lozano, claro, limpio, siempre joven."

*Maria Esther P. de Ponzar*

Janet Currie.





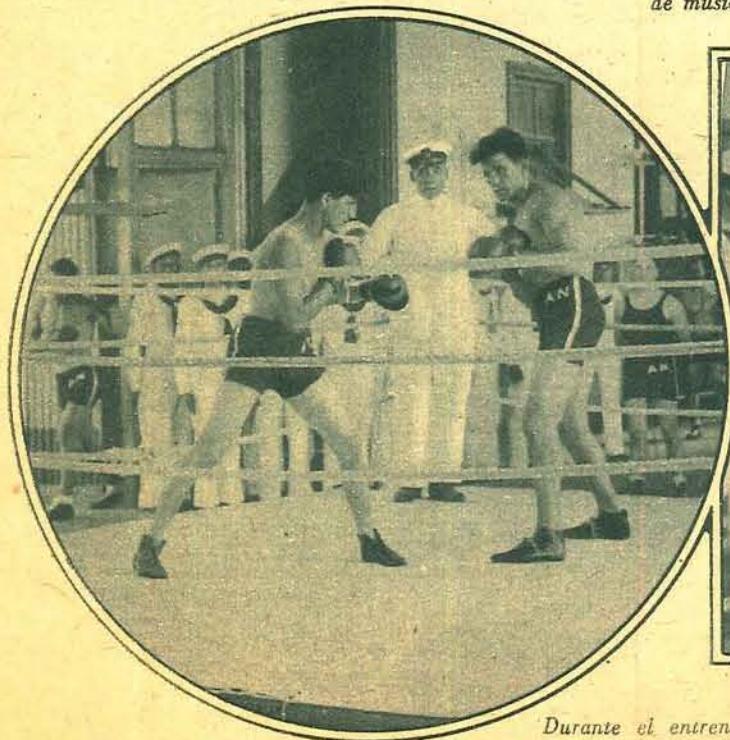
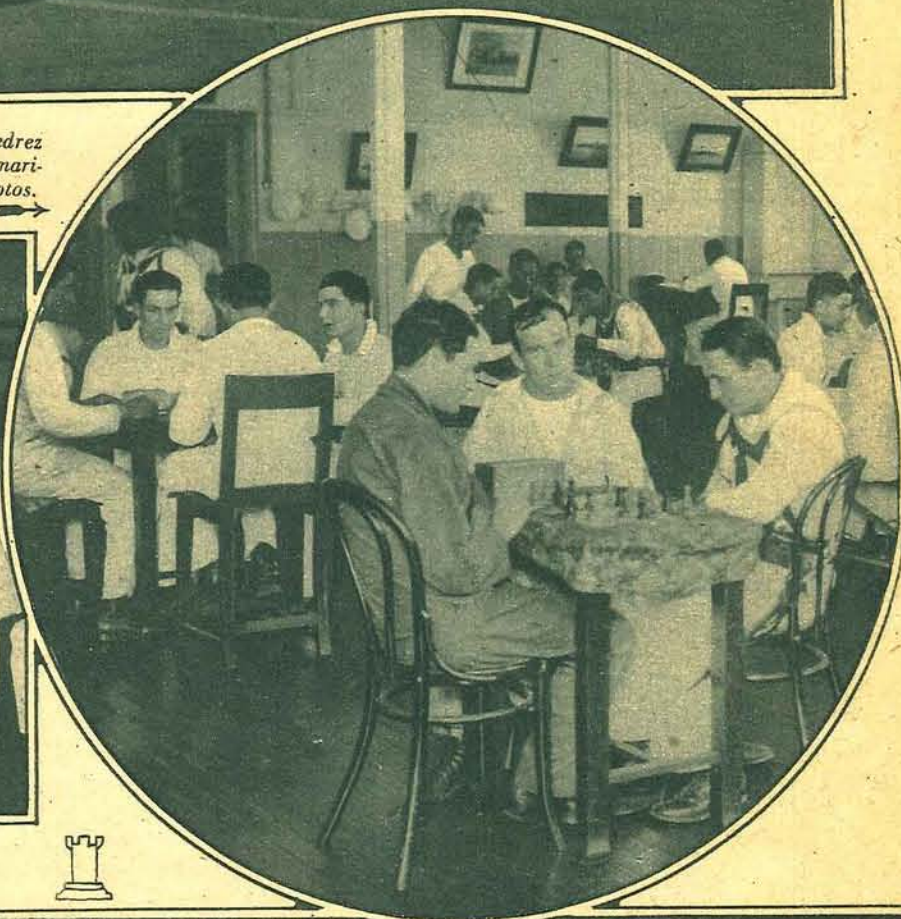
Aterando con la rigurosidad de la disciplina militar observada en los ejercicios de preparación militar, los jóvenes conscriptos practican independientemente toda clase de deportes. En el Arsenal Naval Buenos Aires. Durante un partido de basket ball.



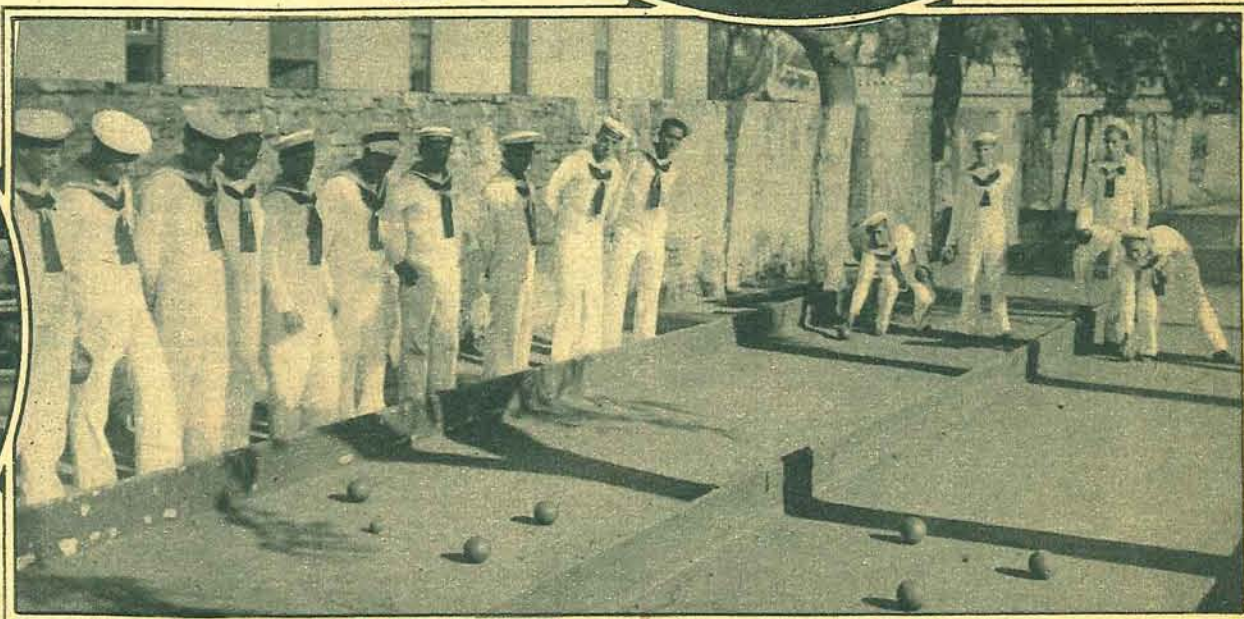
Partidas de ajedrez en el casino de marinos y conscriptos.



Un intermedio amable de música y baile.



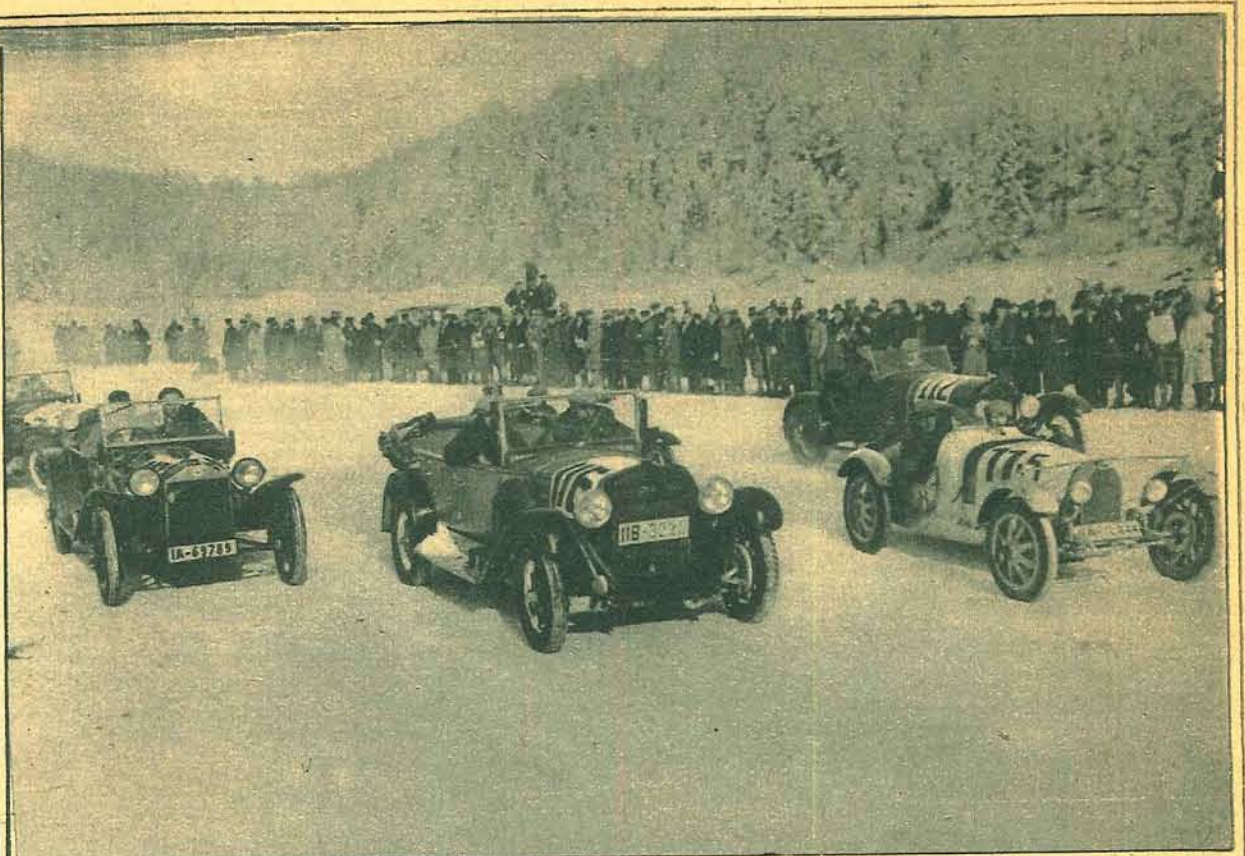
Durante el entrenamiento de boxeo.



Una partida de bocas en las canchas del cuartel.







Un aspecto de la largada de la carrera "criterium" ciclista, reservada para vendedores de diarios, que se realizó en París. La salida estaba fijada en la calle Reaumur y el recorrido establecido era de 27 kilómetros

En Alemania, sobre el Lago Eib, completamente helado, se han disputado diversas pruebas con aparatos mecánicos, que alcanzaron extraordinario éxito. De todas ellas las que despertaron mayor interés fueron varias carreras de automóviles de 1500 a 3000 centímetros cúbicos de cilindrada, tipo sport, en donde se produjeron reñidos finales

por  
Extran-  
jero.



Setenta jóvenes tomaron parte en el cross-country femenino realizado recientemente en el parque de Saint Cloud. La fotografía muestra un aspecto de la llegada de una de las competidoras, categoría debutantes

**POR SOLO \$ 1.50**

**Vd. PUEDE OBTENER...**

El Nuevo cepillo de dientes Colgate, valor \$ 1.50  
(Diseñado por el Departamento Colgate de Educación Dental)

Un tubo de Crema Dentífrica Colgate, valor \$ 1.20

**Valor efectivo \$ 2.70**

**TODO POR \$ 1.50 EN LA CAPITAL**

#### UNA OFERTA EXCEPCIONAL

Con objeto de inducir todavía a un mayor número de personas a que prueben la Crema Dentífrica Colgate... hacemos este notable ofrecimiento. Solamente Colgate, el fabricante de crema dentífrica más grande del mundo, puede hacer una oferta semejante. No hay nada enigmático en esto. Colgate simplemente desea que usted pruebe su Crema Dentífrica, usada por millones de personas. Y para compensarle, Colgate hace esta sensacional oferta de un cepillo de dientes diseñado científicamente y un tubo de la inmejorable Crema Dentífrica Colgate...

**POR SOLO \$ 1.50**

#### El Cepillo

Este tipo de cepillo es el más moderno y más perfecto que conoce la ciencia dental. Fué diseñado por el Departamento Colgate de Educación Dental... un cuerpo de dentistas que ha estudiado las necesidades de millones de hombres, mujeres y niños. Examine este cepillo. Estudie su forma, su tamaño, sus cerdas dentadas. Fabricado por personal experto y en condiciones sanitarias... de selectas cerdas de la mejor calidad. Cada cepillo es revisado cuidadosamente. El mango está hecho de un hermoso material transparente en 5 tonos exquisitos de verde, morado y ámbar. Las cerdas están fijadas por un procedimiento que las retiene firmemente.

Este cepillo es idéntico en calidad, tamaño y duración a los mejores cepillos que se venden en todas las casas del ramo. Ahora es suyo por medio de esta singular oferta.

#### El Dentífrico

La Crema dentífrica Colgate es la de mayor venta en el mundo. La razón sencillamente consiste en que Colgate limpia los dientes mejor, porque contiene el mejor elemento limpiador del mundo—una espuma penetrante que limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar. Su dentista le dirá que las caries no comienzan en la superficie lisa de los dientes, sino en las pequeñas hendiduras, donde se acumulan residuos mucosos y alimenticios.

Por lo tanto, la verdadera prueba de un dentífrico consiste en su facultad de penetrar en estas hendiduras y limpiarlas completamente. Una reciente prueba científica demostró que Colgate tiene más fuerza penetrante que cualquiera de los más conocidos dentífricos.

La espuma que hace Colgate contiene un fino polvillo que pule el esmalte de los dientes sin dañarlos y los conserva blancos y brillantes.

#### El método científico Colgate de cepillarse los dientes

Después de muchos años de estudio y de miles de experimentos, el método Colgate de limpiar científicamente los dientes ha sido perfeccionado por el Departamento de Educación Dental.

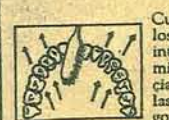
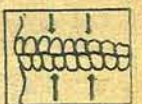
Este método es más eficaz cuando se usan conjuntamente la Crema Dentífrica Colgate y el cepillo Colgate. Las cerdas elásticas y dentadas del cepillo están colocadas a una distancia correcta entre sí, y obran de tal manera que aplican con la mayor eficacia el poder penetrante de la famosa espuma Colgate... hasta llegar a las más profundas hendiduras que son tan difíciles de limpiar.

Comience hoy mismo con el Método Científico Colgate de Limpiarse los Dientes... y note la diferencia en sus dientes diez días después.

#### AHORRE \$ 1.20

El cepillo Colgate tiene un poder extraordinario para limpiar; las cerdas están científicamente dentadas para llegar hasta las hendiduras donde los cepillos ordinarios no penetran.

Cepille sus dientes de arriba hacia abajo, aconsejan los dentistas. El nuevo cepillo Colgate hace esta operación doblemente eficaz. No cepille los dientes a través.



Cuando se limpian los dientes del lado interior, use el movimiento de adentro hacia afuera. Note como las firmes cerdas vigorizan las encías.

#### NOTA

Esta oferta es limitada. No durará mucho tiempo—una vez que el público se haya enterado de este anuncio. Así que adquiere AHORA.

Si su farmacéutico o proveedor no los tuviese, envíenos \$ 1.50 y a vuelta de correo recibirá el tubo de crema y el cepillo. Colgate Palmolive Peet Ltd. S. A. Ind., Santiago del Estero, 1997, Buenos Aires.

En venta en todas las farmacias, perfumerías y otras casas del ramo en la Argentina.

**CREMA DENTÍFRICA COLGATE**





Modelo de tapado tres cuartos de Premet, en lamé broché de plata adornado con bisón; se anuda formando pequeñas hojas.—Modelo de Paul Poiret, en crêpe de Chine negro trabajado con pliegues



Vestido de Suzanne Talbot, en mousseline de soie roja a lunares beige, cinturón en charol negro

#### LOS TRAJES DE RECIBIR

Por SYLVESTRE DORIAN

EN París, las casas de costuras se preocupan en crear modelos para recibos. Hay dos tipos: el traje de aspecto muy señorial y el sencillo, muy juvenil y liviano, sin hablar de los bohemios, de pijamas con sacos largos en sedas, terciopelos y gasas.

Los trajes de recibir constituyen una combinación muy feliz de telas y de tonos, lo que permite copiar estos modelos fácilmente, pues su éxito no depende del corte complicado. Son verdaderas maravillas combinando riquísimos satenes con encajes. Louise Boulanger tiene uno en satén marfil muy adornado con encaje de Alençon, con cuerpo ajustado y falda larga casi con cola.

Entre los sencillos hay un vestido en crêpe de Chine adornado con satén y moños con tiras largas en satén en tonos salmón; en línea princesa y falda alargada por detrás.

Para estos modelos se usan todas las telas, desde los lamés más suntuosos hasta los terciopelos, satenes, chiffons, etc. Es muy fácil convertir un traje de noche "demodé", en lamé o encaje, en un vestido de recibir, agregándole satén, de modo que con muy poco gasto se tendrá un modelo precioso para recibir a la hora del té o de comer.

#### INFORMACION DE LA MODA

Por EVA A. TINGEY

ESTE año se ha renovado el interés por las blusas. Todas las casas de costura las ofrecen y los modelos son muy bonitos y variados.

O'Rossen tiene blusas en piqué blanco combinado con hilo, para usar con trajes de sport y de mañana. Casi todas tienen corte sastre, con cuellos volcados. Otros tienen forma de bolero corto cerrado y son en jersey, terminados con franja de tweed para hacer juego con el traje que lo acompaña.

Redfern compone modelos en jersey abrochados adelante; Jane Regny emplea hilo y algodón en jersey, linón y shirting de seda para ciertos modelos; para la tarde hay un modelo delicioso en chiffon blanco. Tie-

ne canesú estilo sastre, de donde salen infinidad de tablas.

Maggy Rouff tiene blusas pullover muy interesantes en lana tejida crochet; los tonos oscuros son usados con faldas claras. Su tejido es como si se pusieran juntos innumerables motivos como telas de araña, a veces en colores opuestos, como rojo y blanco. Son con y sin mangas.

Las blusas de Schiaparelli tienen esos toques tan interesantes, característicos de ese creador. Son en lana tejida con motivos incrustados en lana o jersey de seda; presentan líneas de cuello muy interesantes, acompañadas con echarpes cortos o telas enroscadas, simulando cordones gruesos o una cuerda alrededor del cuello.

Jenny tiene algunos modelos preciosos en jerseys claros. Las blusas en seda fina o jersey de lana tienen minúsculas rosas estilo directorio colocadas a igual distancia a un lado de una línea al bies que corta la blusa en dos. Otros modelos con efecto de peplum están todos recubiertos de cuentas; sobre fondo de cuentas blancas se bordean en un lado de la línea de cuello en V cuentas verdes y rosas para formar un ojal; otras forman rosas en el peplum, haciendo efecto de borde. Con esto se usará un cinturón rosa angosto y brillante.

Patou usa satén negro para las blusas de sus trajes negros. Con trajes de tarde en marocain, satén o taffetas, se usan blusas en chiffon imprimé.

Iteb los elige floreados, mientras que O'Rossen usa el escocés para una blusa en chiffon adornada con nido de abeja. También se usa para la tarde el chiffon blanco y el encaje blanco fino.

Algunos de los modelos de Patou en satén rosa son largos y bastante ajustados sobre las caderas; suele abrochar ahí. Los modelos tienen fichas flexibles o cuellos redondos con jabot con volados adelante.

Los modelos muy de vestir, en chiffon blanco de Martial y Armada, se adornan con alforzas en encaje, pespuntos, etc. Las blusas en georgette blanco, incrustadas con motivos en satén blanco, se exhiben "chez" Martial, Premet y Jenny. Premet ha creado modelos estilo chaleco en satén blanco con cinturón de terciopelo negro y de strass.

#### SOMBREROS NUEVOS

LOS primeros sombreros de la estación nos ofrecen la cloche en fieltro, compuesta de diferentes maneras, para viaje y sport. Para usar en la ciudad hay boinas en todas las telas, tocas y turbantes hechos con los materiales más variados. En este momento se ven en París muchas pajas nuevas para la tarde. Hay también muchos sombreros en satén, casi siempre más largos de un lado y otras veces de largo irregular de ambos lados, pero mucho más corto detrás. Rose Descats tiene muchos sombreros de sport en fieltro, siempre con las alas cortas adelante y más anchas a los lados, todos con un respique original, casi siempre en colores neutros. Para usar en la ciudad hay muchos berets (boinas) en tela, algunas cosidas en piezas como las colchas antiguas. Uno en antilope negro y muchos en satén. Las modistas ponen el adorno sobre una oreja; en algunos son flores metálicas o un moño de tela. También existen broches en forma nueva de brillantes que se prenden en cualquier parte; se ven mucho en los sombreros, también en las bretelles o en una esquina del escote. Agnès hace un echarpe para que se pueda usar con dos sombreros, uno grande y otro chico.

#### ALGUNAS IDEAS NUEVAS

Por JENNY

ENTRE todas las "grandes couturières", he sido la única, según creo, que no he alargado mis vestidos por demás. Considero que el vestido largo está bien para la noche, pero no así para las horas de movimiento y actividad.

Creo que la lana tejida y el tweed seguirán muy a la moda para los trajes de mañana y de sport; ambos han alcanzado un grado excepcional de excelencia artística y de elegancia.

Prefiero los pullovers en jersey o tejidos a mano en tonos opuestos a la falda con tapados tres cuartos en tweed, haciendo juego. Un detalle original en el

DIBUJOS DE  
PIERRE FOSSEY



Traje de Callot, en georgette beige y encaje beige.—Vestido de noche de Lenief, en crêpe de Chine beige caoba

pullover siempre le presta interés. Me gusta la línea recta y fina, con la amplitud suficiente para caminar con libertad. En estos momentos se hacen conjuntos en seda lo mismo que en lana. Me interesan las blusas sobremañera. Serán en georgette o satén, muy primorosas y delicadas, pues una blusa elegante contribuye poderosamente al chic del traje. He dado mucha importancia a los detalles y los pequeños adornos. Cuando se trabajan con maestría, ayudan enormemente a expresar el más acabado refinamiento.

Mis tapados son de línea sencilla; algunos tienen un levisimo ajuste en el talle, mientras que otros caen en línea recta y flexible, con delantera moldeada. No empleo el bordado, pero tengo un sinnúmero de ideas nuevas, entre las que se cuentan los ruffles, las vainillas, cintas con minúsculos tableados, etc. Para la noche mis faldas largas tienen ruedos desiguales, puntas de diferentes alturas. Algunos vestidos llegan al tobillo, pero en transparencia; estos estilos son completamente individuales y debe determinarse el largo del ruedo en la prueba, adaptándose a cada figura de distinta manera. Empleo para estos modelos mucho tul, crêpe satén y chiffon.

La forma más o menos de línea princesa, con cuerpo ajustado, con o sin cinturón, es sumamente sentadora y juvenil. Los efectos de aletas y paneaux largos dan ese aspecto vaporoso, tan encantadoramente femenino. Otro de los éxitos actuales es el tapado corto, que queda tan elegante con las faldas largas y ondulantes. Compongo tapados cortos en tela y color que hagan juego con el traje. Se usan teniéndolos ajustados sobre la cintura con un gran cuello de piel.

El talle en la cintura es una consecuencia natural de las faldas largas; empleo cinturones angostos, pues los conceptúo más juveniles.

En mis nuevos modelos usaré mucho el azul, pues me encantan los tonos variados de este color. Como ha habido un rosa Jenny, habrá ahora un azul Jenny.

Antes de terminar quiero insistir sobre la línea del traje corto, siempre que sea de un largo decente, pues es práctico y de aspecto joven.



Modelo de noche de Louise Boulanger, en taffetas con flores

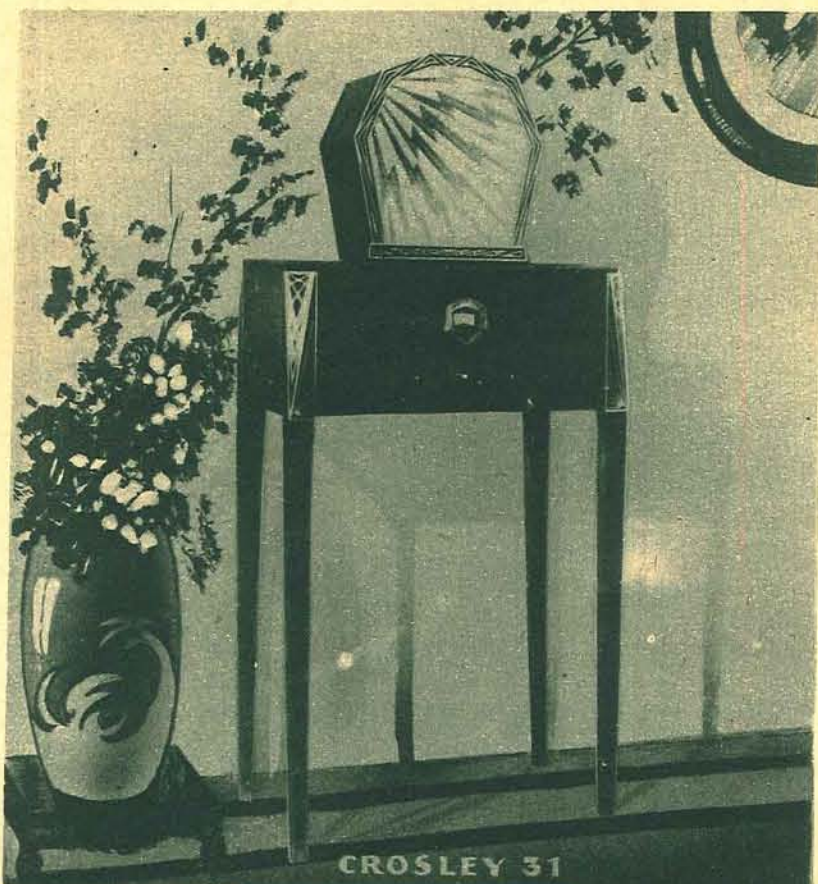


# CROSLEY

La nueva línea de receptores CROSLEY 1930, es la más completa que se haya conocido hasta la fecha. Todos sus modelos son de diseños elegantísimos, de atrayente apariencia y de finísimas maderas.

CROSLEY es el receptor de más alta calidad, al precio más bajo; está equipado con todos los adelantos de la radiotécnica, destacándose entre ellos las válvulas de grilla blindada que le permite una selectividad y calidad de tono insuperables.

Nuestros distribuidores en la capital le venderán un receptor CROSLEY en cómodas cuotas mensuales.



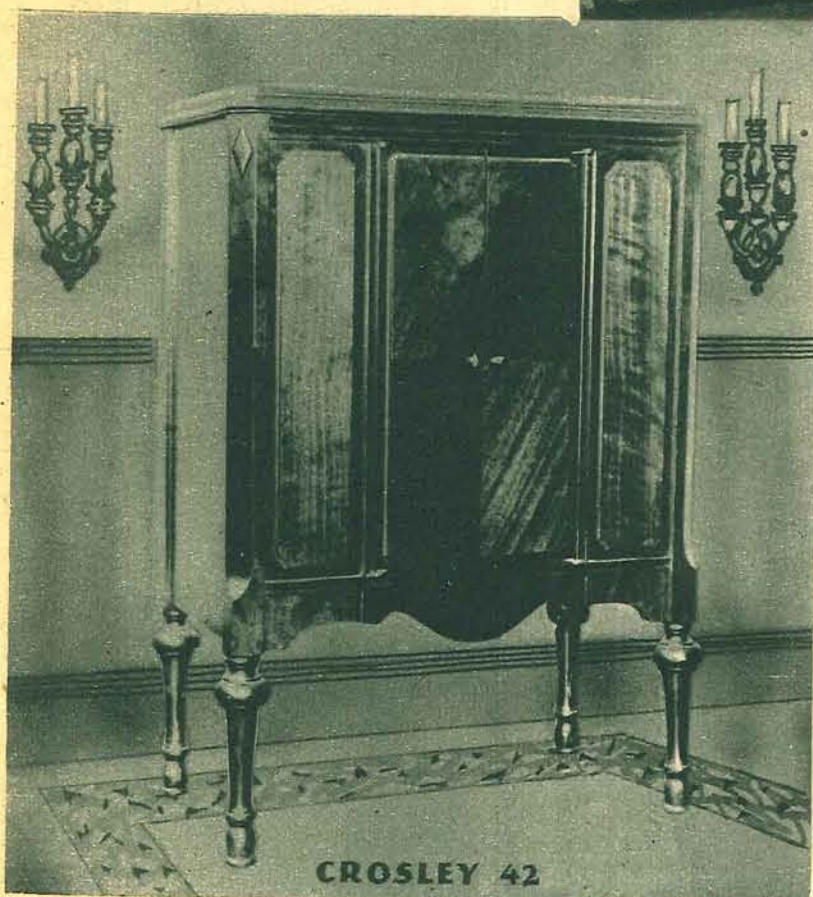
CROSLEY 31

En nuestros salones solamente exponemos y hacemos demostraciones al público de los aparatos CROSLEY. Vendemos solamente a los mayoristas.

CROSLEY RADIO están en venta en todas las buenas casas de radio de la República. Pida una demostración.

Escuche todas las noches L. S. 1 Broadcasting Municipal, audición ofrecida por la Asociación Pro-Fomento de la Radio, de la cual somos miembros.

**CROSLEY 31.** Eléctrico, para C.A., con su parlante, sin lámparas, \$ 306.— Un elegantísimo modelo en forma de mesa, con altoparlante dinámico haciendo juego. Para siete tubos, circuito neutrodino, neutralización de rejilla a rejilla; se puede aplicar pick-up.



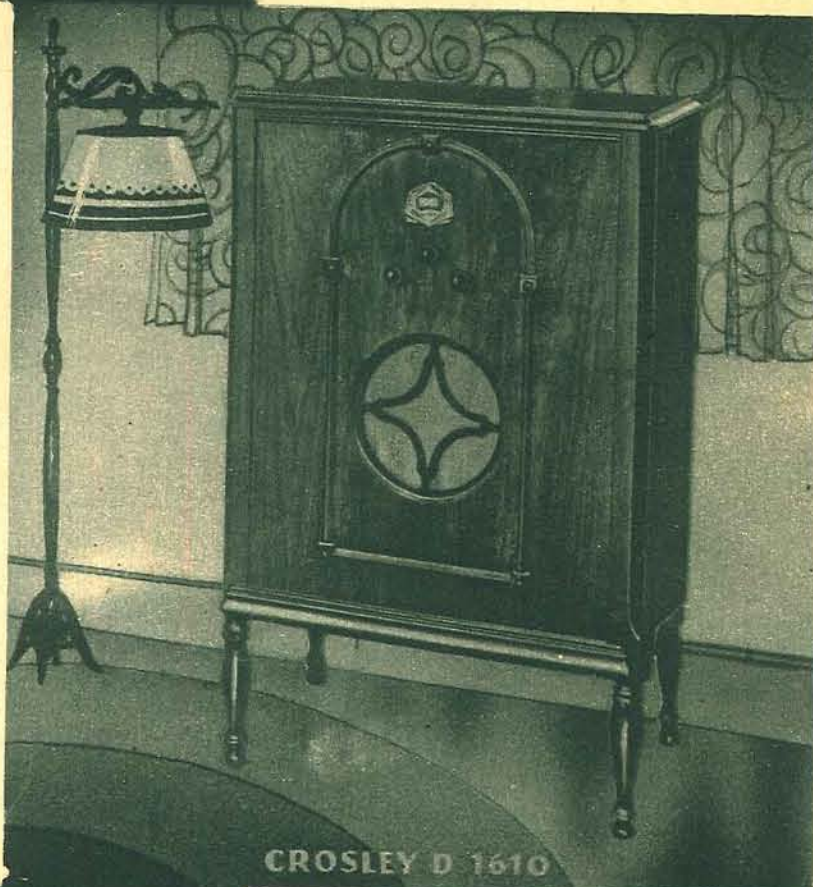
CROSLEY 42

**CROSLEY 42.** Eléctrico, con su parlante interno, sin lámparas, \$ 625.—

Este bello modelo de consola, con dos portezuelas y paneles romboides emparejados, lleva un chasis Crosley Unirad de 8 válvulas con 3 "ScreenGrid" y el altoparlante "Dynacoil".

**CROSLEY D 1610.** Eléctrico, con su parlante interno, sin lámparas, \$ 395.—

Su circuito es neutrodino de blindaje hermético, monoscontrol con cuadrante iluminado, incluyendo el rectificador; tiene siete tubos, con altoparlante "Dynacone Crosley", y en un gabinete muy atrayente de finas maderas.



CROSLEY D 1610

## AUDICIONES CROSLEY

Exclusivamente por L. R. 4 Radio Splendid para Radio Crosley.

**JULIO DE CARO** y su orquesta: Lunes y viernes, de 20.40 a 21.40 horas.

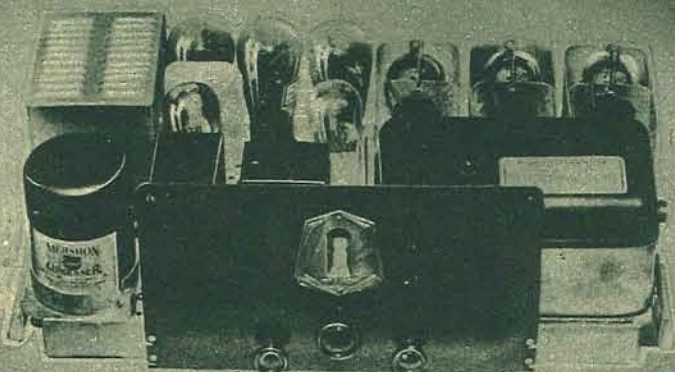
**CHARLO** y sus guitarristas: Martes y domingos, de 21 a 21.30 horas.

**ADA FALCÓN**, intérprete de la música popular: Miércoles y sábados, de 21 a 21.30 horas.

**ENRIQUE DELFINO**, humorista del piano: Jueves, de 21 a 21.30 horas.

Sintonice el mejor programa con el mejor receptor de radio, CROSLEY.

## CHASSIS CROSLEY



Si usted se interesa en ser nuestro Agente en la localidad donde reside, llene el cupón adjunto.

Señores H. y C. Chilibroste & Cía.  
Av. de Mayo, 1361, Bs. Aires

NOMBRE .....

DIRECCIÓN .....

**CHASSIS CROSLEY 40 S.** Eléctrico, con parlante dinámico, sin lámparas, \$ 470.—

Se puede aplicar a cualquier mueble mandado construir ex profeso, y usa 8 tubos, 3 de grilla blindada; su circuito de sintonía es completamente blindado, lo que le permite una mayor sensibilidad. Equipado con parlante dinámico, con lo cual su reproducción es perfecta.

UNICOS IMPORTADORES

# H. y C. CHILIBROSTE & Cía

AV. DE MAYO 1361 — RIVADAVIA 1360-1368

Distribuidor en Uruguay: Claudio Sapelli  
ANDES 1490, MONTEVIDEO

BUENOS AIRES

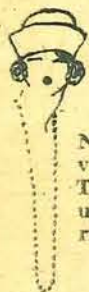
Distribuidor en Paraguay: Artaza Hnos.  
PALMA 386, ASUNCION



## KODAK TEATRAL



Rosario Sáenz de Miera, la graciosa tiple del Mayo, en "Las lloronas"



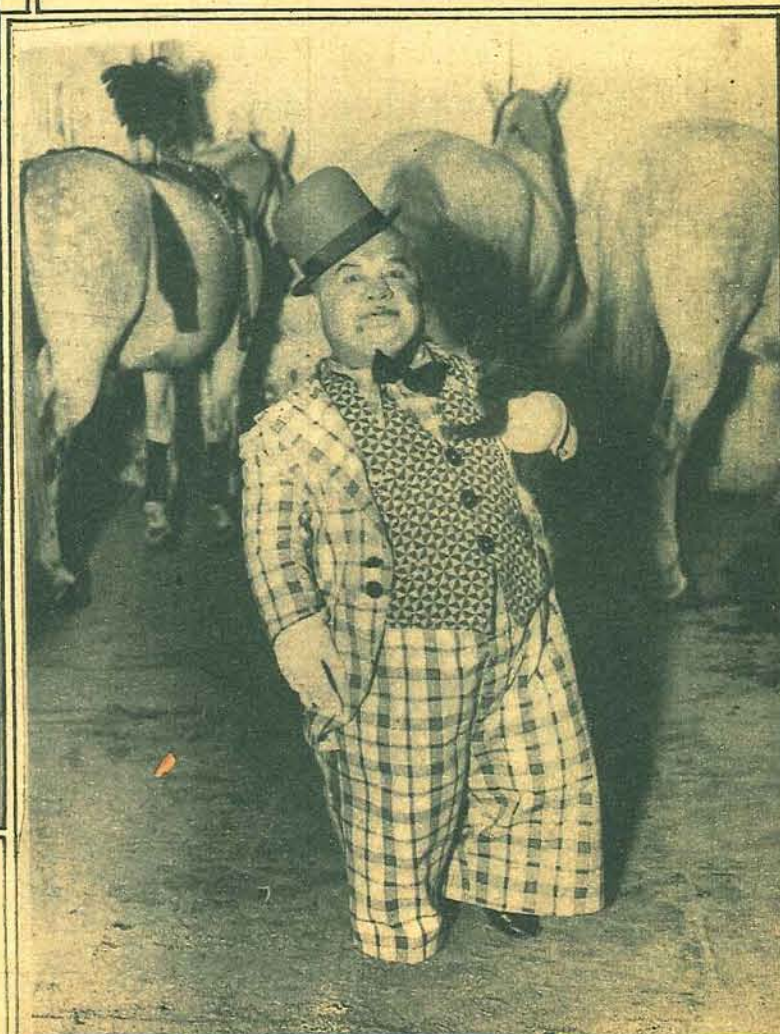
Nedda Francy, dama joven de la compañía del Teatro Argentino, destaca una personalidad promisoría entre las nuevas figuras de nuestro teatro



Una escena de "Vinchá celeste", que se representa en el Teatro Smart. Aparecen en escena Blanca Podestá, Elsa O'Connort, Araceli D'Aponte, Aurora Castro, Raquel Saldías, Tulia Pocchetino, Olga Lynch, Elisardo Santalla, Mario Danesi, Pedro Tocci, Elías Orlando y José Podestá



El enano Max, popular figura del Circo Berlín, que actúa en el Coliseo





# MI VIDA

## LA TRANSICION

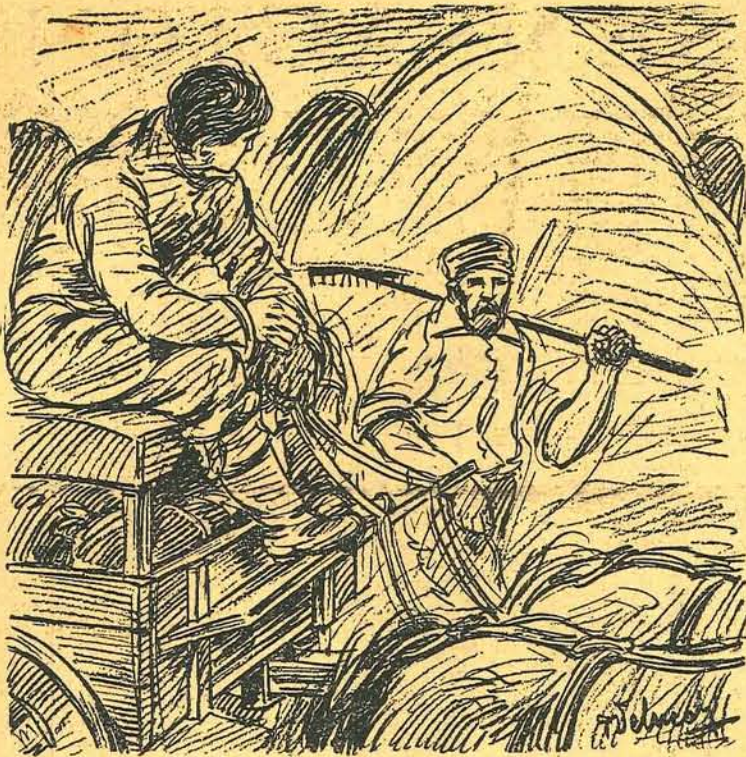
### CAPITULO IV



MIAS ideas e inclinaciones políticas eran de vaga oposición cuando estudiante, pero nada más. El crepusculo ochocentista provocado por la desaparición de "La Voluntad del Pueblo" no se había disipado todavía. El hambre del año 1891 agitó un tanto, es cierto, el pantano letal de la reacción. La "intelligentsia" cobró alguna actividad y en la clase estudiantil universitaria aparecieron los primeros marxistas. No significaba, sin embargo, aquello más que el comienzo. Por otra parte, Odessa, emporio comercial poblado por núcleos mercantiles cosmopolitas, se encontraba muy atrasada políticamente en relación con las demás ciudades rusas.

En mi época no se hablaba aún en la escuela de movimientos revolucionarios. Circulaban secretos rumores de que en los gimnasios privados y el instituto de cultura física dirigidos por el checo Novak habían sido descubiertas reuniones clandestinas que dieron por consecuencia la realización de varios arrestos, la cesantía de Novak, director de cultura física de nuestra escuela, y su substitución por un oficial del Ejército.

Entre las gentes con quienes trabé conocimiento en aquellos tiempos abundaban el descontento y los murmullos sobre el régimen, pero todo el mundo daba por descontada su firmeza de roca. Los optimistas más audaces se atrevían a esperar que hubiese en Rusia una Constitución al cabo de unas cuantas docenas de años. Cuando al terminar mis estudios regresé a la aldea, ansioso de iniciar la propaganda en favor de nuevos métodos democráticos de gobierno, mi padre se mostró, no sólo atemorizado, sino hostil a mis ideas. "No hay que pensar en eso antes de otros tres siglos por lo menos", me dijo. Tenía el convencimiento de que mis aspiraciones estaban condenadas a fracasar y le inspiraban temor los riesgos personales a que su hijo se exponía por ende. En 1921, luego de escapar a toda suerte de peligros, mi padre fué a verme al Kremlin, y entonces le pregunté bromeando: "¿Recuerda usted su predicción de que el zarismo iba a durar otros trescientos años lo menos?". El anciano urdió, socarrón, una sonrisa y



me respondió con la sentencia ucraniana: "El tiempo dió esta vez razón a tu verdad."

Cursé el séptimo y último año de estudios en Nikolayev en lugar de Odessa. La ciudad era más provinciana y atrasada, e inferior el nivel de instrucción escolar. Pero el año que pasé allí, el de 1896, señaló en mi vida el momento de la transición, del modo mismo que lo marcó en la vida de mi país. Hubo en San Petersburgo una huelga obrera de gigantescas proporciones. Los grupos formados para estudiar a Marx se convertían en organizaciones revolucionarias.

En Nikolayev residí con una familia cuyos hijos mostraban ya interés por las nuevas corrientes políticas. Mencionaré el hecho notable de que al principio combatía yo con firmeza las "utopías socialistas". Pretendía ser un escéptico y estar de vuelta ya de todo aquello, pero lo que en realidad hacía era sostener una lucha desigual por mi independencia. Tanto mis condiciones personales como la índole de mis primeras experiencias, parecían predestinarme la senda a seguir. Me faltaba, sin embargo, todavía la orientación central directriz. Iba acercándome al vértice, me daba cuenta de ello, y quería al mismo tiempo hurtarme a la influencia de los jóvenes aprendices de la revolución con quienes el azar me había puesto en contacto. La lucha desigual no se prolongó más que unos meses. Las ideas que flotaban en el ambiente poseían mucha más fuerza que yo. A tal punto, que en el fondo de mi alma primaba el deseo ferviente de rendirme por completo a ellas.

Aparte los muchachos que evolucionaban hacia el marxismo, conocí en Nikolayev a unos cuantos hombres que ha-

Mientras tanto, mi compañero y yo trabajábamos como peones de labranza en los alrededores de la ciudad

bían cumplido pena de destierro por delitos políticos. Vivían ahora en libertad, pero bajo la vigilancia policial. Eran figuras de segunda categoría del movimiento popular, ya en franca declinación. Los socialdemócratas no volvían aún del destierro. Estaban siendo justamente enviados a él. Ocurría, naturalmente, que el choque de ambos credos daba lugar a remolinos, y en aquellos remolinos ideológicos me vi yo sumergido bien pronto.

Mi entusiasmo juvenil — no tenía diez y siete años — carecía hasta el momento de bases doctrinales. Se me hacía preciso adoptar las ideas por instinto, lo cual no resultaba empeño fácil. Me di vorazmente a la lectura, pero los libros eran muchos y el uno contradecía al otro. No encontraba en torno mío a nadie que me sirviera de guía. Además, cada nueva conversación me llevaba a advertir con honda amargura, con algo como desconsolado agravio, la magnitud de mi ignorancia. A veces me convenía de que toda una vida no bastaría a capacitarme para la acción.

Entablé amistad con el jardinero Swigovski, de origen checo. El primer obrero de mis relaciones que estaba abonado a los diarios, leía el alemán, conocía los clásicos y podía tomar parte en las polémicas entre marxistas y populares. Su vivienda en el jardín — un rancho de una sola habitación — era el punto de cita de los estudiantes universitarios que pasaban las vacaciones en Nikolayev, de antiguos emigrados y de la juventud local. Los progresos del socialismo alemán,

## Por LEON TROTZKI

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

los conflictos nacionales de Austria y las elecciones de los Estados Unidos tenían más importancia para nosotros que nuestros problemas personales. Por intermedio de Swigovski lográbamos hacernos con libros prohibidos. Los ex emigrados citaban en sus disertaciones los nombres de Jeliabov, Perovskaya, Figner, miembros todos del partido La Voluntad del Pueblo, y los mencionaban, no como héroes legendarios, sino como hombres y mujeres de carne y hueso con los que ellos, o amigos suyos de más edad, habían estado en contacto. Empezaba a adquirir la noción de que me convertía poco a poco en eslabón minúsculo de una gran cadena.

Por aquel tiempo se hicieron tirantes las relaciones entre mi familia y yo. Mi padre fué a Nikolayev a vender su grano y se enteró, no sé por dónde, de las nuevas amistades que su hijo cultivaba. Sostuvimos discusiones agrias y tormentosas. Yo luchaba fieramente por mi independencia y en favor del derecho que me asistía a elegir mi propio rumbo. Las cosas terminaron renunciando yo a toda ayuda material de mis padres y marchándome a vivir con Swigovski, que ya entonces había alquilado un jardín mayor con casa más amplia. Fundamos allí seis de nosotros una "comuna". En el verano se nos adjuntaron dos estudiantes tuberculosos en procura de aire libre. Empecé a dar lecciones. Llevábamos una vida de espartanos. Carecíamos de camas y nos alimentábamos de sopas de verduras preparadas por nosotros mismos. Vestíamos blusas azules y portábamos bastones negros. La gente de la ciudad creía que nos habíamos afiliado a una secta misteriosa. Leíamos sin tregua, nos enzarzábamos en debates formidables, mirábamos ávidamente al porvenir y éramos felices a nuestro modo.

Nos sentíamos ansiosos de actuar, pero no atinábamos con la forma de empezar a hacerlo. Poco después organizamos una sociedad para la propaganda de libros útiles entre el pueblo. Solicitamos auxilio pecuniario de los simpatizantes y adquirimos ediciones económicas de las obras que nos interesaban. No sabíamos, empero, cómo repartirlas. En el jardín trabajaban un obrero a jornal y un chiquito aprendiz y nos propusimos catequizarlos con objeto de que nos sirvieran de agentes, sin sospechar que aquél iba a resultar un gendarme disfrazado que realizaba allí la misión de espiar nuestros actos. La gendarmería era entonces una policía política especial, organizada militarmente y autónoma por completo. Algo así como la precursora de la Cheka soviética.

Recuerdo todavía el nombre del esbirro: Cirilo Tchorzewski. Se dió tal maña, que consiguió ganarse la voluntad del aprendiz, y éste se apoderó un día de una maleta llena de "libros para el pueblo" y la entregó al coronel de la gendarmería. Nuestros comienzos no se anunciaban, evidentemente, triunfales, pero creíamos con firmeza en nuestro buen éxito futuro. Yo escribí un artículo polémico contra la primera publicación marxista local. Quedó inédito y nadie, empezando por mi mismo, perdió nada con ello.

Buscando cauces diversos a nuestras actividades, acordamos fundar una universidad a base del principio de instrucción mutua. Teníamos un puñado de alumnos. A mí me encomendaron un cursillo de conferencias sobre sociología y me dispuse con todo celo a dictarlo. Al cabo de las dos primeras, en las que me desempeñé muy satisfactoriamente, advertí que había empleado todos mis conocimientos. Otro de los conferencistas se embarulló en los postulados fundamentales de la disertación inicial y sugirió que le permitieran preparar las siguientes por escrito. Allí terminó todo.

A raíz de aquello decidí, con este compañero a quien aludo, escribir un drama. A fin de aislarnos llegamos inclusive a abandonar la "comuna" y a recluirnos en una habitación cuyo emplazamiento mantuvimos secreto para todo el mundo. La obra se inspiraba en temas sociales y describía la lucha entre las dos generaciones. Y a pesar de que los autores seguíamos desconfiando a medias del marxismo, los populares aparecían en el drama como una antigualla aniquilada e inválida, mientras que todo el vigor, la energía y las esperanzas del porvenir formaban junto a los jóvenes marxistas. Tal era en síntesis el espíritu de la época.

El nudo de la obra consistía en que un revolucionario de la vieja generación, al que la vida había derrotado, se enamoraba de una muchacha marxista. Ella le fulminaba sin piedad con la pintura descarnada del fracaso de los populares. Hoy me parece que el drama no tenía toda la animación de cosa viva que hubiera debido tener. No lo terminamos. Hicimos con él un paquete bien prieto y lo escondimos debajo del colchón de la cama con objeto de secuestrarlo a una posible pesquisa. Mientras tanto, mi compañero y yo trabajamos como peones de labranza en los alrededores de la ciudad. Cuando nos arrestaron más tarde, el manuscrito se perdió. Es muy probable que los dueños de la pieza sintieran miedo y lo arrojasen al fuego.

## EL CODICE VIRGILIANO DE PETRARCA

(Continuación de la pág. 9)

gos, o sea el "membrillo" de tierna pelusilla; el "malum medicum" del "triste sumo" como es el "ácido" limón; el "pacífico" olivo; el "sabroso" peral; el "amargo" serbal, etc...

Entre las flores veremos al "narcissus poeticus", al "chrysanthemum", al "aquifolium spinorum", al "iris", al "acanthus mollis", al "althea rosa", etc... Y no es sin conmoverse que Virgilio cita y contempla las poco agradables y, sin embargo, tan útiles y benéficas plantitas que en su humildad nos procuran el alimento cotidiano: desde el "tristis lupinus", misero alimento de los estoicos y de los pobres hasta el mijo, el sagrado farro y el

"triticum", cuyas raíces y frutos han substituido en la alimentación del hombre a las raíces y frutos selváticos y de cuya reproducción se ha cuidado la madre naturaleza de un modo especial, dotando al trigo lo mismo que a la cebada y al centeno, de tres raíces cuando otras plantas tan sólo tienen una.

\*\*\*

Este "lucus vergilianus", y especialmente cuando abundan las sombras y la pintoresca variedad y gracia de los colores, será, no cabe duda, la meta de numerosas peregrinaciones. Y también es seguro que éstas más tarde habrán de llegar hasta la antigua Andes, denominada después Pietole y ahora Virgilio. En este modesto pueblo, lugar de su nacimiento, han erigido en honor del poeta una moderna estatua de hierro entre dos ligeros y altos chopos. Allí, en una ver-

de y tranquila pradera, estaban la hacienda, la huerta y los pocos prados de su padre Marone. Alrededor surgían manantiales de agua, pantanos y grupos de árboles. El joven Virgilio gustaba de sentarse bajo las hayas y oír el arrullo de las tórtolas y el zumbido de las abejas. A lo lejos moría el eco de la canción del podador: — Aquí, o Lycori, hay fuentes gélidas y tiernos prados; que en estos bosquecillos los mismos años consumimos juntos.

No pocos dicen que ya no es moda, hoy día, buscar el alma de los poetas en los lugares que un día impresionaron su imaginación; pero, sin embargo, ninguno de los verdaderos admiradores del poeta podrá pasar sin emoción a través del paisaje de la vieja Andes. No hace muchos años allí fué el más virgiliano de los poetas modernos, el ya difunto Giovanni Pascoli. Llevaba sus bue-

nas Geórgicas en el bolsillo y se había sentado a los pies de la tosca estatua de hierro. Algunos campesinos se habían parado y lo miraban con cierta curiosidad. El los invitó a sentarse y empezó a leer y a traducir con gran paciencia la parte del segundo libro que se refiere a la vida rústica. Cuando llegó al famoso verso en el cual se enaltece a la juventud agraria, paciente en el trabajo y que se contenta de poco, y hubo explicado cómo el poeta había exaltado poniéndola como ejemplo la vida de los jóvenes de aquellos tiempos, se paró para ver el efecto que producían sus palabras en su reducido auditorio y preguntó: — ¿Comprendéis ahora toda la nobleza de nuestro Virgilio? ¿Comprendéis qué grande hombre era? Un joven, que, desde luego, interpretaba el pensamiento de todos los presentes, se llevó la mano derecha a la

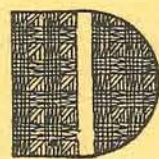
altura de la frente y agitando la hacia atrás y hacia adelante dijo: — ¡Ha perdido el juicio este pobre hombre! El pobre Pascoli cerró su libro meditando que quizá el campesino virgiliano se había transformado con otras muy diferentes inclinaciones en el campesino socialista de la postguerra.

## LIRIOS ELECTRICOS

EN Suecia se ha conseguido hacer crecer lirios, jacintos y tulipanes durante el invierno, calentando la tierra en que se encontraban plantados, gracias a la electricidad. Calentar la tierra parece dar mejor resultado que la luz artificial, que se había ensayado en las plantas. Parece ya seguro que se podrá conseguir en cualquier parte del mundo, flores que requieran anteriormente climas calientes, gracias a este procedimiento.



# CIENCIA Y SENSACIONALISMO



OS hermosos artículos ha dedicado mi ilustre amigo Luis Araquistain a llamar la atención general y técnica sobre un

supuesto descubrimiento lingüístico del fallecido publicista español Julio Cejador. Luis Araquistain es estimado muy justamente como uno de nuestros periodistas más cultos, talentosos, con sentido de responsabilidad. Por si esto fuera poco, sus dos artículos han aparecido en LA NACION (domingo 16 de febrero, 2 de marzo), doblando con ello su importancia, no sólo para estos países americanos que ven en ella su más alta tribuna periódica, sino también para la España intelectual que demuestra la altísima estima que por este diario tiene, visitando sus mejores galas cuando ha de acudir a las justas dominicales de su Revista Semanal. Está, pues, sobradamente justificado que aceptemos por nuestra parte la cortés invitación que Araquistain hace a lingüistas y arqueólogos para que den explícitamente su opinión sobre el sensacional descubrimiento de Cejador. Yo me siento, además, un poco obligado a ello, porque ya van siendo muchos los que en estas patrias nuevas se interesan por los problemas de las culturas viejas; y cada uno debemos contribuir cuanto podamos por orientar ese interés, impidiendo fáciles descarríos.

Don Julio Cejador ha descrito unas indescifrables inscripciones ibéricas. Ha probado que el alfabeto ibérico es el punto de arranque de los demás. Ha conseguido traducir en esas inscripciones, sutilezas y chistes varias veces milenarias, porque esa impenetrable lengua ibérica no es ni más ni menos que el vasco, como lo prueba el hecho de que todas las palabras de las inscripciones ibéricas descifradas conforme a su clave están en el diccionario vasco-francés-español, de Azcúe. (Cejador ha mantenido toda su vida que el vasco es la lengua primitiva del mundo; siempre le ha sido fácil hallar en el vasco la etimología de cualquier palabra, no importa a qué lengua actual o pretérita pertenezca). Cejador descubre ahora que el vasco se hablaba en Creta antes de la civilización helena; todas las palabras recogidas en inscripciones prehelénicas están en el diccionario vasco de don Resurrección María Azcúe; es más, hasta las pictografías no son otra cosa que palabras vascas que se pueden leer en el mismo diccionario. Ese otro gran enigma de la ciencia, la lengua etrusca, queda descifrado: no es otra cosa que vasco de Azcúe, y en vasco están escritas todas las inscripciones itálicas prelatinas. En vasco de D. Resurrección están también redactadas las inscripciones de Glozel, ochenta o cien siglos antes de Cristo. El señor Cejador no tuvo tiempo de más; pero su entusiasta traductor al francés y continuador, Monsieur Broutá, ya ha logrado poner en claro el vasco de las runas germánicas y de antiquísimas inscripciones siberianas, siguiendo los mismos procedimientos de Cejador.

Luis Araquistain, que destaca muy bien el enorme interés general, diríamos periodístico, de estos temas, no da por seguros tan sensacionales descubrimientos: ¿podría esperarse otra cosa de su clara inteligencia y de su sincero respeto por la ciencia? Es más, Luis Araquistain hace depender todo este aparato cejadoresco de la autenticidad de los descubrimientos arqueológicos de Glozel, que ya han sido declarados falsos por una comisión científica internacional; deja

la resolución a los técnicos, y sólo les pide que cesen ya de responder a los libros de Cejador con su silencio de menosprecio; que o lo refuten o lo reconozcan.

Pero la labor que se pide a los técnicos es difícilísima. Si los hombres de ciencia creen descabellada la obra de Cejador, claro es que tendrían que refutarla. ¿Ante quiénes? ¿Ante los hombres de ciencia? Pero si todas las objeciones son consabidas; basta con dar a leer lo que Cejador escribió. ¿Ante los profanos, justamente interesados en un problema de cultura general? ¿Y cómo vamos a dar a un profano razones científicas? Habría primero que convertirlo en científico, pues de otro modo se correría el riesgo de ser ininteligible, abstruso y fácilmente pedante. Me alegro mucho de tener a mano un facilísimo ejemplo en que se pueden exhibir algunas razones científicas sin caer en esos peligros. El lector puede leer en Pereda, como en otros costumbristas santanderinos, "Una vaca jeda", que significa "una vaca parida", verbo "jedar", "parir", y puede leer en Cejador ("Tesoro de la Lengua", V. 317) que su etimología es el vasco "zetu", "chetu", que significa "separar". Pero se trata, evidentemente, del latín "fetare" que tenía el mismo significado. Las razones son estas: a) Esa zona santanderina es de las que pronuncian, como Andalucía, "jablar", "jacer", "jarina", por "hablar", "hacer", "harina", es decir, donde a la "f" inicial latina — "fabulare", "facere", "farina" — corresponde una "h" aspirada, que los escritores regionales transcriben con "j"; b) En todos nuestros dialectos, como en el castellano y en otras lenguas, la "t" latina entre dos vocales se ha hecho "d": "totus" se hace "todo", "potere" se hace "poder", "nata" se hace "nada", etc.; c) Por último, la "e" final del "fetare" latino se pierde en nuestra lengua como la de todos los infinitivos. Cada una de las modificaciones sufridas por la palabra latina "fetare" para llegar a nuestro "jedar" están así comprendidas dentro de congruentes actividades de la lengua entera. (A esta clase de congruencias se les ha llamado, un poco románticamente, "leyes fonéticas"). Buscar esas y otras congruencias es buscar en la evolución de un idioma sentido de arquitectura, intención constructiva, espíritu. No son simples tecnerías). Se ve, pues, por qué la etimología "fetare" es científica, y lo sería aunque documental; pero no se pudiera comprobar; pero es el caso que nuestros antiguos documentos dicen "una vacca feta", "oves fetas", y que "feda" vive hoy también en otros territorios — Francia, norte de Italia — adonde los romanos llevaron su latín. Fijese el lector en que no trato de explotar el que Cejador se equivocase en una etimología, sino en lo "evidente" del disparate, que asegura, aun a los profanos en la materia, que frente al método "científico", de constante autocritica y disciplina, Cejador procedía por pura corazonada, o como dicen por aquí, por puro pálpito. Esa condición "sine qua non" de las afirmaciones de orden científico, el estar sujetas a demostración, nunca ha valido nada para Cejador. Procedía por corazonada exactamente igual que otros muchos exuberantes espíritus españoles

y americanos a quienes de repente se les despierta una vocación filológica. La corazonada del vasquismo de Cejador es exactamente la misma de tantos indigenistas locales de



El polígrafo español Julio Cejador y Franca, cuyas hipótesis sobre los idiomas primitivos se analizan en este artículo

por acá, que quieren furiosamente hacer de su guaraní, de su quechua o de su araucano el origen de todas las lenguas. Es, desde luego, incomparablemente inferior al hebraísmo de los medievales, ya que esa no era la obra de un maniático, sino exponente de un estado general de cultura que concedía a la letra de la Biblia valor de documento científico.

Se comprende ahora sin es-

W1X W9A A A O O O M Z Y X X I I A X Z Y

A Y F Y O Q I N O X M E D H J K L F V J B A T A T

Q N E T M A H I Y G Z V N O S O J I W X

N O E Z T P M I C F A U O W H O \* P A D O S M I D A Y

D P Q D M M N L Z S E T A Y H W P X O A R I S O \* W Y V D

a r i s n l g o s e u c e c a t i o m b i t a d u g i

Alfabeto ibérico, ordenado y estudiado por Gómez Moreno

fuerzo que un hombre a quien basta la idea de "separar" en el vasco "zetu" para ponerlo como etimología de "hedar", no tenga el menor inconveniente en hallar vasco de hoy, vasco de Azcúe, en aquellos cacharros de Glozel a los que sus constructores dieron una antigüedad de 120 siglos en pocas semanas. Ningún inconveniente para añadir, quitar, torcer o enderezar los trazos de todas las inscripciones hasta que hablen "azcuence". Ninguno para leer chascarrillos vascos en el plomo de Alcoy o en las inscripciones prelatinas o prehelénicas.

Ya se ve que tampoco ha tenido estorbo alguno su continuador para leerlos en las inscripciones rúnicas y siberianas. ¿Recuerda ahora mi ilustre amigo don Luis Araquistain aquel famoso indiano Atanasio o Anastasio Rivero que se volvió de Cuba con el secreto de Cervantes? El tenía la clave de la verdadera redacción del Quijote; aquella redacción subterránea era un alegato revolucionario y sabroso en chismes del mundo político y literario. No había más que poner en otro orden las letras allí agrupadas. El Sr. Rivero se reservaba, naturalmente, el or-

den en que las letras debían ahora figurar. Y claro es que ese orden era distinto cada vez; a veces faltaba o sobraba algo, como la ruedecita que encuentra de más el relojero del cuento. Exactamente lo mismo que hacía Cejador con los signos en las inscripciones, con las letras en las palabras y con las palabras en las lenguas.

Celebremos que Monsieur Broutá no haya tenido ocasión de dejarse arrastrar por unos entusiasmos riveristas, como lo ha hecho por los cejadorescos; si no, es seguro que ya habría encontrado una oculta redacción subversiva en los versículos del Antiguo Testamento.

No. Los sabios no son, respecto a Cejador, culpables de una desatención arriesgada. A su tiempo, los lingüistas dejaron ir su atención hacia los gestos desaforados que Cejador hacía en sus libros.

¿Pero cuál puede ser luego la actitud de los hombres de una ciencia cuando pretende entrar en ella un producto que trae señas inequívocas de ser una superchería? Inequivocas para la ciencia misma, por lo cual insisto en lo difícil que es hacerlo ver a profanos en lingüística. Recuerdo muy bien cuál fué, en cierta ocasión, la actitud que tomó el mismo Luis Araquistain, en la docta compañía del doctor Negrín: un aristócrata adolescente pretendía ver a través de los cuerpos opacos; veía la hora a través de las tapas cerradas de los relojes, leía en un libro a través de bandejas de metal, veía objetos encerrados en cajas de madera. Se le sometió a pruebas. El asunto apasionó al público, que se dividió en rendijistas y anti-rendijistas. El doctor Negrín y Luis Araquistain se declararon rendijistas después de ver la prueba del reloj. Quiero con esto decir que es al sospechoso de superchería a quien se piden las pruebas. Pues bien, las pruebas

que dió Cejador son sus libros. Y, sin posible duda, cualquier lingüista que los lea se declara rendijista. El caso de Cejador es mucho más grave que el del joven aristócrata, porque éste veía unas veces y otras no lo que allí había, como lo consignó el Dr. Calandre; pero en las vicencias de Cejador nunca hay lo que él pretendía ver. Los filólogos extranjeros han rechazado definitivamente la obra de Cejador. ¿Qué más declaración expresa que no contar con su existencia? Ellos están interesados con problemas científicos, y Cejador no es ningún problema. Nosotros, en cambio, tenemos que dedicarle ahora esta atención efímera, porque la obra de Cejador no será ningún problema, pero sí lo es el probable batiburrillo que sus páginas estrafalarias pueden armar en la cabeza de nuestros aficionados.

¿Puede ahora pensarse que constituya un espaldarazo de lingüista el que Monsieur Broutá traduzca un libro de Cejador al francés, y lo edite en la imprenta de Monsieur Catin, y lo ponga a la venta al precio de 16 francos papel? ¿Si lo hubiera traducido Meillet, por ejemplo de lingüista insigne, o por lo menos lo hubiera editado una casa especializada, como Champion! Monsieur Broutá es un honorable socialista que por tal ya tiene mis simpatías y las de Araquistain. Monsieur Broutá, luxemburgués, establecido en España hace muchos años, sabe por lo menos francés, español e in-

glés; pero un políglota no es un lingüista, ni puede depender de la impresionabilidad de cualquier ciudadano la consagración internacional de un lingüista. Véase si las revistas profesionales aprueban el sensacional descubrimiento; véase siquiera si, una vez leído el libro para hacer la crítica, creen las revistas que merece una mención. Y se verá cómo el Cejador, traducido al francés por Monsieur Broutá y editado en la imprenta de Monsieur Catin, queda tan fuera de la ciencia como el Cejador pintoresco que conoció Luis Araquistain en el Ateneo de Madrid hace veinte años. En esas condiciones, una traducción supone menos que ciertos doctorados "honoris causa", célebres en España. No hay el menor riesgo de que el extranjero nos devuelva glorioso a Cejador, un segundo Cajal. En aquellos tiempos no había en España investigadores que pudieran por sí mismos darse cuenta del valor extraordinario de Cajal, no había un estado cultural capaz de conceder glorias. Pero hoy la filología española está a la cabeza de estos estudios; Menéndez Pidal ha sido nombrado presidente de la Société Internationale de Linguistique en un congreso internacional celebrado en Francia. Los filólogos que él ha ido formando son solicitados como colaboradores por todas las revistas, y como profesores, por universidades de todo el mundo. No se puede, pues, alegar, para la desvaloración de Cejador, ni ignorancia de la materia en casa ni desatención hacia lo español en el extranjero. Habría que pensar en una maldad diabólica, de la cual serían partícipes los lingüistas de todos los climas. Pero Araquistain sabe que D. Ramón Menéndez Pidal es todavía más insigne por bueno que por sabio. Ni puede tratarse tampoco de una desatención universal al tema vasco. Cejador, que, como se sabe, no usaba citas ni comillas, ha inducido injustamente a Luis Araquistain a pensar que el vasco es la Cenicienta de las lenguas, idioma menospreciado por los filólogos nacionales y extranjeros. Pero lo cierto es que han dedicado su estudio al vasco, de los de fuera Bonaparte, Schuchardt, Uhlenbeck, Meyer-Lübke, Sarrailh, Lacombe, Gavel, Urtel, etc., y de los de casa, Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás y el que esto escribe, además del meritisimo grupo de los señores Azcúe, Urquijo, Apraiz, etc. Unos trabajos han aparecido en la "Revista Internacional de Estudios Vascos", otros en la "Revista de Filología Española", otros en el tomo del "Tercer Congreso de Estudios Vascos", otros en el "Homenaje a Menéndez Pidal", otros en diversas revistas europeas. Y la preocupación por el vasco actual va unida a la preocupación por lo ibérico.

Los mejores estudios modernos sobre los iberos, su lengua y sus inscripciones, se deben a Gómez Moreno, en la "Revista de Filología Española", 1922, y en el "Homenaje a Menéndez Pidal". Compárese la cautela, el sentido de responsabilidad científica, la constante labor de autocritica y la firmeza de las conquistas adquiridas en el descifrado de las inscripciones ibéricas de Gómez Moreno, con la manera de proceder de Julio Cejador. Si, una cosa es el matemático y otra el cuadrador del círculo; una cosa es el físico y otra el descubridor del movimiento continuo.

Y aquí damos fin a esta conversación pública, que ha sido un placer para mí, a pesar de mi tarea poco airosa de "a moro muerto gran lanzada", gracias a la calidad de mi interlocutor.

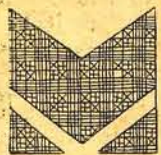
AMADO  
ALONSO



# "MASCARA BLANCA"

UN REPORTER EN EL  
INFIERNO POR BUSCAR  
A UN DIABLO

CAPITULO IX



MICHAEL Quigley subía las escaleras de la comisaría cuando Mason apareció en la puerta.

—¡Atorrante! le dijo Mason, bromeando—. ¡Se han llevado el cadáver!

—¿De quién, Mason?

Mason movió la cabeza.

—Había una vez—dijo con jovialidad—un estudiante de medicina a quien al preguntársele con cuántos dientes nació Adán, contestó muy oportunamente: "Sábelo Dios".

—¿Un desconocido, eh? ¿Verdad que un elegante?

—Está bien vestido—respondió Mason, con su modo poco comunicativo—. Vaya a echarle un vistazo. Usted conoce a todos los maleantes de West End. Michael movió la cabeza.

—Ese puede esperar. ¿Qué significa este asesinato: una bromita de "Máscara Blanca"?

—¿Por qué de "Máscara Blanca"?—preguntó Mason—. Oiga, Quigley, usted tiene una chinche en los sesos. "Máscara Blanca" no es de Tidal Basin como tampoco el diablo suyo.

—Lo han visto por aquí—insistió el repórter, y Mason suspiró.

—Un hombre que lleva un paquete de hilas en la cara ha sido visto por aquí, le dijo el Dr. Marford en un momento de ausencia mental. Este espectáculo puede verse siempre en los alrededores de cualquier hospital.

Michael Quigley estaba callado, como nunca.

—Oh... ¿qué quiere decir con eso?

Ningún otro repórter se hubiese atrevido a formular esta pregunta, pero Mason conocía bastante bien a este joven.

—Usted hará que me cuelguen, Michael, pero yo lo dejaré que me acompañe. Voy a llamar a una puerta verde y a hacer una pequeña investigación personal, para la cual me servirán de mucho su aliento y su ayuda. ¿Cómo está la señorita Harman?

Mike enseñó casi los dientes.

—¿Usted se dedica a almacenar habillitas ya que no puede almacenar asesinatos!—gruñó. La señorita Harman es muy buena amiga mía y está a punto de casarse.

—La felicito—dijo Mason, mientras los dos salían rumbo a Endley Street—. Debe ser vida muy poco romántica la de la mujer casada con un repórter.

—No se trata de que yo me case con nadie—respondió Michael, furioso, y usted se entromete en mis asuntos, Mason.

—Excelente—repuso Mason.

—Algún día me dedicaré a cazar elefantes.

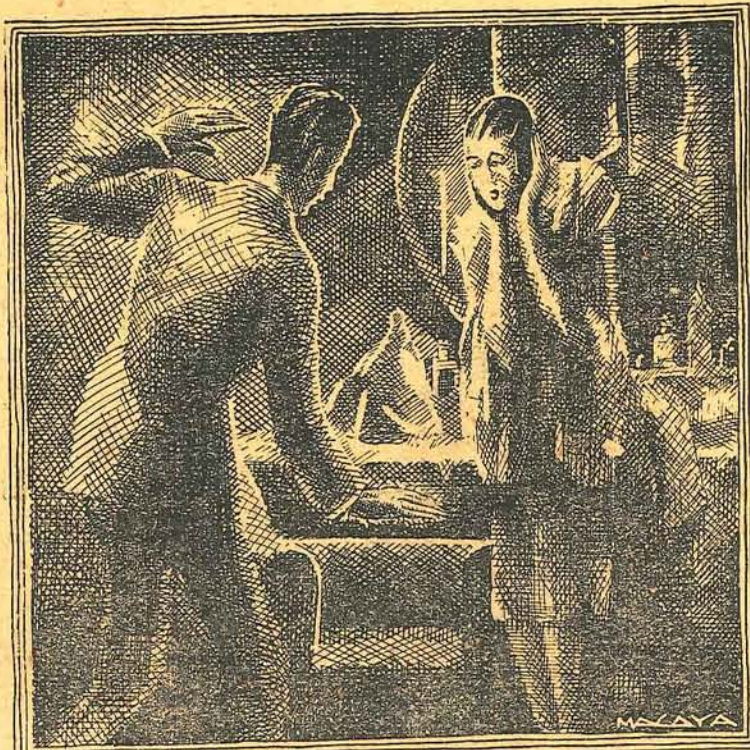
Caminaban juntos, el uno lleno de fría iracundia el corazón y Mason madurando una idea en el cerebro. Se puso a silbar quedito mientras pasaban ante el alto muro de la Eastern Trading Company.

—¿No le daría a usted lo mismo—preguntó Michael con agria cortesía—entonar una musiquita que no fuera la de la Marcha Nupcial?

—¿Silbaba yo eso?—preguntó el otro, sorprendido—. ¿No le parece cómo se parece a una marcha fúnebre? Cambie el tiempo y verá.

Era una noche de perros; soplabla una ventisca tan fría como las de las estepas orientales.

—Policías y repórteres—dijo Mason—viven a costa de los infortunios de los demás. ¿No le ha chocado esto alguna vez? ¡Aquí vienen!



Los aludidos eran tres hombres que venían al encuentro de ellos. Acortaron el paso al ver llegar a Mason y se detuvieron para recibirlo.

—No hemos visto nada ni a nadie—dijo el de más edad. —Rebuscamos el patio, pero no había rastro humano, aunque sí multitud de lugares donde el hombre hubiese podido esconderse.

—¿Y el postigo?

—Estaba entreabierto—repuso el pesquisa—. Alberto, el vigilante nocturno, juró que no había estado abierto, porque es contrario al reglamento abrirlo, salvo en caso de incendio.

—Tal vez hubo incendio—sugirió Mason—. Era una buena noche para incendio. Muy bien; puede venirse conmigo.

Apenas tenían que caminar unos pasos para llegar al sitio en donde la calzada, el camino del patio particular y el arco del ferrocarril formaban un triángulo.

—¿Fué aquí donde se halló el cadáver?—preguntó Michael, y Mason indicó el sitio.

Todavía silbaba cuando se halló frente al postigo pintado de verde y empujó. Ahora estaba cerrado. Con que él hubiera sólo pensado en probar esa puerta... pero si hubiera habido alguien detrás habría tenido el tino de echar los cerrojos. Debió estar escondido allí cuando Elk buscaba en el patio la cartera y el reloj. Pero si la señora Albert hubiese hablado...

Confío sus cuitas a Michael, confidente seguro, pues Quigley sabía con certeza lo que no debía publicar.

—Lo mismo sucede en todos los casos semejantes—dijo Michael filosóficamente—. Y usted debe esperar que suceda, de todos modos. Nadie dice la verdad, porque siempre tiene que esconder algún jueguito que podría desacreditarlo. Por mi parte, no acierto a comprender su mentalidad.

Sus ojos escudriñaban el pavimento.

—¿Supongo que ustedes buscaron en el canalón? Hay una pendiente marcada hacia esta acera.

Mason miró inquisitivamente a uno de los pesquisas, pero ninguno supo decirle nada, salvo que las válvulas de sumidero por donde escurre el agua de las tormentas habían sido desaguadas y el fango del fondo minuciosamente rebuscado, sin hallar nada que valiera la pena.

Michael se puso a horcajadas sobre el canalón y remangándose, introdujo los dedos en el agua que se deslizaba lentamente, tanteando...

—¡Al primer tiro!—exclamó con aire de júbilo—. ¿Qué es esto?

Mason tomó el objeto. Parecía un botón o una diminuta lamparilla eléctrica. Uno de los pesquisas proyectó la luz de

su linterna sobre el hallazgo que Mason tenía en la mano.

—A mí me parece una capsula—dijo Michael, dándole vueltas, con curiosidad.

En realidad, era una capsula de vidrio delgado que contenía un líquido de color imperceptible.

—Y también me parece conocer la forma. Pero, ¿dónde diablos he visto esto antes?

—De todos modos, hay que ponerlo en manos del químico de policía—dijo Mason, guardándose el objeto cuidadosamente en el bolsillo—. Mike, está usted afortunado: pruebe otra vez.

Michael metió de nuevo la mano en el agua, esta vez sin resultado, pero vio en seguida lo que centenares de ojos enfocados a ese trozo de calzada no lograron ver. Estaba colocado sobre el filo del reborde de la acera como si lo hubieran puesto con cuidado, aunque hubo de rodar hasta allí sin más impulso que el de la fuerza de la gravedad. La piedra, de grandes dimensiones, asomaba sobre el reborde: el aro de platino estaba tan empujado por la lluvia que no se distinguía del granito sobre el que yacía.

Lo recogió, palpitándole el corazón penosamente.

—¿Qué es eso?

Mason lo tomó con desgana mano.

—¿Un anillo! Pensar que estos pobres palos de ciego... ¡Un anillo con un rubí! Supongo que el rubí será una imitación; sin embargo, parece rubí.

Michael Quigley no dijo nada. Los pesquisas hacían oscilar en el suelo manchas de sombra; él respiraba con dificultad. Algo en su actitud hubo de llamar la atención de Mason, porque éste lo miró atentamente.

—¿Qué le sucede? ¿Por Dios santo, parece usted un cadáver! La postura agachada, que le agolpó la sangre a la cabeza, ¿eh?

Michael conocía a Mason lo bastante para comprender que el superintendente Mason estaba procurando disimular la situación ante los pesquisas, lo cual se confirmó al enviarles aquél a buscar inútilmente, a diestro y siniestro, en los canalones, algún nuevo objeto. En seguida tomó a Michael por el brazo.

—Hijo—le dijo bondadosamente—, usted ha visto este anillo antes, ¿no es verdad?

Michael movió la cabeza.

—¿A qué conduce que me mienta?—La voz de Mason sonaba a reproche y a agravio.

—No recuerdo haberlo visto antes—repuso Michael con hosquedad. Lo dijo con voz que no parecía la suya.

—¿Ocultación?—replicó Mason afablemente—. ¿Para qué? A lo mejor salta alguno y lo cuenta todo. Usted decía hace un minuto lo necio que era ocultar las cosas a la policía,

Por EDGAR WALLACE

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

embroider pequeños insignificantes, y aseguraba que no comprendía la mentalidad de la gente que lo hace. ¿La comprende ahora mejor?

—No he visto este anillo antes.

Michael debió realizar un gran esfuerzo para decir esto; pero Mason era escéptico por temperamento y no fácil de convencer.

—Usted lo ha visto antes y sabe a quién pertenece. Escuche, Michael: Yo no voy a ser bueno con usted ni a valerme de las tretas que empleo con criminales de mediana inteligencia. Usted se va a ahorrar muchas inquietudes, y todavía más otra persona, si usted me concede su confianza. No piense usted que la persona dueña del anillo va a ser molestada o lanzado el asunto a los periódicos: me conoce de sobra para imaginarlo siquiera. La ocultación, como usted dice, es una de las maldiciones de estos asuntos.

Ahora Michael era ya dueño de sí.

—No le falta sino acosarme para que le revele quién es el asesino—respondió con viveza.

—No, no conozco en absoluto la procedencia de esa piedra. Me sentía un poco desvanecido por haber estado rebuscando en el arroyo con la cabeza entre las piernas. Pruebe usted y verá cómo le sucede lo mismo.

Mason lo miró de hito en hito un buen rato y luego contempló el anillo.

—Diríase un anillo de señora. Se lo puso en el dedo meñique. Y para el dedo meñique. Y apenas entra en el mío. Esto exigirá publicidad—agregó negligentemente—. No quiero hablar mal de ustedes los periodistas, Michael; pero ustedes, de seguro, se desvanecen sobre un indicio como éste, y no me sorprendería llegar a ver en los diarios el retrato de la señorita...

Se detuvo de súbito.

—¿No es la señorita Harman?

—No—respondió Michael con energía.

—¿Embustero!—repuso Mason—. ¿Es el anillo de la señorita Harman, y usted se dio cuenta de ello apenas lo vio?

Examinó la joya un momento y se la metió luego en el bolsillo.

—¿La víctima fué un sudáfricano?

Mason asintió con la cabeza.

—¿Vino hace poco tiempo de África del Sur?

—No sabemos, pero sospechamos que hace una o dos semanas.

—¿Cómo se llama?

—Tampoco sabemos: no conocemos más que su nombre de pila: Donald.

Calló y sus grandes ojos penetrantes se abrieron hasta el límite.

—¿Con quién se va a casar la señorita Harman?—preguntó.

—Con un irlandés llamado Feeney—repuso Michael con sarcasmo—. No, Mason, en realidad se va a casar conmigo; pero tuve un pequeño altercado con ella. ¿Puedo ver el cadáver?

—Vamos juntos a echarle un vistazo—respondió Mason, enlazando su brazo al del periodista.

Su horrible inspección duró apenas unos minutos; pero quedó Michael más intrigado que nunca. Intrigado y terriblemente angustiado. Se hace indudable que el hombre que dejó caer el anillo, ya fuera el asesino o la víctima, era el enamorado romántico. El descubriría la verdad a toda costa.

Dejó a Mason en la comisaría y salió, casi atropellando a una joven que en actitud vacilante esperaba al pie de los escalones.

—¡Michael... Michael!—profió con voz entrecortada, tomándolo de un brazo—. Me di-

jerón que usted estaba aquí. Necesito hablarle... ¡Oh, Michael, he sido una loca y necesito ayuda en este trance terrible!

El la miró con momentáneo recelo.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí, Janice?—preguntó.

—Acabo de llegar. Ahí está mi coche—. Y señaló sus faros opacos. Los hombros de su abrigo de piel estaban húmedos de lluvia—. ¿No podemos ir a alguna parte? Necesito hablarle. Ha ocurrido un asesinato, ¿verdad?

Michael asintió con la cabeza.

—¿Qué horror! Pero me alegro de haber sabido dónde encontrarlo. Parece que siempre hubiera asesinatos aquí—dijo estremeciéndose—. Y yo también he sido asesinada, Michael: en mi vanidad, en mi orgullo... si es verdad. Y siento que usted es la única persona capaz de resucitarlos. ¿Adónde iremos?

Michael vacilaba. Había cumplido su tarea para la última edición; esa noche no tenía ya que escribir, si bien estaba lejos de haber concluido su trabajo. Se dirigió al coche. Ella estaba en tan lastimoso estado que él empujó el volante y la condujo a Bury Street. Era la primera vez que iba a su departamento, así es que resultaba un extraño para la mucama que abrió la puerta.

Janice le guió a una linda salita y cerró la puerta.

—Quítese el tapado—le indicó él antes que ella empezase a hablar—. Y vaya a cambiarse los zapatos y las medias, que están mojadas.

Ella obedeció sumisa y volvió a poco envuelta en un pañador. Se acomodó en un bajo sillón de brazos, frente a una estufa eléctrica.

—Este es el cablegrama que recibí.

Le alargó, sin mirarlo, un papel doblado.

—¡Espere! Antes que lo lea necesito explicarle. Me dijo que tenía una quinta en Paarl y que estaba deseando de comprar la propiedad colindante...

Entonces gestioné su compra para él, cablegrafiando a Van Zyl, ese magnífico muchacho de quien le he hablado, y le encargué que la comprase. Esa es su respuesta.

Michael abrió el telegrama. Era un largo mensaje que decía así:

"La propiedad de que usted habla no está situada en Paarl sino en Constanca, al lado de la cárcel de penitenciaros. No está ni ha estado nunca en venta. Donald Bateman, de quien dice usted que es propietario, no es conocido como tal aquí ni en Rodesia. Mi amigo el fiscal en lo criminal teme que el sujeto que usted menciona sea Donald Bateman, que cumplió nueve meses de cárcel en Constanca por fraudes de propiedades; es un hombre alto, de aspecto más bien simpático, con una cicatriz bajo la barba y de ojos grises. Se embarcó hace cinco semanas para Inglaterra en el Balmoral Castle. Sus fraudes consisten en convencer a la gente de que adelante dinero para comprar propiedades y en alzarse luego con el depósito. Perdóne si esto tiene algo de melodrama. Siempre a sus órdenes.—Carl".

Michael cerró el telegrama y la miró extrañado. Luego dijo con voz rara:

—Cicatriz bajo la barba. Es curioso; fué lo primero que vi. Ella se volvió y lo miró, alarmada.

—¿Que usted le ha visto?

—¿No? ¿Cuándo?

Michael se humedeció los labios secos. ¡Donald Bateman! Así es que ese era su nombre! Se acercó a ella y le puso afectuosamente la mano en el hombro.

—Querida, qué perfecta ca-



# ARCHIPIELAGO DE POETAS

## LA ISLA DE BASSO MAGLIO

**N**UESTRA mirada no quiere posarse, fácilmente, sobre el paisaje de los nombres consagrados, porque la mirada del espíritu debe buscar...

Desde Herrera y Reissig hasta Emilio Oribe todos son conocidos. Y a cualquier otro que no tuviera una pura ansiedad, le sería bien cómodo recurrir a media docena de antologías americanas, para dar a cada poeta el valor que le corresponde.

Dejamos, pues, los puertos ya iluminados; nuestra barca exploradora quiere señalar algunas islas ignoradas. Una de ellas, Basso Maglio.

He aquí la isla pura, que no ha sufrido más ornamentación que la de sus propias colinas, ligeramente onduladas hacia la verdad de los pájaros, que las sostienen en el pico de su vuelo por el fuerte hilo de su canción.

A nuestro regreso de España, fuimos uno de los primeros en descubrir en el horizonte lírico del Uruguay, la isla del poeta. ¡Alborozada emoción la nuestra!

Descubrimos la isla oculta para todos...

Si, aun hoy, después de señalarla nosotros, hay muchos cuya sensibilidad no la perciben o, mejor dicho, hay mucha insensibilidad que la conoce, y preferimos afirmarlo en esta última forma ya que reivindicamos para la sensibilidad su valor verdadero, el de la infinita comprensión.

Porque no vibra en la fórmula colorista o en la vulgaridad de la fácil arquitectura, para muchos no existe. Está entre otras islas más vistosas, más recorridas y por eso islas de perdido encanto.

\*\*\*

A fuerza de desnudez, Basso Maglio parece obscuro. La alegría de andar libre le cuesta al poeta una casi justa incompreensión. Y le sería tan fácil dejar caer sobre los hombros de la poesía, la túnica del verso que modulara el ritmo interior...

La desnudez asombra y desconcierta. Su transparencia sube tan a la superficie del pozo lírico, que no se le ve. Hay todavía la costumbre de apoyarse en el brocal de la frondosidad para mirar el fondo. Afirmamos con esto que así como el espíritu se hermetiza en la depuración de sus medios expresivos, no en su sentido creador, la forma toma casi siempre la derivación rutinaria que Verlaine llamó "literatura".

Pero en la poesía que analizamos los ojos tienen que esforzarse, esforzarse de pureza, en descubrir la música que estamos oyendo, concretar la per-

cepción espiritual. Porque aquí estamos en la libertad de expresión y para nosotros libertad de expresión es la única poesía consciente.

Oigamos la canción de su rueda lírica. Viene empapada con el rocío de las grandes jornadas, nos sorprende despierta, con los ojos de sus ejes plateados de ternura. Trae el profundo color de la noche cordial y llega soportando el carro de la emoción más pura.

Adherida a la madera vagabunda, gime con su voz fresca la liviana marea del dulce olor de las selvas por donde ha venido.

Aquí está la "Canción de la hora de partir": con qué dedicación los

"tapiceros finísimos como músicos

endulzan mares viejos"

para que "zarpe el blando remero que surca los espejos".

Aquí está el sentido de la libertad en esa

"clara meditación, frescura de la vida"

y la lograda madurez con su

"tenacidad del trigo

ya sonoro y profundo",

y la tristeza del poeta, que ha logrado el vaso apacible y es dueño del sabor de los racimos y sabe que esa

"lograda madurez, no le endulza la vida con todo lo que tiene de fineza [nocturna]."

Y ahora,

"Ah, corazón, volemos hacia la piedra verde alegre y firme, descubierta".

Para que vuele su corazón, el marinero ha devuelto los barcos y se ha quedado libre. Y se ha ido en el velero de la hora profunda. Y cuando está de vuelta, el corazón ya sabe de la piedra verde—su verdad—, y tiene esa bruma salobre de los pájaros marinos.

\*\*\*

Libro que es mástil y nos lleva lejos, más allá y por encima de toda tendencia. No pertenece a ninguna modalidad. El poeta ha creado su escuela.

Pero, afortunadamente, no nace con él una nueva poesía americana, porque lo que en él es verdad en los otros sería retórica vil... Basso Maglio, no puede, ni aspira a ser poeta de América. Su luna es de todos los cielos y su clarín es de todas las selvas.

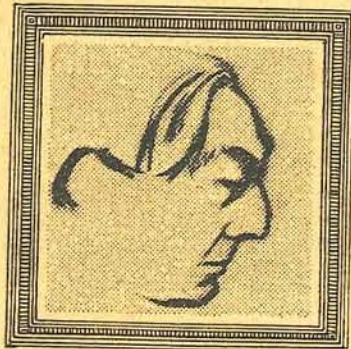
Estamos cansados de todos los fuegos de artificio a que recurre la poesía de América para distraer el ocio de la burguesía. Para triunfar el poeta de América necesitó y necesita la luz de bengala y la curiosidad

de los simples, necesitó siempre de la simulación de las palabras, cuando en vez de entrar a nuestro verdadero misterio lírico marchaba por la solución exterior de la vida.

Fuegos de artificio, nunca poesía.

En el paseo urbano, en la plaza pública no se preciaría la pureza de la música y, claro es, la algarabía de los platillos que todo lo vuelve pueril.

El poeta será, a pesar de él,



Retrato de Basso Maglio, por Fayol

para la minoría; la mayoría queda saciada en la sensualidad del artificio. El poeta verdadero habla con Dios. Y para comprenderlo es necesario conocer ese divino lenguaje. Por lo general el creyente reza y no ora a solas del modo que quería San Mateo, no habla con Dios. Envía el mensaje de su plegaria. Eso es todo y es nada. Basso Maglio tiene la voz iluminada por el relámpago del más allá. Estamos frente al poeta místico. El hondo y largo mar del misterio se desborda por la cuenca de la mano de su imagen.

El sentido de sus símbolos está creado con la substancia de una ansiedad lejana. El dice a su guía;

"la meditación sobre la eternidad aplaca el rencor de mi espíritu..."

Y luego,

"Este velero gris, barco de la niebla y tabla de la música".

Y siempre fiel a la firmeza de la marea de su alba:

"Cuando yo vuelva a ti, quedarás contemplándome como al que está labrado por la ausencia".

Y más tarde:

"En el desconocido escollo [amargo]."

Y,

"para aquel que me siga a través de la bruma, ya no será su espiga..."

**JULIO J. CASAL**

MONTEVIDEO, abril de 1930

Y todo el libro se mantiene en esta exaltación de misticismo. Un misticismo que no calma su sed en el agua de las religiones viejas y que nada tiene que ver con ellas, ni tampoco con el sentido de idolatría de las palabras, con la influencia ritual.

Su aroma sube hacia el infinito, allá la recoge y sigue, transformándose en nube...

El mismo dice:

"Con garganta de niebla cantaremos aún sobre el árido cauce".

\*\*\*

Aquel "escribo mis poemas como en un sueño", de Goethe, podría aplicarse a Basso Maglio. Su paisaje lírico se asoma al espejo de lo soñado. Solamente los ojos del éxtasis pueden descubrir en la naturaleza una escondida musicalidad y la diáfana vibración de los matices inadvertidos. De ahí esa aristocracia que vuela en la poesía de Basso Maglio. Sólo sintiendo en sueño se llega a percibir tal delicadeza.

Y de este surtidor no puede salir más agua, que un sentido del agua: lo místico.

Aquí está su canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes, que hace balancear la madura espiga del misterio.

La cigarra sueña y el trigal se va hacia las constelaciones porque así se entiende en la poesía, el crecimiento espiritual.

Cuando estamos en su puerto, él nos llena los ojos de tibias lunas en el resonante vaivén de la melodía de sus barcas.

Con este libro, ya prendió las tres estrellas de la consagración, la conciencia y la profundidad.

\*\*\*

Es justo reconocer que para no perder nada de esta obra, de cuando en cuando hay que levantar la vista y mirar hacia el paisaje para descargar los ojos y dejarlos limpios para nuevas imágenes.

\*\*\*

En estos días y siguiendo a la "Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes", han aparecido "La expresión heroica" y "Tragedia de la imagen". Con ellos la crítica americana adquiere un nuevo valor. Libros palpitantes de emoción bajo cuya piel se ve circular la sangre de la verdad.

En estas obras se ha logrado lo que todos hemos pretendido realizar y se ha quedado en el esbozo.

Reacción contra el ambiente y contra los tradicionalistas

porque la tradición es el pasado de las costumbres, la historia de los rutinarios. La protesta de los que no admiten la renovación, la verdadera renovación que es el retorno al valor puro de la vida, ha sido el mejor anuncio de estas obras. Creo que es Marañón quien dice que "la grasa muchas veces es discreta porque se acumula ocultándose". Bien, esta vez ha sido descubierta, "sorprendida"... y se defiende.

Con estos libros la crítica entra en un nuevo período, fundamental para la literatura uruguaya.

No es que Basso Maglio invente una moda. No. Lo que tiene de distinto es su oposición a las modas. Y desentona porque no trae un nuevo aspecto de relatividad, sino que se afana en establecer la diferencia pura, en una forma de fe espiritual. Por lo demás, ya aseguraba Lord Byron que "ser distinto es desagradar".

Me acuerdo de aquella iniciación de la estimativa de Ortega y Gasset: "Las gentes de espíritu agrio que no saben otorgarse a sí mismas el lujo de comprender las cosas, se dirán que se trata de una moda. Sin embargo, la preocupación teórica y práctica en torno a los valores, es uno de los hechos más hondamente reales de nuestro tiempo".

Actitud valiente que no podría deslizarse inadvertidamente por el plano inclinado de la fácil aceptación. Y esos libros son, pues, un firme latir de inquietud, un afán de revisar valores, y ese mismo concepto desdeñoso hacia lo acomodaticio, nace de un impulso heroico de libertad y está iluminado de sana y grave preocupación.

Ya nos detendremos más adelante en estos libros.

Volvamos al poeta.

Ligero de equipaje, como en el verso de Machado, erguido de resplandores nuevos...

¡Ah, el campo tejido con la finísima aguja de la luciérnaga! Su corazón confiado que de tan empapado de ternura,

"pesa bajo la sombra como un viejo racimo".

Y su bronceada canción está danzando en la vela desnuda y estirada en el vigor porfiado del aire libre. Y en su "Cántico del espíritu fiel", el poeta pule fatigándose de meditación y plateándose de madurez. A fuerza de desnudez, Basso Maglio parece obscuro. Para llegar a su claridad, no se necesita nada más que emprender el camino, henchido de fe, firme y sincera.

Entonces, hasta para los más exigentes, se alisará el cristal de su verso. Y llegará para todos el vivo y natural resplandor de su mirada. Todo consiste en querer levantar, confiadamente, su dorado párpado de trigo.

roña para usted!—dijo sosegadamente—. ¿No es verdad?

—¿Cree usted que es cierto? ¿Que él es... lo que Carl dice que es?

—Si respondió él—. ¿Usted le dió el anillo, verdad?

Janice hizo una mueca de impaciencia.

—Eso no significa nada; no tenía más valor que uno sentimental... para el que sirvió muy a propósito—agregó con amargura.

Quería Michael preguntarle una cosa, una cosa tan difícil que apenas podía hallar palabras para expresarla.

—¿No hay complicaciones, verdad?

Ella lo miró interrogativamente.

—¿Complicaciones? ¿Qué quiere decir, Michael?

Vió que él esquivaba su mirada.

—Bueno, quiero decir si usted no está ya casada... casada secretamente, ¿me entiende? Esto puede hacerse en dos o tres días.

Janice negó con la cabeza.

—¿Por qué había de hacerlo? Naturalmente que no.

Michael exhaló un prolongado suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios!—dijo—. ¿Está usted muy enamorada de él? ¿Demasiado enamorada, Janice?

—No. He sido una colegiala aturdida, ¿no es así? Me he estado dando cuenta toda la noche de que no... le quiero. Me pregunto si usted me dará crédito... Ni siquiera lo he besado... ¡uf!

El le dió unas palmaditas afectuosas en el hombro.

—Naturalmente, mi orgullo está herido; pero no me he abatido tan hondamente como si hubiera... bueno, como si las cosas hubiesen ido más lejos antes de hacer este descubrimiento. ¿No se reirá usted nunca, Michael, de mí?

Puso su mano sobre la que él tenía apoyada en su hombro.

—No, no me reiré de usted.

Ella se sentó, con la mirada fija en el fulgor eléctrico de la estufa, y dijo luego:

—¿Por qué me preguntó por el anillo?

Michael se resolvió a hablar.

—Porque, mentí, respecto a él, a Mason... al superintendente Mason de Scotland Yard.

Ella se puso en pie de un salto, instantáneamente, con los ojos abiertos, alarmada.

—¡Scotland Yard! ¿Tienen en su poder el anillo? ¿Lo arrestaron? Michael, ¿qué sucede?—Y apretaba su brazo—.

Usted me oculta algo... ¿qué es?

—He ocultado algo... es verdad. He ocultado a Mason la circunstancia de que el anillo era de usted. Lo encontraron en Endley Street. Yo mismo lo recogí cerca del lugar donde se halló el cadáver de un hombre asesinado.

—Hallaron a un hombre asesinado en Endley Street—. Janice repetía las palabras lentamente—. Este era el asunto en que usted andaba... ¿Quién fué? ¿Donald Bateman?

El asintió con la cabeza.

—¡Oh, Dios, qué espanto!

Michael pensó que ella iba a desmayarse, pero cuando se acercó para sostenerla, le rechazó.

—Fué acuchillado por un desconocido—dijo Michael—. Yo... yo lo vi. Así fué como me enteré de la cicatriz.

Janice estaba muy serena y muy pálida, pero no demostraba otra señal de abatimiento.

—¿Qué hacía por allí?—preguntó—. No conocía los alrededores; hoy me dijo que jamás había estado allí. ¿Nadie sabe quién lo mató?

El movió la cabeza.

—Nadie. Cuando vi el anillo lo reconocí en seguida. Perdí la serenidad como un tonto, y Mason, que es perspicaz como un lince, se dió cuenta de que yo mentaba cuando le dije que no lo había visto antes. Es capaz de darme a los periódicos mañana, si no le advierto.

—¡Entonces, adviértale!—dijo ella al momento—. ¡Muerto! ¡Es increíble!

Se dejó caer en el sillón con el rostro entre las manos. Michael creyó que ella se encontraba a punto de desfallecer, pero cuando alzó el rostro sus ojos estaban secos.

—Mejor es que se retire, querido. No haré ninguna tonte-

ría... pero temo no poder dormir. ¿Querrá usted volver mañana temprano y enterarme de las novedades? Pienso ir a ver al doctor Marford mañana y pedirle que me permita regresar a la clínica; pero me parece que no podré hacerlo hasta dentro de un día o dos.

—No quiero dejarla en ese estado—dijo él, pero Janice sonrió débilmente.

—Usted me habla como si yo fuera una heroína de los tiempos victorianos—le respondió.

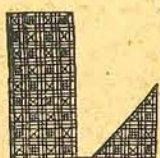
—No, querido, váyase. Me gustaría estar sola un ratito.

Y luego, con gran confusión de Michael, le tomó una mano y se la besó.

—Me estoy volviendo maternal—dijo.

Si no había lágrimas en sus ojos, había sufrimiento. El juzgó prudente, por su parte, retirarse en el acto y regresó a Tidal Basin. Encontró las calles atestadas de policía, pues se registraban otros casos de importancia: dos nuevos actos del drama se habían representado durante su ausencia.





A palabra "castillo" tiene aún la virtud de dibujar en mi imágenes heroicas y rudas, aguasfuertes guerreras de subidas tintas, como en mi exaltada y extravagante infancia. Nunca olvidaré el efecto mágico que me causó la perspectiva de visitar el "castillo" de Groenendael. Era allá por el año 1909 y acabábamos de llegar a Bélgica, tierra encantadora que ofrece un panorama singularmente variado y amplio terreno para realizar prodigiosas exploraciones en el tiempo y en el espacio. Para un niño que recién se arranca a la lectura de Ivanhoe y de Quintín Durward y que por obra de la milagrosa imaginación infantil es capaz de representar con un realismo para él absoluto "la conspiración de Fiesco", transformándose en conspirador o en príncipe, multiplicándose hasta representar un ejército y combatir enemigos imaginarios, la palabra castillo sólo puede referirse a un castillo feudal, sólo puede expresar una sombría mole erizada de torreones, llena de tenebrosas poternas y de misteriosas criptas, en fin, un romántico escenario de hecatombes medievales.

Así, pues, partí en busca del castillo de Groenendael como un cruzado que marchara a Palestina. Pero me esperaba una atroz desilusión. Aquel monumento que mi imaginación había edificado digno de la fortaleza de Rodas, era sólo una apacible mansión señorial sita al borde de un lago tranquilo en el bosque de Soignes. Los campesinos de aquella tierra llaman pomposamente "castillo" a las moradas de los ricos terratenientes. Para colmo, el castillo de Groenendael, antigua casa solariega, acababa de ser habilitado como "restaurante".

La imaginación de un niño, puesta en contacto con una realidad insospechada y prosaica, engendra a veces desilusiones nimias desde un punto de vista absoluto pero que adquieren para él contornos de drama y que recuerda al pasar los años con amargura, como si al defraudarlo se hubiera cometido una inmerecida injusticia. Herido por la realidad que empujaba mi sueño heroico, Don Quijote al revés que se encontraba con posadas en lugar de castillos, sentí la honda tristeza del primer desencanto.

Más tarde me he reconciliado con el castillo de Groenendael, conquistado por la poesía de ese rincón silvestre que infunde una paz religiosa con su blanca casa adormecida en medio de las majestuosas hayas seculares de la selva, entre cuyos troncos plateados pacen tranquilas bandadas de gamos.

Pero sólo me he consolado de mi temprana decepción al visitar el Gravensteen, el castillo de los condes de Gante, cuya terrífica arquitectura militar confirma en un todo mis imaginaciones juveniles. Ir a Gante, la ciudad de Bélgica que más recuerdos históricos evoca, es pasar casi sin transición de nuestra época a la Edad Media: entrar en el castillo de los condes es olvidar de inmediato el momento presente y sumirse en una atmósfera penetrante de congoja, creadora de pesadillas y de terrores vagos como un cuento de Edgar Poe. Franqueada la entrada del Gravensteen, cesa el bullicio de las calles y del mercado cercano, detenido por el ancho foso y las pesadas murallas del recinto. En soledad y silencio se recorre este monumento, fortaleza y cárcel temible, que a fines del siglo XII edificó Felipe de Alsacia para contener "la arrogancia excesiva de los ganteses, orgullosos de sus riquezas y de sus casas fortificadas que parecen torreones".

Desde el adarve por el cual se puede recorrer el extenso óvalo que trazan las murallas del castillo, se contempla el espléndido panorama urbano de Gante, con sus antiquísimas casas del Renacimiento fla-

ralla, se yergue la ingente mole de la torre del homenaje, atalaya del fuerte, alojamiento de la guarnición y sitio de reunión de los notables. Una sola puerta, defendida por un castillejo, da acceso a la for-

tran las galerías subterráneas que sirvieron de sala de tortura para los infelices presos sometidos a la justicia feudal, cuyo tribunal funcionó en esta suerte de Bastilla elevada como amenaza contra la fiebre

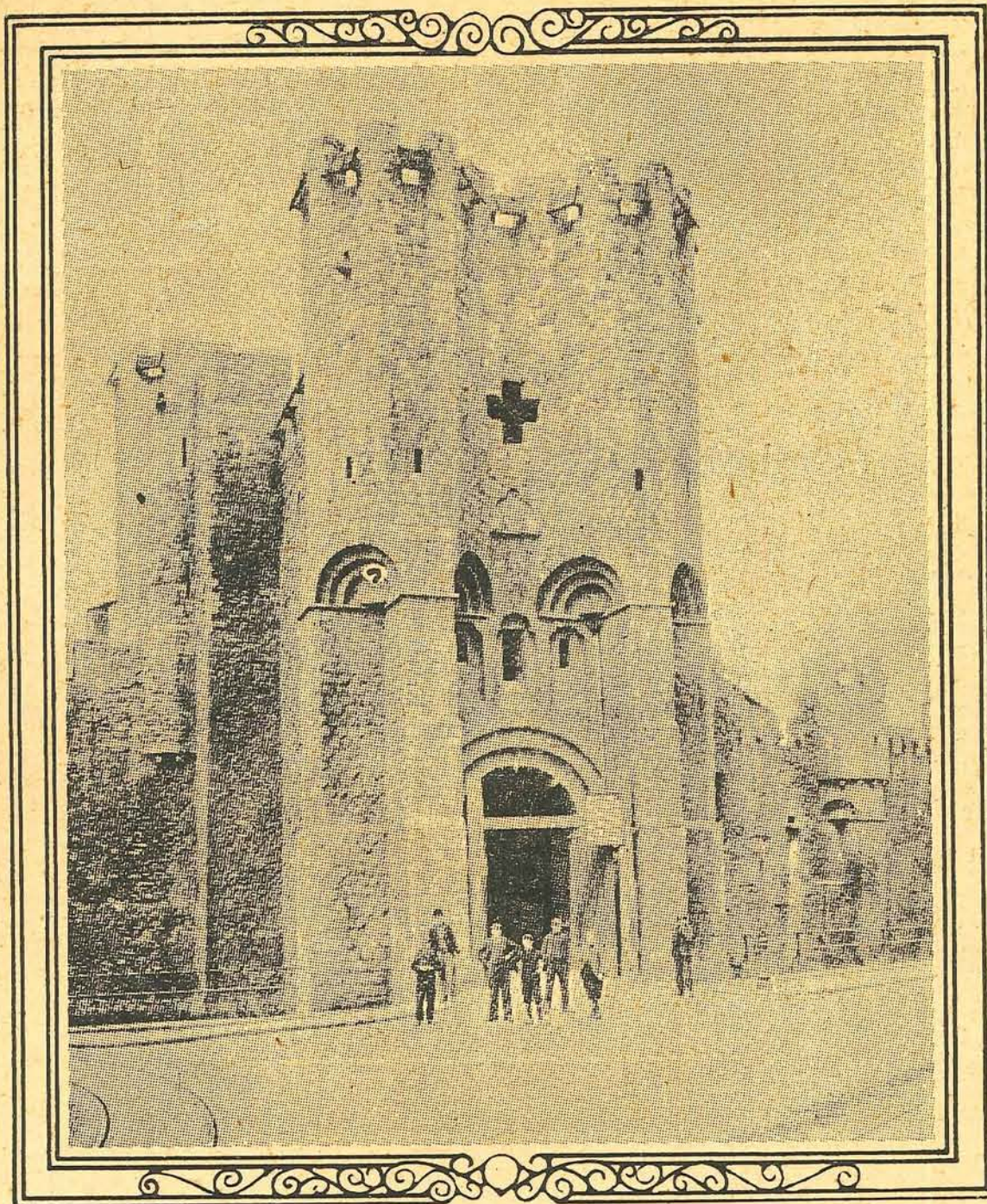
pena capital, y en 1520 se procedió solemnemente a la incineración de los libros de Lutero. Más de una vez ha sido clavado también en la puerta del Gravensteen un atroz despojo humano: cuando alguien había osado levantar la mano sobre un baile o romper la vara de justicia, emblema de su cargo, el Consejo de Flandes lo condenaba a sufrir la amputación del puño derecho, que era exhibido luego a la puerta del castillo "como ejemplo para todos". Y aparte de las ejecuciones y los suplicios que refieren las crónicas, deben de haber ocurrido en la fortaleza muchísimos hechos misteriosos: durante las últimas obras de restauración, verificadas en 1903, se descubrió debajo del piso del sótano del palacio una fosa en que yacían sepultados dos esqueletos que atestiguan la consumación de un doble crimen indescifrable.

También recuerda la crónica brillantes fiestas realizadas en el castillo, sede de la corte condal. Los condes de Gante recibían con motivo de las grandes fiestas religiosas a la rancia nobleza flamenca y la obsequiaban con banquetes servidos en la gran sala de la torre del homenaje. Después del banquete, el Conde armaba a los nuevos caballeros. En el Gravensteen se reunió igualmente en 1445 el 70. capítulo del Toisón de Oro, presidido por Felipe el Bueno, lo que dio lugar a una serie de brillantes ceremonias caracterizadas por la fastuosidad de la corte de Borgoña.

Pero cuesta imaginar al castillo de los Condes dispuesto para fiestas y regocijos. No puede haber nada más tétrico que su arquitectura militar, que sólo sugiere escenas de matanza y de suplicio. No es posible imaginar elegantes figuras vestidas de brocado y terciopelo entre estas paredes sofocantes, fondo ideal para un cuadro animado por pesados guerreros, cubiertos con relucientes armaduras y empuñando mandobles de gigante. Como habitante del Gravensteen, sólo podemos concebir al "Hombre de Gante", esa pétrea figura de guerrero medieval, de singular y feroz belleza, incomparable obra de arte conservada en el Museo Lapidario de la ciudad.

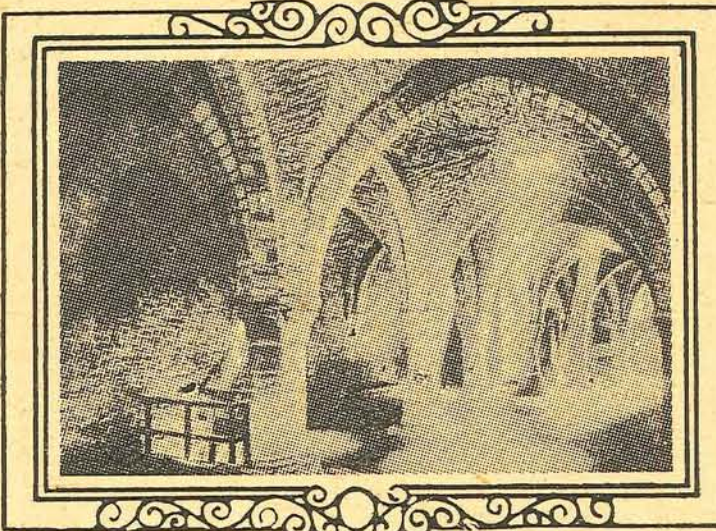
El castillo de los Condes, sintética expresión del medioevo apasionado y brutal, monumento de una época de opresión y de imperio de la fuerza, parece inexpugnable. ¿Es posible que una turba frenética de guerreros armados con pertrechos primitivos haya podido resistir a la nube de proyectiles disparados por las saeteras, los matacanes y las troneiras del Gravensteen? ¿Es posible que alguien haya podido traspasar el foso y escalar la alta muralla poderosamente defendida, conforme a los principios más perfectos de la arquitectura militar? El formidable aspecto de la fortaleza desmiente esa atrevida suposición. Aun hoy, el visitante no se siente muy seguro al entrar, y en ciertos momentos duda de poder salir del castillo, tan intensa es la sugestión que emana de estas altas paredes negras, de las sombrías bóvedas, del conjunto de la arquitectura románica, adusta e imponente de por sí, y cuyo acento grave es más profundo aun en los monumentos militares.

Y, sin embargo, dos veces fué sitiado el Gravensteen, y las dos veces cayó en poder de sus asaltantes, aunque éstos no eran guerreros formidablemente armados, sino tan sólo intrépidos ciudadanos de Gante, sin casco ni coraza, que empuñaban garrotes, hachas o puñales. Pero los animaba un espíritu sublime, que supo triunfar no sólo de las murallas del castillo de los Condes, sino de la barbarie misma que simbolizaban: el espíritu de independencia y de democracia.



Torreón de entrada al magnífico castillo de los condes de Gante

## "GRAVENSTEEN", EL CASTILLO DE LOS CONDES DE GANTE Por JULIO E. PAYRO



La sala del tormenta, en el castillo de Gante

menco, entre las cuales surgen las grandiosas torres de San Nicolás y de San Bavón, y la imponente atalaya, símbolo de las libertades comunales. Y llega hasta aquí el tañido de las campanas que ya escucharon los albañiles que edificaron el Gravensteen actual sobre los cimientos de aquel "Novum Castellum" de que habla un manuscrito del año 1010, titulado "Miracula Sancti Bavonis".

He aquí una perfecta e impresionante escenografía para "los Burgraves": terribles torreones, infranqueables fosos, lóbregos sótanos, enormes salas apenas iluminadas por estrechas ventanas, vertiginosas escalinatas sin pasamano, maz-

morras tenebrosas, cuartos de tortura dignos del lápiz de Piranesi, arquitectura, en fin, que parece hija del incubo y sólo representa la más estricta y horrorosa realidad de un pasado salvaje y brutal.

En el centro del espacio ovalado circunscripto por la mu-

raleza separada de la ciudad por las verdosas aguas del foso en que se reflejan los robustos contrafuertes y las torres flanqueantes del muro. Del lado oeste, se elevan la capilla y el palacio, residencia de los condes. Cerca de la entrada del castillo se encuen-

dos los individuos condenados por el Consejo de Flandes, que no pecaba por flaqueza. En un solo día de 1540 fueron ajusticiados, por ejemplo, veinte ganteses que habían tomado parte en la asonada de 1539. Murieron allí un gran número de heréticos condenados a la

de emancipación de los ganteses, eternos campeones de la libertad comunal. Desde la elevada torre del homenaje o por las troneras del adarve, los centinelas del castillo podían observar todo lo que ocurría en la ciudad y vigilaban los buques que navegaban por el Lys. La esclusa fortificada del Gravensteen permitía dominar todas las comunicaciones fluviales con el norte de Flandes, de modo que el castillo fué la llave maestra del país.

La historia del Gravensteen abunda en trágicos acontecimientos que no desmienten el adusto aspecto del monumento. Allí fueron colgados, decapitados o quemados vivos to-

dos los individuos condenados por el Consejo de Flandes, que no pecaba por flaqueza. En un solo día de 1540 fueron ajusticiados, por ejemplo, veinte ganteses que habían tomado parte en la asonada de 1539. Murieron allí un gran número de heréticos condenados a la



# LAS NUEVAS EXCAVACIONES DE HERCULANO

POR  
AMARANTO  
A.  
ABELEDIO

NÁPOLES, marzo de 1930.

rios huéspedes nos advierten que tal cosa está absolutamente prohibida y que ellos podrían ser severamente castigados si lo facilitarán.

Esta vez volvemos en mejores condiciones: provistos de una autorización especial del director del Museo de Nápoles para visitar minuciosamente los trabajos y tomar para LA NACION las fotografías que deseemos. El Cav. Ventimiglia, jefe inmediato de las excavaciones, nos acompañará en la visita.

## DONDE SE REALIZAN LAS NUEVAS EXCAVACIONES Y ÁREA QUE ABARCAN

Las nuevas excavaciones se están realizando en la parte SO. de Resina, esto es, en el mismo lugar en que ya se efectuaron algunas anteriormente. Esta parte señalaba en la época de la erupción trágica la costa marítima de Herculano, costa que, de entonces acá, se ha alejado doscientos metros aproximadamente.

La superficie explorada desde 1927 no abarca hasta ahora más de cinco mil metros cuadrados, y acaso ni hasta eso llegue. Se está recién, naturalmente, en los comienzos de una gran empresa.

Empero, no es posible decir por ahora en qué extensión esa empresa será cumplida. Sobre Herculano está Resina. ¡Llegará a efectuarse la demolición gradual, pero definitiva, de esta ciudad? Hasta el presente entendemos que sólo se ha demolido una media docena de casas, ya que el terreno en que se está trabajando hallase casi enteramente libre. Se ignora, por otra parte, el perímetro que abarcaba Herculano, si bien se supone era en algo inferior al de Pompeya. Y se desconoce asimismo el lugar en que se encontrará el fango transformado en "tufo", cosa que inevitablemente parece ha de suceder. Cuando ello ocurra, la tarea se hará tan difícil por la dureza del terreno, y por ende tan costosa, que acaso no podrá proseguirse.

## EL TRABAJO EFECTUADO

Dos calles ("cardines"), denominadas primera y segunda, y pavimentadas con grandes bloques de piedra, van definiendo el trazado edilicio de la ciudad en trance de resurrección. Durante los actuales trabajos se han completado los realizados en la época de Víctor Manuel II en la primera calle y acometido de lleno los de la segunda. En realidad, lo excavado en esta última es lo que debe computarse enteramente en el haber de las nuevas excavaciones. Por lo que toca a lo trabajado en la época de los Borbones, fuerza es reconocer que lo fué en forma tan inconveniente, que ha venido casi a constituir un obstáculo para los presentes trabajos. Sin sistema alguno, abriéronse entonces galerías subterráneas que cortaron algunos edificios en la cabeza o a la mitad, además de destruir pinturas y otras manifestaciones de arte.

El trabajo llevase ahora a cabo de una manera sistemática y de acuerdo a los principios seguidos desde 1911 en las excavaciones hechas en la calle de la Abundancia, de Pompeya. Realízase él con el máximo de garantía para el material arqueológico, aplicando la técnica más exigente. Debe también consignarse que,

## Casa del Esqueleto que acaba de quedar enteramente al descubierto

tan pronto como la excavación se produce, la tarea de reconstrucción comienza. En los trabajos de reparación se emplea viejo material. En cuanto a la tierra retirada, luego de ser sometida a una fina colación, se la arroja al mar.

Va de suyo que toda esta obra está alentada por un grande amor a la ciencia, dentro del que no entra ninguna consideración de interés o vanagloria personal. Con entusiasmo se asiste a la remoción de un bloque de fango que puede traer a la luz un objeto precioso, y con solicitud e inteligencia se juntan los trozos dispersos de estuco para formar con ellos otra vez las figuras primitivas.

Las nuevas excavaciones han dejado ya perfectamente al descubierto diez casas, las que se designan por número o por nombre. Debe advertirse que el orden numérico comprende también las casas exhumadas en el mismo lugar en épocas anteriores y que no es dicho orden estrictamente seguido en las tareas de excavación.

En estos momentos se está trabajando especialmente en la casa No. 8, y en la que se supone debió ser un hotel, a juzgar por el número elevado de sus habitaciones y el carácter de algunas de éstas.

## REFERENCIAS SOBRE ALGUNAS CASAS Y OBJETOS HALLADOS

No siendo posible en esta ligera crónica hacer una descripción minuciosa de todas las casas ya exhumadas, nos concretaremos a consignar unos pocos datos sobre tres o cuatro de ellas, así como sobre varios objetos encontrados.

Con haber dado comienzo las nuevas excavaciones por el hotel precitado, no ha sido éste aun trabajado totalmente. Cumple, por otra parte, expresar que el piso superior del hotel está destruido, sin duda por haberse acumulado sobre él en cantidad extraordinaria el fango del Vesubio.

Disponía el hotel de un salón pavimentado con diminutos mosaicos, los cuales se conservan admirablemente y forman aquí y allá, en blanco y negro, tréboles de cuatro hojas.

Una amplia puerta daba acceso a un jardín de frutales de diversa calidad, según lo indica el análisis hecho de las fibras de algunos troncos. En una vitrina colocada en el lugar guardábase varios troncos carbonizados de un peral.

El jardín hallábase rodeado de una pérgola cubierta de tejales.

Merece una mención especial la casa No. 11, situada sobre la segunda calle. Es hasta ahora la casa más importante desenterrada, atreviéndonos a decir que corresponde, desde este punto de vista, a la de los Vettii de Pompeya. Tiene tres pisos. La planta baja sola cuenta con catorce habitaciones. Posee un amplio atrium de unos 7 x 8 metros, con su inevitable impluvium. Separaban al atrium del tablinum ocho puer-

tas—de las cuales quedan cuatro—afirmadas sobre pilares. Por las ornamentaciones que exhiben, son las más bellas puertas que hasta ahora se han hallado, resultando maravilloso que hayan podido salvarse de la destrucción.

La casa No. 13 posee varios pisos también y se hace sobre todo interesante por el hecho de haber sido construida a base de madera, y diremos de mampostería. En efecto, gruesos listones, colocados en posición horizontal unos y vertical otros, córtanse, formando cuadros de unos 0.70 x 0.70 cms. Dentro de estos cuadros encierrase el material de mampostería, afectando así el conjunto en cierto sentido la forma de red. (Opus reticulatum).

La Casa del Esqueleto se supone que puede haber pertenecido a un armador o pescador por su proximidad al mar. Los trabajos de excavación recientemente hechos en esta casa completan los efectuados en otras épocas. Debieron realizarse ellos conforme a una técnica especial, a causa de los serios deterioros que en el edificio habían producido los anteriores excavadores.

Un altar construido con pequeños mosaicos se conserva en un patio interior, patio que muestra aún algunos de los tirantes de hierro que le cubrían para poner a aquél a resguardo de los ladrones. Junto al altar pueden verse también todavía unos cuantos huesosillos de animales inmolados a los dioses.

Es admirable en la Casa del Esqueleto el sistema de cañerías de que estaba dotada. Por ellas iban las aguas a la cloaca de la calle (fogna stradale), de donde salían al mar.

La casa No. 8, que está precisamente ahora sacándose a la luz, parece haber sido vastísima y notablemente diseñada. Poco a poco van surgiendo sus habitaciones, sus patios, su terraza, etc.

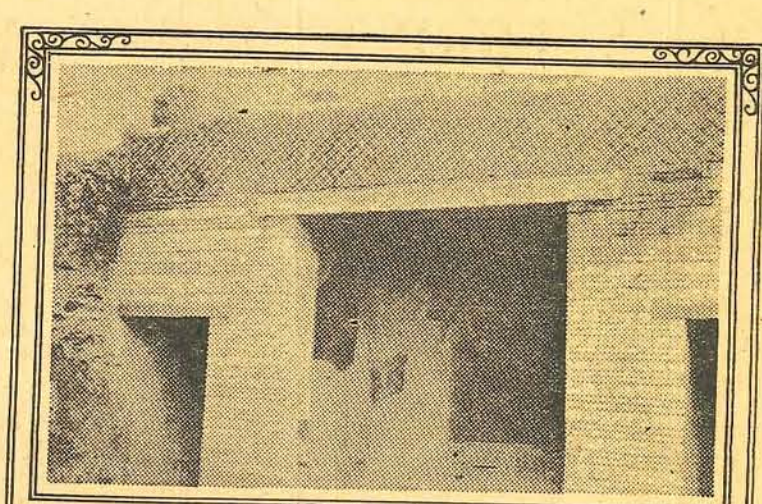
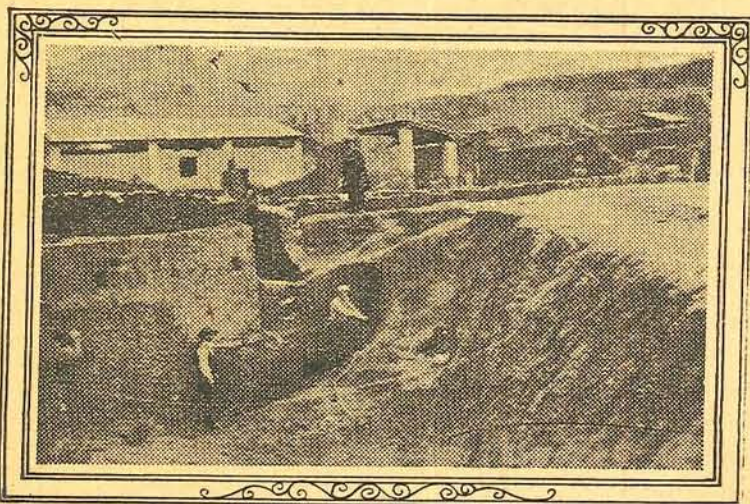
En las casas desenterradas se han encontrado centenares de objetos de bronce, mármol, barro y madera, como estatuillas de divinidades, campanas de escaso volumen, ánforas, etc. Tales objetos se conservan cuidadosamente en los mismos sitios en que fueron hallados.

Hase descubierto una admirable prensa de oliva—única en la historia de la arqueología—en la casa No. 10; un gran candelabro de bronce en la casa llamada del Candelabro, que viene a ser la No. 15; un plato conteniendo una pila y piñones en la No. 13, y una gran cantidad de grano turco, tostado, en el Termopolio de Jacinto, así llamado por la inscripción encontrada sobre uno de sus muros: "Hyacinthus hic..."

Las contribuciones más importantes que los hallazgos ofrecen para la historia y el arte parecennos estar hasta ahora representadas por los objetos de madera y las pinturas murales.

Son de todo punto interesantísimos los primeros. La madera se ha conservado en Herculano quién sabe en virtud de qué proceso químico, acaso por no ser tan ardiente el fango

(Continúa en la pág. 41)



**P**UEDE afirmarse sin hipérbole que desde hace tres años tiene el mundo fijadas sus miradas en los nuevos trabajos de excavación que se están llevando a efecto en Herculano, bajo la dirección del profesor Amadeo Maiuri, superintendente general de Antigüedades de la Campania.

Existen razones suficientes para presumir que los hallazgos que se esperan hacer en la ciudad cuya fundación atribuye la leyenda a Hércules, revestirán un valor extraordinario para la historia, el arte, la literatura y la filosofía.

En primer término, cabe mencionar la que deriva del hecho de haber sido Herculano una ciudad fundamentalmente intelectual — al contrario de Pompeya, que lo fué comercial —, sabiéndose de numerosos escritores romanos que tenían villas en ella.

Por otra parte, Herculano ha conservado prácticamente intacto el tesoro artístico-literario que poseía el día de la catástrofe. Hallándose como se hallaba muy próxima al Vesubio, quedó sepultada en breve tiempo y totalmente bajo el torrente de fango que éste le arrojara. Los habitantes se vieron por ello imposibilitados de huir, y nada pudo retirarse luego de la ciudad extinta. (Pompeya, en cambio, por hallarse más distante del volcán, tardó mayor tiempo en ser cubierta — y no del todo — por la ceniza y el "lapilli" que cayó sobre ella. Debido especialmente a tal cosa, la mayor parte de la población salvóse — sólo unas dos mil personas parecen haber perecido —, pudiendo los sobrevivientes retirar, en los días inmediatamente posteriores a la erupción, buena cantidad de objetos preciosos de entre las cenizas aun no endurecidas).

Induce asimismo a cifrar grandes esperanzas en los actuales trabajos de excavación, los importantes hallazgos realizados en distintas épocas, a partir de 1719, en que E. de Lorena, excavando un pozo en su villa, dió con el teatro de Herculano (1). El Museo Nacional de Nápoles conserva numerosas estatuas de bronce y mármol, así como otros objetos artísticos desenterrados de dicha ciudad. Y no hay para qué recordar la famosa colección de obras de filosofía griega de la escuela epicúrea — en Herculano prevalecían más que en Pompeya las influencias helénicas — encontradas a mediados del siglo XVIII en la villa de un rico intelectual romano conocida como del Pisoni o de los Papiros, y que hoy se guardan en el Museo precitado.

## VISITA A HERCULANO

Hallándonos a principios de 1927 en esta ciudad de Nápoles, tuvimos noticias de que en breve se reiniciarían bajo el patrocinio oficial nuevas excavaciones en Herculano. Debíamos, sin embargo, salir de la ciudad con el dolor de no poder asistir a la inauguración de los trabajos.

Esta vez, no bien llegamos a Nápoles — y dejando para días

## Estado de uno de los trabajos de excavación que se efectúan en Herculano

subsiguientes las visitas obligadas a sitios que la historia y la leyenda han immortalizado — acaso ninguna región de la tierra los ofrezca en mayor número que ésta — corrémonos hasta las nuevas excavaciones. En veinte minutos el "circum-vesuviano" nos deja en Resina. Echámonos en seguida a andar por la calle Pugliano. Ancha es ella, pero retorcida y cruzada por vías estrechas y más retorcidas aun. Sobre el frente de algunas casas, como ocurre en tantas ciudades italianas, vense madonas y niños Jesús iluminados con lamparillas eléctricas. No hay tráfico de vehículos. En cambio, todo el mundo parece haberse lanzado a la calle en esta luminosa tarde de domingo. Y en la calle todo el mundo comenta y discute a viva voz sus pequeños grandes problemas domésticos. Evidentemente, de esta calle de Resina puede también decirse que es como un inmenso libro abierto. En bandadas increíblemente numerosas juegan los chicleos. Momentos hay en que debemos con cierta dificultad abrirnos paso entre ellos. Parán entonces algunos la atención en nosotros y nos formulan siempre idéntica interrogación: "¿Scavi?" ¿Con qué otro objeto que el de visitar las excavaciones habría de aparecer un extranjero por aquí?

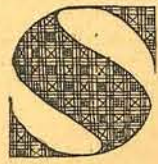
Andando, andando, llegamos al Vicolo de Mare, que no es otra cosa que la continuación de la vía Pugliano. La edificación se empobrece. Falta visiblemente higiene. Pensamos que la tragedia de Herculano no terminó el año 79, cuando una capa de fango de doce metros — que erupciones posteriores elevaron a 30 — la cubrió. Es también cosa de tragedia hallarse tan pobremente reemplazada en su puesto debajo del sol...

Pasamos ahora debajo del puente del tranvía. A la izquierda, a un paso, está la entrada que conduce al Teatro de Herculano, sepultado aquí mismo. Cinco minutos más y alcanzamos el lugar donde se están llevando a efecto las nuevas excavaciones. Rodéanlo muros de piedra. Pretendemos entrar, pero, por ser día festivo, el acceso no está permitido. En vano entablamos conversación cordial con el incorruptible guardián. Llegamos hasta decirle que está él vinculado a una labor gloriosa. El hombre admite el concepto, pero no modifica su actitud. Y aun nos informa con delicadeza que la Dirección de las Excavaciones no tiene mayor interés en que éstas sean visitadas. Tanto es así, que ha establecido un derecho de entrada cinco veces mayor que el que se exige en Pompeya. Nuestro entusiasmo no ha sido, pues, recompensado, teniendo que conformarnos con hacer ligeras observaciones visuales desde los balcones de algunas casas próximas a las excavaciones. Pero todavía la mala suerte nos persigue. Al disponernos a tomar algunas fotografías, nuestros hospita-



## Por S. FORD

ILUSTRACIONES DE  
JUAN CARLOS HUERGO



Si uno hubiera de guiarse por la lógica, nunca debió haber un rasgo común entre Pinkey Barstow y Pluribus Jones; ambos eran tan distintos entre sí como un pastel de manzana y una galleta de las llamadas "de agua". Eran diferentes física, social y mentalmente, y las antitesis abarcaba desde sus actitudes y aptitudes, tomadas en sentido abstracto, hasta sus respectivos gustos, en lo que a calidad de tabaco se refiere. En efecto, mientras Barstow fumaba con bastante moderación cigarrillos aromáticos, Jones amasaba materialmente sin cesar un tarugo de hebras negras con el cual rellenaba su pipa. Pinkey —digámoslo para volver al símil— era el pastel de manzana; Pluribus, la galletita "de agua". ¿Cómo trabaron conocimiento ambos personajes? Sencillamente, porque tanto el uno como el otro pertenecían a la Pan-American Construction Company. Y ocurría que Mr. Barstow era vicepresidente de la empresa, sin que por ello deba necesariamente incluirse entre el número de los paladines de la industria, ni cosa por el estilo. Su talento y sus tendencias naturales lo hacían más adecuado para desempeñar el papel de "rarriscal del dulce far niente". Tan es así, que a la edad de treinta y un años (o sea aquella en que cabe suponer que todo hombre ya ha dado alguna señal reveladora de algo que pudiera esperarse de él) nuestro Pinkey Barstow sólo podía vanagloriarse de tener en su haber un hecho por el cual gozó de cierta notoriedad efímera: durante los últimos años de vida universitaria actuó como "coach" de una tripulación de remeros que parecía lejos de hallarse en perfecto estado de entrenamiento; tuvo tanto acierto, que los muchachos lograron una victoria completamente inesperada. ¡Ah!, pero allí acabó su gloria, pues durante los cinco años siguientes no hizo absolutamente nada, salvo llevar una vida muy de acuerdo con los dictados de sus gustos harto refinados.

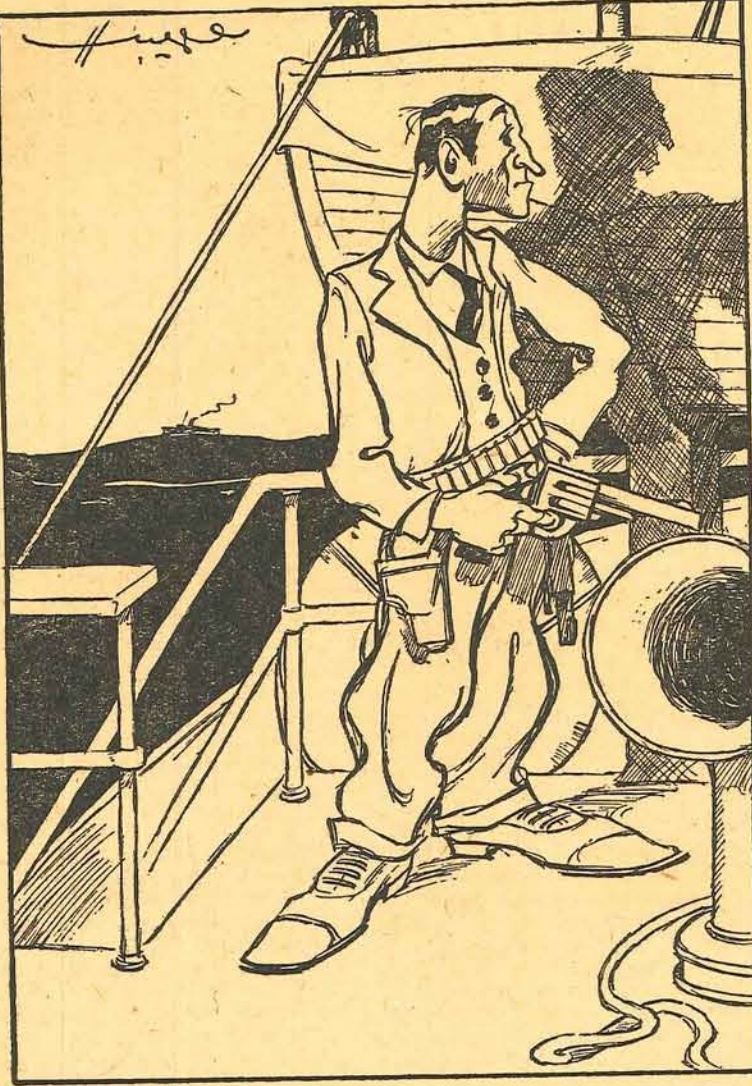
Por obra del azar, un viejo amigo de su padre lo persuadió para que invirtiera lo poco que quedaba de su fortuna en adquirir una tercera parte de las acciones de la Pan-American Construction Company. Dicha adquisición llevaba aparejado el cargo honorífico de vicepresidente. Desde entonces se le veía ocasionalmente ocupar su escritorio en las oficinas de la compañía y formular absurdas preguntas acerca de los sobradamente complicados intereses de la misma.

Sin embargo, llegó cierto día en que, para máximo asombro de todos los tenedores de acciones, anunció que había logrado un buen contrato para la empresa.

—En una comida que tuvimos anoche me presentaron a un hombre con quien he cerrado trato—declaró—y me complazco en hacer saber a todas las autoridades de la compañía que no sólo he redactado las diversas cláusulas del documento, sino que también le he dado carácter legal al hacerlo firmar en papel sellado por el interesado. ¡Helo aquí!

Acto continuo, dejó caer sobre la mesa del director técnico un sobre voluminoso. Mas cuando el funcionario en cuestión procedió a examinar el contenido de tales documentos, se sintió cada vez más consternado y presa de hondo desaliento. Y no era para menos. Es que Mr. Barstow, procediendo en su carácter de vicepresidente, no sólo había firmado un contrato para dotar a la ciudad de Guanica con una red completa de cloacas dentro de un plazo máximo de cinco meses, a partir de la fecha que llevaba el documento, sino que se comprometió legalmente a pagar multas tremendas si la compañía no lograba terminar la tarea en el plazo estipulado.

—¡Santo Dios!—musitó el presidente de la Pan-American Construction Company, al mismo tiempo que se rascaba el cabello canoso y miraba fija-



mente a su interlocutor.—Pero ¿por qué no nos consultó usted antes de redactar las cláusulas del contrato, o por lo menos antes de firmarlo?

—¡Hombre! Pues... sencillamente, porque no pensé en ello—respondió con calma Pinkey.—Y como el asunto es cosa hecha e irrevocable, ruego a ustedes que me informen dónde queda la tal Guanica.

Se le hizo saber que Guanica era la capital de una de las tempestuosas pequeñas repúblicas que bordean el mar Caribe; un centro de población cuya industria principal eran las revoluciones y cuyo principal producto de exportación era la fiebre amarilla.

—El señor a quien antes me he referido me manifestó que el negocio era espléndido para nosotros—expresó Pinkey en son de protesta para justificar su desatino.—¿Acaso no es buena la paga que habremos de recibir?

—¡Desde luego! Nadie osaría sostener que el precio convenido no es bueno... hasta, si a mano viene, resulta demasiado bueno para ser cierto. Lo que está mal es esa cláusula que limita el tiempo de la tarea de construcción a tan sólo cinco meses, tanto más cuanto que al no cumplir con ella tendríamos que perder sumas ingentes. Supongamos que hubiera algún contratiempo serio y se nos obligara a pagar lo estipulado. ¿Qué ocurriría? Que nuestra empresa quedaría automáticamente borrada del mapa.

—Entonces, señores míos, no nos queda más remedio que evitar dichos contratiempos—comentó sabiamente Mr. Barstow. Y tras estas palabras se puso a escribir como si nada hubiera ocurrido.

La empresa tuvo la buena suerte de encontrar quien aceptara el compromiso de trasladar la maquinaria hasta la lejana ciudad y quien se comprometiera a dirigir las obras. Pero nadie pudo (ni por todo el oro del mundo) decidirse a emprender la doble tarea de conseguir los caños y colocarlos. Bien pronto fueron evidentes las razones de tan rotunda negativa. Ocurría que en esos momentos el material para cañerías de acero era sumamente escaso en todo el país. En primer lugar, los obreros de los altos hornos de Pittsburgh estaban en huelga; en segundo lugar, las fábricas, en otras localidades, tenían exhausto su "stock" y por añadidura, había infinidad de pedidos que llenarían sus actividades durante varios meses más.

—Me parece que en este asunto estamos completamente des-

ro el presidente, cuando se le informó sobre aquella situación tan poco halagüeña.—Como usted es el autor del desaguisado, estimado Mr. Barstow, lógicamente deberá también encargarse de la solución del problema.

—¿Qué tengo que hacer?—preguntó el aludido, presa de desasosiego.

—Lo que dice la lógica: conseguir los caños de acero, trasladarlos a Guanica y construir las cloacas dentro del plazo estipulado.

—¿Cómo! ¿Es posible que ustedes, acostumbrados como están a manejar los asuntos técnicos de la empresa, no sean capaces de realizar la obra?

Las más altas autoridades de la Pan-American Construction Company aseguraron que su capacidad no llegaba hasta ese punto.

—Muy bien. Entonces ejecutaré yo mismo la labor—dijo Pinkey con aire de complacencia.

Acto continuo, hizo llamar a su despacho a Pluribus Jones.

### II

Pluribus no era el nombre de pila de Jones, desde luego, pero sí el que llevaba como apodo desde hacía dos años, cuando inició sus actividades en las oficinas de la Pan-American Construction Company.

En los primeros tiempos, el mote había sido "e pluribus unum Jones". Y quienquiera hubiese sido el que primero lo motejó, dió muestras, ya que no de reverencia por el lema que lleva el escudo de los Estados Unidos, por lo menos de comprensión extraordinaria en lo que se refiere a calcular la capacidad de cada hombre. Este Jones no era lo mismo que otros de su mismo apellido; era original en todo, era único.

Entre las múltiples anécdotas y tradiciones jocosas que circulaban en la compañía durante su ya larga existencia, puede decirse que no había casi ninguna que no tuviera algo que ver con Pluribus Jones. Por de pronto, nadie olvidaba que, cuando en cierta ocasión se le dió órdenes para que procediera a demoler un vetusto edificio, el buen hombre procedió de inmediato a realizar la tarea. Y he aquí que oportunamente se le encontró descargando picazos y dando mazazos en una casa de reciente construcción, sin preocuparse por las tremendas protestas del propietario de la misma y las maldiciones de los asustados inquilinos. Fué menester que interviniera la justicia y que procedieran con energía varios policías para que Jones se decidiera

## DE COMO PLURIBUS JONES LLEGO A SER DUEÑO DE SI MISMO

a abandonar el trabajo. La culpa no era suya: alguien le había dado una dirección equivocada.

Y tenía otros rasgos característicos verdaderamente raros: su empeño por llevar ropa de colores llamativos, una pasión por sembrar repollos durante sus horas de ocio en el verano y el hábito de renunciar a su empleo cada seis meses... aunque siempre se dejara persuadir y volviera a ocupar su puesto al día siguiente.

Pero el sello más típico de su personalidad era una falta absoluta de confianza en sí mismo, una ausencia total de iniciativa y una rara obediencia para realizar al pie de la letra las instrucciones que recibía.

La mayoría de los hechos que reflejaban esos rasgos característicos había llegado ya a oídos de Pinkey Barstow, a quien en más de una ocasión le causaron gracia los desatinos de Jones. Más aun, a menudo había ido hasta donde éste se hallaba trabajando y los había observado atentamente, sin decir nada, aunque en el fondo tuviera vehementes deseos de presenciar la ejecución de alguna barbasada.

En esta ocasión, sin embargo, Barstow lo miró con el entusiasmo con que un inventor contempla el producto de sus devaneos. Jones estaba sentado casi en el borde de una silla, delante del escritorio repleto de papeles que había en el despacho del vicepresidente de la empresa. A todas luces vacilaba, pues se veía entre una disyuntiva: no sabía si levantarse para colgar su sombrero en la percha o simplemente dejarlo reposar sobre su regazo.

Hay que decir que nuestro Jones no era ni un Adonis ni un gigante; era flaco y de estatura algo menor que lo normal. Su edad oscilaba alrededor de los cuarenta años. Además, cabe manifestar que sus rasgos fisonómicos no tenían nada que llamara la atención, salvo por lo que se refiere a un bigote hirsuto, azaz poco decorativo, de un color gris indefinido, como asimismo a una cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda y un ojo inútil que parecía mirar fijamente, energicamente, como escudriñando, aunque desde luego sin ver nada, mientras el otro se movía constantemente hacia aquí, hacia allá o hacia acullá, cual presa de incertidumbre.

Sin embargo, esta falta de atractivos personales, lejos de mermar sus méritos ante el personal dirigente de la Pan-American Construction Company, tenía la virtud de realzarlos. Bajo la tremenda "mirada" de aquel ojo sin vista, los obreros de la empresa trabajaban con tal ahínco, que bien podía decirse que su labor de un solo día resultaba tan profícua como la que esos mismos trabajadores pudieran ejecutar en tres días bajo el cuidado de un capataz elegido al azar. ¡Y nada raro tiene que así ocurriera! A juzgar por su hirsuto mostacho, por su barbilla materialmente dividida en dos por hondo surco, por su ojo inútil, uno lo creería capaz de cometer cualquier atrocidad, desde un vulgar asalto hasta el ensañamiento máximo y el homicidio múltiple.

No obstante, cuando se analizaba a fondo este singular personaje, resultaba un Pluribus suave y amante de la paz. Su timbre de voz habitual era poco elevado, casi monótono; pero en los momentos de indignación o gran entusiasmo, alcanzaba una tonalidad más alta y tenía alguno que otro chillido. Por otra parte, el buen Jones era casi tímido; y si el azar no lo hubiera dotado con tan engañoso aspecto de energía, seguramente habría sido objeto de pesadas bromas por parte de todos sus compañeros y conocidos.

Tal era el lugarteniente a quien Pinkey Barstow eligió cuando se vió ante su inusitada crisis.

—Amigo Jones—dijo Barstow, mirándolo con aire de complacencia—, es indispensable que usted y yo logremos que se nos haga la entrega de 150 toneladas de tubos para cañería de desagüe, y que dicha entrega se efectúe en Nueva

York dentro de un plazo máximo de quince días. Los directores de las fundiciones más próximas declaran que no pueden satisfacer nuestro pedido. Pero es indispensable que los caños lleguen a tiempo. Necesito, entonces, que usted encuentre la manera de convencer a los obreros para que abandonen la huelga actual. ¿Cuándo puede usted partir para Pittsburgh?

Pluribus Jones quedó boquiabierto. No habría sido menor su asombro si en lugar de ese pedido, su patrón le hubiera exigido que tomase una carretilla y pusiera manos a la obra de hacer un dique para contener las aguas del río Hudson.

—¿Yo? ¡Pero, señor Barstow! ¿Es posible que usted me haya elegido para semejante tarea?

—Desde luego. Necesito sus servicios. ¿Por qué no?

—Pero... pero... señor Barstow... yo... yo... no podría...

—¡Oh, si señor! Usted podría—le interrumpió Barstow con amabilidad—. Es usted el único hombre de que dispone nuestra empresa, capaz de tamaña hazaña. Lo sé porque desde hace varios meses vengo observándolo. Gracias a eso he descubierto cuál es su valor. Pues bien, ahórreme la tarea de entrar en detalles que conceptúo innecesarios. En primer lugar, no se preocupe por los gastos que pudiera ocasionar la misión que le encomiendo. En segundo, vaya adonde quiera, invierta todo el dinero que le parezca; pero... no deje de conseguir la entrega de los caños dentro del plazo señalado.

No bien hubo dicho esto, Barstow puso los pies encima de su magnífico escritorio, abrió el diario matutino que tenía ante sí y se puso tranquilamente a leer las noticias deportivas.

Jones pasó repetidas veces el pañuelo por su frente sudorosa—sudor frío de angustia, evidentemente—; marchó hacia su oficina, se dejó caer en un sillón y permaneció como atontado durante no menos de media hora. Entonces se espabiló algún tanto y marchó en puntas de pie hasta llegar a la puerta del despacho de Mr. Barstow. Pinkey lo miró unos segundos sin dejar de leer las noticias del diario e hizo caso omiso de su presencia. La escena se repitió dos veces más. A las 12.30, Mr. Barstow marchó tranquilamente para almorzar y al pasar junto a Jones le palmoteó la espalda.

¿Y que ocurrió después? Pluribus Jones se levantó como movido por un resorte; inquieto mil y un detalles, quiso conocer cifras, horarios y se provió de una libreta de cheques. Partió rumbo al Oeste con el tren expreso de las seis de la tarde.

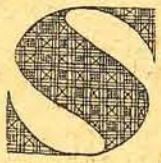
Estuvo ausente diez días. Cuando volvió a aparecer en la oficina, su rostro revelaba honda fatiga; surcaban su frente hondas arrugas; los ojos parecían hundidos en sus órbitas. Al llegar anunció que los tubos de desagüe estaban en marcha con rumbo al Este y que no tardarían en llegar.

### III

Esta narración no se ocupa sino muy de paso de las vicisitudes que esperaban a las mencionadas cañerías durante su viaje con rumbo a Guanica. Es indudable que los detalles tendrían interés desde el punto de vista industrial o técnico. Porque hubo múltiples complicaciones que comenzaron por la escasez de vapores que zarparan para los puertos de la América del Sur. El lector tendrá que conformarse con tomar como una sola afirmación tácita todo cuanto se refiere a cómo se indujo al copropietario y capitán del buque noruego King Olaf para que aceptara un cargamento fletado para un puerto que se hallaba más allá del destino habitual de la nave y nada menos que a dos días de navegación. Tampoco interesan mayormente los detalles de cómo el viaje se inició con un topetazo que recibió el buque al encontrarse con uno de los numerosos vapores de la flota del



# SUPERPOSICION DEL DESTINO EN LA OBRA DE PROUST



Lo trágico es lo más certificador de destino, lo que superando la vida la enriquece, y ya en estado humano es lo que más aproximadamente explica la necesidad del arte, fácil es comprender en Proust el fenómeno siempre curioso de una vocación no utilitaria. Constreñido a la soledad sufriendo de una enfermedad cruel y lenta, los claros sitios de sus memorias (paseos, amores, amistad) se marcaron con la fuerza que impone el pleno sol al final de las alamedas sombrías. Su memoria adquirió la tenacidad de la desesperación porque se acostumbró a ver las cosas como despidiéndose. Y como en realidad lo que un hombre puede extraer de la vida es poco y la riqueza de una existencia jamás es numérica, a Proust le bastó para su obra con un escaso vivir. Lo amplió casi infinitamente gracias a la verificación y desenvolvimiento a que lo sometió a través de su soledad. La oposición de la vida al cumplimiento de sus esperanzas, creó en su espíritu la impresión de lo trágico, lo hizo artista. El renunciamento y el desencanto lo tocaron de poesía y conformó esta estructura espiritual a un mundo que creía desde su adolescencia mejor y que concluyó pensando más necesario: el mundo de lo intelectual, del arte. Su vida había superado su vida, su obra revelaría con qué fuerza inaudita. "A la recherche du temps perdu" es la certificación de uno de los esfuerzos más tremendos que se hayan emprendido en la literatura de todos los tiempos, expresión minuciosa

de una voluntad creadora, deliberadamente grande en sus propósitos, que no deja nada librado a la casualidad. Confiado en su memoria, Proust inició la recreación de un ciclo determinado, con sus gentes, paisajes y sucesos. Prescindió del tiempo en la forma clásica: su fluir lo reveló a través de la modificación de sus personajes. Los paisajes, los días están sucediendo en su obra por medio de estados de alma. No hay "playa o bosque", "día de abril del año siguiente", sino "playa donde mi abuela iba a leer a Mme. Sevigné" o "día claro en que emprendíamos tal paseo con Albertina". Así constantemente, con voluntad apasionada de sinceridad que folia hasta los archivos de la memoria inconsciente para suministrar el móvil último de las acciones, como en el capítulo "Intermittences du coeur", donde estudia la disparidad de momentos entre el producirse un acontecimiento—muerte y el exacto sentimiento de sus consecuencias—ausencia, dolor. Nada más sabido por la diaria experiencia que lo expresa en "después se sentirá el vacío" y, sin embargo, es general en literatura la subordinación lisa y llana de la tragicidad de la muerte a su producción, y sólo un creador como Proust puede deshacer la tradicional síntesis, restituírnos a la contemplación profunda de lo cotidiano. En esta minuciosa tarea de reconstituir lo pasado empleó Proust la excelencia y riqueza de su temperamento de creador. El personaje autobiográfico llamado "Marcel" nos muestra su alma, no en el atormentador recordar de una confesión, sino perfectamente rediviva en cada una de sus etapas. La demás

gente que aparece en su obra traza un ciclo con la parte exterior de su carácter, con excepción de Swan, en quien se ha visto un doble de "Marcel".



MARCEL PROUST

su prefiguración. Ignoramos la intimidad de esas almas y a veces esta ignorancia es trágicamente compartida con "Marcel", como en el caso de Albertina. Pero tratase en general de seres con visión deformada de la vida, insuficientemente apoyados en la realidad, cuyas apariciones bruscas los desar-

ULISES  
PETIT  
DE MURAT

man y sumen en desequilibrio. Pertenecientes a una clase rica y ociosa, persiguen ambiciones de una mezquindad asombrosa. Sin universo moral, reclutan sus placeres a costa de su dignidad. Pero en terrible contraste con la ligereza y a veces delicado matiz de sus temperamentos, el mal cumple su misión de equilibrio, restaña la innecesaria felicidad, castiga a los que consintieron el pecado. El vicio (como en el caso de Charlus) oculto al principio, concluye por agrietar las superficies más visibles, se hace repugnante máscara de rostros antes nobles, corroe los ademanes y los sentimientos. Primero la florida podredumbre, luego la descomposición y la muerte, y el ciclo implacable y desencantado ha quedado cerrado por la mano de la tragedia. Sus etapas han sido ricamente descritas, largamente analizadas, a través de una novela de líneas amplias y sinuosas donde las peripecias más propiamente romancescas suceden lentamente entre la fineza minuciosa de un análisis continuo. La vida es casi nada. Apenas algo el amor sentimental y el sensual sólo cenizas; marchamos a través de los desengaños y de los deseos siempre renovados, al olvido final, a la inapetencia última, anticipación de la muerte. Hubo seres queridos que hicieron ilusoria una tarde, angustioso un anochecer, pero concluye por no existir nada. La vida misma cerca, ahoga. Se ha dissipado el misterio conmovedor de las muchachas, de los viajes del amor. Llorándose a sí mismo (porque siempre se tiene piedad por lo que se ama), se comprende que ya ningún día será feliz, que ya no serán

posibles los días soleados y ágiles de Bulbec, de Combray. El tiempo ha sido reencontrado, hallado penoso, pacientemente. Los sucesivos que sobrellevaron los días exhumados están casi muertos. Sobreviven en uno solo por el recuerdo provocado por una Magdalena o por una frase de la sonata de Vinteuil. Los mismos seres queridos retornan fragmentariamente sin la fuerza del afecto vivo. Dice Proust en "Le temps retrouvé": "me parecía cómodo creer que la verdad suprema de la vida está en el arte, por otra parte me era cómodo no ser ya capaz del esfuerzo de recuerdo que me hubiera sido necesario para amar aún a Albertina, para llorar todavía a mi abuela, y me preguntaba si una obra de arte de las que ellas no tendrían conciencia resultaría para esas pobres muertas el cumplimiento de sus destinos. Para mi abuela, a quien con tanta indiferencia había visto agonizar y morir cerca mío. ¡Ah! pueda yo en expiación, cuando mi obra esté terminada, herido sin remedio, sufrir largas horas abandonado de todos antes de morir". El ciclo se ha completado. La vocación de la muerte que aparece en la arterioesclerosis del Duque de Guermantes, la apoplejía de Charlus y la vejez terrible de tanta dama incomparable, ha madurado en el autor. Para extremar este paralelismo como para justificar cuán necesario era el cumplimiento del ciclo descrito, Proust se evadió del tiempo concluida su obra, mientras se publicaba "La Prisonnière". Sus últimos días, no aclarados por ninguna intimidad, parece que pertenecieron a la soledad y el silencio.

East River, y de cómo la gente de a bordo tuvo todavía mayores sensaciones al encontrarse con uno de los frecuentes huracanes de la zona tropical, cuando navegaba cerca de la isla de Jamaica.

Sin embargo, hay algo que tiene cierto grado de importancia y es la conducta harto excéntrica de una de las paletas de la hélice durante la tempestad. Dicha paleta se rajó al golpear contra los restos de una nave naufraga. Finalmente, se zafó del árbol propulsor; pero en lugar de descender tranquilamente hacia el fondo del mar, eligió otra ruta y fué a estreñarse con suma violencia contra la coraza de popa, dejando un agujero de bordes dentados exactamente a nivel de la línea de flotación del King Olaf. Era un agujero tan grande que un gato bien pudiera haber pasado por él sin estorbos. Y bien pronto las aguas del Caribe comenzaron a penetrar con tanta celeridad que para desagotarlas no bastaban las dos bombas de vapor de que disponía la embarcación. A fin de alivianar la popa se consideró necesario trasladar una parte de los caños de acero hacia la cubierta de proa, en donde se los apiló apresuradamente.

Así ocurrió que cuando, tras de soportar alrededor de quince días de agitada navegación, el buque bananero de oxidadas chimeneas logró llegar mal que bien hasta un sitio desde donde se avistaba la playa de Guanica, iba con la proa casi bajo el agua. Diríase que la nave era un gran alijador cargado de bato o una fundición flotante.

Y luego vino el golpe definitivo, cuando ya casi se hallaba en el codiciado puerto y tenía poco menos que a su alcance el dique seco de que tanto había menester.

Pluribus Jones había descendido bajo cubierta para enterarse de todos los pormenores cuyo conocimiento consideraba necesario. Reclinado sobre uno de los puntales del camarote, miró lleno de melancolía a Mr. Barstow. Este caballero ya estaba acostado en su camarote, a pesar de que sólo eran las ocho de la noche. Es que el buen hombre pasaba la mayor parte del día en ese sitio, no porque estuviera marcado o enfermo,

sino porque aquel era el lugar de su predilección. Estaba vestido como de costumbre: tenía puesto un pijama de rayas celestes y blancas. Tenía ambas manos detrás de la cabeza, con lo que quedaban al desnudo ambos antebrazos, con un hoyuelo a la altura del codo y un cutis cuyo color hacía que el apodo del personaje fuera adecuado. (N. del T. Pink en inglés quiere decir "color de rosa").

Mr. Barstow no estaba en estudiada "pose"; había adoptado esa posición para evitar que en uno de los movimientos del vapor su cuerpo fuese a parar al suelo del camarote. Porque el King Olaf todavía se mecía pesadamente y con poca gracia sobre la superficie inquieta del mar Caribe.

—Y bien, amigo Pluribus —, manifestó Pinkey Barstow —; veo que la vieja cuba todavía se mantiene a flote. Pero, ¿por qué ha dejado de caminar? ¿Se han roto acaso sus máquinas?

—Ha ocurrido algo mucho peor que eso, señor —, respondió con acento sombrío Mr. Jones —. Las máquinas están perfectamente, pero no podemos entrar al puerto. Se nos acaba de comunicar que debemos esperar en alta mar.

Parece que en esos momentos estaba en plena evolución una lucha revolucionaria. Los rebel-

des se habían apoderado de la Armada (que consistía en una cañonera de segunda clase) y estaban a punto de emprender una ofensiva contra la anticuada fortaleza que, según todos los supones, hacía las veces de custodia de la ciudad. Un buque de cabotaje que acababa de abandonar el puerto, detuvo al King Olaf e informó al capitán acerca del verdadero estado de cosas que reinaba en Guanica.

—Esto es muy interesante — comentó Mr. Barstow —. ¿Qué dice el capitán Andersen?

—¡Decir! — exclamó Jones —. ¡Qué es lo que no dice! Ante todo, injuria y maldice en la forma más tremenda, no sólo a los tubos para cañería, sino a nosotros mismos. Luego dice que va a arrojar al mar hasta el último caño y en seguida se dirigirá con rumbo directo a Jamaica para reparar el buque y luego recibir un cargamento de bananas.

—¡Arrojar los tubos al fondo del mar! — murmuró Mr. Barstow, apoyándose en uno de los codos —. ¡Con que tal piensa hacer! Amigo Pluribus: vaya usted ahora mismo hasta donde está ese viejo "viking" con cara de pastel y dígame que se guarde muy bien de tocar ni uno solo de los caños.

—Eso es lo que acabo de hacer, señor Barstow.

—Bueno. ¿Y entonces, qué más tiene que decir?

—Que lo que hizo entonces el capitán fué saltar sobre mí enarbolando una barra de hierro. Y supuse que lo que él quería era que yo descendiese hasta el camarote. Por eso he venido.

Pinkey Barstow sonrió como para dar a entender que comprendía exactamente cuál era la situación.

—Veo, mi estimado Pluribus, que es usted capaz de leer el pensamiento de los demás. ¿Se le ocurre algo ahora? ¿Qué nos queda por hacer?

—No se me ocurre nada. Durante breves instantes Mr. Barstow clavó la mirada de sus ojos azules en el rostro de su interlocutor. Luego habló con calma y sin el menor asomo de apasionamiento.

—Perfectamente — dijo —; ahora mismo volverá usted a la cubierta para evitar que los caños sean arrojados al mar, como asimismo para obligar al capitán Nudd Andersen a que conduzca inmediatamente su cafetera agujereada hasta el puerto de Guanica; más aun, a que la amarre en el muelle más próximo.

El único ojo bueno de Pluribus Jones miró fijamente al hombre que vestido con el pija-

ma yacía en la estrecha litera del camarote.

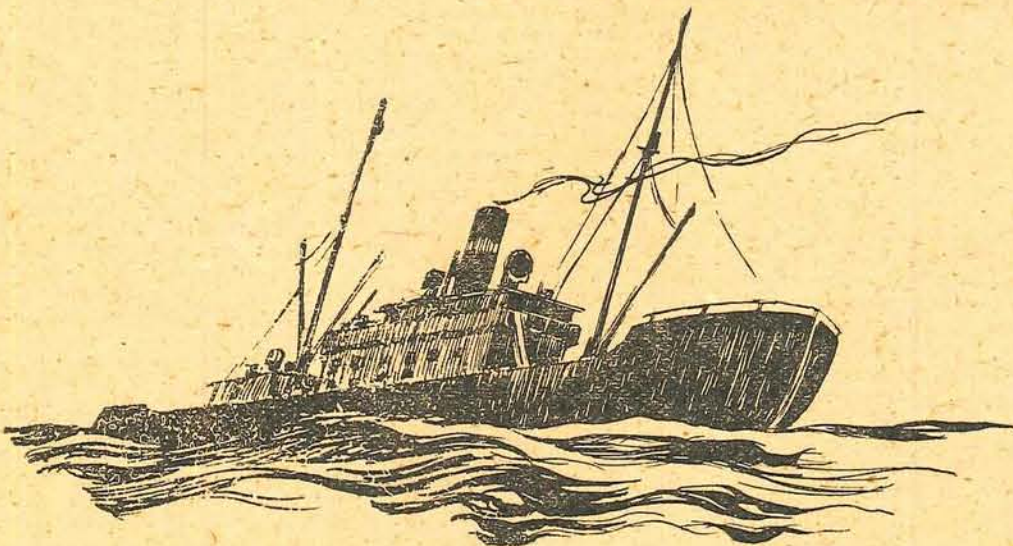
—Pero, señor Barstow, la... la revolución. Las balas estarán cruzando el puerto en todas las direcciones imaginables. Esa gente...

—Escuche, Jones: ¿para qué hemos hecho todo este incómodo viaje? Sencillamente para traer el material necesario para dotar de cañerías de desagüe las calles de Guanica. ¿No es así? Y ahora que ya estamos aquí, ¿cree usted que nos habría de detener una de las insignificantes revoluciones de este pueblo? Nosotros venimos aquí por asuntos de negocio, por cuestiones civiles. Los guanicanos no osarán disparar contra nosotros... y no darán en el blanco si tal intentaran. De manera, que le ruego que vaya inmediatamente a cubierta y le diga a ese imbécil del capitán que avance con el vapor a toda marcha. Parece que usted sabe cuál es la mejor manera de domesticarlo.

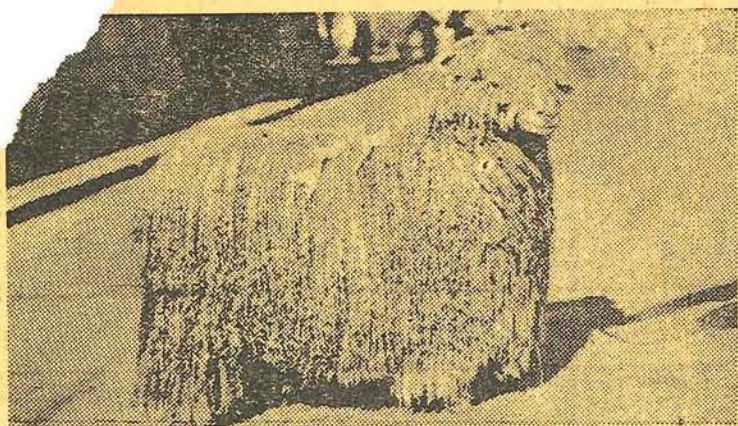
—Pero... pero... El rostro de Pluribus Jones había adquirido un color verde claro, sobre todo al ser iluminado por los rayos de la lámpara que se mecía con el vaivén de la nave. Sus largos dedos se extendían y encogían, conforme él iba apretando los puños o abriendo la mano, presa de gran nerviosidad.

Para no hacer un misterio de tales síntomas, diremos que Mr. Jones tenía miedo. Sin embargo, menos temor le causaba la ira del capitán noruego que la responsabilidad que llevaba aparejado el acto que tendría que ejecutar. Su rostro no había reflejado palidez alguna durante el huracán. La dirección del vapor fué carga que descansó sobre otros hombros. El había fumado su pipa mientras contemplaba la furia de la tempestad, siguiendo todo aquello con un interés hasta cierto punto impersonal, cual si fuera mero espectador que se hallara en un teatro. Y tampoco se asustó cuando fué perseguido mientras descendía bajo cubierta. Ah, ¡no! Jones no era un cobarde de esa clase. Lo que lo desorientaba era el verse obligado a afrontar situaciones contante tan sólo con sus propios recursos.

(Continuará).

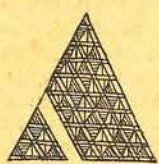
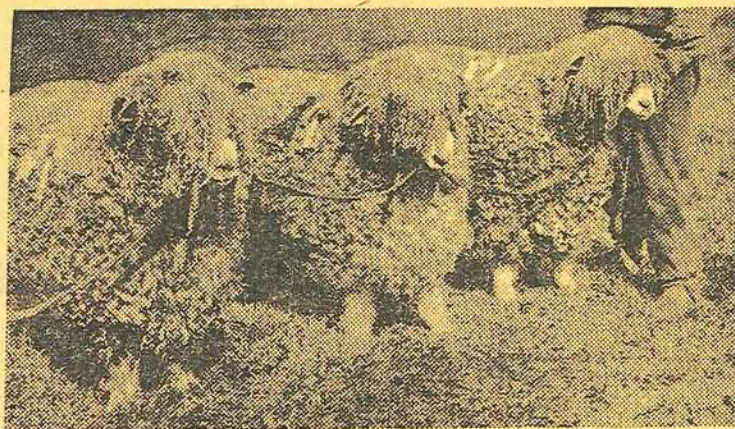






← Borrega Lincoln Neozelandés de lana entera. — Campeona en la Exposición de Palermo de 1929. — Criada y presentada por don Juan C. Gibson →

El borrego de la izquierda es el Campeón Lincoln de pedigree en la Exposición de Juárez, efectuada el corriente año; al centro el Reservado de Campeón puro por cruzamiento y a la derecha el Campeón también p. p. c. en la misma Exposición. — Expositores: doña María A. de Zubillaga e hijo



finis del siglo XVIII comenzó la importación al país de la raza Merino, siguiéndole casi de inmediato a los Negrettes; a mediados del siglo XIX comenzaron las primeras importaciones de reproductores Rambouillet. A raíz de la instalación de los frigoríficos en el año 1880, la raza Lincoln tomó gran incremento y es así como fué substituyendo rápidamente a los mestizos Rambouillet por considerárseles, según lo expresa el Dr. Juan B. Rocca, como más precoz y con rendimientos de producción excelente, caracterizándose por estos factores, más que cualquiera otra raza. Luego de la Conquista del Desierto, por la que comenzaron a librarse grandes extensiones de campo a la ganadería, las majadas fueron diseminándose, y así paulatinamente, poblaron los territorios de la Pampa, Neuquén y Río Negro primero, para llegar después hasta Tierra del Fuego.

La raza Lincoln puede calcularse que ha intervenido en no menos de un 80 por ciento en los cruzamientos que existen en el país, siendo indiscutible que los Lincoln son los que han transformado por completo la existencia de ganado lanar en la Argentina.

Indudablemente que el ambiente de la Patagonia, por su clima y altura, no es el más adecuado para el Lincoln y, entendiéndolo así nuestros criadores, es que comenzó la importación de reproductores de otras razas de mayor rusticidad y lana más corta.

El mencionado Dr. Rocca afirma que el mejoramiento lanar ha avanzado en tal forma, que la existencia de ganado criollo no alcanza en la fecha a la quinta parte de su totalidad. Agrega que: "Para la elección de reproductores para el mejoramiento de una raza, hay que tener en cuenta el tipo del animal a explotar, ya por sus carnes o por su lana, la región de la explotación y las consideraciones a tenerse presente y los medios prácticos de reproducción. El tipo de animal para carne obligó a nuestros productores a buscar el animal que reuniera las condiciones de exigencia de los mercados consumidores, eligiendo para ello razas especiales para el engorde, sin descuidar tampoco la producción de lana, según la región que se explote".

No siendo los territorios del Sur los más convenientes para la explotación de ovinos de lana larga, recomienda a ese efecto las cruces del Lincoln y la del Romney Marsh y producir también animales por cruzamiento entre Lincoln y Rambouillet, con lo que se obtendría un buen tipo de animal, con buen cuerpo, lana abundante y mecha de una medida en extensión.

Es probable que el censo ganadero que se levantará en breve, no arroje una cantidad tan elevada como la que dió en la época en que la existencia había llegado a su máximo; de resultar así, habríamos perdido en cantidad pero habremos ganado en una progresión enorme, en lo que a calidad se refiere. Diversas han sido las causas que motivaron la despoblación

## LA RAZA LINCOLN: LAS SUBRAZAS INGLESA Y NEOZELANDESA

ción del ganado lanar en la provincia de Buenos Aires, pero en cambio el aumento, como queda dicho, ha sido continuo en la Patagonia, donde se extienden los campos más preciados para la cría del ganado lanar.

Por el motivo apuntado, no deja de causar sorpresa la manifestación reciente de Mr. F. S. Snyder, presidente de la American Meat Packers, en la que afirma que, "con referencia a la posición de los países productores de especies ovinas, el primer puesto lo ocupa la Argentina con un total de 86.000.000 de cabezas, el segundo Australia con 85 millones y el tercero los Estados Unidos, con treinta y siete".

Conviene advertir que el último censo practicado aquí en el año 1922 arrojó un total de 36.208.981.

También en algunas provincias se ha notado este aumento; en Santa Fe, por ejemplo, había en el año 1919 una existencia de 420.000 cabezas y, según el censo realizado en esa provincia en el mes de octubre último, el "stock" actual asciende a la cantidad de 565.000, o sea un aumento de 145.000 cabezas.

En lo que se refiere a la selección del ganado, consideramos de interés la transcripción de un artículo a ese respecto, aparecido en "Live Stock Journal", uno de los periódicos más autorizados en la materia de los que se editan en Londres. Dicha crónica dice así: "Al seleccionar las ovejas para cría, debe no solamente tenerse en cuenta las características del tipo que reclama el mercado, sino también aquellas que sean un indicio de que las ovejas sean fecundas, que tengan leche suficiente para nutrir sus crías y sean, por lo menos, regulares madres. Deben tener las ovejas, cabeza y pescuezo definitivamente femeninos y en proporción las paletas y demás partes en general. Una oveja que no revele feminidad, es casi siempre una mediocre productora y una madre poco deseable.

"El criador de ovejas debe tener presente al hacer la selección, que no basta fijarse solamente en el tipo que prefiere el mercado, sino que debe también tomar en cuenta el vigor del animal, la constitución y la fecundidad en su relación con los beneficios que se derivan de la majada; todo esto además de la cuestión del tipo. El vigor, la constitución y la fecundidad, son atributos más o menos invisibles, por lo que la mayoría de los criadores han intentado descubrir el medio de poder determinar aquellas propiedades. Así, pues, el vigor se determina por la viveza de los ojos, la fuerza de la circulación, el color rosado de la piel, los movimientos ligeros y sueltos, la grasicidad de la lana y el buen apetito".

Luego agrega que "la constitución se determina por las mismas características, pero se considera como indicio aun más seguro, la largura del cuerpo, la profundidad y amplitud del mismo, el pecho ancho, las ven-

tanillas de la nariz bien abiertas y mandíbulas, lomo y extremidades fuertes".

"El reconocimiento de la fecundidad—dice—es menos directo; el signo más seguro es el origen de la misma oveja, considerada en su doble o triple corriente de sangre. Muchos criadores creen que la presencia de muchos pezones sobre los dos normales, constituye una prueba del aumento de la fertilidad. No hay nada seguro al respecto, aun cuando algún criador de Canadá logró ovejas nativas más fecundas seleccionando en esa forma".

Termina el acreditado articulista expresando que: "sin

### NACIMIENTOS

A título informativo nos place consignar que el toro Shorthorn Calrossie Price Paul, Campeón en la Exposición de Perth de 1929, y adquirido, según lo anunciamos oportunamente, para la cabaña Mitikile, ha comenzado ya a producir.

Llegado a la cabaña, le fueron presentadas sesenta vacas de las de mejor origen, figurando entre ellas Broadhooks Gens III, que obtuvo el premio Reservado de Campeón en la última Exposición de Palermo, habiendo nacido ya seis terneros.

Por Calrossie Price Paul, los señores Lacau y Seré pagaron la suma de 2800 guineas; es hijo de Neamoor Ian, primer premio también en Perth, y vendido al capitán J. Mac Gillivray en 3600 guineas; este toro es a la vez abuelo materno de Calrossie Royal Emblem, que resultó Campeón en la última Exposición de Perth.

embargo, la presencia de tetas adicionales puede dar origen a la fiebre vitular. Piensan también algunos criadores que el largo del cuerpo y también la amplitud del abdomen, indican una fecundidad definitiva; otros creen, sin embargo, que cuanto más ancha es la oveja, es al mismo tiempo mayor su cualidad de vientre generoso. La oveja debe ser servida por primera vez, según el grado de desarrollo, haciendo caso omiso de una edad determinada para la generalidad".

La raza Lincoln está representada por el tipo "Inglés" y el "Neozelandés", mientras viejos criadores son partidarios de la primera de estas subrazas; no son menos los que optan por la segunda. El tipo Inglés es algo más corpulento y hay quien sostiene que es también más precoz en su primer desarrollo, siendo propiedad del Neozelandés, quizá una mayor calidad en su lana, ambas de igual largura de mecha. No falta quien

JOSE LUIS DOMINGUEZ

sostenga la conveniencia de un cruzamiento de los dos tipos.

La Copa Lincoln es ofrecida por los señores William Coopery Nephews al criador del mejor carnero Lincoln de lana entera, y se adjudica definitivamente al obtenerla en tres exposiciones, sean o no consecutivas. El año 1927 la obtuvieron los señores Nicolás Bruzone e hijos, en 1928 la ganó don Juan C. Gibson y en la última exposición volvió a obtenerla la cabaña Miramonte, con un espléndido borrego tipo Neozelandés, en refida competencia con uno del tipo Inglés de la cabaña El Arazá, propiedad de don Federico L. Martínez de Hoz.

Mr. Mooney, jurado del tipo Inglés, tuvo oportunidad de expresar su admiración por el adelanto operado en esta raza después de su último viaje, llegando a manifestar que el borrego del Arazá era el Lincoln más perfecto que había visto en el mundo, y de ahí que no se pusiera de acuerdo con el jurado de tipo Neozelandés, quien, por su parte, sostuvo que el mejor carnero de la exposición era el del señor Gibson.

Designado como árbitro don Valentín Ezeiza, otorgó la Copa Lincoln a este último.

El señor Sabalain, refiriéndose al fallo, expresó que él, haciendo caso omiso de las subrazas, buscaba el tipo de mayores cualidades, y que en el Neozelandés se destacaba un lomo perfecto, hueso proporcionado al cuerpo, gran profundidad de caja, buen vellón en calidad y largura de mecha, por lo que calculaba su lana en un mínimo de trece kilogramos.

El señor Gibson tuvo la satisfacción también de obtener en esa exposición los mejores precios con los productos de su cabaña, tres de los cuales fueron subastados en 5000 pesos cada uno, siendo adquiridos por Da. M. G. de Mackern, don Celedonio Pereda y don A. López Lecube.

Los mayores precios por lanares importados, no han sido de la raza Lincoln; por un Romney llegó a pagarse 14.000 pesos, para la cabaña del señor Newton; adquiriendo el señor Martín R. Puchuri un Lincoln por la suma de 10.200 pesos, y probablemente sea éste el precio más elevado.

En la última década, los señores P. y G. Hughes obtuvieron por un Lincoln importado la cantidad de 6600 pesos, adquiriéndolo los señores Saraví hermanos, y 6500 por otro importado, el que fué adjudicado a Da. Ana Otamendi de Smith.

En lo referente a las subrazas de Lincoln: la Inglesa y la Neozelandesa, existen en el archivo de la Sección Zootecnia, dependiente de la Dirección General de Ganadería, ciertas constancias al respecto, las que a continuación consignamos, por considerarnos de interés general.

Según las mismas, la gran difusión del Neozelandés se debe en gran parte a la modificación del tipo primitivo Lincoln Inglés, "impuesta por los precios que abonaban los criadores argentinos, obligando por ello a los criadores ingleses a exaltar

su precocidad y procurar un mayor desarrollo de sus animales, el que alcanzó un límite muy elevado, al punto que hoy los mismos cabañeros ingleses, reconociendo sus errores, se han visto obligados a recurrir a Nueva Zelandia en busca de reproductores para sus cabañas. Hace más de quince años que los criadores ingleses importan carneros premiados de esta raza en Nueva Zelandia, y con ellos han llegado hasta modificar el criterio que tenían del "standard"; por esto es que no vemos a los voluminosos y bonitos Lincoln ingleses ganar los campeonatos de la Real de Londres, sino el tipo Neozelandés, más chico, rechoncho, de buen vellón, de lana larga y tupida, con un gran mechón en la cabeza, flequillo, excelente cabeza, ancha y gruesa, y con todas las apariencias de rusticidad".

Aconseja que Nueva Zelandia debe servirnos de guía; es ese un país en que la perseverancia e inteligente competencia de sus criadores ha evitado entrar en la misma corriente de ideas de los criadores argentinos, que obligaron a los ingleses a anular las cualidades de los Lincoln, todo lo que consideraron los neozelandeses como un error y más los empeñó en el sostenimiento de las antiguas formas y cualidades de sus Lincoln, que es lo que los ha llevado en la actualidad a ocupar el primer puesto entre los criadores mundiales de esta raza e imponer en la actualidad el "standard" de su tipo, a la vez que se han transformado en proveedores de padres para cabañas inglesas.

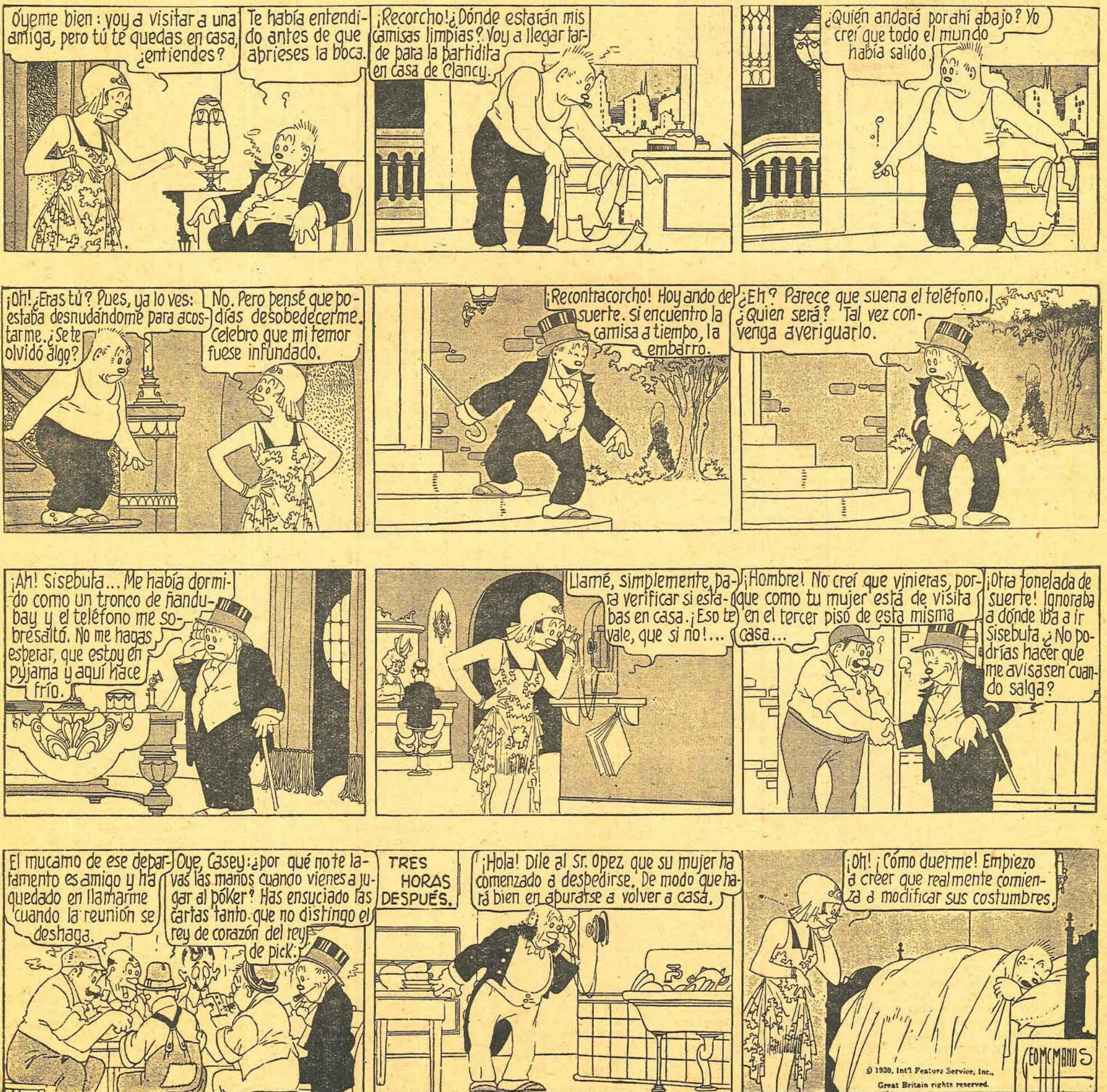
En lo referente al régimen a que debe someterse el ganado lanar para su mejoramiento, el Dr. P. V. García expresa que "la alimentación, ya sea por la cantidad como por la calidad, obra poderosamente sobre el volumen y las formas de los animales, recordando a este respecto el aforismo de Baudement, que dice: "media raza se hace por la boca" — agrega — que el clima, cuya acción constante favorece los esfuerzos que se intentan en el mejoramiento cuando la acción atmosférica es favorable, y tan difícil de neutralizar, cuando resulta perjudicial; las estaciones del año actuando directamente sobre los animales e indirectamente sobre la vegetación; las zonas o regiones que ejercen una acción grande e independiente del clima y de las estaciones, debido a la composición del suelo, altura, naturaleza de las aguas y vecindad de ríos y montañas, en fin; la manera de cuidarlos y de alimentarlos a galpón o a campo. Manifiesta también, que todos estos agentes son capaces de producir modificaciones en la economía animal, produciendo la salud o la enfermedad y, según la manera de actuar de esos agentes, se pueden mejorar o degenerar las razas, de acuerdo con las modificaciones que produzcan, sin que su acción se limite a los individuos que primero se resientan de su influencia, sino que ellas pueden transmitirse de padres a hijos, marcándose de más en más en la sucesión de generaciones, hasta que adquieren el desarrollo que poseían los animales primitivos del medio en el cual viven".



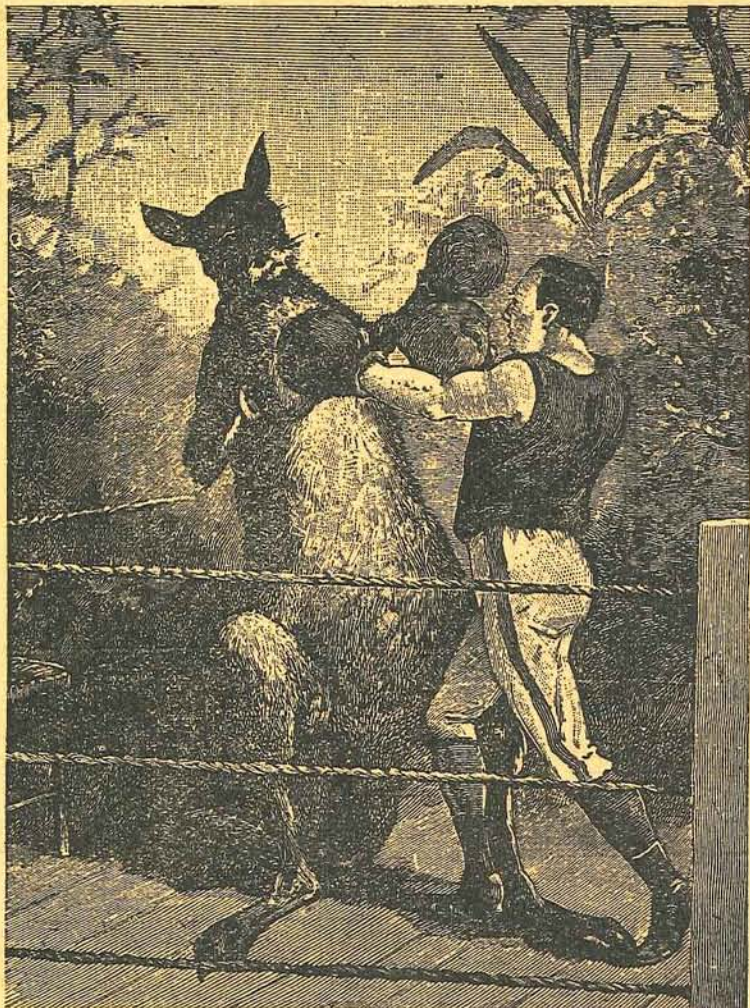


ESTA VEZ LA SACO BIEN

Dibujos de GEO McMANUS







## ANIMALES QUE BOXEAN

HACE ya unos años se exhibió en el Circo de París un extraño animal que obtuvo un éxito considerable: se trataba de un canguro boxeador. Ya fuera para evitar que se escapara o simplemente para impresionar al público, este animal era traído al escenario en una gran jaula. Su aspecto extraordinariamente bonachón disminuía sin embargo, el efecto buscado, pues la mayoría de las veces el pobre animal dormía tranquilamente. Luego entraba a la jaula un boxeador de la especie más común, es decir, un hombre, que después de despertarlo más o menos bruscamente, conseguía ponerlo en actitud de un adversario listo para la lucha. Aplicaba entonces un formidable golpe en el pecho del animal que no encontrando la cosa agradable contestaba de la misma manera, entablándose un verdadero match. De más está decir que el animal estaba provisto de unos buenos guantes de box, pues de otra manera sus garras poderosas habrían sido un arma demasiado ofensiva.

## ¿COMO SE PARECE A SU PAPA!

EL señor Pérez me dijo hoy que era el vivo retrato tuyo, papá — exclamó Danielito muy contento.

—¿De veras? — Y, en qué nos encontraba parecidos? — preguntó el padre.

—Eso no me lo explicó, pero me lo dijo cuando le pedí que me regalara veinte centavos.

## LAS NUEVAS EXCAVACIONES DE HERCULANO

(Continuación de la pág. 36)

que inundó a la ciudad como la ceniza que cubrió a Pompeya. En este orden de hallazgos, Herculano dará sin duda grandes sorpresas. Se han mencionado las puertas de madera de la casa No. 11 y la construcción a madera de la No. 13. En esta misma se ha hallado una escultura tallada en madera, si bien por una mano no del todo experta.

En cuanto a las pinturas murales, encuéntrase en todas las casas. Exhiben ellas todos los colores, lo que no ocurre con las pinturas pompeyanas, en las que domina el rojo. Las paredes de la Casa del Esqueleto contienen frescos en estuco, de flora clásica, entre elementos de perspectiva arquitectónica.

En dos casas hemos observado pinturas de paisajes (así en la 16). La afirmación que suele hacerse de que los antiguos desconocían la pintura y en la literatura la emoción del paisaje, encuentra en los frescos de Herculano una nueva impugnación.

Por lo demás, las pinturas herculanenses plantean en algunos casos problemas interesantes relacionados con asuntos religiosos.

## EL PRIMER CORSE

EL primer corsé (exceptuando los cinturones y fajas de los griegos), fué llevado por Catalina de Médicis, Reina de Francia. Era en realidad, un extraño objeto fabricado a manera de las corazas que usaban los caballeros antiguos. Su interior era totalmente hecho de metal y el exterior, que era de terciopelo, servía para cubrir el más espantoso instrumento de tortura.

## LA GRAN ESPERANZA QUE ABRE HERCULANO

Con ser muy grandes las esperanzas que se cifran en los hallazgos artísticos que espéranse hacer en Herculano, más grandes parecennos que son aún las que es lícito alentar con referencia a los hallazgos literarios.

¿Nos devolverá Herculano algunas de las obras perdidas de Esquilo, de Sófocles, de Heráclito, de Tito Livio? ¿Un afortunado golpe de pica estará destinado a acrecentar, si cabe, la gloria de aquellos genios magníficos? ¿Estando en vísperas de ver surgir nuevos resplandores de la cultura greco-latina? Todo induce a pensar que estas preguntas pueden ser afirmativamente contestadas y que los sueños más fantásticos se verán cumplidos.

Herculano, providencialmente sepultada bajo el fango del Vesubio, en momentos en que moría también la inspiración clásica, podrá significar casi un nuevo Renacimiento. En todo caso, será como la revancha de Alejandría.

(1) Bajo los Borbones explotó en 1738/1766, entre otros sitios, el Teatro y el Foro. Algunas excavaciones, principalmente privadas, efectuáronse en 1828/1855. De 1869/1875 hiciéronse también excavaciones bajo el impulso de Víctor Manuel II.



## UN MEDICO COMO HAY POCOS

ABBA-Oumna vivía en la ciudad de Damasco hacia fin del siglo IV de nuestra era. Un médico original como se ven muy pocos. Su puerta permanecía abierta día y noche para todos los que quisieran consultarlo, no había diferencia entre los ricos y los pobres, y cuando se le reprochaba que se prodigara de este modo, sin descanso, y sin cuidar su fortuna personal, respondía:

—¡Malditos sean los médicos que explotan el sufrimiento de los pobres! Si tienen lo suficiente para pagar mis servicios, que depositen lo que les parezca en un cofre que se encuentra en el vestíbulo. Yo no fijo suma alguna; que cada cual dé lo que quiera como recompensa a mis servicios.

Naturalmente, con esta manera de proceder, Abba-Oumna no se había enriquecido. Muchos enfermos que bien habrían podido pagarle, olvidaban el cofre, riendo de lo que llamaban inocencia del médico. Algunos llegaron a robar lo que había allí depositado.

Un día, varios discípulos, que por cierto no aprovechaban mucho las lecciones de su maes-



tro, le robaron una alfombra de cierto mérito, que él había comprado con sus escasas economías. Al volver a su casa, después de visitar sus enfermos, el médico advirtió la desaparición de la alfombra, sobre la que se ponía de rodillas para hacer sus oraciones. Abba-Oumna no protestó y se arrojó en el suelo, demasiado frío para sus pobres rodillas. Por la tarde se dirigió al bazar para comprar otra alfombra, encontrando allí a los mismos estudiantes que se la habían robado, ofreciéndosela en venta a los transeúntes.

—¿Cuánto cuesta esa alfombra? — preguntó, dirigiéndose a los ladrones.

—Diez sequines — respondieron éstos, ocultando su rostro para que no los reconociera.

Abba-Oumna los había visto

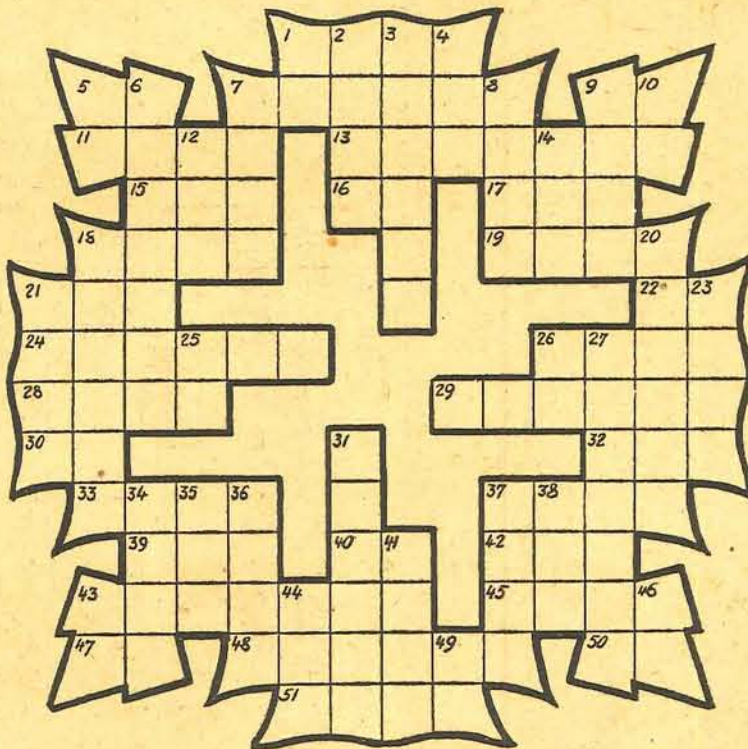
muy bien, pero pensando que todo pecado merece misericordia, se conformó con decirles en vez de hacerlos arrestar:

—Diez sequines me parece muy caro. Yo ofrezco cinco. Es lo que me costó una alfombra, muy parecida a ésta, que he perdido esta mañana.

Al oír esto, los dos ladrones se arrojaron de rodillas ante él, implorando su perdón y confesando su mala acción.

—Me dais, hijos míos — dijo el médico — una enorme alegría, y es la de ver un pecador arrepentido que reconoce su falta y pide a Dios perdón por ella. En cuanto a la alfombra, me permitiréis que la lleve, pero no habréis perdido vuestro tiempo, pues prometo dar a los pobres los cinco sequines que os ofrecía.

## PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



## REFERENCIAS

## Horizontales

- Encargado de presidir y dirigir la oración del pueblo entre los mahometanos.
- Adverbio de tiempo con que se denota el tiempo pasado.
- Pedazo de melocotón en forma de cinta secado al aire y al sol.
- Pronombre personal.
- Dícese de ciertas peras y manzanas muy gustosas y delicadas.
- Reducción breve y precisa de lo esencial de un asunto.
- Agujero por donde se mete la llave en la cerradura.
- Sufijo aumentativo.
- Oxido de calcio.
- Príncipe o caudillo árabe.
- Roturar la tierra haciendo surcos en ella.
- Nombre de una consonante.
- Preposición inseparable que denota separación, intensidad o exceso de acción.
- En la parte posterior.
- Tomar o coger con la mano.
- Especulación sobre el alza y la baja de los fondos públicos.
- Deduje una cosa de otra.

- Asegura, sostén, opina.
- Preposición inseparable que expresa reunión, cooperación o agregación.
- Nombre de un color.
- Pez acantopterigio marino, cuya carne, tanto fresca como salada, es de gusto agradable.
- Mamífero carnívoro plantigrado.
- Pronombre personal.
- Arbusto de Levante, cuyas hojas se usan en infusión con fines medicinales.
- Le sostenía en equilibrio en la superficie de un líquido.
- Adjetivo que sirve para designar separadamente una o más cosas o personas con relación a otras de su especie.
- Interjección que se emplea para denotar alguna resolución de la voluntad.
- Ciervo de tres a cinco años de edad.
- Preposición inseparable que denota fuera o más allá, privación, atenuación del significado del simple, y a veces no es más que partícula expletiva.
- Ala de ave, sin plumas.

## Verticales

- Extenderse una cosa, ocupar, comprender desde un punto a otro.
- En sentido moral e intelectual, puro, simple y que no tiene mezcla de otra cosa.
- Bebida alcohólica aderezada con hierbas aromáticas, cuyo abuso ocasiona graves dolencias y puede conducir a la locura y a la muerte.
- Nosotros.
- Pronombre personal.
- Emprendí, intenté.
- En sentido figurado, lo que motiva una sospecha en cosa que está oculta o por suceder.
- Parte alta de la cerviz, donde se une el espinazo con la cabeza.
- Flor o nata que crían algunos líquores en la superficie.
- Artículo.
- Pimiento.
- En sentido figurado, abundancia extraordinaria de alguna cosa.
- Composición poética del género lírico, en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier otro acontecimiento digno de ser llorado.
- Raíz de las muelas y los dientes.
- Cada uno de los períodos en que se considera dividida la vida humana.
- Tela ordinaria y gruesa de lino.
- Repetida, emplease para arrullar a los niños.
- Contracción.
- Ayude, favorezca.
- Planta herbácea anual, leguminosa, espontánea, y que se cultiva como forrajera muy estimada.
- Novelista francés del siglo XIX, jefe de la escuela naturalista.
- Costumbre.
- Cada una de las partes en que se divide un todo que se ha de distribuir entre varias personas.
- Impresión desagradable causada por alguna cosa que repugna.
- Astilla de madera muy resinosa, y que, encendida, alumbraba como una hacha.
- Lo que está a la derecha o izquierda de un todo.
- Confianza, buen concepto que se tiene de una persona o cosa.
- Nombre de mujer.
- Antigua moneda romana.
- Prefijo negativo o privativo.



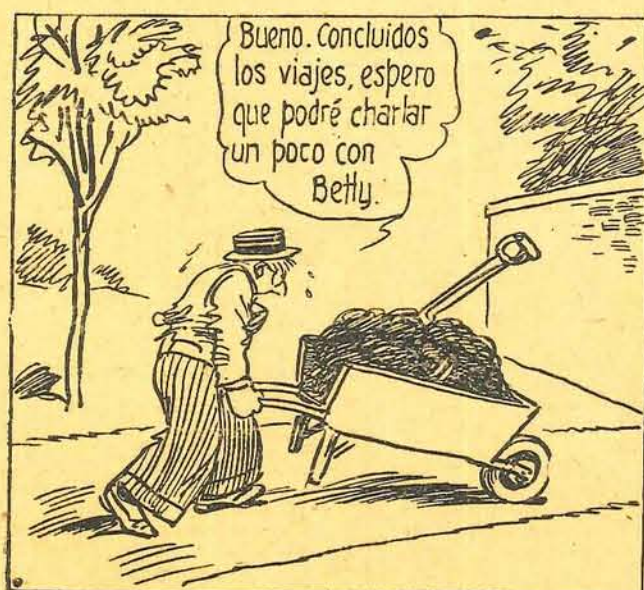
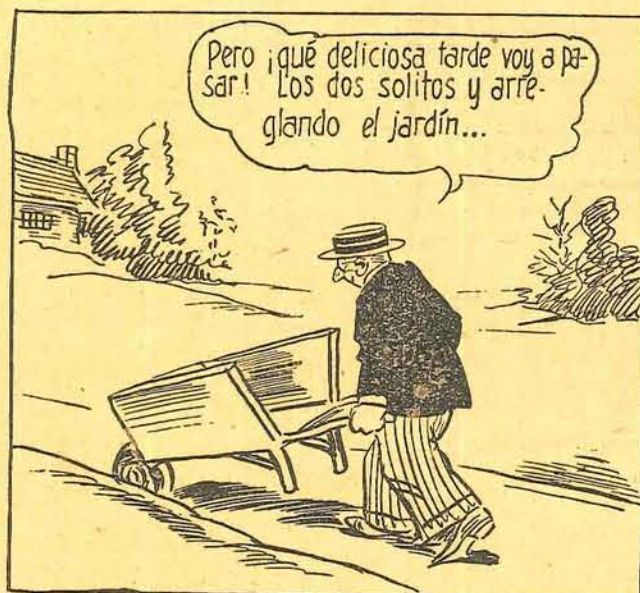
## BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

## LO DE SIEMPRE

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).







TAMBORES MANDIYU CON CANILLA. Estos tipos de envases, con capacidad de 5, 10 y 20 litros, han sido creados para su comodidad.

Adóptelos. Podrá rellenarlos con el contenido de las latas cuadradas que ahora son de 2, 4 y 16 litros.



El complemento obligado para preparar una buena comida:

**Aceite Mandiyu—**

Es un aceite purísimo, de gran rendimiento, que concede un exquisito sabor a los manjares guisados o fritos con él. ¿Lo ha probado usted?

Hágalo y comprenderá la razón de porqué su consumo ha crecido gigantescamente en los hogares en donde se aprecian las buenas comidas.

# Mandiyu

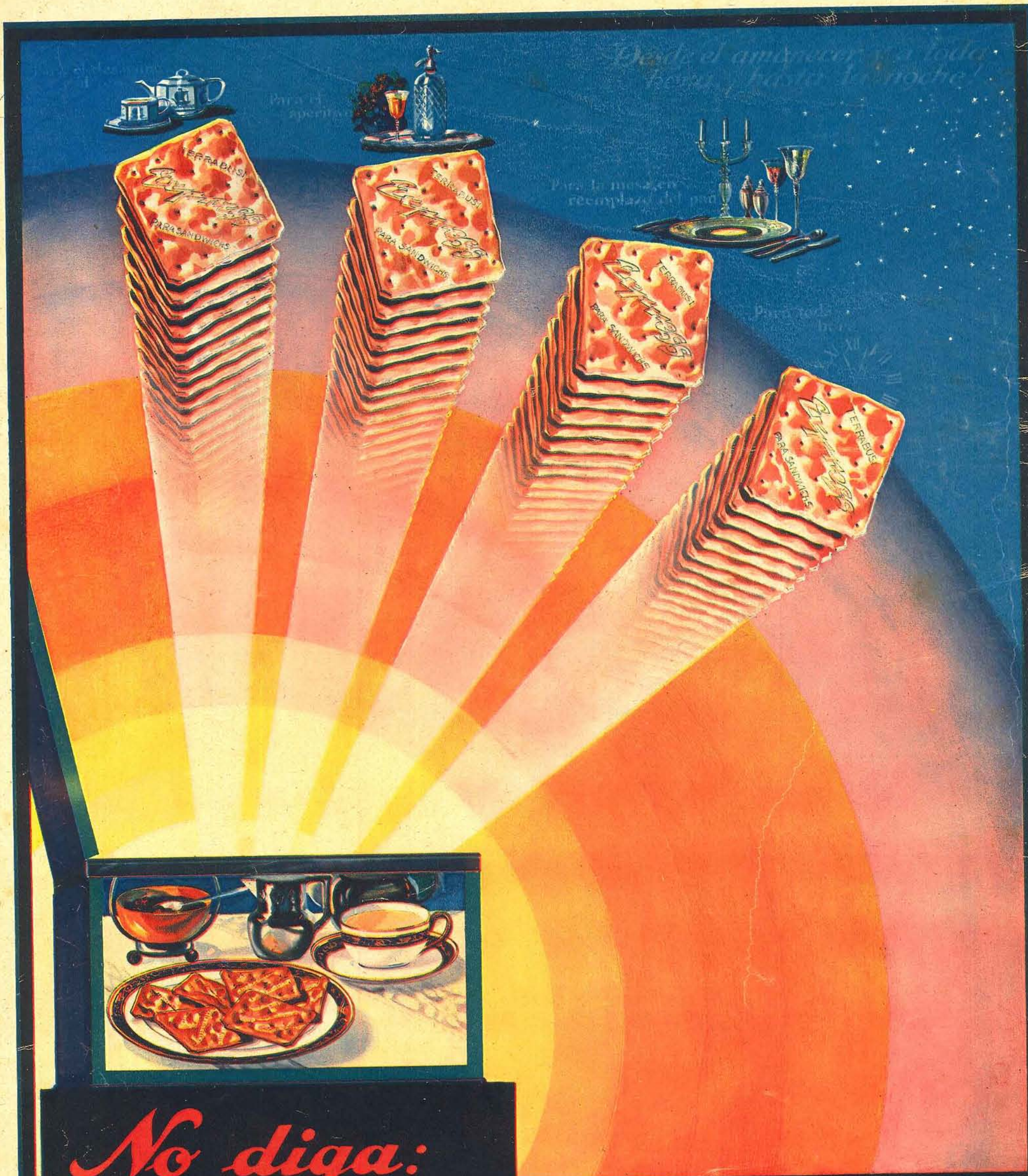
El aceite ideal para el hogar

Por mayor: COMPAÑIA GENERAL FABRIL FINANCIERA

LIMA 229 —  
BUENOS AIRES







*No diga:*

*galletitas para sandwiches*

*Diga y exija:*

**“Expresse”** de **TERRABUSI**  
*que son algo más...*